

HOMERO

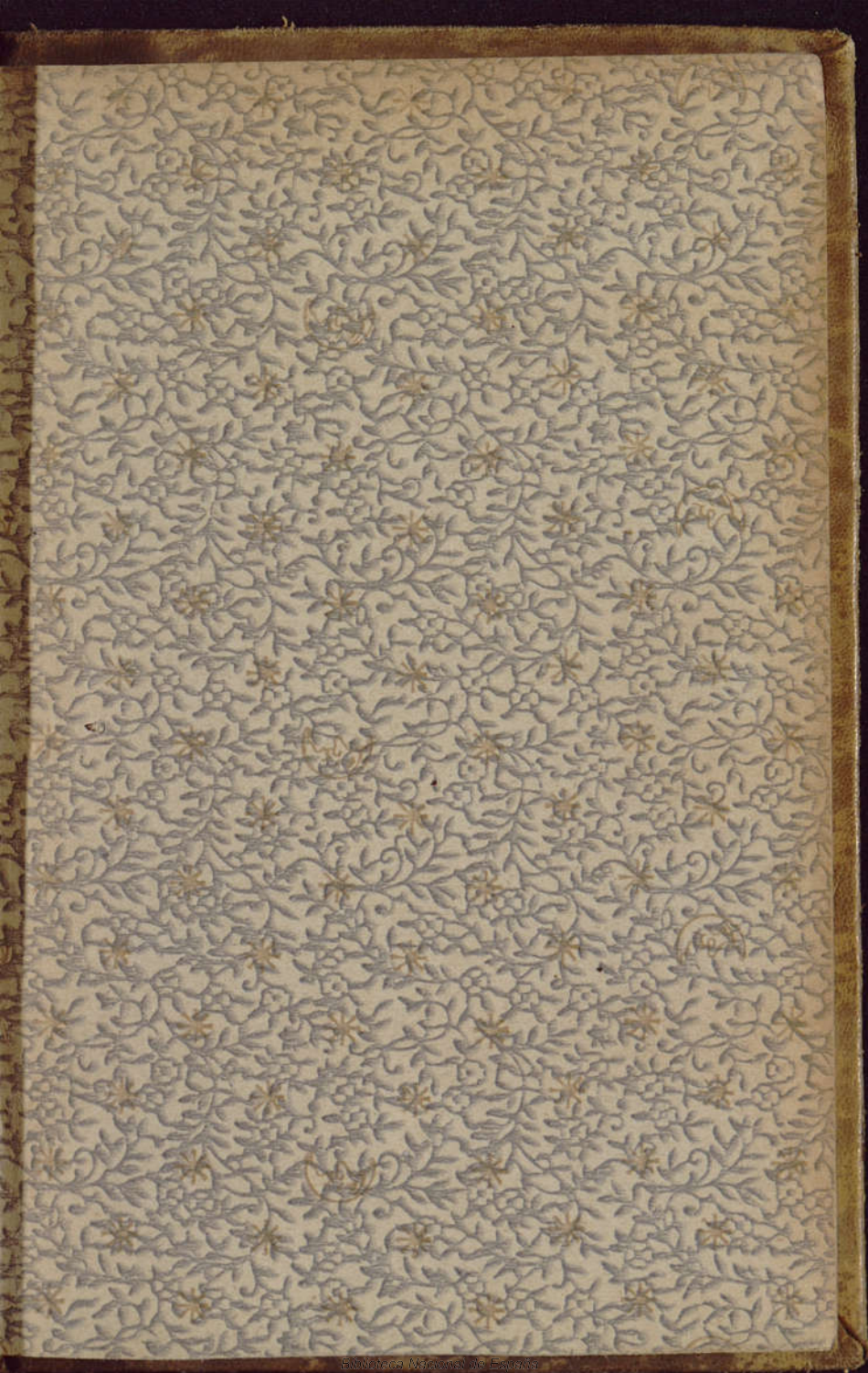
ILIADA

2

1

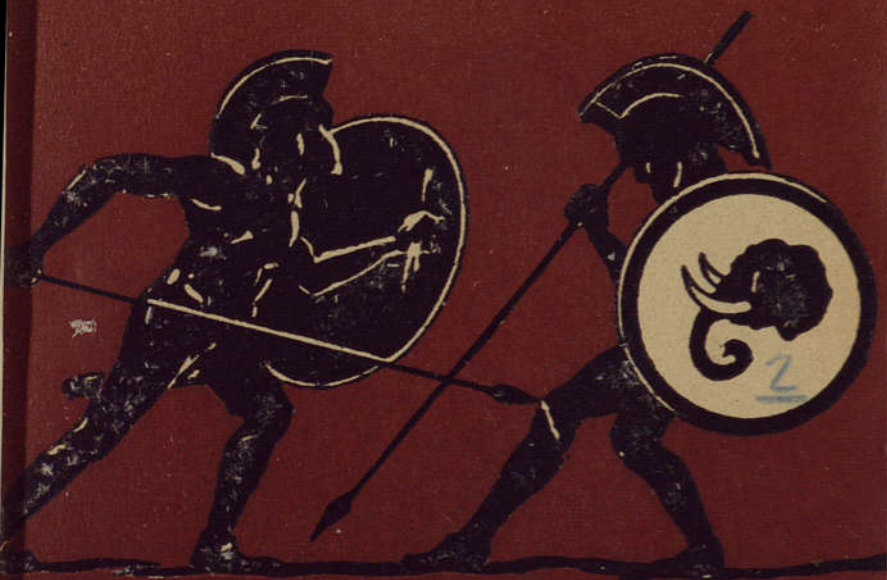
69723

1
69723





HOMERO



ILIADA

LIBROS CÉLEBRES
ESPAÑOLES
Y EXTRANJEROS

LIBRO DE
CANTOS
Y EXTRACTOS

ILIADA



PLADA

R 48549

HOMERO

ILÍADA

Traducción nueva del griego por

LECONTE DE LISLE

Versión española de Germán Gómez de la Maza

TOMO SEGUNDO



Editorial PROMETEO

Germanias, F S

VALENCIA

HOMERO

ILÍADA

ES PROPIEDAD. DERECHOS
EXCLUSIVOS DE TRADUCCIÓN
AL ESPAÑOL.

LEONTE DE LISIE



Editorial PROMTEO
CALLE DE...
MADRID



RAPSODIA XIII

Y cuando empujó Zeus hasta las naves á Héctor y á los troyanos, dejó que solos mantuvieran allí el combate rudo, volviendo sus espléndidos ojos hacia la tierra de los jinetes tracios, hacia los misios, que combaten desde cerca, y hacia los ilustres hipomolgos, que se nutren de leche, y aunque pobres, son los hombres más justos. Y no miraba ya con sus ojos espléndidos á Troya, en la creencia de que ninguno de los Inmortales osaría socorrer á los troyanos ó á los danaenos.

Pero no en vano vigilaba Aquel que conmueve la tierra, y sentado en el pico más alto de la umbria Samotracia, desde el cual dominábase el Ida, la ciudad de Priamo y las naves acaienas, contem-

plaba la guerra y el combate. Y atalayado allá, fuera del mar, se condolía de los acaienos, domeñados por los troyanos, indignándose contra Zeus. Y súbito descendió de la escarpada cima, y los montes ingentes y los bosques temblaron bajo los inmortales pies de Poseidaón en marcha. Tres pasos dió, y al cuarto hallóse en el término de su camino, en los golfos marítimos de Egas, donde se encontraban sus ilustres moradas de oro resplandecientes é incorruptibles.

Y ya en ellas, enganchó al carro sus caballos rápidos, cuyos cascotes eran de bronce y de oro las crines. Y también él se revistió de oro, y asiendo el áureo látigo hábilmente labrado, tomó asiento en su carroza. Y en tanto iba por la superficie de las aguas, los cetáceos emergían del abismo, saltando jubilosos al reconocer á su rey. Y á su paso abriase el mar con alegría, y los caballos volaban velozmente, sin que el bronceo eje del carro se mojase de espuma. Y los caballos ágiles llevaronle á las naves.

Y entre Tenedos y la peñascosa Imbro había una caverna amplia en el seno del profundo mar, y en ella Poseidaón el que conmueve la tierra detuvo sus caballos, los desunció del carro, dándoles un pienso divino, y les ató los pies con trabas de oro sólidas é indisolubles para que aguardasen inmóviles el retorno del rey. Y avanzó hacia el ejército acaieno.

Y los tumultuosos troyanos, semejantes á la llama ó á la tempestad, precipitábanse con furia en pos del Priamida Héctor, lanzando mil clamores. Y abrigaban la esperanza de tomar las naves y matar á los acaienos todos. Pero Poseidaón el que ciñe la tierra y la hace estremecerse, cuando salió del mar profundo, hubo de excitar á los ar-

gienes, tomando la apariencia de Calcas y su misma voz infatigable. Y habló así á los dos Ayaces ardorosos:

—¡Bien! Salvaréis á los hombres de Acaia si recordáis vuestro valor antes que la fuga desastrosa. No temo la pujanza de los troyanos que franquearon nuestra gran muralla, porque rechazarán su ataque los bravos acaienos; pero recelo que por esta parte vamos á sufrir el mayor daño ante el rabioso Héctor, semejante á la llama, que se jacta de ser hijo del poderosísimo Zeus. ¡Ojalá un Dios os inspirara para resistir valerosamente! Exhortad, pues, á los vuestros para que batan al Priamida, á pesar de su audacia, alejándole de las naves, aun cuando el Olímpico le impulse.

Habló así El que ciñe la tierra y la hace estremecerse, y tocando á los Ayaces con su cetro, les llenó de fuerza y valor, aligerándoles las manos y los pies. Y se alejó con la rapidez con que se arroja el gavián desde la altura de una escarpada roca para perseguir á otra ave por el llano. Y cuando les dejó Poseidaón el que conmueve la tierra, el veloz Ajax Oiliada dijo al Telamoniada:

—Ajax, sin duda alguno de los Dioses Olímpicos, tomando la apariencia del adivinador, acaba de ordenarnos combatir junto á las naves. Porque no era este el adivinador Calcas. Fácilmente reconocí los pies del que se aleja, pues sin gran esfuerzo se conoce á los Dioses. Noto que dentro de mi pecho desea con ardor el corazón la guerra y el combate, y mis pies y mis manos se han aligerado.

Y contestó el Telamonieno Ajax:

—También yo noto que mis rudas manos se enardecen en torno de la lanza, y me invade el valor, y los pies me impulsan á que avance. Y he aquí que

estoy pronto á luchar solo contra el Priamida Héctor, que jamás se cansa de combatir.

Y mientras así hablaban, contentos del ardor guerrero que en sus corazones hubo infundido el Dios, éste, lejos de ellos, animaba á los acaienos, que cerca de las ligeras naves daban descanso á su alma, rendidos de fatiga y poseídos de un amargo dolor á la vista de los troyanos que escalaron el muro. Y fluían de sus párpados las lágrimas, pues ninguno esperaba ya eludir su ruina. Pero no costó mucho Al que conmueve la tierra alentar á las falanges valerosas. Y exhortó á Teucro, á Leito, á Peneleo, á Toas, á Deipiro, á Meriones y á Antiloco, hábiles en el combate. Y les dijo con palabras aladas:

—¡Qué vergüenza! Yo confiaba en vuestro valor para salvar las naves, jóvenes guerreros; pero si interrumpís la lucha, podéis contar con que ha llegado el día en que os venzan los troyanos. ¡Qué dolor! ¡Por mis propios ojos les veo en vuestras naves, prodigio terrible que no pensé contemplar nunca! ¡Ellos, que hasta ahora semejaban fugitivos ciervos que errantes fuesen por los bosques, sin maña ni vigor para combatir y á merced de los linceos, los leopardos y los lobos! Porque no osaron antes los troyanos aguardar á pie firme la acometida de los acaienos; y he aquí que ahora pelean lejos de la ciudad y al lado de las naves abiertas, gracias á la cobardía del jefe y á la negligencia de sus hombres, que rehusan defender las naves ligeras y se dejan matar. ¿Acaso es que hemos de abandonar el combate porque el Atreida Agamenón el que de lejos reina sea culpable de un insulto al Peteión de los veloces pies? Reparemos el mal, que con facilidad se curan del error los espíritus justos. No podéis sin vergüenza olvidar vuestro ultraje,

ya que os halláis entre los más bravos. Por un cobarde que huyera, yo no me inquietaría; pero sí ha de indignarse mi corazón contra vosotros. Si continúa vuestra flojedad no tardaréis en causar con la inacción un daño irreparable. De vergüenza se os debería llenar el alma á mis reproches, pues se prepara un gran combate, y el bravo Héctor, rotas ya nuestras puertas y barreras, combate junto á las naves.

Y hablando así, excitaba á los acaienos Quien conmueve la tierra. Y en torno de ambos Ayaces apiñábanse sólidas falanges que satisfacerían á Ares y á Atenea la que enardece á los guerreros. Y los más valerosos aguardaban á los troyanos y al divino Héctor juntando lanza contra lanza, escudo contra escudo, casco contra casco, hombre contra hombre. Y por encima de los conos espléndidos se mezclaban las crines de los yelmos: tan espesas eran las filas; y se movían las lanzas en las manos audaces, y caminaban todos poseídos del deseo de combatir.

Pero sobre ellos arrojábase una muchedumbre de troyanos en pos de Héctor brioso. Como se precipita, arrollando todos los obstáculos hasta llegar al llano, la piedra desastrosa arrancada de la cima de un monte por un torrente que la lluvia hinchase, y después de caer se mueve aún, así amenazaba Héctor con llegar al mar, á las tiendas y á las naves acaienas; pero chocó contra la espesa capa de hombres, precisado á pararse. Y le rechazaron los hijos de los acaienos, agrediéndole con sus espadas y sus afiladas lanzas. Retrocedió él entonces y gritó á los troyanos con tremendas voces:

—¡Permaneced firmes, troyanos, likenses y dardanienos belicosos! Los acaienos no habrán de resistirme mucho tiempo, aunque como una torre se

dirijan ahora hacia nosotros; pronto mi lanza les hará huir, si no me abandona el más grande de los Dioses, el tonante Esposo de Here.

Habló así, excitando la fuerza y los arrestos de cada uno. Y el Priamida Deifobo, pletórico de fiereza, caminaba con pie ligero en medio de ellos, cubierto por su escudo de perfecta redondez. Y contra él lanzó Meriones su brillante pica, y acertó á dar en el redondo escudo hecho de piel de toro; pero sin penetrar casi, se rompió el extremo de la larga lanza. Y Deifobo separó de su pecho el escudo de piel de toro por temor á la lanza del bravo Meriones; pero entró este héroe en la muchedumbre de sus compañeros, indignado de que la victoria le fallase y la lanza se le rompiese. Y corrió hacia las naves de los acaienos en busca de una larga pica que dejó en su tienda. Pero combatían los demás, alzándose por todas partes un inmenso clamor.

Y primeramente mató Teucro Telamonieno al bravo guerrero Imbrio, hijo de Mentor y rico en caballos. Y antes de la irrupción de los hijos de los acaienos habitaba en Pedeo con Medesicasta, hija ilegítima de Príamo; pero después de la llegada de las naves de dobles grandes remos de los danaenos, fué á Ilios y se ilustró entre los troyanos.

Y le hirió el hijo de Telamón bajo la oreja con su larga pica, haciéndole caer cual fresno que, serrado por el bronce en la cima de una montaña enhiesta, cubre el suelo con su follaje delicado. Así cayó, y resonaron sobre él sus hermosas y broncíneas armas. Y acudió Teucro á despojarle; pero cuando se disponía á efectuarlo, lanzó Héctor contra él su pica refulgente. Y el Telamonieno vióla y la evitó, dando la lanza del Priamida en el pecho de Anfímaco, hijo de Kteato Actorianida, que avanzaba entonces. Y á su ruidosa caída retemblaron

sus armas. Y abalanzóse Héctor para despojar al magnánimo Anfimaco del casco que tan bien ajustábase á sus sienes. Pero Ajax le atajó, armado con una pica esplendorosa; y como iba envuelto Héctor por el bronce espantable, sólo pudo Ajax golpearle en el bombeado escudo, rechazándole con violencia lejos de los dos cadáveres, que fueron retirados por los acaienos.

Y Stikio y el divino Menesteo, príncipes de los atenienses, á Anfimaco llevaron á las tiendas acaienas, y los Ayaces, ávidos del combate impetuoso, se llevaron á Imbrio. Como dos leones que de los dientes agudos de los perros arrebataran una cabra, sosteniéndola en alto con sus fuertes quijadas al atravesar por los tupidos tallares, así ambos Ayaces condujeron á Imbrio y le despojaron de sus armas. Y furioso Ajax Oiliada por la muerte de Anfimaco, decapitó al troyano, y arrojando cual una bola su cabeza por entre la multitud, la hizo rodar en el polvo á los pies de Héctor. Y entonces Poseidaón, irritado por la muerte de su nieto matado en el combate, corrió á las tiendas de los acaienos para excitar á los danaenos y suscitar calamidades á los troyanos.

Y le habló en su camino Idomeneo, ilustre por su lanza, que á la sazón dejaba á uno de sus compañeros, herido en el jarrete por el bronce agudo durante el combate y retirado por los suyos luego. Y tras de confiarle á los médicos, salía de su tienda Idomeneo deseoso de volver al combate. Y le habló así el Rey que conmueve la tierra, habiendo antes tomado la figura y la voz del Andremonida Toas, quien en todo Pleurón y en la alta Calidón mandaba á los etolios, que como á un Dios le veneraban.

—Di, Idomeneo, príncipe de los cretenses: ¿qué

se hizo de tus amenazas y las de los acaienos para los troyanos?

Y le contestó Idomeneo, principe de los cretenses:

—A mi juicio, ningún guerrero cayó en falta, ¡oh Toas! pues todos combatimos; á ninguno retuvo el miedo pálido, ni tampoco ninguno rehusó por indolencia el combate peligroso; pero sin duda es grato al potentísimo Zeus que perezcan aquí los acaienos sin gloria y alejados de Argos. Tú, Toas, que, pletórico de ardor bélico, siempre acostumbraste á alentar á los débiles, no dejes de hacerlo ahora y reanima los bríos de cada guerrero.

Y le contestó Poseidaón el que conmueve la tierra:

—¡Ojalá, Idomeneo, que no volviera nunca de la tierra troyana y fuese presa de los canes el guerrero que en este día cesara voluntariamente de combatir! Ve por tus armas y retorna pronto, pues es preciso que tú y yo nos pongamos de acuerdo, con lo que tal vez ambos seamos de alguna utilidad. Conviene la unión de los guerreros, hasta la de los más tímidos; y tú y yo sabremos combatir con los héroes.

Cuando hubo hablado así, adentróse el Dios en la refriega de los hombres, é Idomeneo volvió á sus tiendas para vestir de nuevo las hermosas armas. Y tomando dos picas, acudió á la liza, cual fulgurante fuego que la mano del Cronión precipitara del Olimpo inflamado, á manera de radiosa señal para los vivos. Así resplandecía el bronce sobre el pecho del Rey, que al combate marchaba. Y le encontró Meriones, su bravo compañero, no lejos de la tienda, á la que iba en busca de una lanza de bronce. Y le habló así Idomeneo:

—¡Oh Meriones el de los pies veloces, hijo de

Molo, más caro que ninguno de mis compañeros! ¿por qué dejas la guerra y el combate?

Y le contestó el prudente Meriones:

—Vengo, ¡oh Idomeneo, príncipe de los cretenses armados de corazas! para tomar una lanza de tus tiendas, si en ellas queda alguna, porque sobre el escudo del orgulloso Deifobo quebré la mía.

Y le contestó Idomeneo, príncipe de los cretenses:

—Si deseas lanzas, no una, veinte relumbrantes, hallarás apoyadas contra las paredes de mi tienda. Fueron de los troyanos esas lanzas que arrebaté á los que hube muerto, pues muy de cerca lucho con los guerreros enemigos, y á eso se debe que posea lanzas, escudos abombados, cascos y corazas brillantes.

Y le contestó el prudente Meriones:

—También abundan los despojos troyanos en mi tienda y en mi negra nave; pero están muy lejanas para ir ahora allá. Tampoco yo me olvido nunca del valor, y combato en primer término, entre guerreros ilustres, á la hora en que comienza la refriega. Podría no haberme visto alguno de los acaieños armados de corazas; pero tú demasiado me conoces.

Y le contestó Idomeneo, príncipe de los cretenses:

—Ya sé hasta dónde llega tu valor. ¿Por qué, pues, me hablas de ese modo? Si entre los más bravos se nos escogiera para ir á una emboscada, ninguno despreciaría entonces tu bravura ni la fuerza de tu brazo. Porque en la emboscada resplandece el valor de los guerreros y se distingue el bravo del cobarde, que á cada instante cambia de color, y no tiene la suficiente firmeza de alma para esperar tranquilo en su lugar, y se le van los pies,

y le tiembla en el pecho el corazón temeroso de la muerte, y sus dientes chocan, mientras el bravo no cambia de color ni duda colocarse en la primera fila de guerreros y anhela el ardiente combate. Y si te hiriesen, no sería en el hombro ó en la espalda donde te alcanzaría la agresión, sino en mitad del pecho ó en el vientre cuando te abalanzases á la lucha. Ve allá, y no hablemos más, permaneciendo inactivos como niños, no sea que por ello injustamente nos reprochen. Entra á mi tienda y toma una lanza sólida.

Habló así, y Meriones, comparable al veloz Ares, tomó en seguida una broncea lanza de la tienda, y marchó con Idomeneo, deseando combatir. Así camina el desastroso Ares con el Terror, su fuerte é indómito hijo muy amado, que asusta al más valiente. De la Tracia bajan hacia los epirotas ó los magnánimos flegienos, sin escuchar los ruegos de ambos pueblos y concediendo á uno ó á otro la victoria. Así, armados con el esplendoroso bronce, caminaban Meriones é Idomeneo, príncipe de los humanos.

Y habló así Meriones el primero:

—Deucalida, ¿por dónde quieres que entremos á la lid? ¿Por la derecha, por el centro ó por la izquierda, sitio en que flaquean los acaienos melendados?

Y le contestó Idomeneo, príncipe de los cretenses:

—En el centro otros hay para defender las navas, como son ambos Ayaces y Teucro, el arquero más diestro entre los acaienos y también valeroso cuando lucha á pie firme. Con ellos basta para rechazar á Héctor Priamida. Por muy bravo que sea y por muy ardoroso que combata, no domeñará el valor de los tres héroes de manos invencibles ni

quemará las naves, á no ser que el Cronión por sí propio lanzara el rayo ardiente sobre las naves ligeras. Jamás el gran Telamonieno Ajax ha de ceder ante ningún mortal que se alimente de los dones que á Demeter debemos y sea vulnerable con el bronce ó con pesadas piedras. Ni siquiera retrocedería ante el mismo Akileo, aunque en agilidad no puede competir con él. Marchemos por la izquierda para ver si alcanzamos una inmensa gloria ó hacemos que la alcance el enemigo.

Habló así, y Meriones, comparable al veloz Ares, lanzóse por el lado donde Idomeneo le ordenaba ir. Y cuando los troyanos vieron á Idomeneo, semejante á la llama por su valentía, con su compañero brillante bajo las armas, exhortándose unos á otros, se arrojaron sobre él. Y se igualó entre todos el combate ante las popas de las naves.

Cual polvareda alzada en los caminos por los vientos tempestuosos en un día de sequía, se arrollaban todos para matarse con el bronce agudo. Y la muchedumbre de guerreros erizóse de largas lanzas que se hundían en la carne de los combatientes. Y el esplendor del bronce en los yelmos relumbrantes, en las corazas pulidas y en los escudos, deslumbraba los ojos. Y sería muy despiadado quien en lugar de entristecerse al ver la brega, se alegrase de ella.

Y abrumaban así á los héroes con cruentas calamidades los dos poderosos hijos de Cronos, animados de deseos contrarios. Zeus quería otorgar á Héctor y á los troyanos la victoria para honrar á Akileo el de los pies veloces, sin pretender destruir ante Ilios las tribus acaienas más que para vengar á Tetis y á su hijo magnánimo. Y Poseidaón, que en secreto salió del blanco mar, alentaba á los acaienos, é irritándose contra Zeus gemía al verles

vencidos por los troyanos. Y aunque ambos Dioses tenían el mismo origen y un padre común, como Zeus era el de mayor edad y el que más sabía, no se atrevía Poseidaón á socorrer abiertamente á los argienos; pero tomando la apariencia de cualquier guerrero, recorría el ejército para infundirles ánimo.

Y ambos habían tendido por igual ante uno y otro bando las cadenas del combate violento y la guerra desastrosa, cadenas inrompibles é indisolubles que quebrantaban las rodillas de numerosos héroes.

E Idomeneo, á pesar de tener el pelo cano de vejez, hizo que los troyanos retrocedieran cuando saltó sobre sus huestes tras de exhortar á los daenaenos. Y mató á Otrioneo de Cabeso, que atraído recientemente por la fama de la guerra, llegó á Troya para pedir en matrimonio á Casandra, la hija más bella de Príamo; y en lugar de ofrecer presentes, prometió que rechazaría y alejaría á los hijos de los acaienos. Y como el viejo Príamo juró darle su hija, cumplía él su promesa combatiendo valerosamente. Y cuando el héroe fiero se adelantaba, Idomeneo le hirió con su lanza relumbrante, que hundiósele en mitad del vientre, sin que la coraza de bronce resistiera el golpe. Y cayó con estrépito el vencido, y gritó Idomeneo insultándole:

—¡Otrioneo! Te proclamaría el primero de los hombres si hubieras cumplido la palabra que empeñaste al Dardanida Príamo. Te prometió su hija, y nosotros vamos á realizar esa promesa, dándote la hija más bella de Agamenón, que vendrá de Argos para desposarse contigo, si en nuestra compañía quieres destruir la populosa ciudad de Ilios. Siguenos á las naves que el mar surcan, y en ellas vendremos acerca de lo que en tus bodas ha de

hacerse. ¡Ya verás como también nosotros somos excelentes suegros!

Y habló así el héroe Idomeneo, arrastrando al cadáver por un pie en medio de la refriega. Y con ansia de vindicar á Otrioneo, acudió Asio caminando delante de su carro, cuyos caballos, contenidos por el conductor, le resoplaban en los hombros. Y aunque deseaba herir á Idomeneo, éste le acertó con su lanza antes, traspasándole el cuello por debajo del menton. Y cayó Asio como una encina, ó como un álamo, ó como un enhiesto pino que talasen en las montañas con sus hachas afiladas recientemente los constructores de navios. Así yacía el guerrero extendido ante sus caballos y su carro, rechinando los dientes y asiéndose al sangriento polvo. Y el conductor, desatinado, no pensaba siquiera en evitar al enemigo alejándose con los caballos. Y le hirió la lanza del valiente Antiloco, atravesándole por la mitad del cuerpo sin que pudiera resistir al golpe la coraza de bronce. Y cayó el hombre expirante desde la carroza, y Antiloco, hijo del magnánimo Néstor, arrastró los caballos hacia los acaienos de hermosas grebas.

Y entristecido Deifobo por la muerte de Asio, se acercó á Idomeneo, disparándole su pica relumbrante. Pero Idomeneo que la vió, evitó la pica de bronce, cubriéndose con su redondo escudo hecho de piel de buey y bronce brillante, que sujetaba con dos abrazaderas y le cubría totalmente. Y la lanza voló sobre él rozándole en el casco, que resonó á su paso. Pero no en balde salió de una mano vigorosa la lanza, pues hirió á Hipsenor Hipasida, príncipe de pueblos, y le alcanzó en el hígado, obligándole á doblar las rodillas. Y Deifobo gritó vanagloriándose:

—No morirá Asio sin venganza, y al llegar á las

sólidas puertas de la mansión de Edes, se regocijará con todo su corazón, porque le he dado un compañero.

Habló así, y sus orgullosas palabras llenaron de dolor á los argienos, y especialmente al valeroso Antiloco. Pero aunque entristecido, no abandonó el cadáver de su compañero, y corriendo á él, le cubrió con su escudo. Y le llevaron á las naves otros dos compañeros muy amados de Hipsenor, Mekisteo y el divino Alastor, que le transportaban prorrumpiendo en amargos gemidos.

E Idomeneo no daba tregua á su valor, deseoso siempre de envolver en la negra noche á algún troiano ó caer él mismo para salvar de su ruina á los acaienos. Entonces pereció el muy amado hijo de Esetas, á quien nutrió Zeus, el héroe Alcatoo, yerno de Ankises. Y estaba casado con Hipodamia, la mayor de las hijas de éste, muy querida en su hogar por su padre y su madre venerable. Y á las que le eran iguales en belleza las superaba en prudencia y habilidad para las labores, por lo que se casó en la anchurosa Troya con un caudillo ilustre. Y por mano de Idomeneo, Poseidaón venció á Alcatoo. Y apagó sus brillantes ojos y encadenó sus robustos miembros para que no pudiera huir ni volverse, y conforme estaba erguido como una columna ó un elevado árbol, Alcatoo recibió en medio del pecho la lanza del héroe Idomeneo, rompiéndose á su impulso la coraza que otras veces alejó de él la muerte. Y cayó con ruido, estremeciéndose el bronceo cuento del arma dentro de su palpitante corazón, hasta que el rudo Ares le agotó la fuerza. E Idomeneo gritó, gloriándose con voz terrible:

—En vano te jactabas, Deifobo, porque mataste á uno, pues ya ves que nosotros á la vez matamos

tres. ¡Desventurado! Osa esperarme y sabrás quiénes somos los que de Zeus venimos. Zeus engendró á Minos, salvaguardia de Creta, y Minos engendró un hijo, el irreprochable Deucalión, y Deucalión me engendró á mí para que fuese en la gran Creta jefe de guerreros numerosos, y aquí mis naves me trajeron para tu desdicha, la de tu padre y la de los troyanos.

Habló así, y Deifobo dudó entre ir á buscar sostén en algún otro magnánimo troyano ó combatir él solo. Optó por salir en busca de Eneas, y le encontró de pie y ocioso en las últimas filas, pues estaba resentido con Priamo, que no le concedía honores, á pesar de ser bravo entre todos los guerreros. Y acercándosele Deifobo, le dijo con palabras aladas:

—Eneas, príncipe de los troyanos: Si en algo estimas la gloria y el parentesco, ven á proteger á tu cuñado Alcatoo, esposo de tu hermana, el cual cuidó de ti en su casa durante tu infancia. Sígueme, y encontraremos su cadáver, pues le ha matado Idomeneo, ilustre por su lanza.

Habló así, y sintiendo Eneas que el corazón dentro del pecho le saltaba, se puso en marcha con ánimo de combatir á Idomeneo. Pero no invadió el terror á éste, como si fuera un niño, sino que hubo de aguardar la acometida, cual á los cazadores que se acercan aguarda en desierto paraje el montés jabali. Su lomo está erizado, echan chispas sus ojos y afila sus colmillos para rechazar cuanto antes á los perros y á los cazadores. Así Idomeneo, ilustre por su lanza, permaneció á pie firme sin retroceder cuando acudía Eneas al combate. Y llamó á sus compañeros Ascalafó, Afareo, Deipiro, Meriones y Antiloco. Y les dijo con palabras aladas:

—Acudid, amigos, porque estoy solo y temo

á Eneas el de los pies veloces, que hacia mí viene. Bravo es este matador de hombres y está en la flor de la juventud, edad pletórica de fuerza. Si de igual tiempo fuéramos, dado mi valor, él ó yo alcanzaríamos una inmensa gloria.

Hablo así, y animados del mismo ardor, le rodearon todos, embrazando los escudos. Y Eneas, por su parte, llamó á sus compañeros Deifobo, Paris y el divino Agenor, príncipes de los troyanos, como él. Y les seguían sus tropas, cual siguen al carnero las ovejas abandonando el prado para ir á beber, produciendo su lucido rebaño el regocijo del pastor. Así alegrábase el corazón de Eneas en su pecho al ver la multitud de guerreros que le seguía.

Y en torno de Alcatoo dispararon sus largas picas, y en los pechos retemblaba el bronce horrible mientras golpeábanse á porfía unos y otros. Y dos guerreros principalmente deseaban herir con el bronce cruel, y eran Eneas é Idomeneo, comparable á Ares. Y primero lanzó Eneas su pica contra Idomeneo, que la advirtió y evitó el golpe, yendo á clavarse en tierra la vibrante arma, inútil ya, á pesar de que la impulsó una mano vigorosa.

E Idomeneo hirió á Enomao en mitad del vientre, rompiendo su coraza, y se hundió el bronce en los intestinos, y cayó el guerrero asiendo el suelo con las manos. Y sacó del cadáver su lanza Idomeneo; pero no pudo quitarle de los hombros sus hermosas armas, porque asediábanle los tiros. Y como no tenía ya tan vigorosos pies como cuando esquivaba con ligereza las agresiones, tomando ora su pica, ora eludiendo la del enemigo, combatía á pie firme, procurando alejar su día fatal; pero no podía huir con la soltura de antes.

Y al verle retirarse lentamente, siempre irrita-

do contra él, Deifobo quiso herirle con su lanza relumbrante; pero erró la puntería y la lanza se clavó en el hombro de Ascalafó, hijo de Ares, y cayó el guerrero asiendo el suelo con las manos.

Y el terrible y clamoroso Ares ignoraba que su hijo hubiese caído muerto en la refriega violenta, porque estaba sentado en la cumbre del Olimpo bajo nubes de oro, retenido lejos del combate, como los demás Dioses inmortales, por voluntad de Zeus.

Y todos se arrojaron en torno de Ascalafó. Y cuando Deifobo iba á apoderarse del brillante casco del caído, se abalanzó á él Meriones, semejante á Ares, é hirió en el brazo con su lanza al troyano, que soltó el yelmo sonoro. Y saltando de nuevo como un buitre, Meriones arrancó del brazo herido su robusta lanza y entró en las filas de sus compañeros. Y alejó de la pelea á Deifobo su hermano Polites, transportándole en brazos por detrás de las filas adonde estaban sus caballos veloces y el carro refulgente y el auriga. Y lleváronle gembundo á la ciudad, mientras los otros combatían de continuo, levantando un inmenso clamor.

Y arrojándose Eneas sobre Afareo Caletórida, le clavó su afilada lanza en la garganta; y abatió su cabeza el herido, cayéndosele el casco y el escudo, y le envolvió la fatal muerte.

Y advirtiendo la espalda de Toon, le hirió en ella con ímpetu Antiloco, rompiéndole la vena que á lo largo del dorso va hasta el cuello. En el polvo cayó de bruces el troyano, tendiendo las dos manos hacia sus muy queridos compañeros. Y acudió á él Antiloco, y mirando á su alrededor, arrebatóle de los hombros las hermosas armas. Y los troyanos le rodearon en seguida, acribillando á golpes su hermoso y amplio escudo; pero no lograron desgarrar con el bronce cruel el delicado cuerpo de

Antiloco, porque Poseidaón el que conmueve la tierra libraba de los numerosos dardos al Nestorida, que no huía al enemigo y volvía sobre sí agitando su lanza en busca de alguien á quien herir de lejos ó de cerca.

Y al columbrarle en la refriega Adamas Asia-da, le alcanzó en mitad del escudo con el agudo bronce; pero Poseidaón el de azules cabellos rehusó al troyano la vida de Antiloco, y en el escudo se quedó clavado medio dardo cual tizón sin quemar del todo aún, y cayó al suelo el otro medio. Y cuando Adamas rehuía la muerte internándose en las filas de los suyos, Meriones, que perseguíale, hubo de herirle entre sus atributos masculinos y el ombligo, allá donde cualquier llaga es mortal para los lamentables hombres. Y allá le hundió su lanza, cayendo al golpe Adamas palpitante, como toro abatido por fuertes ligaduras con que en la montaña le ataran los vaqueros. Así palpitó Adamas herido, aunque no durante mucho tiempo, pues el héroe Meriones de la llaga le sacó la lanza, y esparciéronse las tinieblas sobre los ojos del troyano.

Y con su gran espada de Tracia alcanzó Heleno á Deipiro en la sien, y rodó el casco á tierra, recogéndole entre los pies de los combatientes uno de los acaienos. Y la negra noche cubrió los ojos de Deipiro.

Y el dolor invadió al valeroso Atreida Menelao, que, avanzando contra el príncipe Heleno, le arrojó su larga pica. Y armó su arco el troyano, disparando ambos á la par su afilada lanza uno, otro la flecha despedida por el nervio. Y el Priamida dió con su flecha en la coraza bombeada, rebotando el acerbo dardo. Como al empuje del aventador y sopladors por el viento saltan del bieldo al aire las

negruzcas habas ó los garbanzos, así la flecha rebotó lejos de la coraza del ilustre Menelao.

Y el Atreida con su afilada lanza hirió la mano que sostenía el pulido arco y lo clavó en la carne, internándose Heleno en la muchedumbre de los suyos para eludir la muerte. Y arrastraba colgado de la mano el mástil de la lanza. Y le quitó la lanza de la herida el magnánimo Agenor, vendándole con una honda de lana que un servidor hubo de proporcionarle.

Y Pisandro salió al encuentro del ilustre Menelao, y la Moira fatal le condujo á los umbrales de la muerte, ya que tú le venciste, Menelao, en el rudo combate. Cuando estuvieron cerca, falló al Atreida la puntería, y Pisandro dió en el escudo del ilustre Menelao; pero no pudo atravesar su bronce, y el anchuroso escudo rechazó la pica, rompiéndola por la punta. Y el espíritu de Pisandro se regocijó en espera de la victoria, y sacando la espada de argentados clavos, el ilustre Atreida corrió á él; pero el troyano empuñó bajo el escudo la hermosa hacha de dos filos con el mango de oliva y la hoja de excelente bronce, y combatieron.

Cuando golpeaba Pisandro con el hacha en la cimera del casco del Atreida junto á la garzota, fué alcanzado por éste en la frente, sobre la nariz. Y los huesos crujieron, y á sus pies en el polvo cayeron ambos ojos, desplomándose el vencido. Y Menelao le puso en el pecho la planta, quitándole las armas, y dijo en son de triunfo:

—Así abandonaréis las naves de los jinetes da-naenos, ¡oh perjuros, insaciables de la áspera batalla! Ni un ultraje ni un oprobio me ahorrasteis, malos perros, que no teméis la cólera de Zeus hospitalario que truena fuertemente y destruirá vues-

tra alta ciudadela; pues sin ningún motivo, cuando se os recibió de un modo amistoso, me robasteis con todas mis riquezas la mujer á quien desposé virgen. ¡Y he aquí que ahora intentáis impulsar la desastrosa llama contra nuestros navíos que el mar surcan, y asesinar queréis á los héroes danaenos! Pero por muy poseídos de furor guerrero que os halléis, tendréis que reprimirlo. ¡Oh Padre Zeus! Siempre oímos que superas en sabiduría á todos los hombres y á los Dioses todos, y de ti, sin embargo, nos vienen estos daños. ¿Por qué, pues, favoreces á los troyanos perjuros y de espíritu impío, que jamás se hartan de la guerra desastrosa? En verdad que la saciedad llega al final del sueño, del amor, del canto y de la encantadora danza, que son más agradables que la guerra; pero los troyanos no se sacian nunca de combatir.

Cuando hubo hablado así, arrebató el irreprochable Menelao las sangrientas armas del cadáver y se las entregó á sus compañeros; y de nuevo mezclóse con los que combatían en primera fila. Y Harpalión, hijo del rey Pilemeneo, se abalanzó á él. Había seguido á la guerra de Troya á su muy amado padre y no debía volver al suelo de la patria. Con su pica alcanzó en medio del escudo del Atreida; pero no pudo atravesarlo el bronce, y Harpalión se refugió entre la muchedumbre de sus compañeros para eludir la muerte, mirando á todos lados por que no le hirieran. Y cuando huía le lanzó Meriones una bronceína flecha, acertándole en el muslo derecho y penetrando bajo el hueso hasta la vejiga el dardo aquel. Y cayó el héroe entre los brazos de sus queridos compañeros tras de rendir el alma. Y yacía luego cual un gusano, manando obscura sangre que empapaba la tierra. Y gimiendo apresuráronse los magnánimos pafilagones á dis-

ponerle sobre un carro para conducirlo á la santa Ílios; y el padre iba con ellos derramando lágrimas, sin que ninguno vengara al hijo muerto.

Y Paris, indignado por aquella muerte, pues Harpalión era su huésped entre los numerosos pagones, lanzó una broncínea flecha. Y había un guerrero acaieno, Eukenor, hijo del augur Polyido, rico y valeroso, que habitaba en Corinto. Y en su nave subió predestinado, pues el buen Polyido á menudo le dijo que en sus moradas moriría de un mal cruel ó que le matarían los troyanos entre las naves de los acaienos. Y á la vez quiso eludir la dura sentencia y la penosa enfermedad que le habría abrumado de dolores; pero le punzó Paris en la sien, y el alma abandonó sus miembros, envolviéndole en una niebla horrible.

Mientras peleaban semejantes al ardiente fuego, ignoraba Héctor, grato á Zeus, que á la izquierda de las naves eran deshechas por los argienos sus legiones, merced á Aquel que conmueve la tierra, el cual animaba á los danaenos de continuo, infundiéndoles su vigor. Y el Priamida permanecía en el sitio desde donde franqueó las puertas y rompió las espesas líneas de danaenos portadores de escudos. Allá fueron sacadas á la orilla del blanco mar las naves de Ajax y de Protesilao. Allá también estaban los más furiosos combatientes con sus caballos, los beocios, los iaones de largas vestiduras, los locrienos, los ftiotas y los ilustres epeos, que mantenían alrededor de las naves el asalto sin poder rechazar al divino Héctor, semejante á la llama. Y allá asimismo se hallaban los más bravos atenienses que conducía Menesteo, hijo de Peteo, seguido de Fidas, de Stikio y del gran Bias. Y los jefes de los epeos eran Meges Fileida, Anfión y Drakio. Y los jefes de los ftiotas eran Medón y el

ágil Meneptolemo. Medón, hijo bastardo del divino Oileo y hermano de Ajax, habitaba en Filaca, lejos de la tierra natal, porque mató al hermano de su suegra Eriopis; y Meneptolemo nació de Ificlo Filakida. Y combatían ambos á la cabeza de los magnánimos fitotas, entre los beocios, en defensa de las naves.

Y Ajax, el ágil hijo de Oileo, se mantenía siempre al lado de Ajax Telamonieno. Como dos negros bueyes que en pareja y con isócrono jadeo arrastran por el noval el arado pesado, mientras mana el sudor de la raíz de sus cuernos, y unidos á distancia por el yugo caminan en el surco, abriendo con la reja la profunda tierra, así ambos Ayaces iban sin separarse. Seguían al Telamoniada numerosos y bravos guerreros, llevándole el escudo cuando el sudor y la fatiga hacían flojear sus piernas. Pero no seguían al magnánimo Oiliada los locrienos, porque no les gustaba combatir formados; y no tenían yelmos de bronce empenachados con crines de caballo, ni convexos escudos, ni lanzas de fresno, y ante Troya llegaron armados sólo de arcos y hondas de lana, con los que abrían brechas sin cesar en las troyanas falanges. Y combatían aquéllos, cubiertos por sus hermosas armaduras, contra los troyanos y Héctor revestido de bronce, y los otros, ocultos detrás de ellos, lanzaban de continuo innumerables flechas.

Habrían huído entonces miserablemente los troyanos, alejándose de las tiendas y las naves, hacia la santa Ilios, si Polidamas no hubiese dicho al bravo Héctor:

—¿Será posible, Héctor, que escuches un consejo? Porque un Dios te permite distinguirte en la guerra, quieres también aventajar á los demás en sabiduría. Pero no todo has de poseerlo. Los Dioses

conceden el valor á unos, á otros el arte de la danza, á otros el de la cítara y el canto. A éste otorgóle el previsor Zeus un prudente espíritu provechoso á los hombres, que le permite salvar en ocasiones las ciudades y recoger para sí el fruto de su prudencia. Por todas partes brilla la corona de la guerra en torno tuyo, y los magnánimos troyanos que escalaron la muralla huyen con sus armas ó combaten escasos y dispersos alrededor de las naves. Vuélvete y llama aquí á los jefes todos para que en consejo deliberemos acerca de si debemos asaltar las naves confiando en que un Dios nos conceda la victoria, ó si es preciso que retrocedamos antes de que nos derroten. Recelo que los acaïenos venguen hoy su fracaso de ayer, pues en las naves hay un hombre insaciable de guerra que creo no ha de abstenerse ya por mucho tiempo de venir á la lucha.

Habló así Polidamas, y su prudente consejo convenció á Héctor que, saltando del carro con sus armas, dijo en palabras aladas:

—Retén aquí á todos los caudillos, Polidamas, que yo voy ahora hacia el combate, y les convocaré, regresando en seguida.

Habló así, y semejante á nevada montaña, corrió lanzando gritos entre troyanos y aliados. Y al oír las voces de Héctor acudieron todos junto al Pantoida Polidamas. Y el Priamida Héctor buscaba entre los combatientes á Deifobo, y al rey Heleno, y al Asiada Adamas, y al Hirtakida Asio. Y los encontró á todos, pero muertos ó heridos, al pie de las naves acaïenas, donde á manos de los argienos hubieron muchos de rendir su alma.

Y vió á la izquierda del mortal campo de batalla al divino Alejandro, esposo de Helena la de hermosa cabellera, animando á los suyos al com-

bate. Y parándose ante él, le dijo estas palabras injuriosas:

—Miserable Paris, dotado de sin igual belleza, seductor de mujeres, ¿dónde están Deifobo, el rey Heleno, el Asiada Adamas y el Hirtakida Asio? ¿Dónde está Otrioneo? Hoy es el día en que la santa Ilios cruje desde su altura, y tú sólo trajiste esta ruina terrible.

Y le contestó el divino Alejandro:

—Te complaces en acusarme, Héctor, de lo que no tengo la culpa. No porque á veces me retire del combate creas que mi madre me parió cobarde. Desde que á nuestros compañeros invitaste á luchar junto á las naves, hemos combatido sin tregua contra los danaenos. Murieron esos por quienes me preguntas, á no ser Deifobo y el rey Heleno, heridos ambos en la mano por sendas y robustas lanzas, aunque el Cronión libróles de la muerte. Llévanos adonde te ordenen ir tu corazón y tu alma, que estamos prontos á seguirte y no creo que cejemos en el combate mientras nos lo permitan nuestras fuerzas. A nadie es dable combatir sobre la medida de sus fuerzas.

Cuando hubo hablado así, aplacó el alma de su hermano, y acudieron al sitio en que era más furiosa la refriega y en el que hallábanse Kebriones y el irreprochable Polidamas, Fakes, Orteo, el divino Polifetes, y Palmis, y Ascanio, y Moro, hijo de Hipotión.

Llegaron éstos el día antes para suplir á los otros guerreros de la fértil Ascania, y ya Zeus les empujaba al combate.

Y caminaban todos, semejantes á los torbellinos de viento enviados por el Padre Zeus á los campos á la par que el trueno, y cuyo estrépito se mezcla con el estampido del proceloso mar de innúmeros

rumores, que hincha sus olas blancas por la espuma mientras se arrollan unas á otras.

Así se sucedían los troyanos tras de sus caudillos refulgentes de bronce. Y conduciales el Priamida Héctor, comparable á Ares, que llevaba ante él su escudo regular hecho de espesas pieles cubiertas por láminas de bronce. Y ceñido á las sienes resplandecía su palpitante casco. Y resguardado tras de su escudo iba en busca de las falanges para hendirlas en todas direcciones. Pero no amilanó el alma de los acaienos en sus pechos, y antes de que él lo hiciera, adelantóse á provocarle Ajax:

—¡Ven, desventurado! ¿Por qué intentas concluir con los argienos? ¿No sabes que estamos duchos en la lucha? De Zeus ahora nos aflige el azote fatal. Sin duda crees que vas á destruirnos las naves; pero han de rechazarte nuestras manos, y en breve será tomada y saqueada por nosotros tu ciudad populosa. En verdad te digo que llegará día en que huyendo suplicarás al Padre Zeus y á los otros Inmortales para que tus caballos sean más veloces que el milano, llevándote á Ilios dentro de una nube de polvo alzado en la llanura.

Y en tanto hablaba así, un águila pasó por las alturas volando en línea recta, y alegráronse los acaienos de este augurio. Y le contestó el ilustre Héctor:

—¿Qué dices, orgulloso é insensato Ajax? ¡Pluguiera á los Dioses que fuese yo hijo de Zeus tempestuoso, y que me hubiese dado á luz la venerable Here, como cierto es que este día resultará fatal á los argienos, y tú mismo has de caer si haces frente á mi larga lanza, que desgarrará tu cuerpo delicado, y al pie de las naves acaienas, con tu carne y tu grasa saciarás el hambre de los perros de Ilios y las aves de rapiña!

Cuando hubo hablado así, continuó avanzando, y sus compañeros le siguieron entre inmensos clamores que repetía el ejército á su espalda. Y los argienos, recobrados sus bríos, respondieron con gritos á los gritos, y subía el clamoreo de ambos bandos hasta el propio Eter, entre los esplendores de Zeus.





RAPSODIA XIV

Estaba Néstor bebiendo cuando llegaron hasta él los ecos del humano tumulto, impulsándole á decir al Asclepiada con palabras aladas:

—¿En qué parará todo esto, divino Macaón? El clamor de los jóvenes acrece en torno de las naves. Quédate aquí bebiendo de este refrigerante vino, mientras Hecámada la de hermosos cabellos entibia el agua que ha de lavar la sangre de tu herida. Yo voy á ver desde una loma lo que ocurre.

Cuando hubo hablado así, de la tienda tomó el escudo de su hijo, el bravo Trasimedes, que tomó á su vez el escudo refulgente de su padre. Y también empuñó una fuerte lanza con el cuento de bronce, y al salir de la tienda, se ofreció á su vista lamentable espectáculo: trastornados huían los acaienos,

persiguiéndoles los magnánimos troyanos luego de haber derruido el muro. Como se torna negra la onda silenciosa del vasto mar ante el presentimiento de los vientos impetuosos, y sin saber aún por qué lado soplará su furia permanece inmóvil, así el anciano dudaba sin saber si mezclarse á la muchedumbre de jinetes danaenos, ó si ir á reunirse con Agamenón, príncipe de pueblos. Al fin juzgó más conveniente marchar en busca del Atreida.

Y en tanto, en la refriega matábanse unos á otros troyanos y danaenos, y sobre sus cuerpos resonaba el bronce sólido cuando se herían con sus espadas y lanzas de dos puntas.

Y encontró Néstor á los Reyes divinos heridos por el bronce, el Tideida, Odiseo y el Atreida Agamenón, que volvían de las naves. Alejados del campo de batalla, se sacaron sus naves las primeras á la arena del blanco mar, porque las que llegaron antes estaban colocadas junto á la llanura y protegía el muro sus popas. Aun siendo ancha la playa, no podía contener todas las naves sin reducir el campo; y los acaienos hubieron de ordenarlas por hileras dentro de la garganta que en la costa forman dos promontorios.

E iban juntos los reyes, apoyándose en sus lanzas, y afligido en el pecho les palpitaba el corazón. Y asustáronse cuando vieron llegar al viejo Néstor, á quien el rey Agamenón dijo en seguida:

—¡Oh Néstor Neleíada, gloria de los acaienos! ¿Por qué vuelves del combate fatal? Mucho me temo haya cumplido el valiente Héctor la amenaza que en el ágora de los troyanos hizo de no regresar á Ilios hasta no haber abrasado las naves y asesinado á los acaienos todos. Lo prometió y lo lleva á cabo. ¡Ah! Una cólera igual á la de Akileo sienten contra mí ahora los acaienos de hermo-

sas grebas y rehusan combatir alrededor de las naves.

Y le contestó el jinete gerenieno Néstor:

—A fe que es cierto cuánto dices, y ni el propio Zeus, que truena en las alturas, podría deshacer lo hecho ya. Destruído está el muro que nos envanece de levantar ante las naves á manera de baluarte inaccesible. Y he aquí que los troyanos combaten en las naves ahora, y no sabríamos distinguir, aunque con atención miráramos, hacia qué lado corren los acaienos en su desconcierto. Pero por todas partes caen y al Urano suben sus clamores. Deliberemos, pues, acerca de estas calamidades, y veamos si todavía hay alguna solución que pueda sernos útil. No os pido que retornéis á la refriega, porque á un herido no es dable luchar.

Y le contestó Agamenón, rey de los hombres:

—Néstor, cuando el combate se libra ya en las naves y resultaron inútiles el muro y el foso que con tanto trabajo edificaron los danaenos, creyendo servirían de antemural inaccesible, es porque al potentísimo Zeus le agrada que perezcan sin gloria y lejos de Argos los acaienos todos. Tiempo hubo en que socorría á los danaenos; pero no se me escapa que al presente honra á los troyanos cual si de bienaventurados se tratase, y encadena nuestro vigor y nuestros puños. Obedeced ahora mis palabras. Botemos á la mar las naves que estén más próximas, teniéndolas ancladas hasta llegar la noche; y si los troyanos cesan de combatir, arrastraremos al divino mar las demás naves. No debe avergonzarnos rehuir con ayuda de la noche nuestra completa ruina, que mejor es rehuir las desventuras que verse abrumado por ellas.

Y mirándole con torvos ojos, díjole el prudente Odiseo:

—Atreída, ¿qué impropias palabras de entre tus dientes se escaparon? Merecerías conducir un ejército de cobardes en lugar de mandarnos á los que por Zeus fuimos elegidos para mantener ásperas guerras desde la juventud hasta la vejez y hasta la muerte. ¿Quieres, por lo visto, renunciar á la gran ciudad de los troyanos, por cuya conquista sufrimos tantos sinsabores? Cállate y que ninguno de los acaienos te oiga esas palabras que no debió pronunciar nunca un hombre de recto espíritu, un Rey á quien obedecen pueblos tan numerosos como los que entre los acaienos acaudillas. Yo, por mi parte, condeno tu orden de arrastrar al mar las naves bien construídas, alejándolas de los clamores del combate. ¿Crees que no sería lo mismo complacer en sus deseos á los troyanos victoriosos? ¿Cómo sostendrían el combate los acaienos mientras arrastraran las naves al mar? Sin pensar más que en las naves descuidarían el combate. ¡Funesto nos sería tu consejo, príncipe de pueblos!

Y le contestó Agamenón, rey de los hombres:

—A mi corazón llegaron tus ásperas palabras, ¡oh Odiseo! No quiero que los hijos de los acaienos boten al mar, de su grado, las bien construídas naves. Ahora, si alguno, viejo ó joven, tiene que dar un consejo mejor, hable y me regocijaré con su palabra.

Y habló así entonces entre ellos el bravo Diomedes:

—Con vosotros está quien invocaste, y poco hemos de discutir si queréis obedecer. No me vituperéis porque hable siendo el más joven, pues nací de ilustre padre y pertenezco á un linaje glorioso, que mi padre es Tideo y ocupa ancho sepulcro en Tebas. Engendró Porteo tres hijos irreprochables que habitaron en Pleuron y en la alta Calidón: Agrio,

Melas, y el tercero era el jinete Eneo, el padre de mi padre y el más bravo de los tres. Y vivió éste en su tierra; pero mi padre hubo de residir en Argos porque así plugo á Zeus y á los otros Dioses. Y casó con una de las hijas de Adrestes, nadando en la abundancia, pues poseía en sus dominios muchos campos fértiles rodeados de vergeles. Y sus ovejas eran numerosas, y se hizo célebre su lanza entre los acaienos todos. Ya sabéis que digo la verdad y no vengo de una raza vil, no habiendo por qué desdeñar mis palabras. Vamos al campo de batalla, y en lugar seguro, ya que estamos heridos y no conviene recibir una herida tras otra, animemos y excitemos á los acaienos que se cansen y dejen de combatir valerosamente.

Habló así, y gustosos le escucharon y le obedecieron. Y les precedía Agamenón, rey de los hombres. Y el Ilustre que conmueve la tierra les advirtió y fué á ellos bajo la envoltura humana de un anciano. Y tomó de la diestra al Atreida Agamenón, y le dijo:

—Atreida, el corazón feroz de Akileo regocijase en su pecho al ver la fuga y destrucción de los acaienos, pues el rencor le ofusca. ¡Ojalá un Dios le devolviese una vergüenza igual! No están irritados contigo todos los Dioses dichosos. Todavía has de ver á los príncipes y caudillos troyanos alzar una polvareda en la llanura, huyendo á su ciudad para alejarse de las tiendas y naves.

Cuando hubo hablado así, precipitóse al llano lanzando un inmenso alarido cual el que á la vez pudieran dejar salir de sus pechos nueve ó diez mil hombres empeñados en el combate. No menor fué el grito del Rey que conmueve la tierra. Y vertió en el alma de los acaienos la pujanza y el anhelo de guerrear y luchar.

Asentada en su trono de oro, desde la cumbre del Olimpo contemplaba Here, y reconoció en seguida á su hermano en aquel que bullía dentro de la gloriosa batalla, y se alegró su corazón. Y vió á Zeus descansando sobre la cúspide del Ida, donde nacen los manantiales, y se le hacía odioso. Pensó en seguida la venerable Here la de los ojos de buey un medio de engañar á Zeus tempestuoso, y el que mejor le pareció fué ir á encontrarle allá en el Ida para excitar en él el amoroso deseo de su belleza, con el fin de que luego le cerrara los párpados y le obscureciese las ideas un sueño dulce y profundo.

Y entró en la cámara nupcial construída por su muy amado hijo Hefesto, que ajustó á las puertas un cerrojo secreto, merced al cual ningún Dios habría podido abrirlas. Y ante todo, lavó con ambrosía la Diosa su hermosísimo cuerpo, perfumándose después con un óleo divino, cuyo aroma se esparcía por la morada de Zeus y el Urano y hasta sobre la tierra. Y perfumado ya su bello cuerpo, peinó su cabellera, trenzando con las propias manos sus cabellos resplandecientes, hermosos y divinos, que emergían flotantes de su cabeza inmortal. Y se vistió una clámide divina que Atenea por sí misma había tejido y adornado con maravillas mil, y la prendió á su pecho con unos broches de oro. Y ajustóse un ceñidor de cien franjas, y en sus orejas puso pendientes labrados con primor y ostentando cada uno tres piedras preciosas. Y de su ser entero emanaba la gracia. Por último envolvióse en un velo blanco como Helios, calzando á sus hermosos pies lindas sandalias. Y ataviada así salió de su cámara nupcial, llamando aparte de los otros Dioses á Afrodita, á quien dijo:

—¿Me concederás, querida hija, lo que voy á pe-

dirte ó no querrás servirme, enfadada porque protejo á los danaenos mientras tú favoreces á los troyanos?

Y le contestó Afrodita, hija de Zeus:

—Dime lo que deseas, venerable Here, hija del gran Cronos, porque mi corazón me ordena complacerte, si ello está en mí y es posible.

Y le contestó la venerable Here, que medita astucias:

—Dame el amor y el deseo con cuya ayuda domañas á los Dioses Inmortales y á los mortales hombres. Voy al limite de la tierra á ver á Oceano, origen de los Dioses, y á la maternal Tetis, los cuales en su casa me criaron y educaron, cogiéndome de los brazos de Rea, cuando Zeus el de la amplia mirada hundió á Cronos bajo la tierra y bajo el mar estéril. Voy á visitarles para poner paz en sus amargas disensiones. Hace mucho tiempo que no comparten el mismo tálamo, porque anidó en su corazón la cólera. Si consigo con mis palabras convencerles y hacer que duerman en el mismo lecho para unirse de amor, me llamarán su muy amada y venerable.

Y contestó Afrodita la que ama las sonrisas:

—Nada puedo rehusarte á tí, la que se acuesta en brazos del gran Zeus.

Habló así, y desató de su pecho el ceñidor de variados matices donde residen todas las voluptuosidades, y el amor, y el deseo, y la plática amorosa, y la elocuencia persuasiva que conturba á los más cuerdos. Y dejando este ceñidor en las manos de Here, le dijo:

—Toma este ceñidor de variados matices, donde residen todas las voluptuosidades; ajústale á tu seno, y no regresarás sin haber conseguido lo que deseas.

Habló así, mientras la venerable Here, que reía, á su seno ajustóse jubilosa el ceñidor aquel. Y volvió á su morada Afrodita, hija de Zeus; y Here abandonó contenta la cumbre del Olimpo. Atravesando luego la Pieria y la riente Ematia, ganó las nevadas montañas de los tracios sin que sus pies tocaran en la tierra. Y descendió del Atos hasta el mar agitado, llegando á Lemnos, la ciudad del divino Toas, donde encontró á Hipnos, hermano de Tanato. Y asiéndole la mano, le dijo estas palabras:

—Hipnos, rey de todos los Dioses y los hombres: si otras veces quisiste oirme, obedéceme hoy, y nunca cesaré de darte gracias. Bajo sus párpados aduerme los ojos espléndidos de Zeus cuando me acueste yo en sus brazos, y he de entregarte un hermoso trono incorrupto y de oro en su totalidad, construido por mi hijo Hefesto, cojo de ambas piernas; y añadiré á él un escabel para que apoyes tus bellos pies durante la comida.

Y habló así en respuesta el dulce Hipnos:

—Here, venerable Diosa, hija del gran Cronos, á cualquier otro de los Dioses eternos, aun al manantial Oceano, fuente de todas las cosas, le amodorraría; pero no adormeceré á Zeus Cronión mientras él no me lo ordene. Por causa tuya estoy escarmentado desde aquel día en que su hijo magnánimo, navegando, se alejaba de Ilios, saqueada la ciudad de los troyanos. Y envolvía yo entonces dulcemente los miembros de Zeus tempestuoso, en tanto meditabas tú calamidades, y desatando sobre el mar el soplo de los vientos furiosos, empujabas á Heracles hacia la bien poblada Coa, distanciándole de todos sus amigos. Y al despertarse Zeus indignado, dispersó por el Urano á todos los Dioses; y me buscaba para precipitarme al mar desde lo alto

del Eter, y lo habría hecho si Nix la que vence á los Dioses y á los hombres no me hubiera salvado cuando fui á suplicarla fugitivo. Y aunque iracundo, se apaciguó Zeus temiendo disgustar á la rápida Nix. ¡Y ahora me mandas que corra igual peligro!

Habló así, y la venerable Here la de los ojos de buey le contestó:

—¿Por qué te inquietas, Hipnos? ¿Crees que Zeus el de la amplia mirada va á enfadarse á causa de los troyanos tanto como á causa de su hijo Heracles? Ven y te daré por esposa á la más joven de las Carites, á Pasitea, á quien deseas de continuo.

Habló así, y le contestó Hipnos, poseído de alegría:

—Jura por el agua de la Stigia con juramento inviolable, tocando con una mano la tierra y con la otra el mar marmóreo, y sean testigos los Dioses subtartáreos que en torno á Cronos viven, de que me darás á Pasitea, á quien deseo de continuo.

Habló así, y en la forma que él deseaba juró Here la de los brazos blancos, nombrando á todos los Dioses subtartáreos denominados titanes. Y después de prestar el juramento, cubiertos de una nube, abandonaron ambos Lemnos é Imbro, haciendo velozmente el camino. Y dejando en Lecto el mar, llegaron al Ida, que abunda en fieras alimañas y en manantiales, y movíanse bajo sus pieles frondas de los bosques. Allá quedóse Hipnos rezagado, y subiendo á un gran pino que crecía en el Ida, revoloteó entre su ramaje espeso, tomando la apariencia del pájaro ruidoso que los hombres llaman Calkis y Kimindis los Dioses.

Escaló Here con rapidez el alto Gárgaro, que se halla en la cima del Ida. Y en cuanto la vió Zeus, que amontona las nubes, se apoderó de él

el deseo como antaño cuando compartían el mismo lecho alejados de sus muy amados padres. Y aproximándose á ella, le dijo:

—¿Por qué dejaste el Olimpo, Here, y vienes sin tus caballos ni tu carro?

Y le contestó la venerable Here, que medita astucias:

—Voy al límite de la tierra á ver á Oceano, origen de los Dioses, y á la maternal Tetis, los cuales en su casa me criaron y educaron. Voy á visitarles para poner paz en sus amargas disensiones. Hace mucho tiempo que no comparten el mismo tálamo, porque anidó en su corazón la cólera. Al pie del Ida de numerosas fuentes se hallan los caballos que me llevan á la tierra y al mar. Y dejé ahora el Olimpo para venir á contártelo, temeroso de tu cólera si te ocultaba que iba á la mansión del profundo Oceano.

Y le dijo Zeus, que amontona las nubes:

—Espera, Here, y partirás más tarde. Acostémonos ahora pletóricos de amor. Nunca el deseo por poseer á una Diosa ó á una mujer avasalló mi corazón tan por completo. Jamás he amado tanto á la esposa de Ixión, la que parió á Peiritoo, comparable á un Dios en sabiduría; ni á la hija de Acrisión, la bella Danae, que parió á Perseo, el más ilustre de los hombres todos; ni á la hija del magnánimo Fénix, la cual parió á Minos y á Radamantes; ni á Semele, que parió á Dionisos, alegría de los hombres; ni á Alcmena, que parió también en Tebas á mi robusto hijo Heracles; ni á la reina Demeter la de hermosos cabellos, ni á la ilustre Leto, ni á ti misma, porque jamás sentí hacia ti tanto deseo y tanto amor.

Y le contestó la venerable Here, rica en astucias:

—¿Qué dices, formidable Cronida? ¿Cómo quieres que en este instante nos unamos de amor en la cima del Ida, que está expuesto á todas las miradas? Si alguno de los Dioses que eternamente viven nos advirtiera yacer juntos, se lo contaría á los demás, y al salir de tu lecho, no osaría yo volver á entrar en tus moradas, pues me lo impediría la vergüenza. Pero ya que tu deseo y tu voluntad son cuales dices, puertas sólidas tiene la cámara nupcial construída por tu hijo Hefesto, y allá podemos irnos á dormir, pues que te place compartamos un mismo tálamo.

Y le contestó Zeus el que amontona las nubes:

—No temas que te vea ningún Dios ni ningún hombre. Te envolveré en una nube de oro que ni el propio Helios pueda penetrar, aunque á su luz nada se escapa.

Y el hijo de Cronos tomó en sus brazos á la Esposa. Y para que de lecho les sirviesen, la tierra hubo de crear tres hierbas nuevas: el loto brillante de rocío, el azafrán y el jacinto opaco y blando. Y sobre ellas durmieron ambos Dioses, envueltos por una nube de oro, mientras caía á su alrededor diamantino rocío.

Así dormía tranquilamente sobre el alto Gárgaro el Padre Zeus, rendido por el sueño y el amor, oprimiendo á la Esposa entre sus brazos. Y corrió el dulce Hipnos á las naves de los acaienos para dar la noticia Al que conmueve la tierra, diciéndole con palabras aladas:

—Apresúrate, Poseidaón, á venir en ayuda de los acaienos y concédeles la victoria, aunque no sea más que durante los instantes que Zeus duerme, porque en un sueño blando le dejé sumido tras reducirle Here por el amor para que después se adormeciera.

Habló así, y volvió á las ilustres tribus de los hombres, no sin excitar antes de nuevo á Poseidaón para que socorriese á los danaenos, y Poseidaón gritó, lanzándose á las primeras filas:

—¡Argienos! ¿Acaso vamos otra vez á abandonar la victoria al Priamida Héctor, dejándole que se apodere de las naves y más tarde se glorie de su hazaña? Aunque al presente triunfa, porque Aquileo, rencoroso, continúa en sus abiertas naves, no le echaríamos de menos mucho si supiésemos defendernos unos á otros. ¡Adelante! Obedecedme todos y salgamos cubiertos con nuestros escudos mejores y mayores, llevando á la cabeza los lucientes cascos y en la mano las largas picas. Yo he de conducirlos, y no creo que el Priamida Héctor ose aguardarnos, á pesar de su plétora de audacia. Si los más valerosos llevan escudos ligeros, cédselos á los más débiles y resguárdense tras de otros mayores.

Habló así, y hubo de obedecerle cada uno. Y los mismos Reyes, aunque heridos, ordenaron sus filas. Y recorrían las líneas el Tideida, Odiseo y el Atreida Agamenón, y cambiaban las armas, dando las más fuertes á los más robustos y las menos á los menos vigorosos. Y todos avanzaron revestidos de resplandeciente bronce, y El que conmueve la tierra precedía, empuñando en su forzuda mano un terrible espadón que se diría un relámpago, y ninguno afrontarlo podría en la refriega lamentable, poseído de terror al verlo.

Por su parte, el ilustre Héctor alineaba á los troyanos en orden de batalla. Y ambos organizaban una lucha horrible, tanto Poseidaón el de la cabellera azul como Héctor, éste en auxilio de los troyanos y en el de los acaienos aquél. E inundaba el mar la playa hasta las tiendas y las naves, y los

dos pueblos se acometían en medio de una algazara enorme, que ni el agua del mar saltando por la orilla á impulso del furioso Bóreas, ni el crepitar de un vasto incendio abrasando una selva situada en la garganta de dos montes, ni el viento que ruge en las encinas grandes, son tan terribles cual el inmenso estrépito producido por acaienos y troyanos al arrojarse unos sobre otros.

Y el ilustre Héctor lanzó el primero su pica contra Ajax, que se había vuelto hacia él. No erró el golpe, pues atinó á darle en el pecho con la pica; pero el correón que sostenía el escudo y el tahalí de la espada, cruzándose en el sitio donde fué alcanzado, preservaron su delicada carne. Afligióse Héctor al ver que en balde lanzó el arma veloz, y hubo de refugiarse entre la muchedumbre de los suyos para eludir la muerte. Pero el gran Telamonio Ajax abrazó uno de los peñascos que había bajo las plantas de los combatientes y eran utilizados para sujetar las naves, atando á ellos sus cables; y levantándolo y haciéndolo rodar, hirió con el enorme bloque á Héctor en el pecho, por encima del escudo, junto al cuello. Como cae una encina desgajada por la centella del gran Zeus, entre un olor de azufre, espantando el terrible rayo á unos y á otros, así cayó en el polvo el vigor de Héctor. Y la pica escapóse de su mano, y saltaron el casco y el escudo, resonando todas sus broncíneas armas.

Y acudieron gritando los hijos de los acaienos con la esperanza de arrastrarle á sí, y lanzaron innumerables proyectiles; pero ninguno pudo herir al príncipe de pueblos, porque le resguardaron en seguida los más bravos: Polidamas, Eneas y el divino Agenor, y Sarpedón, jefe de los likenses, y el irreprochable Glauco. Ninguno descuidóse en soco-

rrerle, colocando ante él todos sus convexos escudos. Y en brazos transportáronle sus compañeros lejos de la refriega, al paraje donde se hallaban sus veloces caballos con el carro y el conductor. Y llevaron hacia la ciudad entre gemidos. Y llegados que fueron al vado del Xanto caudaloso que Zeus engendró, del carro descendieron al héroe y le bañaron. Volvió él en sí y abrió los ojos; pero vomitando negra sangre, abatió las rodillas y de nuevo cayó en tierra, envolviéndole una noche negra, porque el golpe de Ajax le había aniquilado.

Al ver que retiraban á Héctor, los argienos se abalanzaron con más furia aún á los troyanos, pensando sólo en combatir. Dió primero un salto el rápido Ajax, hijo de Oileo, hiriendo con su aflada lanza á Satnio Enopida, á quien trajo al mundo la irreprochable ninfa Neis, seducida por Enops, que apacentaba sus rebaños en las riberas del Satnois. Y el ilustre Oiliada hirióle con su lanza en el vientre, haciéndole caer de bruces, y en torno á su cadáver empeñaron una terrible lucha troyanos y danaenos. Y el Pantoida Polidamas fué á vengarle, alcanzando en el hombro derecho á Protoenor Areilikida, y la fuerte lanza penetró en la carne. Y desplomóse Protoenor, asiendo con las manos el polvo, mientras gritaba Polidamas insolentemente:

—No fué inútil el arma que disparó la mano del magnánimo Pantoida. En su cuerpo la recibió un argieno, que se apoyará en ella para descender á las mansiones de Edes.

Habló así, y poseyó el dolor á los argienos al oírle gloriarse de este modo. Y viendo caer junto á él á Protoenor, conturbóse el belicoso Telamonieno Ajax. Y disparó en seguida su pica contra Polidamas, que se retiraba entonces; pero evitó la muerte dando un salto á un lado, y recibió el golpe el

Antenórída Arkeloco, pues los Dioses le tenían ya destinado el fin. Quedó herido en la última vértebra del cuello, cortándosele los dos músculos que en ese sitio hay, y antes que sus rodillas, tocaron en el suelo su cabeza, su boca y sus narices.

Y Ajax gritó al irreprochable Polidamas:

—Mira, Polidamas, y dime la verdad. ¿No basta este guerrero muerto para vengar á Protoenor? Me parece que no era ni cobarde ni de estirpe vil. Debe ser hermano ó hijo del domador de caballos Antenor, pues tiene su aire de familia.

Y habló así, conociéndole bien. Y el dolor se apoderó de los troyanos. Erguido ante su hermano muerto, hirió entonces de una lanzada Acamas al beocio Promaco cuando arrastraba por los pies el cadáver. Y gritó Acamas con ademán de triunfo:

—¡Argienos destinados á la muerte y pródigos en amenazas de continuo, no será el duelo sólo para nosotros, pues también moriréis! ¡Mirad! Vuestro Promaco duerme, vencido por mi lanza, y no permaneció mi hermano mucho tiempo sin que se le vengase. Así todo hombre anhela dejar en su morada un hermano que le vengue.

Habló así, y sus palabras insultantes llenaron de pena á los danaenos, irritando especialmente el alma de Peneleo, que arrojóse sobre Acamas. Pero no osó éste esperar el embate del rey Peneleo, que hirió á Ilioneo, hijo de Forbas, opulento en rebaños, á quien amaba Hermes como á ninguno de los troyanos, y hubo de dar muchas riquezas. Y Peneleo le alcanzó en el fondo del ojo, bajo el párpado, desprendiéndole la pupila. Y atravesando el ojo, salió la lanza por detrás de la cabeza, é Ilioneo cayó con las manos extendidas. Luego, sacando Peneleo de la vaina su afilada espada, le cortó la cabeza, que rodó por el suelo con el casco y con la

fuerte lanza clavada todavía en el ojo. Y la alzó Peneleo, y gritó mostrándola á los troyanos:

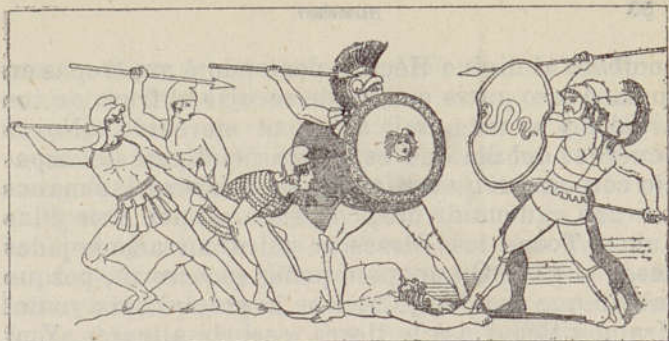
—Id de mi parte, troyanos, á decir al padre y á la madre del ilustre Ilioneo que ya pueden en su casa llorar. ¡Ah! Tampoco la esposa del Alegenórida Promaco ha de alegrarse al retorno de su muy amado esposo cuando se alejen de Troya los hijos de los acaienos, regresando en sus naves.

Habló así, é invadió el pálido terror á los troyanos, y cada cual entre ellos miraba en torno suyo, buscando un medio de eludir la muerte.

Decidme ahora, Musas que habitáis en las olímpicas moradas, quién de los acaienos se apoderó primero de sangrientos despojos cuando el Ilustre que conmueve la tierra derivó hacia su bando la victoria.

El primero fué Ajax Telamonieno, que hirió á Hirtio Girtiada, caudillo de los valientes misios. Y Antiloco mató á Falkes y á Mérmero, y Meriones mató á Moris y á Hipotión, y Teucero mató á Protoón y á Perifetes, y el Atreida Menelao hirió en el ijar á Hiperenor, príncipe de pueblos, desgarrándole los intestinos, y escapóse por la terrible herida el alma de la víctima, y cubrió sus ojos densa niebla. Pero Ajax, ágil hijo de Oileo, mató aún bastantes más, que ninguno podía competir con él en dar alcance á los que por Zeus son puestos en fuga.





RAPSODIA XV

En su huida franqueaban los troyanos la estacada y el foso, y caían muchos á manos de los daenios. Y al llegar al sitio en que tenían los carros, se pararon al fin, lívidos de terror.

Pero en las cúspides del Ida se despertó Zeus al lado de Here la del áureo trono. Y al incorporarse, miró á troyanos y acaienos, viendo en plena derrota á los primeros, perseguidos con furia por los argienos, á cuyo frente iba el rey Poseidaón. Y vió que rodeado por sus compañeros yacía Héctor en la llanura sin respirar apenas y vomitando sangre, pues no era el más débil de los acaienos quien le había herido.

Y á su vista sintió piedad el Padre de los hombres y de los Dioses, y dijo á Here, lanzándole una sombría mirada:

—¡Oh astuta! Tu estratagema ha alejado del

combate al divino Héctor, poniendo á sus tropas en fuga. Acaso antes que nadie recojas el fruto de tus ardidés y se me antoje darte tu merecido. ¿No te acuerdas del día que estuviste pendiente del espacio con un yunque en cada pie y sujetas las manos por una cadena de oro, colgando así del Eter y las nubes? Todos los Dioses te miraban acongojados desde el gran Olimpo, sin poder socorrerte, porque sabían que á quien lo hiciese le precipitaría yo del Urano y llegaría á la tierra casi sin alientos. Y ni aun entonces se extinguió la cólera que me embargaba desde que supe los sufrimientos del divino Heracles. Tú fuiste la que abrumóle á desventuras, llamando á Bóreas y á las tempestades para que bajaran al estéril mar, y la que le arrojó á las costas de la populosa Coos. Pero yo le salvé y le volví á Argos, fecunda en caballos. Acuérdate de todo esto y renuncia á tus astucias, ya que para engañarme no te basta con entregarte á mí en este lecho á espaldas de los Dioses.

Habló así, y se estremeció la venerable Here y le contestó con palabras aladas:

—¡Sean testigos Gaia el sabio, y el vasto Urano, y el agua subterránea de la Stigia, por quien solemnemente juran los Dioses dichosos, y tu cabeza sagrada y nuestro lecho nupcial, de que verdad es cuanto digo! No fué siguiendo instancias mías como Poseidaón el que conmueve la tierra venció á Héctor y á los troyanos, sino porque su corazón se lo dictaba y se compadecía de los acaienos desesperados alrededor de sus naves. Pero ahora iré y le aconsejaré que se retire y haga lo que tú ordenes, ¡oh Zeus, que amontonas las nubes!

Habló así, y el Padre de los Dioses y de los hombres sonrió, y le contestó estas palabras aladas:

—Si sentada entre los Inmortales manifestases

que conmigo estás conforme, ¡oh venerable Here de ojos de buey! el mismo Poseidaón, aunque no fuera su deseo, se sometería á nuestra voluntad. Si verdad es lo que dijiste y si de corazón hablaste, acude á la asamblea de los Dioses, llama á Iris y al ilustre arquero Apolo para que vaya la una hacia el ejército de los acaienos armados de corazas á decir al rey Poseidaón que se retire de la lucha y entre en sus moradas, y para que Febo Apolo haga recuperar las fuerzas á Héctor, calmando los dolores que le aquejan, con el fin de que el Priamida ataque á los acaienos nuevamente y les ponga en fuga. Y huirán éstos hacia las naves del Peleida, que dejará ir con ellos á su amigo Patroclo. Y á Patroclo le matará el ilustre Héctor ante Ilios cuando el Menetiada haya vencido á muchos, entre otros al divino Sarpedón, mi hijo. Y furioso el divino Akileo matará á Héctor. Y en adelante rechazaré siempre lejos de las naves á los troyanos, hasta el día que los acaienos tomen la alta Ilios por consejo de Atenea. Pero no depondré mi cólera ni permitiré que ninguno de los Inmortales socorra á los danaenos hasta que se realice el deseo del Peleida y cumpla yo la promesa que hice á la Diosa Tetis, cuando abrazada á mis rodillas me suplicaba que diese honores á Akileo el destructor de ciudadelas.

Habló así, y la Diosa Here la de los brazos blancos subió en seguida de las cimas del Ida al elevado Olimpo. Como vuela el pensamiento de un hombre que recorrió comarcas numerosas, y acordándose de lo que ha visto dice: «Allí estuve yo», también volaba vertiginosa la venerable Here, y llegó á la asamblea de los Dioses en el alto Olimpo, donde están las moradas de Zeus. Y al verla, se levantaron todos, ofreciéndole cada uno su copa

y admitiéndosela ella á Temis la de lindas mejillas, que salió la primera á su encuentro y le había dicho con palabras aladas:

—¿Por qué vienes tan turbada, Here? ¿Te ha asustado tu esposo, el hijo de Cronos?

Y le contestó la Diosa Here la de los brazos blancos:

—No me preguntes nada, divina Temis. Ya sabes cuán orgullosa y dura es su alma. Tú preside aquí el festín de los Dioses. Pronto, á la vez que todos los Inmortales, conocerás los fatales designios de Zeus. Me parece que ninguno de los hombres ni los Dioses se regocijará en lo sucesivo durante sus festines.

Habló así la venerable Here, y se sentó. Y los Dioses se entristecieron en la mansión de Zeus; pero la hija de Cronos sonrió amargamente, aunque su frente era sombría por encima de sus cejas azules; y dijo indignada:

—¡Qué insensatos somos! Nos enfadamos con Zeus y no queremos domeñarle con halagos ó por la violencia; y sentado él aparte, no se conmueve ni se preocupa de nuestra indignación, porque sabe que á todos los Dioses Inmortales supera en fuerza y en poder. Aguantad, pues, las desventuras que le plugo enviar á cada uno de vosotros. También alcanzan ya á Ares las calamidades, pues en la refriega pereció Ascalafó, á quien cual á ninguno amaba él y reconocía como hijo.

Hablo así, y Ares, golpeándose con las manos sus muslos vigorosos, dijo gemebundo:

—Habitantes de las moradas olímpicas, no os irritéis si desciendo á las naves de los acaienos para vengar la muerte de mi hijo, aun cuando fuera su destino caer entre los cadáveres, la sangre y el polvo, herido por el relámpago de Zeus.

Habló así, y ordenó al Miedo y á la Fuga que uncieran sus caballos, y cubrióse con sus armas espléndidas. Y entonces hubiérase encendido en el alma de Zeus una cólera mayor y más terrible contra los Inmortales, si Atenea, temiendo por los Dioses todos, no saltase del trono donde se asentaba y saliese al atrio. Allí arrebató de la cabeza de Ares el casco y de sus hombros el escudo y la lanza bronceína de su mano robusta, y reprendió al impetuoso Ares:

—¡Insensato! Has perdido la razón y vas á perecer. ¿Para qué tienes los oídos, sino para oír? ¿Para qué la inteligencia y el pudor? ¿No escuchaste las palabras de la Diosa Here la de los brazos blancos, enviada por Zeus al Olimpo? ¿Acaso quieres regresar víctima de mil desdichas, abrumado y quejoso tras de haber atraído calamidades á los otros Dioses? Porque en seguida dejaría Zeus á los troyanos y los acaienos magnánimos y nos precipitaría del Olimpo á inocentes y á culpables. Obedece mi mandato y reprime la cólera que sientes á causa de la muerte de tu hijo, pues otros más bravos y vigorosos que él murieron ya ó han de ser muertos en la lucha. Difícil es preservar de la muerte á las generaciones humanas.

Cuando hubo hablado así, invitó al impetuoso Ares á sentarse en su trono. Here llamó más tarde desde fuera del Olimpo á Apolo y á Iris, mensajera de todos los Dioses Inmortales, y les dijo con palabras aladas:

—Zeus os ordena que vayáis inmediatamente al Ida, y cuando estéis en su presencia, haced todo lo que os mande.

Cuando hubo hablado así, entró al Olimpo la venerable Here, sentándose en su trono. Y volaron presurosos ambos Inmortales, llegando al Ida, don-

de nacen fuentes y fieras. Y vieron á Zeus el de la amplia mirada sentado en la cima del Gárgaro y envuelto en perfumada niebla. Y se pararon ante Zeus, que amontona las nubes. Y satisfecho él de que tan pronto obedecieran las órdenes de la muy amada esposa, dijo á Iris con palabras aladas:

—Ve, ligera Iris, para hablar al Rey Poseidaón, cumpliendo como fiel mensajera. Dile que se retire de la liza y permanezca en la asamblea de los Dioses ó en el mar divino, y que si no obedece y desprecia mis mandatos, reflexione antes lo que hace. Con todo su vigor, no podría resistir mi empuje, porque mis fuerzas superan á las tuyas y soy el hermano mayor. ¡Guárdese, pues, de creerse igual al que temen los demás Dioses!

Habló así, y la ligera Iris la de aéreos pies descendió de las cimas Ideas hacia la santa Ilios. Cual de las nubes baja volando la nieve ó el grani-zo empujado por el soplo impetuoso de Bóreas, volaba la ligera Iris. Y parándose ante el Ilustre que conmueve la tierra, dijo:

—Poseidaón de cabellos azules, vengo enviada por Zeus tempestuoso, que te ordena retirarte de la liza y permanecer en la asamblea de los Dioses ó en el mar divino. Si no obedeces y desprecias sus mandatos, te amenaza con venir á pelear contigo y te aconseja que evites la pujanza de su brazo, porque sus fuerzas son muy superiores á las tuyas y es tu hermano mayor. ¡Guárdate, pues, de creerte igual á Aquel que temen los demás Dioses!

Y le contestó el Ilustre que conmueve la tierra:

—¡Ah! ¡Por muy poderoso que fuera él, no soportaría yo su arrogancia, pues á la fuerza quiere reducirme á mí, que soy su igual! Tres hermanos nacimos de Cronos y de Rea: Zeus, yo y Edes el que manda en las Sombras. Se dividió el mundo

en tres partes, y cada uno de nosotros recibió la suya. Y decidió la suerte que yo habitara siempre en el blanco mar y para Edes fueran las negras tinieblas y Zeus mandase sobre el amplio Urano en las nubes y el Eter. Pero la tierra y el elevado Olimpo fueron de los tres. He aquí por qué no pienso acatar la voluntad de Zeus, por poderoso que sea. Retenga en paz lo que le corresponde; pero no pretenda que me amedrente yo como un cobarde, y amenace á su antojo á los hijos y las hijas engendrados por él y á quienes la necesidad obliga á la obediencia.

Y le contestó la ligera Iris la de áereos pies:

—Poseidaón de cabellos azules, ¿he de transmitir á Zeus esas palabras duras y altaneras? ¿No cambiarás de modo de pensar? El espíritu de los cuerdos no es nunca inflexible, y ya sabes que las Erinnias protegen á los hermanos mayores.

Y le contestó Poseidaón el que conmueve la tierra:

—Dijiste bien, Diosa Iris. Todo buen mensajero debe estar revestido de prudencia; pero un dolor amargo se apodera de mi alma y de mi corazón cuando veo que Zeus quiere humillar á quien es su igual en derechos y honores. Cederé, aunque indignado; pero si contra mi voluntad, la de la devastadora Atenea, y Here, y Hermes, y el rey Hefesto, conserva un día la alta Ilios y se niega á dar la victoria á los argienos, sepa que será inexorable nuestro odio.

Cuando hubo hablado así, abandonó el pueblo de los acaienos, que se condolían de su marcha, y penetró en el mar. Y entonces Zeus el que amonтона las nubes dijo á Apolo:

—Ve, querido Febo, en busca de Héctor el de las bronceínas armas, porque El que conmueve la tie-

rra penetró ya en el mar huyendo de mi furia. En verdad que, si así no lo hiciese, á los Dioses subterráneos que viven junto á Cronos habria llegado el estrépito del terrible combate sostenido entre Poseidaón y yo; pero mejor para ambos es que, á pesar de su cólera, haya evitado caer en mis manos, pues costaría muchos sudores nuestra lucha. Tomátú la Egida de áureas franjas para que cuando la agites se asusten los héroes acaïenos. Arquero, cuida del ilustre Héctor é infunde en él una gran fuerza, á fin de que rechace hasta las naves y hasta el Helesponto á los hombres de Acaïa, que luego pensaré yo la manera de darles un respiro.

Habló así, y Apolo se apresuró á obedecer á su padre. Y descendió de la cumbre del Ida cual la más impetuosa de las aves, que es el milano matador de palomas. Y encontró al hijo del sabio Priamo, al divino Héctor, que no estaba tendido, sino sentado ya y con algunos ánimos, y reconocia á sus compañeros en torno á él. Y bastó el pensamiento de Zeus tempestuoso para que desaparecieran la fatiga y el sudor del héroe. Y se le aproximó Apolo, y le dijo:

—Héctor, hijo de Priamo, ¿por qué sentado y lejos de los tuyos permaneces ahí? ¿Qué dolor te invade?

Y le contestó con voz débil Héctor el del casco palpitante:

—¿Quién eres tú, ¡oh el mejor de los Dioses! que de ese modo me interrogas? ¿No sabes que, mientras yo diezmaba á sus compañeros al pie de las naves acaïenas, el valeroso Ajax me golpeó con un peñasco el pecho, anulando mi arresto y mi coraje? En verdad que creí ver hoy en la morada de Edes á los muertos y rendir el alma cara.

Y le contestó el real arquero Apolo:

—¡Recobra tu valor! Desde lo alto del Ida, el Cronión ha enviado en tu auxilio á Febo Apolo el de la espada de oro. Siempre protegi y protejo tanto como á ti mismo á tu alta ciudadela. ¡Ven! Enardece á los jinetes para que guíen sus caballos veloces hacia las naves abiertas, que contigo iré yo y allanaré el camino á los caballos y pondré en fuga á los héroes acaïenos.

Cuando hubo hablado así, infundió gran vigor al príncipe de pueblos. Como rompe el ronzal un caballo padre retenido algún tiempo ante el pesebre, y golpeando la tierra con sus cuatro patas corre á zambullirse en el claro río, y tras de sacudir sobre el cuello las crines, erguida la cabeza y orgulloso de su hermosura, va con fácil galope al sitio donde acostumbran á pastar las yeguas, así Héctor, á la voz del Dios, corría con ligeros pies, excitando á los jinetes. Cual persiguen los perros y pastores á un venado ó á una cabra montés que se escondiera en las oquedades de una roca ó en el bosque sombroso sin poder darle alcance y siendo sorprendidos de pronto por un barbudo león que, al escuchar sus gritos, acude y les dispersa á pesar de su empeño por seguir la caza, así los danaenos, que perseguían al enemigo con sus lanzas de dos puntas, asustáronse y se les cayó el alma á los pies cuando vieron que Héctor recorría las troyanas filas.

Y excitábales Toas Andremonida, que era el mejor guerrero etolio, y sabía manejar la lanza en el combate y tener firmeza en la refriega, aventajándole en el ágora escasos acaïenos. Y gritó:

—¡Ah! En verdad que por mis ojos veo un gran prodigio. He aquí al Priamida que escapó de la muerte. Todos creímos que perecería á manos de Ajax Telámonienno; pero sin duda nuevamente sal-

vó un Dios al que hizo que doblaran las rodillas tantos danaenos, y todavía matará á otros muchos, pues no retornaría á la lucha si no estuviera ayudado por el tonante Zeus. Mandemos que la turba se retire á las naves y esperémosle á pie firme nosotros, que somos los más bravos de la escuadra. Cuando tendamos nuestras largas lanzas hacia él, no creo que, aun con todo su vigor, pueda romper las filas danaenas.

Habló así, y todos le oyeron y le obedecieron. Y en torno de él aparecían los Ayaces, y el rey Idomeneo, y Teucro, y Meriones, y Meges, semejante á Ares; y reunían á los más bravos, preparándose para combatir contra Héctor y los troyanos. Y á espaldas suyas, volvía la multitud hacia las naves acaienas.

Y los troyanos fueron los primeros en atacar, precedidos de Héctor, á quien acompañaba Febo Apolo con los hombros cubiertos por una nube y agitando la Egida terrible de largas franjas que regaló á Zeus el forjador Hefesto para asustar á los hombres. Y con la Egida en la mano conducía á los troyanos. Y esperábanles á pie firme los argienos, elevándose de ambos bandos inmenso vocerío. De los nervios se escapaban las flechas, y las lanzas de las manos robustas; y aquéllas penetraban en la carne joven y las otras clavábanse en la tierra, ávidas de sangre, aunque sin punzar el bello cuerpo de los combatientes.

En tanto que Febo Apolo tuvo la Egida inmóvil en sus manos, se cruzaron los tiros y á su golpe caían los guerreros; pero cuando hubo de agitarla, dando gritos terribles, en derechura de los jinetes danaenos, hizo que en sus pechos se les turbara el corazón y olvidasen su valor y su fuerza.

Cual vacada ó rebaño numeroso de ovejas dis-

persado á menudo á media noche y en ausencia del pastor por dos bestias feroces, así los acaienos fueron acometidos de terror, poniéndoles en fuga Febo Apolo para dar la victoria á los troyanos. Cada hombre entonces mató á otro hombre en su huida. Héctor mató á Stikio y á Arkesilao, jefe de los beocios de bronceas túnicas el uno, y compañero fiel el otro del magnánimo Menesteo. Y Eneas mató á Medón y á Iaso. Y Medón era bastardo del divino Oileo y hermano de Ayax, habitando en Pilaca, lejos de su patria, porque quitó la vida al hermano de su madrastra Eriopis, la mujer de Oileo; y era Iaso un caudillo ateniense hijo de Sfelo Bucolida.

Y á Mekisteeo matóle Polidamas, y Polites mató á Ekio, que combatía en las primeras filas. Y el divino Agenor mató á Clonio é hirió por detrás Paris en el vértice del hombro á Deicoo fugitivo, y hubo de atravesarle con el bronce.

Mientras los vencedores arrebatában á los cadáveres sus armas, pasaban la estacada y el foso los acaienos y huían por doquiera, obligados á acogerse á la muralla. Pero ordenó Héctor en voz alta á los troyanos que dejaran los sangrientos despojos para abordar las naves:

—Al que de vosotros vea yo que se aleja de las naves he de darle muerte, sin que puedan colocarle en la pira sus hermanos ni sus hermanas y siendo destrozado su cuerpo por los perros ante nuestra ciudad.

Cuando hubo hablado así, hostigó á los caballos con el látigo, siguiéndole todos los troyanos, que con amenazadoras voces y algazara inmensa, avanzaron en sus carros. Y Febo Apolo, hollando fácilmente con el pie las orillas del foso, echó la tierra en medio, creando un camino cuya anchura era

tanta cual el espacio que puede recorrer la lanza disparada por un guerrero vigoroso. Y se arrojaron todos en tumulto, y precediéndoles Apolo con la Egida brillante, destruyó el muro de los acaienos con la misma soltura con que el niño destruye junto al mar los montones de arena que amasó y derriba jugando. Así, arquero Apolo, derribaste la obra que tanto trabajo y tanto esfuerzo hubo de costar á los argienos, á quienes hiciste huir.

Y se pararon éstos cerca de las naves, exhortándose unos á otros é implorando con las manos tendidas á los Dioses. Y el gerenieno Néstor, baluarte de los acaienos, también oraba, alzando los brazos al Urano estrellado:

—¡Padre Zeus! Acuérdate, ¡oh Olímpico! de que un día al quemar para ti rollizos cuartos de bueyes y de ovejas, te suplicamos que nos permitieses regresar á la patria y lo prometiste con un mohín de tu cabeza. Aleja nuestro día supremo y no toleres que los acaienos sean vencidos por los troyanos.

Habló así en su oración, y el sabio Zeus escuchó la plegaria del viejo Neleiada y tronó. Y al oír el trueno, creyendo comprender el pensamiento de Zeus tempestuoso, los troyanos se arrojaron con furia sobre los argienos. Como asaltan en alta mar el casco de una nave las enormes olas empujadas por el viento á cuyo impulso el agua se hincha, escalaban el muro los troyanos entre inmensos clamores; y fustigaban á sus caballos, combatiendo á lanzadas ante las naves; y desde lo alto de sus naves negras, rechazábanles los acaienos con esas largas perchas guarnecidas de bronce que hay en las naves para servirse de ellas en el combate naval.

En tanto que acaienos y troyanos combatían en

la parte exterior del muro, sentado Patroclo dentro de la tienda del irreprochable Euripilo, le entretenía con sus palabras, bañándole la herida con bálsamos que curan los amargos dolores; pero al ver que los troyanos habían franqueado el muro y huían gritando los acaïenos, hubo de condolerse, y golpeándose con las manos los muslos, exclamó lloroso:

—Euripilo, no puedo ya permanecer más tiempo aquí, á pesar de lo que sufres, porque ha estallado una pelea suprema. Haz que te cuide alguno de tus compañeros, pues se hace preciso que yo vaya en busca de Akileo á exhortarle para combatir. ¿Quién sabe si, ayudado por un Dios, conseguiré llegarle al alma? Poderoso es siempre el consejo de un amigo.

Y se alejó cuando hubo hablado así.

Los acaïenos, mientras, resistían el ataque de los troyanos, que no lograban romper las falanges de danaenos é invadir tiendas y naves, y aquéllos no podían rechazarles á distancia de las naves. Cual nivelado es el tablón con que construye una nave el hábil obrero á quien Atenea enseñó su ciencia toda, se igualaba el combate en torno de las naves.

Y el Priamida atacó al ilustre Ajax. Y ambos llevaban el peso del combate, sin poder aquél alejar al otro para prender fuego á las naves, ni éste rechazar al primero, á quien sostenía un Dios. Y el ilustre Ajax hirió con su lanza á Caletor, hijo de Clitio, cuando se disponía á quemar las naves; y desplomóse Caletor, dejando escapar de sus manos la antorcha; y apenas vió Héctor caer ante la negra nave á su pariente, gritó á troyanos y likenses:

—¡Troyanos, likenses y dardanienos belicosos, no abandonéis el combate empeñado ya de lleno, y

llevaos al hijo de Clitio para que los acaïenos no le despojen de sus armas!

Habló así, y lanzó contra Ajax su pica refulgente; pero erró el golpe y alcanzó á Licofón, hijo de Mastor y compañero de Ajax, con quien habitaba desde que mató un hombre en la divina Kitere. E hirióle el Priamida en la sien con su afilada lanza, y cayó al polvo Licofón desde lo alto de la popa, extinguidas sus fuerzas. Y estremecido Ajax al verle desplomarse junto á sí, llamó á su hermano:

—Amigo Teucro, ha muerto el compañero fiel que, alejado de Kitere, vivía con nosotros y á quien honrábamos como á uno de nuestros deudos muy amados. Le mató el magnánimo Héctor. ¿Qué se hizo de tus flechas mortales y del arco regalado por Febo Apolo?

Habló así, y oyóle Teucro, acudiendo con su curvo arco y el carcaj lleno de flechas. Y las disparó una á una á los troyanos. Y alcanzó á Cleito, hijo de Peisenor y compañero del ilustre Pantoida Polidamas, cuyo carro y caballos conducía entre las falanges en desorden por complacer á los troyanos y á Héctor. Pero se cebó en él la desgracia sin que nadie pudiese socorrerle; y la flecha le penetró en el cuello por detrás, haciéndole caer y retrocediendo los caballos con el carro vacío.

Y cuando lo vió el príncipe Polidamas, corrió en seguida á los caballos, confiándoselos á Astinoo, hijo de Protiaón, sin dejar de recomendarle que los situase cerca de él. Y de nuevo mezclóse con los combatientes.

Y Teucro disparó contra Héctor una flecha que le habría excluido del combate junto á las naves de los acaïenos si le hubiese alcanzado, arrancándole el alma; pero no pudo escapar á la vista del

sabio Zeus, que velaba por Héctor y privó al Telamoniano Teucro de esta gloria, pues rompió el tenso nervio cuando Teucro aprestaba el excelente arco. Y la flecha de bronceína punta se desvió, cayendo el arco de las manos del arquero. Y Teucro estremejóse y dijo á su hermano:

—¡Oh! En verdad que algún Dios se nos interpone en el combate, pues sólo él pudo arrancarme el arco de las manos y romper el nervio que completamente nuevo puse por mí mismo esta mañana con el fin de lanzar incalculables flechas.

Y le contestó el gran Telamoniano Ajax:

—Deja tu arco y tus flechas, amigo, ya que un Dios celoso de los danaenos desvía tus disparos. Toma una lanza larga, cuelga de tus hombros un escudo y combate contra los troyanos, animando á las tropas. Y así, al menos, no se adueñarán sin trabajo de nuestras naves bien construidas. Y ahora conviene que no nos olvidemos de combatir.

Habló así, y Teucro, dejando el arco dentro de su tienda, tomó una lanza sólida con el cuento de bronce; puso á sus hombros un escudo de cuatro placas y en su cabeza un excelente casco empenachado, apresurándose á volver junto á Ajax. Pero cuando hubo visto Héctor que las flechas de Teucro eran para él inútiles, gritó con poderosas voces á troyanos y likenses:

—¡Troyanos, likenses y belicosos dardanienos, sed hombres y al pie de las naves abiertas acordaos de vuestra fuerza y de vuestro valor! Por mis ojos he visto cómo rompe Zeus las flechas de un arquero bravo. Fácil es comprender á quién concede ó rehusa su ayuda el potente Cronión, á quién amenaza y á quién quiere cubrir de gloria. Al presente anula las fuerzas de los acaienos, protegiéndonos. Combatid con firmeza cerca de las naves, y si cae

herido ó muerto alguno de vosotros, no os apene, porque es dulce morir en defensa de la patria, y el que sucumba salvará además á su mujer, á sus hijos y á su patrimonio todo cuando los acaienos retornen en sus naves á la querida tierra de sus mayores.

Cuando hubo hablado así, alentó la fuerza y el valor de cada cual. Y Ajax, por su parte, excitaba á sus compañeros.

—¡Qué vergüenza! Ahora es, argienos, cuando hay que perecer ó salvar las naves. ¿Creéis que si de ellas se apodera Héctor el del palpitante casco vais á volver á pie á la patria? ¿No oís cómo enardece á sus guerreros ese Héctor que pretende abrasar nuestras naves? No les invita á las danzas, sino á combatir. Debemos oponer á su embate nuestra fuerza y nuestros brazos. Hay que morir cuanto antes ó vivir, en lugar de consumirnos en una interminable lucha contra hombres que no valen más que nosotros.

Cuando hubo hablado así, reanimó el valor de cada uno. Entonces Héctor mató á Eskedio, hijo de Perimedes, que mandaba á los fokenses; y Ajax mató á Laodamas, jefe de la infantería é hijo ilustre de Antenor. Y Polidamas mató á Olo el kilenieno, compañero del Fileida y jefe de los magnánimos epeos. Y al verle disparó Meges sobre Polidamas, que inclinándose hurtó el golpe de la pica, porque no permitió Apolo que el Pantoida cayera entre los combatientes; y la pica de Meges se clavó en el pecho de Cresmo, haciéndole desplomarse con estrépito. Y cuando el Fileida le despojaba de sus armas, se arrojó á él el valeroso Dolops Lampetida, engendrado por el Laomedontiada Lampo, el mejor de los mortales. Y Dolops alcanzó con su lanza en medio del escudo de Meges, cuya espesa

coraza hubo de preservarle. Era esta la coraza que Fileo trajo antaño de Efira, situada en la margen del Seleis. Y en señal de hospedaje se la entregó Eufetes, rey de los hombres, para que la llevara en las batallas á manera de parapeto contra el enemigo. Y á su hijo preservó entonces de la muerte. Y hendió Meges con su espada la cimera del casco de Dolops, de bronce y crines de caballo, yendo al polvo el airón roto y teñido de reciente púrpura. Y mientras Meges seguía combatiendo en espera de la victoria, corrió en su ayuda el bravo Menelao, y deslizándose á escondidas, hirió al troyano en un hombro y le atravesó el pecho con la broncínea punta, desplomándose de bruces el guerrero.

Y disponíanse ambos acaienos á despojar de sus armas al vencido; pero Héctor excitó á los parientes de Dolops, reprendiendo especialmente al bravo Menalipo Hiketaonida, que antes de la guerra habitaba en Perkote y apacentaba á sus bueyes de flexibles pies, yendo á Ilios cuando llegaron las naves danaenas de doble fila de remeros. Y brillaba entre los troyanos, hospedado por Príamo, que le consideraba como á uno de sus hijos. Y Héctor le dirigió estas palabras duras y severas:

—¿Es posible que permanezcas quieto, Menalipo? ¿No te ha llegado al corazón la muerte de tu pariente? ¿Tampoco ves cómo á Dolops le arrebatan sus armas? Sigüeme. No es de lejos el modo de combatir con los argienos, á quienes hemos de matar, pues tomarán si no la alta Ilios, degollando á sus ciudadanos.

Hablando así, echó á andar, seguido de Menalipo, comparable á un Dios. Y el gran Telamonieño Ajax exhortaba á los acaienos:

—Sed hombres, amigos, y avergonzándoos de huir, afrontad el combate. Más fácil es á los valien-

tes quedar salvos que muertos, mientras los cobardes ni se salvan ni consiguen gloria.

Habló así, y los acaienos tuvieron en cuenta sus palabras, aprestándose á ayudarse entre sí; y cercaron las naves con un á modo de muro de bronce; y Zeus enardecía contra ellos á los troyanos. Y así animaba á Antiloco el bravo Menelao:

—Ninguno de los acaienos es más joven que tú, ni más véloz, ni más arrojado en el combate, Antiloco. ¡Pluguiera á los Dioses que pudieses matar á algún troyano!

Habló así, y dejóle tras de haberle enardecido con sus palabras. Y Antiloco se abalanzó entre los combatientes y arrojó la refulgente pica, obligando á retroceder á los troyanos; pero no en balde disparó su pica, que hubo de clavarse en el pecho de Menalipo, el orgulloso hijo de Hiketaón, abatiéndose el vencido con un estruendo de armas. Y Antiloco se lanzó sobre él como podría hacerlo un perro sobre el cervatillo que un cazador hiere cuando triscaba fuera de su yacija. Así saltó á ti para arrebatarte las armas, Menalipo, el belicoso Antiloco; pero al verle, corrió el divino Héctor á él, atravesando la refriega. Y aunque Antiloco era bravo, no le esperó y se puso en fuga como fiera que, tras de matar á un perro ó al pastor que guardaba los bueyes, huye antes de que la alcancen los que la persiguen. De esta manera huía el Nestorida. Y los troyanos y Héctor, lanzando grandes gritos, le acosaban con violentos dardos; pero él les hizo frente al encontrarse entre los suyos.

Y semejantes á carniceros leones, se abalanzaron á las naves los troyanos para cumplir los mandatos de Zeus, que les infundía vigor, conturbando el alma de los argienos, deseoso de otorgar al Priamida Héctor un gran triunfo y dejarle prender la

llama ardiente en las naves de curvadas popas, con el fin de atender la fatal súplica de Tetis. Y no esperaba el sabio Zeus más que á ver que el fuego envolvía una nave para rechazar á los troyanos lejos y conceder á los danaenos la victoria. Con este propósito arrastraba hacia las naves abiertas al Priamida Héctor, que furioso y pletórico de ardor enarbolaba su lanza cual lo haría Ares ó semejante á un incendio terrible que crepitara sobre las montañas en la espesura de profunda selva. Y espumeaba su boca y llameábanle los ojos debajo de las cejas, agitándose en su testa guerrera el casco.

Y Zeus iba en su ayuda, honrándole y glorificándole entre los hombres, ya que breve debía ser su vida, pues Palas Atenea preparaba el día fatal en que bajo la violencia del Peleida había de caer Héctor.

Él intentaba él romper las líneas de guerreros, abalanzándose al lugar donde más fragorosa era la refriega y mejores las armas. Pero á pesar de sus anhelos, no pudo abrir brecha en el ejército enemigo, que resistíase como una torre ó cual enorme y elevada roca que erguida junto al mar aguanta el rugiente soplo de los vientos y el choque de las olas estrellándose contra ella. Así aguantaban firmemente y sin huir los danaenos el asalto de los troyanos, mientras Héctor, al igual del fuego fulgurante, corría por la refriega en todas direcciones.

Cual se destroza la ligera nave cuando el agua del mar inflado por los vientos, que soplan con vehemencia desde las nubes, la acomete, cubriéndola por completo de espuma, en tanto el aire hace gemir la vela, asustando á los marineros con la muerte cercana, así el temor destrozaba en sus pechos el corazón de los acaienos.

O como cuando cae un desastroso león en medio de innumerables bueyes que pastan en un vasto aguazal, y el pastor, no avezado todavía á rechazar las fieras para poner en salvo á sus negros bueyes, va de un lado á otro de la vacada, mientras salta el león sobre los novillos cohibidos y acaba por devorar á alguno, así eran los acaienos dispersados por Héctor y por el Padre Zeus.

No obstante, el Priamida sólo mató entonces á Perifetes de Mikena, hijo muy amado de Kipreo, el que transmitía los mandatos del rey Euristeo á la Fuerza Heracliana. Aunque hijo de un indigno padre, por sus virtudes, su valor y su sabiduría era Perifetes el primero entre los mikenses. Y proporcionó á Héctor un inmenso triunfo, pues al volverse, enredó los pies en el broquel que por entero le cubría preservándole de los tiros, y fué á tierra, resonando en sus sienes el casco. Al verle Héctor caer, acudió á él, asestándole en el pecho una lanzada ante los compañeros del vencido, que no osaron socorrerle por temor al divino Priamida.

Y los argienos que al principio se hallaban delante de las naves, refugiáronse á la sazón detrás de las que primero se sacaron á la arena. Luego, cediendo á la necesidad, abandonaron este sitio, y parándose ante las tiendas, no se dispersaron, pues la vergüenza y el terror les retenían allí, exhortándose unos á otros.

Entonces requirió á cada guerrero el gerenieno Néstor, defensa de los acaienos:

—¡Sed hombres, amigos, y evitad el tener que avergonzaros enfrente de otros hombres! Acordaos de vuestros hijos, de vuestras mujeres, de vuestros padres, vivos todavía algunos y muertos ya otros. En su nombre os conjuro á que os sostengáis firmes y no huyáis.

Habló así, y alentó su fuerza y su valor. Disipó entonces Atenea la densa nube que cubría los ojos, y la luz se hizo ante ellos en todas direcciones, tanto hacia el sitio ocupado por las naves como hacia el campo de batalla. Y los que huían y los que luchaban y los que combatían al pie de las naves ligeras vieron al bravo Héctor y á sus compañeros.

Pero no plugo al alma de Ajax permanecer donde se hallaban los otros hijos de los acaienos. Y avanzó él entre las popas de las naves enarbolando una enorme percha guarnecida de bronce y que tenía una longitud de veintidós codos. Como un hábil jinete que guiara á la vez cuatro caballos por un camino público hacia la ciudad, mientras se admiran hombres y mujeres al mirarle saltar de una cabalgadura á otra sin cesar en su carrera, así marchaba de prisa Ajax entre las popas de las naves y subía al Urano su voz cuando excitaba con agudos clamores á los danaenos para que salvaran las naves y las tiendas.

Héctor, por su parte, tampoco continuaba con la muchedumbre de troyanos. Como un águila que cayese sobre bandada de ocas, grullas y cisnes de largo cuello que pasasen á lo largo de un río, así Héctor se precipitó sobre una nave de proa azul. Y con su inmensa mano Zeus le empujaba y á su pueblo con él. Y de nuevo empeñóse junto á las naves una refriega violenta. Se diría, al ver el vigor con que luchaban todos, que eran hombres infatigables é indómitos que se lanzasen al combate por primera vez. Y desesperando de escapar de la matanza, los acaienos se creían destinados á una pronta muerte, mientras el corazón de los troyanos confiaba en quemar las naves y matar á los héroes acaienos. Y arrojábanse unos contra otros, animados de estas ideas.

Asió Héctor la popa de la nave esbelta y rápida que llevó á Troya á Protesilao y no debía reintegrarle á la tierra de la patria. Y por aquella nave se mataban acaienos y troyanos, sin que sirviesen ya las flechas ni las picas, pues se herían con dobles y tajantes hachas, grandes espadas y afiladas lanzas, poseídos de un mismo pensamiento unos y otros. Y caían de las manos y los hombros de los combatientes á la arena muchas de las hermosas armas de obscura empuñadura, empapando la tierra en negra sangre. Y cogido Héctor á los relieves de la popa de la nave, gritaba, sin soltar su presa, á los troyanos:

—¡Traed fuego y abalanzaos aquí con ímpetu, porque Zeus nos concede el día de la venganza, abandonándonos estas naves que vinieron á Ilios contra la voluntad de los Dioses, y tantas calamidades nos trajeron por culpa de la cobardía de los ancianos que nos retenían al ejército y á mí cuando deseaba yo marchar y combatir donde ahora! ¡Pero al presente no es como antes, que cegaba nuestro espíritu Zeus, sino que por sí propio él nos excita y nos empuja!

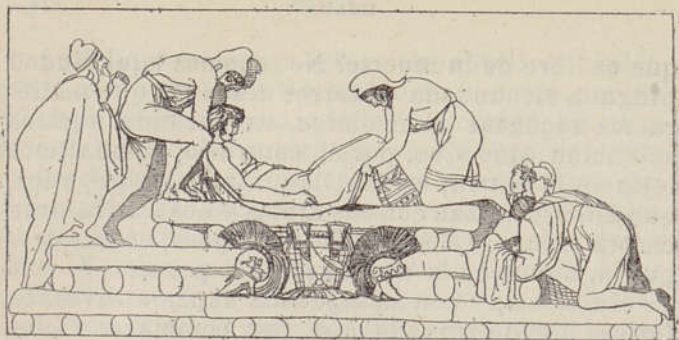
Habló así, y todos se lanzaron, más furiosos aún, sobre los acaienos. Y no pudo Ayax resistir por más tiempo el asalto, porque acosábanle los dardos, obligándole á retroceder, por miedo de morir, hasta el banco de los remeros, que media de largo siete palmos, y á abandonar la popa de la nave. Pero desde el banco aquel alejaba á lanzadas al troyano que llevara el fuego infatigable. Y exhortaba á los danaenos con horribles gritos:

—¡Sed hombres, amigos, héroes danaenos, servidores de Ares! Acordaos de vuestra fuerza y de vuestro valor. ¿Imagináis acaso que á la espalda tenéis otros defensores ó una muralla inaccesible

que os libre de la muerte? No tenemos aquí ciudad ninguna circundada de torres desde las que pudiéramos rechazar al enemigo, asegurando nuestra salvación, sino que, por el contrario, combatimos lejos de la patria, en las llanuras de los troyanos, que nos amenazan con sus armas y nos acorralaron contra el mar. La salvación está, pues, en nuestros puños, nunca en la tibieza para la pelea.

Habló así, y con su aguzada lanza atravesaba furioso á cada troyano que, por complacer y obedecer á Héctor, pretendía prender fuego á las naves abiertas. Y Ajax mató á doce de ellos al pie de las naves.





RAPSODIA XVI

Y combatían así por las bien construídas naves. Y llegó Patroclo á presencia del príncipe de pueblos Akileo, vertiendo ante él cálidas lágrimas, como de lo alto de un peñasco deja fluir su agua cenagosa el manantial. Y el divino Akileo se compadeció y le dijo estas palabras aladas:

—¿Por qué lloras, Patroclo, cual la niña que corre al lado de su madre y tirándole de la ropa no cesa en su llanto hasta conseguir que la tomen en brazos? Como esa criatura, derramas tú, ¡oh Patroclo! lágrimas abundantes. ¿Qué mensaje traes á los mirmidones ó á mí mismo? ¿Recibiste alguna noticia de Ftia? Parece ser, no obstante, que Menetio, hijo de Actor, y el Eakida Peleo viven aún entre los mirmidones; no hay, pues, razón para apenarse mientras no sepamos de su muerte. ¿O es que lloras tal vez por los argienos que en sus naves

abiertas perecen, víctimas de la propia iniquidad? Habla, nada me ocultes, para que yo no ignore lo que te contrista.

Y tras hondo suspiro, contestó el jinete Patroclo:

—¡Oh Akileo, hijo de Peleo y el más bravo de los acaienos! No me censures, porque grandes calamidades abruman á los acaienos, cuyos hombres más bravos yacen en las naves heridos ó tundidos. Herido está el Tideida Diomedes, y Odiseo, ilustre por su lanza, y Agamenón. En el muslo de Euripilo se clavó una flecha. Y los médicos les cuidan, lavando sus heridas con bálsamos. En tanto, tú, Akileo, eres implacable. ¡Ojalá nunca se apodere de mí cólera cual la tuya, ¡oh Peleida dotado de un valor inútil! ¿En auxilio de quién irás en adelante, si no eres para salvar de esta ruina á los argienos? ¡Ah inexorable! No es tu padre el jinete Peleo, ni te concibió Tetis, pues se diría que del mar azul naciste y es tu alma dura como las altas rocas de las costas. Si temes que se cumpla el oráculo que te anunció en nombre de Zeus tu madre venerable, envíame en seguida á la cabeza de los mirmidones para que lleve un vislumbre de salvación á los danaenos. Déjame que cubra mis hombros con tus armas, y los troyanos retrocederán, tomándome por ti, con lo que se dará un respiro á los acaienos, mientras nosotros, que entramos en la liza descansados, rechazaremos fácilmente hasta su ciudad á esos hombres deshechos de fatiga, alejándoles de las tiendas y las naves.

Habló así el insensato, buscando, sin saberlo, su muerte y la Ker fatal. Y Akileo el de los pies veloces respondióle gemebundo:

—¿Qué dices, Patroclo? Ningún oráculo me inquieta ni nada me anunció en nombre de Zeus mi

madre venerable. Pero una negra pena anida en mi alma y turba mi razón desde que ese hombre, valido de su mucho poder, me arrebató, siendo yo igual á él, mi recompensa. Esa es la negra pena que me roe. ¡Como á un vil vagabundo, de las manos me arrebató el rey Atreida Agamenón la joven que yo había conquistado con mi lanza después de destruir una ciudad de fuertes muros y á quien diéranme en premio los hijos de los acaienos! Pero olvidemos el pasado, ya que en mi corazón no voy á alimentar eterna cólera. He resuelto renunciar á mi venganza el día en que los clamores de la guerra lleguen á mis naves. Cubre, pues, tus hombros con mis armas ilustres y conduce al combate á los bravos mirmidones, pues al presente envuelve las naves una oscura nube de troyanos y los argienos se ven acorralados contra el mar, arrojándose sobre ellos con audacia todos los habitantes de la ciudad de Troya porque no vieron todavía resplandecer la celada de mi casco. Si no me hubiera ultrajado el rey Agamenón, con sus cadáveres llenarían fugitivos los hoyos del campo que ahora sitian. Ya no empuña el Tideida Diomedes su furiosa lanza para salvar de la muerte á los danaenos, ni oigo que la voz del Atreida surja de su cabeza detestada; pero sí oigo la del matador de hombres Héctor, que de un lado á otro va alentando á los troyanos, cuyo clamor resuena en la llanura entera mientras cunde la confusión entre los acaienos. Ve, Patroclo, abalánzate á aquéllos y aleja de las naves esta ruina. No les dejes destruir las naves con el fuego ardiente para que no nos sea vedado el dulce retorno. Pero retén en la memoria las siguientes palabras, si deseas que los danaenos todos me honren y glorifiquen, devolviéndome la hermosa joven y un gran número de presentes espléndidos. Cuando

rechaces de las naves á los troyanos, retírate en seguida; y si Zeus el que de lejos truena te otorga la victoria, no domeñes sin mí á los troyanos belicosos, llevando hasta Ilios á tu ejército, porque como á ello te empujaran el orgullo y la embriaguez del triunfo, me cubrirías de vergüenza. Acaso entonces se arrojara sobre ti desde el elevado Olimpo alguno de los Dioses, especialmente el arquero Apolo, que protege á los troyanos. Vuelve en cuanto salves las naves y deja á unos y á otros combatir en la llanura. ¡Ojalá, Padre Zeus, Atenea, Apolo, no evitara la muerte ningún troyano ni acaieno y sólo sobreviviéramos nosotros, para derruir ambos las murallas sagradas de Ilios!

Así hablaban en tanto que Ajax no bastábase en el combate y se veía acosado. Y pudieron más que él por voluntad de Zeus los troyanos ilustres; y aparecía con los penachos rotos por los golpes su esplendente casco, resonando sobre sus sienes, y su hombro fatigado no resistía ya el peso del escudo. Y á pesar de la nube de flechas, no lograban los enemigos inutilizarle, aunque estaba casi falto de alientos, inundado de sudor y sin poder apenas respirar bajo el peso de múltiples desdichas.

Y dió Héctor con su espadón en la lanza de fresno de Ajax, rompiéndola por donde el bronce se unía á la madera, no empuñando el Telamonieno más que una lanza mutilada, pues cayó la broncea punta, sonando al choque con la tierra. Y el corazón irreprochable de Ajax advirtió con horror en aquello la obra de los Dioses, sintiendo que Zeus el que truena en las alturas domeñaba su valor y otorgaba á los troyanos la victoria. Y retiróse entonces al abrigo de los tiros, acercando los troyanos á la nave ligera el fuego infatigable, cuya

llama inextinguible envolvió súbita la popa. Y golpeando sus muslos, dijo Akileo á Patroclo:

—¡Date prisa, divino Patroclo! Ya veo en las naves el ardiente fuego, y si arden será inútil que pensemos en la vuelta. Vístete mis armas en seguida, y yo congregaré á mi pueblo.

Habló así, y Patroclo se cubrió con el esplendoroso bronce. Cifló á sus piernas grebas hermosas con los broches de plata; colocó en su pecho la coraza resplandeciente de reflejos mil utilizada por el veloz Akileo, y colgó de sus hombros la bronceína espada de los argénteos clavos. Luego tomó el escudo enorme y sólido, y en su noble cabeza puso el magnífico casco empenachado con terrible airón de crin, empuñando en sus manos fuertes picas; pero dejó la lanza del irreprochable Eakida, pesada, inmensa y fuerte, la lanza Peliada que de las cumbres del Pelio llevó Keirón al padre de Akileo para que con ella matase héroes. Y Patroclo ordenó á Antomedón—á quien después del Peleida consideraba como á nadie porque cual nadie le era fiel en la lucha—que unciera al carro los caballos. Y así lo hizo Antomedón, sometiendo al yugo á los veloces Xantó y Balio, que volaban semejantes al viento y fueron engendrados por Zéfiro y concebidos por la harpía Podarga, una vez que paseaba á orillas del río Océano en amena pradera. Y Antomedón unció también con ellos al irreprochable Pedaso, que se llevó Akileo en el saqueo de Etión, y aunque mortal, Pedaso seguía á los caballos inmortales.

Y Akileo armaba en sus tiendas á los mirmidones. Como lobos comedores de carne cruda y pletóricos de fuerza que, tras de devorar á un ramoso ciervo al que mataron en las montañas, con las fauces rojas de sangre y vomitando sangre van en

grupo para lamer con sus lenguas ligeras las aguas del manantial negro, mientras el vientre se les hincha y es siempre intrépido su corazón, así los jefes de los mirmidones se apiñaban en torno al bravo compañero del veloz Eakida. Y en medio de ellos, el belicoso Akileo excitaba á los portadores de escudos y á los caballos.

Y Akileo, grato á Zeus, condujo á Troya cincuenta naves ligeras, y cincuenta guerreros se sentaban en los bancos de remeros de cada una, y teníanles á sus órdenes cinco jefes.

Y el primer jefe era Menestio el de la coraza relumbrante de reflejos mil, hijo del río Sperkio, que de Zeus caía. Y la bella Polidora, hija de Peleo, mujer mortal esposa de un Dios, le había concebido del infatigable Sperkio; pero Boro, hijo de Periereo, pasaba como padre de Menestio, puesto que se casó con ella y hubo de dotarla ricamente.

Y el segundo jefe era el bravo Eudoro, concebido en secreto, y á quien parió la bella Polimela, hábil para las danzas, que era hija de Filas. Y la amó el matador de Argos, habiéndola visto en un coro de la tumultuosa Artemisa la del arco de oro. Y subió el ilustre Hermes á la parte alta del aposento, acostándose con ella secretamente, y le dió un hijo ilustre, el ágil y bravo Eudoro. Y después que Elitia la que preside en los dolorosos partos le condujo á la luz y él hubo visto el esplendor de Helios, el robusto Actorida Ekecleo llevó á Polimela á sus moradas y le hizo mil dones nupciales. Y el viejo Filas educó y crió con cuidado á Eudoro, como si hijo suyo fuese.

Y el tercer jefe era el bravo Pisandro Memalida, que en el combate sobresalía al manejar la lanza entre los mirmidones, excepción hecha de Patroclo.

Y el cuarto jefe era el viejo jinete Fénix, y el quinto era el irreprochable Alkimedón, hijo de Laerkeo.

Y tras de alinear á todos al mando de sus jefes, Akileo les dijo con palabras severas:

—Mirmidones, no olvide ninguno de vosotros las amenazas que en las naves ligeras dirigíais á los troyanos durante los días de mi cólera, cuando á mí mismo me acusabais, diciendo: «¡Oh duro hijo de Peleo! ¡Sin duda una madre huraña te amamantó con hiel, á ti, que á la fuerza retienes en sus naves á tus compañeros! Regresemos al menos á nuestras moradas en las naves que surcan el mar, ya que en tu corazón entró una cólera inexorable.» A menudo me hablabais así. He aquí hoy el gran combate de que estabais ávidos. Luche, pues, con firme corazón cada uno de vosotros contra los troyanos.

Habló así, y excitó la fuerza y el valor de cada uno, y apretaron sus filas los guerreros. Cual las piedras macizas con que fortifica un hombre el muro de una casa que ha de resistir al embate de los vientos, se apiñaban los cascos y los escudos abombados, sosteniéndose todos unos á otros, escudos contra escudos, cascos de brillantes crines contra cascos, hombre contra hombre. Y Patroclo y Automedón, que para los dos sólo tenían un alma, se pusieron á la cabeza de los mirmidones.

Pero Akileo entró en su tienda, y alzó la tapa de un cofre rico y bien hecho que estaba lleno de túnicas, mantos por los que no podía penetrar el aire y tapetes velludos. Y allí se hallaba una copa de hermoso labrado en la que no había sido vertido el vino ardiente más que por Akileo entre todos los hombres, haciendo con ella libaciones sólo al Padre Zeus entre todos los Dioses. Y cuando la re-

tiró del cofre, la purificó con azufre, la lavó después con agua pura y clara, y también lavó sus manos; y bebiendo el vino ardiente, haciendo libaciones y mirando al Urano, rogó de pie en medio de todos, y Zeus, que goza del rayo, le oyó y le vió:

—¡Zeus! Rey dodonense, pelásgico, que aunque habitas lejos mandas en Dodona envuelta por el invierno, dominando entre tus adivinadores los Seles, que no se lavan los pies y duermen en tierra: ya que hiciste caso de mi súplica y para honrarme castigaste duramente al pueblo de los acaienos, atiende mi ruego todavía. Yo quedo en el recinto de mis naves; pero envío á mi compañero á combatir á la cabeza de numerosos mirmidones. ¡Oh Previsor Zeus! Otórgale la victoria, afirma en su pecho el corazón, y advierta Héctor que mi compañero sabe combatir y sus manos robustas sólo esperan para obrar á que yo me lance á la matanza de Ares. Pero cuando haya rechazado lejos de las naves la guerra y sus clamores, que vuelva sano y salvo hacia mis naves ligeras con mis armas y mis bravos compañeros.

Habló así orando, y el sabio Zeus le oyó y atendió una parte de su plegaria y no le concedió la otra. Quiso que Patroclo rechazase lejos de las naves la guerra y el combate; pero no quiso que volviese del combate sano y salvo. Tras de haber hecho libaciones y suplicado al Padre Zeus, el Peleida entró en su tienda y guardó en el cofre la copa; y salió de nuevo para mirar la ruda refriega de troyanos y acaienos.

Y los mirmidones, alineados al mando del magnánimo Patroclo, llenos de ardor, se abalanzaron contra los troyanos. Y se esparcieron cual avispa que anidasen al borde del camino y que los niños se complacen en irritar en sus nidos, y preparan

estos insensatos un daño para muchos, pues si algún viajero involuntariamente las excita al pasar, las avispas de corazón intrépido se arremolinan y defienden á sus crías. Así los bravos mirmidones se esparcian fuera de las naves; y se levantó un inmenso clamor; y Patroclo exhortó así en alta voz á sus compañeros:

—Mirmidones, compañeros del Peleida Akileo, amigos, sed hombres y acordaos de vuestra fuerza y de vuestro valor, á fin de honrar junto á las naves al Peleida, el más bravo de los hombres, y á nosotros mismos, sus belicosos compañeros. Y reconozca su falta el Atreida Agamenón, que desde lejos manda, y fué quien ultrajó al más bravo de los acaienos.

Habló así, y excitó la fuerza y el valor de los que le oían, y éstos abalanzáronse con furia sobre los troyanos, y las naves resonaron á los altos clamores de los acaienos. Y entonces los troyanos vieron al bravo hijo de Menetio y á su compañero, resplandecientes ambos bajo sus armas. Y se movieron los corazones troyanos y quedaron confusas las falanges; y creían que el Peleida de los pies veloces olvidaba su cólera cerca de las naves. Y miraba á todos lados cada cual, buscando el modo de evitar la muerte.

Y primero Patroclo lanzó su pica refulgente á lo más fragoroso de la refriega tumultuosa que se mantenía en torno á la popa de la nave del magnánimo Protesilao. Y alcanzó á Pirecmes, que había llevado consigo á los jinetes peonios de Amidona y de las márgenes del Axio de amplio caudal; y le alcanzó en el hombro derecho, y gimiendo, cayó Pirecmes en el polvo, y los peonios emprendieron la fuga. Así los dispersó Patroclo á todos, matando á su caudillo, que sobresalía en el combate. Y se

acercó al fuego de la nave y le apagó. Y con inmenso tumulto huyeron los troyanos lejos de la nave medio abrasada, y saliendo de las naves abiertas una muchedumbre de danaenos, se lanzaron sobre los otros, y se alzó elevado clamor. Como cuando disipa el fulminante Zeus las nubes negras en la cima de una gran montaña, se descubre de repente todo, las cavernas, las afiladas cúspides y los bosques, y se extiende en el Eter una inmensa serenidad, así los danaenos respiraron tras de haber alejado de las naves la llama enemiga. Pero no terminó ahí el combate. Rechazados de las negras naves los troyanos por los acaienos belicosos, no huían con desconcierto, sino que resistían aún, por más que cediesen á la necesidad. Entonces, ensanchándose la refriega, cada jefe acaieno mató á un guerrero.

Y antes que ninguno, el bravo hijo de Menetio clavó su pica aguda en el muslo de Areilico, que huía. Atravesó el bronce su muslo, y le rompió el hueso, y cayó el hombre de bruces en la tierra. Y el bravo Menelao hirió á Toas en el sitio del pecho que no cubría el escudo, y anuló sus fuerzas. Y el Fileida, al ver abalanzarse á Anficlo, se previno hiriéndole en el muslo, allí donde abundan los músculos; y la punta de bronce desgarró los nervios y la obscuridad cubrió los ojos de Anficlo. Y la afilada lanza del Nestórida hirió á Atimnio y atravesó sus entrañas el bronce, y ante Antiloco se desplomó el troyano. Y Maris, irritado por la muerte de su hermano, y de pie ante el cadáver, lanzó su pica contra Antiloco. Pero lo advirtió el divino Trasimedes, y antes de que pudiera disparar, le hirió cerca del hombro, y cortando los músculos, la punta de bronce privó de toda su carne al hueso. Y cayó Maris con ruido, y cubrió sus ojos negra nie-

bla. Así al Erebo descendieron dos hermanos, bravos compañeros de Sarpedón é hijos ambos de Amisodaro, á quien había criado para destrucción de los hombres la indómita Kimerá.

Ajax Oiliada cogió vivo á Cleobulo, atropellado en la refriega, y le mató dándole con su espada en la garganta, y entró toda la espada cálida de sangre, y la muerte purpúrea y la Moira violenta obscurecieron los ojos del vencido. Atacábanse Peneleo y Licón, faltos de lanzas, y combatían con sus espadas. Licón asestó un golpe en el cono del casco con airón de crin, y la espada hubo de romperse; pero Peneleo le pinchó en el cuello, debajo de la oreja, y entró entera la espada, y quedó la cabeza colgando por la piel, y Licón fué muerto. Y persiguiendo con rapidez á Acamas, que subía á su carro, le hirió Meriones en el hombro derecho, y el troyano cayó del carro, y obscureció sus ojos una nube.

Idomeneo alcanzó con su pica á Erimas en la boca, y la pica de bronce penetró hasta el cerebro, destrozando los huesos blancos; y se le saltaron todos los dientes, y ambos ojos llenáronse de sangre, y la sangre brotó de la boca y las narices, y le envolvió la nube negra de la muerte.

Así mató á un guerrero cada uno de los jefes danaenos. Como lobos feroces que en las montañas se lanzasen sobre corderos ó caballos abandonados dispersos por los pastores imprudentes, y se los llevaran temblorosos, exterminaban los danaenos á los troyanos, que huían tumultuosamente, olvidando su fuerza y su valor.

Y sobre todo deseaba el gran Ajax dar alcance á Héctor el armado de bronce; pero éste, hábil en el combate, observaba el ruido estridente de las flechas y el sonar de las picas, cubriendo sus an-

chos hombros con un escudo de piel de toro. Y comprendía los reveses del combate; y siempre firme, protegía á sus compañeros. Como una nube sube desde el Olimpo hasta el Urano cuando Zeus excita la tormenta en la serenidad del Eter, así salían de las naves el clamor y la fuga. Y no pasaron otra vez fácilmente el foso los troyanos. Los caballos veloces de Héctor le llevaban lejos de su pueblo, cuyo paso detenía el foso profundo. Y una multitud de caballos caía allí, rompiendo los timones y abandonando los carros de los príncipes. Y Patroclo les perseguía con furia, exhortando á los danaenos y meditando la ruina de los troyanos. Y éstos, llenos de clamores, obstruían los caminos en su fuga; y á las nubes subía vasto polvo, y caballos de macizos cascos corrían hacia la ciudad, alejándose de las naves y las tiendas. Y con gritos amenazadores expulsaba Patroclo á aquel ejército confuso. Y los hombres caían de los carros bajo los ejes, y los carros saltaban retemblando. Y poseídos del anhelo de la carrera, franquearon el foso profundo los caballos inmortales y veloces, ilustres presentes que los Dioses hicieron á Peleo. Y á Patroclo le impulsaba su corazón hacia Héctor para herirle con su pica; pero los caballos veloces del Priamida le habían alejado ya.

En los días de otoño, cuando la tierra es agitada por negros remolinos, y cuando esparce una lluvia abundante Zeus, irritado contra los hombres que juzgan con iniquidad en el ágora y prescinden de la justicia sin respeto á los Dioses, ven aquéllos cómo los torrentes agrietan sus campos y se precipitan en el mar purpúreo desde lo alto de escarpadas rocas, destruyendo por todas partes la labor de los hombres; de la misma manera se veía correr espantadas á las yeguas troyanas. Y Patroclo, tras

de romper las primeras falanges, los rechazó hacia las naves y no les permitió ganar de nuevo la ciudad á que deseaban ir. Y los exterminaba, persiguiéndoles entre las naves, el río y las altas murallas, en venganza por la muerte de gran número de hombres. Y primero alcanzó á Pronoo con su resplandeciente pica en el pecho descubierto por el escudo. Y se anularon las fuerzas del troyano, que retembló al caer. Y atacó Patroclo á Testor, hijo de Enops. Y en el asiento del carro estaba Testor rendido y con el espíritu turbado; y las riendas se le cayeron de las manos. Con su lanza le hirió Patroclo en la mejilla derecha y el bronce pasó hendiendo los dientes, enganchando al hombre y sacándole del carro. Como el hombre sentado en la punta de alta roca que avanza sobre el mar saca del agua un pez enorme con ayuda del anzuelo brillante y el sedal, así Patroclo, con ayuda de su lanza resplandeciente, arrebató del carro á Testor con la boca abierta; y rindió el alma éste al caer. Después dió Patroclo una pedrada en la cabeza á Erialo, que avanzaba hacia él, y la cabeza se abrió en dos bajo el casco sólido, y cayó el vencido y rindió el alma, envuelto por la muerte. Después Patroclo tendió abatidos en la tierra madre á Erimas, á Anfotero Epaltes, á Tlepolemo Damastórida, á Ekio, á Pires, á Ifeo, á Enipo y al Argeada Polimelo. Pero al ver á sus compañeros muertos y despojados de sus armas por las manos del Menetiada Patroclo, Sarpedón exhortó á los irreprochables likenses:

—¡Qué vergüenza! ¿Por qué huís, likenses? ¡Ligeros camináis ahora! Yo sólo iré contra ese guerrero, y sabré si me vence quien ha abrumado á los troyanos con tantos males y rompió las rodillas de tantos bravos.

Habló así, y saltó del carro á tierra con sus armas. Y Patroclo le vió y saltó de su carro. Como sobre escarpada roca luchan lanzando gritos estridentes dos cuervos de encorvados picos y afiladas garras, así se abalanzaban uno á otro entre clamores. Y al verles, el hijo del sagaz Cronos se llenó de compasión, y dijo á su hermana y esposa Here:

—¡Ay! He aquí que el destino de Sarpedón, á quien tanto quiero entre los hombres, es ser muerto por el Menetiada Patroclo, y fluctuante duda en el pecho mi corazón entre transportarle vivo en medio del rico pueblo de Likia desde el combate lamentable, ó vencerle por mano del Menetiada.

Y contestó la venerable Here la de los ojos de buey:

—¿Qué palabra dijiste, formidable Cronida? ¿Vas á librar de la triste muerte á un hombre mortal y desde hace largo tiempo sometido al destino? Hazlo, aunque todos los Dioses lo desaprobaremos. Retén en tu espíritu lo que voy á decirte: Si vivo envías á Sarpedón á sus moradas, piensa que en adelante cada uno de los Dioses querrá salvar también de la ruda refriega á un hijo muy amado. Hay efectivamente, combatiendo alrededor de la gran ciudad de Priamo, muchos hijos de los Dioses, de esos Dioses á quienes irritarás. Si querido te es Sarpedón, déjale que en la ruda refriega caiga á manos del Menetiada Patroclo, aunque cuando rinda el alma y la vida envíes á Tanato y al dulce Hipnos para que le transporten al pueblo de la gran Likia. Le enterrarán sus padres y sus conciudadanos y erigirán para él una tumba y una columna, que es con lo que á los muertos se honra.

Habló así, y el Padre de los hombres y de los Dioses accedió. Y vertió en la tierra una lluvia de sangre para honrar á su hijo bien amado, á quien

debía matar Patroclo en la fértil Troya, lejos de su patria.

Y al encontrarse los dos héroes, Patroclo hirió en el vientre al ilustre Trasimedes, que conducía el carro del rey Sarpedón, y le mató. Y Sarpedón se abalanzó; pero su pica refulgente, desviándose, hirió en el brazuelo al caballo Pedaso, que relinchó, cayó en el polvo y rindió el alma. Y se encabritaron sus compañeros, y crujió el yugo, y enredáronse las riendas. Pero el bravo Automedón puso fin á este desbarajuste. Se irguió, y sacando la larga espada que pendía de su robusto muslo, cortó los tirantes que sujetaban al bruto caído. Y los otros dos caballos, sometiéndose al yugo, obedecieron á las riendas, y ambos guerreros continuaron el combate lamentable.

Todavía erró entonces la pica refulgente de Sarpedón, pues la punta de bronce rozó el hombro izquierdo de Patroclo sin herirle. Y éste se arrojó sobre el contrario, y no en vano de su mano salió el tiro, porque alcanzó á Sarpedón en la membrana que al corazón envuelve vivo. Y cayó el otro como cae una encina, un álamo ó un gran pino que talaran en las montañas con sus hachas cortantes los leñadores para construir naves. Y aparecía tendido ante sus caballos y su carro, rechinando los dientes y asiéndose al sangriento polvo. Cual un toro magnánimo cogido por un fiero león entre los bueyes de flexibles pies y que muere mugiendo bajo los dientes del león, así gemía, vencido por Patroclo, el rey de los likenses portadores de escudos. Y llamó á su querido compañero:

—Amigo Glauco, bravo entre los hombres, ahora es cuando se hace preciso combatir con intrepidez. Si no turba tu corazón la refriega lamentable, acude pronto. Llamádoles de todos lados, exhorta á

los jefes likenses á combatir por Sarpedón, y combate por mí tú mismo. Tu oprobio y tu vergüenza sería yo por siempre si los acaienos me despojaron de mis armas en el combate de las naves. Sé firme y exhorta á mi pueblo todo.

Habló así, y la sombra de la muerte cubrió sus ojos y sus narices. Y Patroclo púsole el pie en el pecho, arrancándole su lanza, á la que siguieron las entrañas, y al propio tiempo que su lanza, arrancó el Menetiada el alma de Sarpedón.

Los mirmidones sujetaron á los caballos anhelosos, que querían huir desde que quedó vacío el carro de sus dueños. Pero al oír la voz de Sarpedón, sintió Glauco un amargo dolor y se desgarró su corazón por no poder ya socorrerle. Oprimiendo su brazo cruelmente herido por la flecha que le había disparado Teucro desde lo alto de la muralla, en defensa de sus compañeros, suplicó así al arquero Apolo:

—Oyeme, ¡oh Rey tanto de Likia como de Troya, pues que en cualquier lugar puedes oír las quejas del hombre que gime! He aquí que me roe la pena. He sufrido una herida cruel y mi mano es presa de agudos dolores, y sin cesar corre mi sangre, y me pesa el hombro, y no puedo empuñar la lanza ni combatir al enemigo. Y he aquí que ha muerto el más ilustre de los hombres, Sarpedón, hijo de Zeus, el cual no socorrió á su hijo. Pero tú, ¡oh Rey! cura esta herida amarga, calma mi dolor, á fin de que yo excite á los likenses para que combatan y combata yo mismo por este cadáver.

Habló así orando, y Febo Apolo le escuchó y calmó en seguida su dolor. Y dejó de manar de su herida negra sangre, y le fué devuelta la fuerza. Glauco comprendió en su espíritu que el gran Dios había atendido su ruego, y se regocijó. Y corriendo

primero en todas direcciones, excitó á los jefes likenses á combatir por Sarpedón; luego, marchando á largos pasos hacia los troyanos, buscó á Polidamas Pantoida, al divino Agenor, á Eneas y á Héctor armado de bronce, y les dijo estas palabras aladas:

—Héctor, te olvidas de tus aliados, que en favor tuyo rinden el alma lejos de sus amigos y de la tierra de la patria, y rehusas socorrerles. Ha muerto Sarpedón, jefe de los likenses portadores de escudos, que protegía á Likia con su justicia y su virtud. Ares de bronce le ha matado con la lanza de Patroclo. Venid, amigos, é indignaos. Impidamos que, irritados á causa de tantos acaienos como hemos muerto junto á las naves con nuestras lanzas rápidas, se apoderen los mirmidones de las armas de Sarpedón é insulten su cadáver.

Habló así, y á los troyanos poseyó un dolor intolerable é irresistible, pues Sarpedón, aunque extranjero, era el apoyo de la ciudad y le seguían numerosos pueblos, sobresaliendo él en el combate. Y conducidos por Héctor, irritado á causa de la muerte de Sarpedón, caminaban con ardor en dirección á los danaenos. Pero también á los acaienos excitaba el corazón sólido de Patroclo Menetiada, que dijo á los dos Ayaces, prontos para los combates:

—¡Ayaces! Sed hoy cual siempre fuisteis entre los más bravos y los mejores. ¡Ha caído Sarpedón, el hombre que primeramente franqueó el muro de los acaienos! Insultemos á ese cadáver, y arrebatemos las armas de sus hombros, y matemos con el bronce á cuantos de sus compañeros quieran defenderle.

Habló así, y los Ayaces se apresuraron á ayudarle; y por ambos lados, troyanos, likenses, mirmi-

dones y acaienos apretaban sus falanges, debatiéndose con horribles clamores en torno del cadáver, y retemblaban las armas de los hombres. Y Zeus extendió en la llanura una tremenda obscuridad, á fin de que la fatiga del combate motivado por su muy amado hijo fuese más terrible. Y al principio rechazaron los troyanos á los acaienos de cejas arqueadas; y fué muerto uno de los mejores entre los mirmidones, el divino Epegeo, hijo del magnánimo Agacleo. Y en otro tiempo Epegeo mandaba en Budeón la bien poblada; pero muerto su bravo cuñado, fué á suplicar él á Peleo y á Tetis la de los pies de plata que le enviasen hacia Ilios con el enérgico Akileo para combatir contra los troyanos. Y cuando ponía la mano en el cadáver de Sarpedón, el ilustre Héctor le alcanzó en la cabeza con una piedra, y se partió en dos la cabeza bajo el casco sólido; y cayó él de bruces sobre el cadáver. La arisca muerte le envolvió á él también, y á Patroclo dominó el dolor á la vista de su compañero muerto.

Y corrió entre los combatientes, semejante á un gavilán veloz que aterra á los grajos y á los estorninos. Así se abalanzaba contra los likenses y troyanos el jinete Patroclo, irritado en su corazón á causa de su compañero. Con una piedra hirió en el cuello á Stenelao Itemenida, rompiéndole los nervios; y las primeras filas y el ilustre Héctor retrocedieron tanto espacio cual el que recorre una pica bien disparada contra intrépidos hombres en el combate ó en los juegos. Tanto retrocedieron los troyanos y avanzaron los acaienos.

Y primero Glaucó, jefe de los likenses portadores de escudos, volviéndose, mató al magnánimo Baticleo, hijo muy amado de Calcón, que habitaba en la Hélade y era ilustre entre los mirmidones por

sus dominios y sus riquezas. Y cuando le perseguía Baticleo, Glauco se volvió súbitamente y le alcanzó en medio del pecho con su lanza, y cayó ruidosamente el otro, y un pesado dolor tomó á los acaienos al ver caer al guerrero, y los troyanos se regocijaron; pero acordándose de su valor, los acaienos infatigables se lanzaron en muchedumbre alrededor del cadáver.

Entonces mató Meriones á un guerrero troyano, el bravo Laogón, hijo de Onetor, sacerdote de Zeus Ideo, y á quien el pueblo honraba como á un Dios. Le hirió bajo la mandíbula y la oreja, y el alma abandonó en seguida sus miembros y la siniestra sombra le envolvió. Y Eneas lanzó su pica de bronce contra Meriones, y esperaba alcanzarle debajo del escudo al ir el otro á él; pero Meriones, inclinándose, evitó la pica de bronce, y la larga pica se hundió en tierra y vibró hasta que le hubo agotado la fuerza el robusto Ares. Y vibraba así la pica de Eneas porque había partido de una mano vigorosa. Y Eneas, irritado, dijo á su contrario:

—Meriones, aunque seas un ágil saltador, mi pica te habría dejado inmóvil para siempre si te alcanzase.

Y contestó Meriones, ilustre por su lanza:

—Eneas, difícil te será, á pesar de tu vigor, romper las fuerzas de todos los que te combaten. Si también yo te alcanzo con el bronce agudo, aunque seas robusto y confíes en tus fuerzas, me darás la gloria y tu alma á Edes, ilustre por sus caballos.

Habló así, y el robusto hijo de Menetio le reprendió:

—Meriones, ¿por qué hablar tanto, siendo bravo? ¡Oh amigo! No es con palabras insultantes como rechazarás lejos de ese cadáver á los troyanos. En nuestras manos se halla el fin de la guerra. Las

palabras convienen en el ágora. No se trata aquí de hablar, sino de combatir.

Habló así, y se adelantó, y el divino Meriones le siguió. Y cual en las gargantas de las montañas mueven un gran tumulto los leñadores y repercute á lo lejos el eco, así se estremecía la gran llanura bajo los guerreros que con sus espadas y sus lanzas golpeaban el bronce y el cuero de los sólidos escudos; y ninguno hubiera reconocido al divino Sarpedón, que tan cubierto estaba de dardos, sangre y polvo. Y todos sin cesar se debatían en torno á su cadáver, como las moscas que en la primavera ronronean por el establo en torno de las vacas repletas de leche. Así se debatían en multitud los guerreros en torno á este cadáver.

Y sin desviar de la ruda refriega sus ojos esplendentes, Zeus deliberaba en su espíritu acerca de la muerte de Patroclo, dudando si en seguida le mataría con el bronce el ilustre Héctor en la refriega, sobre el divino Sarpedón, y arrancaría las armas de sus hombros, ó si prolongaría la ruda refriega para que hubiese mayor número de muertos. Y pareció á Zeus lo mejor que el bravo compañero del Peleida Akileo rechazase hacia la ciudad á Héctor y á los troyanos y arrancase el alma de otros muchos guerreros. Y para ello amenguó el valor de Héctor, que subiendo á su carro se puso en fuga, ordenando á los troyanos que también huyesen, porque había advertido las balanzas sagradas de Zeus. Y no se quedaron los ilustres likenses, y emprendieron la fuga al ver á su Rey acostado con el corazón partido en medio de los cadáveres, pues habían caído muchos mientras el Cronión encendía el combate. Y los acaienos arrancaron de los hombros de Sarpedón sus hermosas armas resplandecientes, y el robusto hijo de Menetio se las

dió á sus compañeros para que las llevasen á las naves abiertas. Y entonces Zeus, que amontona las nubes, dijo á Apolo:

—Marcha ahora, querido Febo. Fuera de la lucha, purifica á Sarpedón de la sangre negra que le mancha. Lávale en las aguas del río, y tras de ungirle con ambrosia, cúbrele con vestiduras inmortales. Luego entrégasele á los Mellizos rápidos Hipnos y Tanato para que le transporten al rico pueblo de la gran Likia. Han de enterrarle sus amigos y parientes y le erigirán una tumba y una columna, pues tales son los honores que cumplen á los muertos.

Habló así, y apresurándose á obedecer á su padre, descendió Apolo de las cimas Ideas á la refriega y llevó á Sarpedón al abrigo de los dardos. Y le transportó para lavarle á las aguas del río, le ungió con ambrosia, le cubrió con vestiduras inmortales y le confió á los Mellizos rápidos Hipnos y Tanato, que le transportaron en seguida al rico pueblo de la gran Likia.

Y Patroclo, excitando á Automedón y á sus caballos, perseguía á likenses y troyanos para desgracia suya, pues si el insensato hubiese obedecido la orden del Peleida, habría evitado la Ker funesta de la negra muerte. Pero más poderoso es el espíritu de Zeus que el de los hombres. Aterra al bravo á quien el mismo ha empujado al combate, y le arrebató la victoria.

Y ahora, ¿quién fué el primero, quién fué el último que mataste, ¡oh Patroclo! cuando los Dioses preparaban tu muerte? Adrestes, Autonoo y Ekeclo, Perimo Megada y Epistor, y Menalipo; después, Elaso, Mulio y Filartes. A éstos mató, y los demás escaparon fugitivos. Y entonces los hijos de los acaienos habrían tomado la alta Ilios por las

manos de Patroclo furioso, si Febo Apolo, erguido en el pináculo de una torre sólida, no fuese en ayuda de los troyanos, preparando la perdición del Menetiada. Y tres veces Patroclo se adelantó hasta el relieve de la alta muralla, y tres veces Apolo le rechazó con sus manos inmortales, golpeando su escudo reluciente. Y cuando por cuarta vez se adelantaba semejante á un Dios, el arquero Apolo le dijo estas palabras amenazadoras:

—Retírate, divino Patroclo. No es tu destino derribar con tu lanza la alta ciudadela de los magnánimos troyanos. El mismo Akileo no lo podría, aunque en mucho te supera.

Habló así, y Patroclo retrocedió lejos para evitar la cólera del arquero Apolo. Y deteniendo cerca de las puertas Skeas sus caballos de cascos sólidos, dudaba Héctor entre volver al combate ú ordenar á las tropas encerrarse tras de las murallas.

Y se acercó á él Febo Apolo, asemejado al joven y bravo guerrero Asio, hijo de Dimas, hermano de Hécaba y tío del domador de caballos Héctor, y que habitaba en Frigia á orillas del Sangario. Y asemejado á Asio, Febo Apolo dijo á Héctor:

—Héctor, ¿por qué te alejas del combate? No debes hacerlo. ¡Pluguiera á los Dioses que yo fuese tan superior á ti como inferior soy, y te sería fatal haber dejado el combate! Vamos, dirige contra Patroclo tus caballos de cascos macizos. Quizá le mates y te dé Apolo la victoria.

Habiendo hablado así, el Dios entró en la muchedumbre de guerreros. Y el ilustre Héctor ordenó al bravo Kebriones que hostigara á sus caballos hacia la refriega. Y en medio de la muchedumbre esparció Apolo la turbación entre los argienos y

otorgó la victoria á Héctor y á los troyanos. Y dejando á los otros danaenos, el Priamida encaminaba solamente hacia Patroclo sus caballos de cascos macizos. Y Patroclo, por su parte, saltó de su carro, empuñando su pica en la mano izquierda. Y cogió con la derecha un trozo de mármol rudo y anguloso, y ocultándolo en su mano primero, lo lanzó después con ímpetu. Y no lo hizo en balde, pues en la frente dió esta piedra puntiaguda al conductor de caballos Kebriones, bastardo del ilustre Priamo. Y la piedra le cortó ambas cejas, y no resistió el hueso, y los ojos del troyano se abatieron en el polvo á sus pies. Y semejante al nadador, cayó él del carro, y abandonó los miembros su alma. Y el jinete Patroclo gritó con una sorna amarga:

—¡Ah! ¡He aquí un hombre ágil, en verdad! ¡Cómo se arrojó! Verdaderamente que, si hubiera saltado desde su nave á la mar, aunque estuviese agitada, saciaría de mariscos á toda una multitud, pues se arrojó de lo alto del carro con suma ligereza. ¡En verdad que entre los troyanos hay excelentes nadadores!

Cuando hubo hablado así, se abalanzó al héroe Kebriones cual león impetuoso que fuera á devastar un establo y á recibir una herida en pleno pecho porque le perdiese su propio ardor. Así, Patroclo, te arrojaste sobre Kebriones. Y el Priamida saltó de su carro, y lucharon por el cadáver ambos, cual combaten en las montañas por una cervatilla degollada dos leones llenos de hambre. Así, sobre el cadáver de Kebriones, los dos hábiles guerreros, Patroclo Menetiada y el ilustre Héctor, deseaban clavarse uno á otro el bronce cruel. Y el Priamida tenía cogido por la cabeza al cadáver sin dejársele tomar, mientras Patroclo le tenía cogido por los

pies. Y empeñaron un rudo combate troyanos y da-naenos.

Como el Euro y el Noto con furioso encuentro en las gargantas de las montañas destrozan alta selva de hayas, fresnos y cornejos de corteza dura que se azotan con sus vastas ramas y se rompen con ruido, así troyanos y acaienos, arrojándose unos á otros, combatían sin huir afrentosamente. Y las lanzas afiladas y las flechas aladas que se escapaban de los nervios se hundían en torno de Kebriones, y pesadas rocas rompían los escudos. Y yacía allí Kebriones, corpulento, olvidado de los caballos y del carro, y en un remolino de polvo. En tanto que tiñó Helios el centro del Urano, disparáronse de ambos bandos los tiros, y los dos pueblos perecían por igual; pero cuando declinó, los acaienos fueron los más fuertes y arrastraron al héroe Kebriones lejos de los dardos y del tumulto de los troyanos, y le quitaron de los hombros sus armas.

Y meditando la perdición de los troyanos, Patroclo echó adelante. Y acometió tres veces, como podría hacerlo el rápido Ares, lanzando gritos horribles, y mató nueve guerreros. Pero cuando se abalanzó por cuarta vez semejante á un Dios, ¡entonces, Patroclo, se acercó el fin de tu vida! Á través de la refriega, Febo, terrible, fué á él. Y el Menetiada no vió al Dios, que estaba envuelto en densa nube. Y Febo se puso detrás de él y con la mano le golpeó en la espalda entre los anchos hombros, y los ojos del guerrero se turbaron en un vértigo. Y Febo Apolo le arrebató de la cabeza el casco, que rodó bajo los pies de los caballos, resonando y manchando su airón de sangre y polvo. No llegó á verse manchado por el polvo este casco cuando protegía la hermosa frente del divino Aki-

leo; pero Zeus quería dar este casco al Priamida Héctor para que le llevase, porque su muerte estaba próxima.

Y la larga y pesada lanza de Patroclo se rompió en su mano, y el rey Apolo, hijo de Zeus, le desató la coraza. Poseído por el estupor quedó el espíritu del guerrero, y sus miembros se quedaron inertes, y paróse estupefacto.

Entonces el dardaniano Pantoida Euforbo, excelente jinete y hábil entre los mejores para lanzar la pica, habiendo ya precipitado de sus carros á veinte guerreros, se acercó por detrás al Menetiada y le hirió con su lanza afilada. ¡Y éste fué el primero que te hirió, domador de caballos Patroclo! Pero no te abatió, y retirando su lanza, retrocedió en seguida entre la muchedumbre, temeroso de Patroclo desarmado. Y herido éste por un Dios y por la lanza de un hombre, retrocedió también entre la muchedumbre de sus compañeros para evitar la muerte.

Y apenas hubo visto Héctor retirarse herido por el bronce agudo al magnánimo Patroclo, se arrojó sobre él y le asestó en el costado una lanzada que hubo de atravesarle. Y cayó con ruido el Menetiada, y el dolor se apoderó del pueblo de los acaienos. Como á un robusto jabalí vence un león en el combate, peleando ardientemente ambos en la cumbre de las montañas por un poco de agua que los dos querian beber, y el león vence con violencia al jabalí anheloso, así el Priamida Héctor arrancó el alma del bravo hijo de Menetio, y ple-tórico de orgullo, le insultó con estas palabras aladas:

—Patroclo, ¿esperabas sin duda destruir nuestra ciudad y llevar á nuestras mujeres, cautivas en tus naves, á tu tierra natal? ¡Oh insensato! Para

protegerlas trajeron á Héctor al combate sus veloces caballos, porque aventajo con mi lanza á todos los troyanos belicosos y alejo su último día. Pero á ti te comerán las aves de rapiña. ¡Ah desgraciado! No te salvó el bravo Akileo que, enviándote á combatir mientras él permanecía retirado, te diría sin duda: «No vuelvas á las naves abiertas, domador de caballos Patroclo, sin antes arrancar de su pecho la coraza sangrienta del matador de hombres Héctor.» Te ha hablado así sin duda y te ha convencido en tu demencia.

Y respirando apenas, le contestó el jinete Patroclo:

—Héctor, te glorias ahora porque te dieron la victoria el Cronida y Apolo. Fácilmente me vencieron, quitándome de los hombros mis armas; pero si me hubiesen atacado veinte guerreros como tú, por mi lanza serían muertos todos. Fueron la Moira violenta, y el hijo de Leto, y entre los hombres Euforbo, quienes me mataron; pero tú viniste el último. Te aseguro, y guarda mis palabras en tu espíritu, que no vivirás mucho y cercana está tu muerte. La Moira violenta va á vencerte por las manos del irreprochable Eakida Akileo.

Habló así, y murió, y su alma abandonó su cuerpo y descendió á la mansión de Edes, llorando su destino, su fuerza y su juventud.

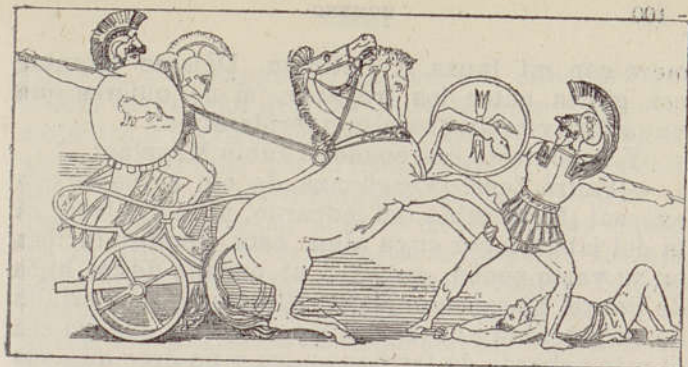
Y el ilustre Héctor contestó al cadáver del Menetiada:

—Patroclo, ¿por qué me anuncias la muerte? ¿Quién sabe si Akileo, el hijo de Tetis la de hermosos cabellos, no rendirá el espíritu á impulso de mi lanza?

Cuando hubo hablado así, puso el pie sobre el cuerpo del caído, y retirándolo, arrancó de la llaga su lanza de bronce.

Y en seguida corrió en pos de Automedón, el divino compañero del veloz Eakida, deseando abatirle; pero los caballos inmortales, presentes espléndidos que á Peleo hicieron los Dioses, se llevaron á Automedón.





RAPSODIA XVII

Y al mirar á Patroelo muerto por los troyanos, el bravo Menelao, hijo de Atreo, corrió á las primeras filas armado con el bronce espléndido. Y se agitaba en torno del cadáver como en torno del primer corderillo de su vientre corre una vaca gembunda que hasta entonces no había conocido el parto. Así el rubio Menelao se agitaba en torno de Patroclo, y le defendía con su lanza y su escudo regular, dispuesto á matar á quien se le acercase. Y el Pantoida, hábil para lanzar la pica, no se olvidó del irreprochable Patroclo, que yacía allí, y se detuvo ante el cadáver, y dijo al irreprochable Menelao:

—Atreida Menelao, ilustre príncipe de pueblos, retrocede, abandona este cadáver y entrégame estos despojos sangrientos, pues de los troyanos y aliados yo fui quien en la ruda refriega herí pri-

mero con mi lanza á Patroclo. Déjame ostentar esa gloria entre los troyanos, si no quieres que vaya á ti y te arrebate tu querida alma.

Y le contestó indignado el rubio Menelao:

—¡Padre Zeus! ¡Vergüenza da oír alabarse con exceso! ¡Ni la rabia del leopardo, ni la del león, ni la del jabalí feroz cuya alma está siempre furiosa en su vasto pecho, superan al orgullo de los hijos de Panto! El robusto jinete Hiperenor se gloriaba de su juventud al insultarme, diciendo que yo era el más cobarde de los danaenos; y no creo que sus pies veloces le lleven ya á su esposa muy amada y á sus padres venerables. Lo mismo romperé tus fuerzas, como me hagas frente; y te aconsejo que vuelvas con la muchedumbre y no me provoques antes de que la desgracia caiga sobre ti. El insensato sólo hace caso de lo que se ha cumplido.

Habló así, y no persuadió á Euforbo, el cual le contestó:

—Divino Menelao, en verdad que vas á pagar ahora la sangre de mi hermano, á quien mataste. Te jactas de haber dejado viuda á su mujer en la profunda cámara nupcial y de haber sumido á sus padres en un dolor amargo. Pero yo vengaré á ese desgraciado, poniendo en las manos de Panto y de la divina Frontis tu cabeza y tus armas. Pero no demoremos el combate que ha de dar la victoria ó la derrota á alguno de nosotros.

Habló así, y tiró un golpe al contrario escudo, de redondez perfecta; pero no pudo atravesarle, y la punta de bronce se torció sobre el escudo. Y rogando al Padre Zeus, acometió el Atreida Menelao con el bronce; y como Euforbo retrocediera, le pinchó en la garganta, y la punta, empujada por robusta mano, atravesó el cuello delicado. Y el Pantoida cayó con ruido, y sus armas resonaron

sobre él. Y de sangre se tiñeron sus cabellos, que tenían los reflejos del oro y de la plata y eran semejantes á los cabellos de las Carites. Como á tierro olivo plantado por el hombre en un paraje solitario donde mana abundante el agua y nutre su vigor balanceado por el soplo de los vientos inquietos mientras de flores blancas se cubre su ramaje, hasta que una ráfaga enorme envuelve bruscamente al árbol, desgajándole y dando con él en tierra, así el Atreida Menelao mató al bravo Euforbo Pantoida y le despojó de sus armas.

Cuando un león de la montaña, seguro de su fuerza, roba la mejor vaca de un gran rebaño que paciendo está, le rompe el cuello con los fuertes dientes, bebe su sangre y se come sus entrañas, los perros y los pastores lanzan desde lejos grandes clamores, aunque no se aproximan porque les sobrecoge el lívido terror. Así, ninguno de los troyanos osaba atacar al ilustre Menelao: y hubiera él cómodamente arrebatado las hermosas armas del Pantoida, si Febo Apolo, envidioso, no excitara contra él á Héctor, semejante al veloz Ares. Y tomando la forma de Mentos, jefe de los kicones, dijo al Priamida estas palabras aladas:

—Héctor, ¿hacia dónde corres de ese modo? ¿Por qué persigues locamente á los caballos del bravo Akileo, que no pueden ser sometidos ni conducidos por otro hombre mortal que Akileo, á quien parió una madre inmortal? He aquí que, en tanto, el bravo Menelao, hijo de Atreo, por defender á Patroclo, ha muerto al más valeroso de los troyanos, al Pantoida Euforbo, y truncado su vigor impetuoso.

Habló así el Dios, y volvió á la muchedumbre de hombres. Y un amargo dolor oprimió el corazón sombrío de Héctor. Miró á su alrededor en la refriega, y vió á Menelao arrebatando las hermosas

armas de Euforbo, y al Pantoida tendido en tierra y manando sangre de la llaga abierta. Con agudos clamores, armado de bronce resplandeciente, y semejante al fuego inextinguible de Hefesto, se lanzó á las primeras filas. Y el hijo de Atreo le oyó y le vió, y gimiendo, dijo en su corazón magnánimo:

—¡Ay! Si abandono estas hermosas armas y á Patroclo, que ha muerto en pro de mi causa, se indignarán los danaenos que me vean; pero si combato solo contra Héctor y los troyanos, temo que esta multitud me envuelva, porque Héctor el del casco palpitante trae consigo á todos los troyanos. ¿Pero por qué deliberar en mi cara alma? Cuando un hombre quiere luchar con otro hombre honrado por un Dios, pronto se cierne sobre él una calamidad abrumadora. Por eso ningún danaeno me censurará que ceda ante Héctor, puesto que le guía un Dios. Si en la refriega oyera yo al bravo Ajax, volveríamos ambos al combate, aun en contra de un Dios, y salvaríamos para el Peleida Akileo este cadáver, y sería lo mejor en medio de nuestras desventuras.

Y mientras él deliberaba en su espíritu y en su corazón, llegaban las falanges troyanas conducidas por Héctor. Retrocedió Menelao y abandonó el cadáver; pero volviéndose de cuando en cuando, como un león de larga barba á quien perros y pastores arrojan del establo con lanzas y gritos y cuyo indómito corazón se turba, obligándole á dejar el redil mal de su grado. Así alejóse de Patroclo el rubio Menelao. Y se volvió en cuanto se hubo unido á sus compañeros, y buscando por doquiera con sus ojos al gran Ajax Telamonieno, le vió á la izquierda de la refriega exhortando á sus compañeros y excitándoles á combatir, pues Febo Apolo

había sembrado entre ellos el terror. Y Menelao corrió hacia él y le dijo en seguida:

—¡Ajax, ven, amigo! Apresurémonos á ir por Patroclo, que ha muerto, y llevemos su cadáver, por lo menos, á Akileo, ya que tiene sus armas Héctor el del casco palpitante.

Habló así, y conmovió el alma del bravo Ajax, que lanzóse á las primeras filas con el rubio Menelao.

Y después de haber despojado de sus armas ilustres á Patroclo, el Priamida le arrastraba para cortarle la cabeza con el bronce y arrojar su cadáver á los perros troyanos; pero llegó Ajax con un escudo semejante á una torre. Y Héctor volvió á la muchedumbre de sus compañeros, y montando en su carro, entregó á los troyanos las hermosas armas para que las llevasen á Ilios y se extendiera el ruido de su gloria.

Y marchaba Ajax en torno al Menetiada, cubriéndole con su escudo, como rodea á sus cachorros una leona. Les conduce á través de la floresta cuando los cazadores aparecen. Al instante, poseída de furor, frunce los párpados cubriéndose los ojos. Así marchaba Ajax en torno al héroe Patroclo, y el bravo Atreida Menelao permanecía detrás con gran duelo en el pecho.

Pero el hijo de Hipoloco, Glauco, jefe de los hombres de Likia, mirando á Héctor con sombríos ojos, le dijo estas duras palabras:

—Héctor, pareces el más bravo de los hombres; pero no lo eres en el combate, y no mereces tu gloria, porque no sabes sino huir. Piensa ahora en salvar tu ciudad y tu ciudadela sólo con los pueblos nacidos en Ilios. Nunca más lucharán por Troya los likenses contra los danaenos, pues no se lo agradeces, aunque combaten de continuo. ¡Cobar-

de! ¿Cómo has de defender en la refriega á un débil guerrero, cuando presa de los acaïenos abandonaste á Sarpedón, tu huésped y tu compañero, vivo el cual prestó tanto socorro á tu pueblo y á ti mismo, y le abandonas á los perros ahora? Por eso, si me obedecen los likenses, regresaremos á nuestras moradas, y será inminente la ruina de Ilios. Como tuvieran los troyanos la fuerza y la audacia de quienes combaten por la patria, arrastraríamos hasta Ilios, la gran ciudad de Priamo, el cadáver de Patroclo, y los argienos nos entregarían en seguida las hermosas armas de Sarpedón y al propio Sarpedón, pues que ya ha muerto el compañero del argieno más formidable de las naves y que tiene los compañeros más bravos. Pero no has osado en la refriega resistir el ataque del magnánimo Ajax ni aun sus miradas, porque te excede en mucho.

Y mirándole con ojos sombríos, le contestó Héctor el del casco palpitante:

—Glauco, ¿por qué hablas tan ofensivamente? En verdad, amigo, que te creí superior en prudencia á cuantos habitan la fértil Likia, y ahora he de vituperarte que hables así diciendo que no he osado esperar al gran Ajax. Nunca me asustaron ni el ruido de los carros ni el estruendo de la refriega; pero el espíritu de Zeus tempestuoso acobarda fácilmente al bravo y le arrebató la victoria, aunque por sí mismo le haya empujado á combatir. Pero ven, y verás en este día si soy un cobarde, como dices, y si sé romper el vigor de los danaeos que defienden el cadáver de Patroclo.

Habló así, y exhortó á los troyanos en voz alta:

—¡Troyanos, likenses y bravos dardanienos, sed hombres, amigos! Acordaos de vuestra fuerza y de vuestro valor, mientras voy á vestirme las armas

del irreprochable Akileo, tomadas á Patroclo, á quien maté.

Cuando hubo hablado así, alejóse de la refriega Héctor, corriendo hacia sus compañeros que llevaban á Ilios las armas ilustres del Peleida. Y lejos de la refriega lamentable, cambió de armas y dió las suyas para que las llevaran á la santa Ilios. Y se cubrió con las armas inmortales del Peleida Akileo, donadas por los Dioses Uránicos á Peleo. Y viejo ya éste, se las legó á su hijo; pero el hijo no debía envejecer bajo las armas paternas.

Y cuando Zeus, que amontona las nubes, vió á Héctor cubierto con las armas del divino Peleida, movió la cabeza y dijo en su espíritu:

—¡Oh desdichado! ¡No piensas en la muerte, que está cercana á ti, y te revistes con las armas inmortales del más bravo de los hombres, ante quien temblaban todos los guerreros; y mataste á su compañero, que tan dulce y tan valeroso era, y le arrebataste ignominiosamente las armas de su cabeza y de sus hombros! Pero he de otorgarte una gran gloria, en cuenta á que tras el combate no recibirá Andrómaca las armas ilustres del Peleida.

Habló así Zeus, y afirmó su promesa enarcando sus cejas azules. Y adaptó las armas al cuerpo del Priamida que, ardiente y furioso como Ares, sintió correr por todos sus miembros la fuerza y el valor. Y lanzando agudos clamores, apareció ante los ilustres aliados y ante los troyanos semejante á Akileo, pues resplandecía bajo las armas del magnánimo Peleida. Y yendo de uno en otro, exhortó á todos: á Mestles, á Glauco, á Medón, á Tersiloco, á Asteropeo, á Deisinor, á Hipotoo, y á Forkis, y á Cromio, y al adivinador Eunomo. Y excitándoles con rápidas palabras, les habló así:

—¡Escuchadme, innumerables pueblos aliados y

vecinos de Ilios! No quise llamar á una multitud inactiva cuando os saqué de vuestras ciudades, sino que os pedí defendierais ardientemente á las mujeres de los troyanos y á sus hijos contra los acaienos belicosos. Por vosotros he privado á mis pueblos de viveres y de regalos y con ellos atendí á vuestras fuerzas. Que cada cual combata, pues, triunfe ó perezca, porque este es el azar de la guerra. Quien arrastrare hacia los troyanos domadores de caballos el cuerpo de Patroclo, tendrá para sí la mitad del botín, y yo tendré la otra mitad, y su gloria será igual á la mía.

Habló así, y todos, con las lanzas enarboladas, se arrojaron sobre los danaenos, esperando arrancar al Telamonieno Ajax el cadáver de Patroclo. ¡Insensatos! Ante el cadáver había de arrancar él aún el alma á muchos de ellos. Y dijo al bravo Menelao:

—Divino Menelao, ¡oh amigo! No espero que salgamos con bien de este combate, y temo menos, en verdad, por el cadáver de Patroclo, al que devorarán los perros troyanos y las aves carniceras, que por mi cabeza y por la tuya, pues cual una nube cubre Héctor el campo de batalla, y sobre nosotros ciérnese la abrumadora ruina. Date prisa y llama á los príncipes danaenos, si es que pueden oírte.

Habló así, y el bravo Menelao se apresuró á llamar á grandes gritos á los danaenos:

—¡Oh amigos! ¡Príncipes y jefes de los argienos, que coméis en los banquetes de los Atreidas Agamenón y Menelao y mandáis las falanges, porque de Zeus viene todo honor y toda gloria! Como me resulta difícil conoceros en la confusión de la refriega, que cada uno de vosotros acuda sin que se le incite y por sí mismo, indignado de que Patroclo sea pasto de los perros troyanos.

Habló así, y llegó el primero corriendo á través de la refriega el veloz Ajax, hijo de Oileo, y detrás de él Idomeneo y el compañero de Idomeneo, Meriones, semejante al matador de hombres Ares. ¿Pero quién podría en su espíritu decir los nombres de todos los que acudieron á reforzar el combate de los acaienos?

Y los troyanos avanzaban, y Héctor les conducía. Como en el mar se precipita la anchurosa corriente que de Zeus cae, y el mar se hincha en su lecho, y á lo lejos resuenan las costas, así también retemblaba el clamor de los troyanos. Pero los acaienos permanecían firmes alrededor del Menetiada, sin tener más que un alma y cubiertos con sus escudos de bronce. Y tendía Zeus una espesa nube sobre los cascos relampagueantes, porque no había él odiado al Menetiada mientras vivió éste y fué compañero del Eakida; y no quería que fuera pasto de los perros troyanos, y animó á sus compañeros á defenderle.

Y en un principio, los troyanos rechazaron á los acaienos de cejas arqueadas. Empezaron éstos la fuga, abandonando el cadáver; y á pesar de su deseo de exterminio, no les persiguieron los troyanos; pero arrastraron hacia sí el cadáver. Y los acaienos no le abandonaron por mucho tiempo; y acaudillándoles, se destacó de las primeras filas en seguida Ajax, que después del irreprochable Peleida, era el primero de los danaenos por el aspecto heroico y las acciones; y atacó, semejante en la furia á un jabalí que, revolviéndose en el matorral, dispersa á los perros y á los hombres. Así el gran Ajax, hijo del ilustre Telamón, dispersó fácilmente las falanges troyanas que se apretaban en torno de Patroclo, en espera de arrastrarle hasta Ilios y alcanzar esta gloria.

Y liando al tendón una correa, arrastraba á Patroclo por un pie Hipotoo, hijo del pelásgico Letos, deseoso de agradar á Héctor y á los troyanos; pero llególe la desdicha sin que nadie pudiera salvarle, pues lanzándose en medio de la muchedumbre, el Telamonieno le golpeó en el casco de bronce, y por la mano vigorosa de Ajax fué roto el casco empenachado de crin, y el bronce de la punta atravesó el cerebro, que fluyó sangriento por la llaga, y anuláronse las fuerzas del vencido. Soltó éste el pie del magnánimo Patroclo, y cayó sobre el cadáver, lejos de Larisa; y no pagó á sus padres muy amados los cuidados de que le habían hecho objeto, y fué breve su vida, porque le domeñó el magnánimo Ajax.

Arrojó Héctor contra Ajax su lanza reluciente; pero éste, al darse cuenta, evitó la pica de bronce, que alcanzó á Skedio, hijo de Ifito y el más bravo de los fokenses, el cual habitaba en la gran Panope, mandando á numerosos pueblos. En mitad de la garganta se le clavó la pica, y la punta de bronce salió por el vértice del hombro. Cayó con ruido el hombre, y sus armas retemblaron sobre él. Y Ajax pinchó en mitad del vientre al bravo Forkis, hijo de Fenops, cuando defendía el cuerpo de Hipotoo. Rompió el bronce la concavidad de la coraza, y destrozóle las entrañas. Y cayó él, asiendo la tierra con sus manos, y retrocedieron las primeras filas, como también Héctor. Y entre grandes gritos, los argienos arrastraron muertos á Forkis y á Hipotoo, y les quitaron las armas.

Entonces hubieran sido puestos en fuga los troyanos por los bravos acaienos, y á Ilios habrían vuelto vencidos por su propia cobardía, y á pesar de Zeus, habrían obtenido los acaienos la victoria, merced á su vigor y á su valor, si por sí mismo

Apolo no excitase á Eneas, tomando la ferma del heraldo Perifas Epitida, que al lado de su viejo padre había envejecido en el estudio y la ciencia de la sabiduría. Transformado en Perifas, habló así el hijo de Zeus:

—Eneas, ¿cómo salvaríais la santa Ilios, aun contra la voluntad de un Dios? Siendo cual los guerreros que yo he visto, pues confiaban en el propio valor tanto como en el vigor y el número del pueblo que conducían. Zeus nos ofrece la victoria antes que á los danaenos; pero sois unos cobardes que no sabéis combatir.

Habló así, y en él reconoció Eneas al arquero Apolo, y gritó en seguida á Héctor:

—Héctor, y vosotros, jefes de los troyanos y los aliados, es una vergüenza que por causa de nuestra cobardía huyamos á Ilios, vencidos por los bravos acaienos. He aquí que se me acercó uno de los Dioses y me ha dicho que el potentísimo Zeus nos era propicio en el combate. Marchemos, pues, hacia los danaenos para que no se lleven sin trabajo hasta las naves á Patroclo muerto.

Habló así, y se lanzó entre los primeros combatientes, y los troyanos hicieron cara á los acaienos. Y Eneas hirió de una lanzada á Leocrito, hijo de Arisbas y bravo compañero de Licomedes. Y el bravo Licomedes fué tomado por la compasión cuando le vió caer. Se acercó, y lanzando su pica brillante, clavóla en el hígado del Hipasida Apisaón, príncipe de pueblos, y le anuló las fuerzas. De la fértil Peonia había llegado el Hipasida, y después de Asteropeo, era el primero entre los peonios. Y el bravo Asteropeo fué tomado por la compasión al verle caer, y echó adelante para combatir contra los danaenos; pero en vano, pues los acaienos todos, erizados de lanzas, se sostenían en

torno de Patroclo. Y Ajax les exhortaba ardientemente y les ordenaba que no se separasen del cadáver destacándose de las filas, sino que quedaran en torno de Patroclo y se mantuvieran firmes. Así les instruía el gran Ajax, y la tierra se bañaba en sangre purpúrea, y caían todos unos sobre otros, troyanos, aliados y danaenos; pero éstos perecían en menor número, porque no se olvidaban de ayudarse en la refriega. Y luchaban todos, semejantes á un incendio; y no hubiera podido decir ninguno si brillaba Helios ó Selene, pues tan envueltos en la negra niebla se encontraban los bravos que alrededor del Menetiada se debatían.

Más allá combatían con libertad en un sereno ambiente otros troyanos y otros acaienos; y se extendía el radioso esplendor de Helios en aquel lugar, y no había en él nube sobre la tierra ni sobre las montañas. Y combatían cómodamente, evitando los tiros de una y otra parte y separados por un amplio espacio. Pero en el centro, bajo la negra niebla, se herían con el bronce cruel los más bravos, soportando todos los infortunios de la guerra. Y allá, dos excelentes guerreros, Trasimedes y Antiloco, no sabían que había muerto el irreprochable Patroclo. Y creían que estaba vivo y en lo más enconado de la refriega combatía á los troyanos mientras ellos dos, lejos del Menetiada, luchaban por la salvación de sus compañeros, como Néstor les ordenara cuando les envió desde las naves negras al combate.

Y durante todo el día continuó la matanza en torno de Patroclo, el bravo compañero del veloz Eakida, y tenían sucios de polvo y sangre todos las rodillas, los pies, las manos y los ojos. Como cuando un hombre ordena á sus servidores que estiren una piel de buey toda impregnada de grasa

líquida, tiran éstos de ella en su contorno, y á sus esfuerzos penetra la grasa en la piel, así por todos lados los combatientes tiraban del cadáver en un estrecho espacio, hacia Ilios los troyanos y los acaienos hacia las naves abiertas; y se alzaba un tumulto espantoso que hubiera satisfecho á Atenea y á Ares, que enardece el combate. Así durante todo el día avivó Zeus la refriega de hombres y caballos alrededor del cadáver de Patroclo.

Pero el divino Akileo ignoraba la muerte del Menetiada, pues combatían los hombres lejos de las naves, al pie de las murallas de Troya. Y pensaba que volvería vivo Patroclo después de haber llegado á las puertas de la ciudad, sabedor de que no debía destruir sin él á Ilios ni siquiera con él. A menudo se lo oyó á su madre, que le revelaba el pensamiento de Zeus; pero como su madre no le había anunciado una desdicha tan enorme, no sabía que perecería allá su compañero más querido.

Y en torno del cadáver, combatían infatigables todos con sus lanzas afiladas, matándose unos á otros. Y decían los acaienos cubiertos de corazas:

—¡Oh amigos! ¡Vergonzoso sería retroceder hacia las naves abiertas! ¡Ojalá nos trague aquí la negra tierra antes de dejar á los troyanos arrastrar á su ciudad este cadáver y obtener semejante gloria!

Y decían los magnánimos troyanos:

—¡Oh amigos! ¡Si la Moira quiere que caigamos aquí todos, sea; pero no retroceda ninguno!

Así hablaba cada cual, y animaba el valor de sus compañeros, que combatían, y el estruendo del bronce ascendía al Urano por los aires estériles. Y alejados de la refriega, los caballos del Eakida lloraban porque perdieron á su conductor, tendido en el polvo por el matador de hombres Héctor. Y en

vano les hostigaba con el látigo ó les dirigía cariñosas palabras Automedón, hijo del bravo Dioreo; no querían ir á lo largo del Helesponto ni á la refriega de los acaienos; y del mismo modo que sobre la tumba de un hombre ó de una mujer permanece erguida la columna funeraria, permanecían ante el hermoso carro ellos inmóviles, con la cabeza inclinada hacia la tierra. Y de sus párpados caían cálidas lágrimas, pues se apenaban por su conductor; y las crines lozanas desmayábanse á ambos lados del yugo. Y al verles, se compadeció el Cronión, y moviendo la cabeza, dijo en su espíritu:

—¡Ah desdichados! ¿Por qué á Peleo, que es mortal, le hicimos entrega de vosotros, que no conoceréis la vejez y sois inmortales? ¿Era para que también sufrieseis los dolores humanos? Porque el hombre es el más desgraciado de cuantos seres respiran y se agitan en la tierra. Pero jamás el Priamida Héctor os conducirá ni á vosotros ni á vuestros carros espléndidos. ¿No es suficiente que posea ya las armas y con ellas se glorie? Llenaré de vigor vuestras rodillas y vuestra alma, á fin de que saquéis de la refriega á Automedón, llevándole á las naves abiertas; pues daré la victoria á los troyanos hasta que lleguen á las naves bien construidas, hasta que caiga Helios y llegue la sagrada sombra.

Cuando hubo hablado así, inspiró una gran fuerza á los caballos, que sobre la tierra sacudieron el polvo de sus crines, arrastrando con velocidad entre troyanos y acaienos el carro ligero. Y aunque llorando por su compañero, excitaba el ímpetu de los caballos Automedón, que parecía un buitre sobre los patos. Y se alejaba así de la muchedumbre de troyanos, y volvía á arrojarse á la refriega; pero perseguía á los guerreros sin matar-

les, por no poder solo, en el carro sagrado, combatir con la lanza y dirigir los caballos veloces. Por fin vióle con sus propios ojos uno de sus compañeros, Alkimedón, hijo de Laerkeo Emonida, y parándose junto al carro, dijo á Automedón:

—Automedón, ¿qué Dios te arrebató el espíritu al poner en tu alma un deseo insensato? ¡En las primeras filas quieres combatir solo contra los troyanos, y ha muerto tu compañero y Héctor se gloria de llevar sobre sus hombros las armas del Eakida!

Y le contestó Automedón, hijo de Dioreo:

—Alkimedón, ninguno de los acaienos, á no ser tú, podría domeñar á los caballos inmortales. Vivo Patroclo, sólo él lo podía, porque por su prudencia era semejante á los Dioses. Ahora le han cogido ya la muerte y la Moira. Toma el látigo y las riendas espléndidas y me apearé yo para combatir.

Habló así, y Alkimedón subió al carro y tomó el látigo y las riendas, y apeóse Automedón; pero al verle, el ilustre Héctor dijo en seguida á Eneas:

—Eneas, príncipe de los troyanos cubiertos de corazas, veo á los dos caballos del veloz Eakida correr por la refriega con conductores viles, y espero apoderarme de ellos, si quieres ayudarme, pues sin duda no osarán hacernos frente esos hombres.

Habló, y consintió el irreprochable hijo de Ankises, y pusieronse en marcha, resguardando sus hombros con cueros secos y sólidos recubiertos de bronce. Y con ellos marchaban Cromio y Areto, semejante á un Dios. Y esperaban los insensatos matar á ambos acaienos y apoderarse de los caballos de ancho cuello; pero no debían regresar sin haber esparcido la propia sangre á manos de Automedón. Y suplicaba éste al Padre Zeus, y pletórico

de fuerza y de valor en su corazón sombrío, dijo á su compañero fiel Alkimedón:

—Alkimedón, no tengas lejos de mí los caballos, sino tan cerca, que alienten en mi espalda, pues no creo que el furor del Priamida Héctor se calme antes de matarnos y apoderarse de los caballos de hermosas crines de Akileo, ó de caer él mismo á nuestras manos.

Cuando hubo hablado así, llamó á los Ayaces y á Menelao:

—Ayaces y Menelao, jefes de los argienos, confiad este cadáver á los más bravos para que le defiendan y rechacen á la muchedumbre de hombres; pero alejad nuestro último día á los que estamos vivos, porque he aquí que Héctor y Eneas, los más terribles troyanos, se abalanzan á nosotros cruzando la refriega lamentable. ¡Pero en el regazo de los Dioses está el destino! Yo arrojó mi pica, confiándome á Zeus.

Habló, y arrojó su larga pica; y dió con ella en el escudo igual de Areto. Y el escudo no detuvo el bronce, que le horadó y penetró en el vientre á través del tahalí. Igual que cuando un joven, armado de un hacha cortante, hiere con ella entre ambos cuernos de un toro salvaje, rompiendo el nervio, y el animal da un salto y cae, así Areto saltó y cayó de espaldas, y á través de las entrañas, la pica le anuló las fuerzas. Y arrojó Héctor contra Automedón su pica refulgente; pero al verle, éste se inclinó para evitar la pica de bronce, que pasando sobre él, fué á tierra y vibró hasta que la hubo acabado su vigor Ares. Y se lanzaban ambos uno sobre otro con sus espadas, cuando, á la voz de su compañero, se mezclaron á la refriega los veloces Ayaces. Y Héctor, Eneas y Cromio, semejante á un Dios, retrocedieron, dejando á

Areto tendido y con el vientre abierto. Y Automedón, semejante al veloz Ares, despojándole de sus armas, dijo en son de gloria:

—Al menos, ya ha disminuido un tanto mi dolor por la muerte del Menetiada, aunque sólo maté á un hombre muy inferior á él.

Y colocó en el carro los despojos sangrientos, y subió á él, sangrientos pies y manos, cual un león que acabara de devorar á un toro.

Y otra vez se reanudó sobre Patroclo la refriega espantosa y lamentable. Y descendiendo del Urano, animó Atenea el combate, porque Zeus el de la amplia mirada, cambiando su espíritu, habíala enviado para que embraveciese á los danaenos. Como cuando el Uránico Zeus envía á los vivos una Iris purpúrea, que es señal de guerra ó frías tempestades, é interrumpe los trabajos de los hombres, y amilana los rebaños, así Atenea, envuelta en una nube purpúrea, se mezcló á la muchedumbre de acaienos. Y primero excitó al hijo de Atreo, hablando así al bravo Menelao, para lo cual tomó la forma de Fénix el de voz varonil:

—¡Qué vergüenza y qué dolor para ti, Menelao, si al pie de sus murallas devoraran al querido compañero del ilustre Akileo los perros veloces de los troyanos! Ten firmeza y enardece á todo tu pueblo.

Y le contestó el bravo Menelao:

—Fénix, padre mío, anciano venerable, ¡plugiera á los Dioses que Atenea me infundiese fuerza y rechazase lejos de mí los dardos! Iré y defenderé á Patroclo, que con morir me ha desgarrado violentamente el corazón. Pero cual el del fuego es el vigor de Héctor, y no cesa de matar con el bronce, y Zeus le otorga la victoria.

Habló así, y Atenea la de los ojos claros se regocijó porque le había implorado antes que á ningun-

no de los Dioses. Y esparció vigor por sus hombros y por sus rodillas, y puso en su pecho la audacia de la mosca á quien en vano se pretende cazar y que pica con gusto, pues la sangre del hombre es dulce para ella. Y la Diosa puso esta audacia en el sombrío corazón del guerrero, que volviéndose hacia Patroclo, arrojó su pica brillante. Y entre los troyanos se hallaba Podes, hijo de Etión, rico, bravo y muy honrado por Héctor entre los demás, porque era su convidado más querido. El rubio Menelao le alcanzó en el escudo cuando huía; y el bronce le atravesó, y cayó él con ruido, y el Atreida Menelao arrastró su cadáver hacia el lado de los acaienos. Y Apolo excitó á Héctor, tomando para ello la forma de Fenops Asiada, que habitaba en Abido y era el huésped más querido del Priamida. Y dijo á éste el arquero Apolo bajo la forma de Fenops:

—Héctor, ¿á quién de entre los acaienos asustarás en adelante, si temes á Menelao, que no es más que un débil guerrero, y solo se lleva ese cadáver tras de haber muerto á tu compañero fiel, bravo entre los hombres, á Podes, hijo de Etión.

Habló así, y la negra nube del dolor envolvió á Héctor, y abalanzóse él á las primeras filas armado con el bronce esplendoroso. Y entonces el Cronión tomó la Egida de refulgentes franjas, y cubrió de nubes el Ida, y tronó fuertemente, fulgurante, agitando la Egida para dar la victoria á los troyanos y poner en fuga á los acaienos.

Y el primero que emprendió la fuga fué el beocio Penelec, herido por Polidamas de una lanzada que le había atravesado hasta el hueso la parte alta del hombro. Y Héctor hirió en la mano á Leito, hijo del magnánimo Alectrión; y le puso en fuga, asustado y mirando á todas partes, pues

no esperaba poder ya sostener una lanza de combate.

Y cuando Héctor se arrojaba sobre Leito, Idomeneo le alcanzó en la coraza por debajo de la tetilla; pero la larga pica se rompió por el sitio en que la punta se une á la madera, y los troyanos rompieron en clamores; y de pie en su carro, contra Idomeneo Deucalida arrojó Héctor su pica, que se desvió é hirió al conductor de Meriones, Kerano, que le había seguido desde la populosa Licto. Idomeneo salió á pie de las naves de dobles remos, y hubiera proporcionado gran gloria á los troyanos, si Kerano no hubiese llegado en seguida con los caballos veloces. Y fué la salvación de Idomeneo, que por él conservó la luz; pero hubo de rendir el alma el otro al empuje del matador de hombres Héctor, que le hirió entre la mandíbula y la oreja. La pica le saltó los dientes y cortó la mitad de la lengua. Cayó del carro Kerano, soltando las riendas. Y levantándolas del suelo, dijo Meriones á Idomeneo:

—Fustiga á los veloces caballos para que vayan á las naves; como yo, ves tú también que se escapa á los acaienos la victoria.

Habló así, é Idomeneo fustigó á los caballos de hermosas crines hacia las naves abiertas, pues el temor había invadido su corazón. Y el magnánimo Ajax y Menelao comprendieron que se escapaba á los acaienos la victoria y Zeus se la otorgaba á los troyanos.

Y dijo el primero el gran Telamonieno Ajax:

—¡Oh Dioses! Ahora comprendería el más insensato que el Padre Zeus concede la victoria á los troyanos. Sus proyectiles dan siempre en el blanco, lo mismo cuando los dispara la mano de un cobarde que cuando lo hace la de un bravo; Zeus los dirige,

y los nuestros caen á tierra, vanos é impotentes. Pensemos, por lo menos, de qué manera arrastraríamos mejor el cadáver de Patroclo, y luego regocijaremos con nuestro regreso á nuestros compañeros, que se entristecen al mirarnos, porque creen que no escaparemos á las manos inevitables y al vigor del matador de hombres Héctor, sino que seremos rechazados hacia las naves negras. ¡Pluguiera á los Dioses que alguno de nosotros anunciase pronto al Peleida esta desdicha! No creo sepa aún que ha muerto su querido compañero. Pero no sé á quién de entre los acaienos podremos enviar. A todos, hombres y caballos, nos envuelve una niebla negra. ¡Padre Zeus, libra de esta obscuridad á los hijos de los acaienos; devuélvenos la claridad; que nuestros ojos puedan ver, y si quieres perdernos con tu cólera, sea, al menos, á plena luz!

Habló así, y el Padre Zeus tuvo compasión de sus lágrimas, y dispersó en seguida la niebla y disipó la nube; brilló Helios, y se vió á todo el ejército. Y dijo Ajax al bravo Menelao:

—Divino Menelao, busca ahora á Antiloco, el magnánimo hijo de Néstor, y si está vivo todavía por acaso, que se apresure á ir á decir al belicoso Akileo que ha muerto el más querido de sus compañeros.

Habló así, y el bravo Menelao apresuróse á obedecer, y se alejó cual del cercado se aleja el león, cansado de luchar contra los perros y los hombres, que con su vigilancia en toda la noche le permitieron apoderarse de los rollizos bueyes. Se abalanzó á ellos deseoso de carnes frescas; pero de las manos audaces de sus perseguidores voló un sinfin de flechas y ardientes antorchas, á las que tanto teme á pesar de su furia; y se aleja de mañana con el corazón entristecido. Así, mal de su grado, alejá-

base Menelao del cuerpo de Patroclo, temiendo que los acaienos aterrados le abandonasen como presa al enemigo. Y exhortó á Meriones y á los Ayaces:

—¡Ayaces, jefes de los argienos, y tú, Meriones, acordaos de la dulzura del desdichado Patroclo! ¡Para todos estuvo lleno de dulzura en su vida; y ahora se apoderaron de él la muerte y la Moira!

Cuando hubo hablado así, se alejó el rubio Menelao, mirando en todas direcciones, como el águila que, según dicen, es entre todas las aves del Urano la de vista más penetrante, pues desde las alturas donde vive divisa á la liebre que reposa bajo un arbusto frondoso, y en seguida cae sobre ella, la coge y le arrebató el alma. Así, divino Menelao, miraban en todas direcciones tus ojos claros, explorando la muchedumbre de acaienos, por si veían vivo al hijo de Néstor. Y reconocióte Menelao á la izquierda de la refriega excitando á sus compañeros al combate. Y acercándose, le dijo el rubio Menelao:

—¡Ven, divino Antiloco! Oye una triste nueva! ¡Pluguiera á los Dioses que nunca hubiese esto acaecido! Sin duda sabes ya que un Dios abate á los acaienos y otorga la victoria á los troyanos. Ha muerto el mejor de los acaienos, Patroclo, que deja á los danaenos á merced de grandes penas. Pero corre tú á las naves de los acaienos y anuncia al Peleida esta desdicha. Que venga pronto para salvar el cadáver desnudo, pues sus armas las posee Héctor el del casco palpitante.

Habló así, y abrumado por estas palabras, Antiloco permaneció mudo, y sus ojos se llenaron de lágrimas, y le faltó la voz; pero hubo de obedecer la orden de Menelao. Y entregó sus armas al irreprochable Laodoco, su amigo, que conducía sus caballos de cascos macizos, y alejóse corriendo. Y

llorando, le llevaban sus pies á anunciar al Peleida Akileo la triste noticia.

Y no quisiste, divino Menelao, ir en ayuda de los pilios, compañeros entristecidos de Antiloco, que le echaban de menos. Y les dejó al divino Trasimedes, y volvió junto al héroe Patroclo, y llegado que hubo hasta donde los Ayaces se encontraban, les dijo:

—He enviado á Antiloco hacia las naves para que hable al Peleión de los pies veloces; pero no creo que venga ahora el Peleida, por muy irritado que con el divino Héctor esté, porque sin armas no puede combatir. Pensemos, para bien de todos, de qué manera arrastraremos el cadáver y cómo evitaremos la muerte y la Moira entre el tumulto de troyanos.

Y le contestó el gran Ajax Telamonieno:

—Dijiste bien, ¡oh ilustre Menelao! Alzad pronto el cadáver tú y Meriones y lleváosle fuera de la refriega; y tras de vosotros rechazaremos á los troyanos y á Héctor, nosotros que tenemos la misma alma y el mismo nombre y sabemos afrontar ambos el combate terrible.

Habló así, y en sus brazos levantaron los otros el cadáver. Y los troyanos prorrumpieron en gritos horribles al ver que los acaienos se llevaban á Patroclo. Y se arrojaron á ellos, semejantes á perros que, adelantándose á los cazadores, se amontonan sobre un jabalí herido que quieren destrozar. Pero si él se revuelve, confiado en su fuerza, los perros se detienen y huyen por doquier. Así se arrojaban en muchedumbre los troyanos, hiriendo con la espada y con la lanza; pero cuando los Ayaces se volvieron y les hicieron frente, cambiaron de color, y no osó ninguno combatir para disputarles aquel cadáver.

Y así, ardorosos, llevaban el cadáver hacia las naves abiertas. Y les seguía el combate encarnizado y terrible, como incendio que estalla bruscamente en una ciudad, y crujen las casas en medio de una vasta llama atormentada por la violencia del viento. Así á los acaienos perseguía el tumulto sin tregua de caballos y hombres. Cual vigorosos mulos que, á despecho del trabajo y del sudor, arrastrasen con celeridad por el fragoso camino de una montaña una viga ó un mástil, así Menelao y Meriones llevaban presurosos el cadáver. Y detrás de ellos los Ayaces rechazaban á los troyanos, cual la frondosa colina que se alza en la llanura rechaza las corrientes furiosas de los ríos veloces, que no pueden romperla y son siempre despedidos por ella hacia la llanura. Así los Ayaces rechazaban á la muchedumbre de troyanos que les perseguían conducidos por Eneas Ankisiada y por el ilustre Héctor. Como vuela una bandada de estorninos y grajos, dando gritos agudos al acercarse el gavilán que mata á los pajarillos, así los hijos de los acaienos, entre clamores penetrantes, corrían ante Eneas y Héctor y se olvidaban del combate. Y á la orilla del foso y en el mismo foso caían las hermosas armas de los danaenos fugitivos; pero la matanza no cesó.





RAPSODIA XVIII

Y de esta manera combatían cual ardiente fuego. Y Antiloco fué en busca de Akileo, á quien ante sus naves de derechas entenas encontró meditando en cuanto sucedía y diciendo para su espíritu magnánimo:

—¿Por qué son rechazados hacia sus naves los acaienos melenudos? Libradme, ¡oh Dioses! de las crueles desventuras que un día me anunció mi madre al decirme que, estando vivo yo aún, el mejor de los mirmidones perdería á manos de los troyanos la luz de Helios. Sin duda ha muerto ya el bravo hijo de Menetio. ¡Desgraciado! Bien le ordené que, en cuanto evitara el fuego enemigo, regresase á las naves sin luchar con Héctor.

Mientras daba vueltas Akileo en su mente y en su corazón á estas ideas, se aproximó á él el hijo

del ilustre Néstor, y vertiendo amargas lágrimas, participóle la triste noticia:

—¡Ay hijo del belicoso Peleo! Vas á oír la triste nueva de algo que ojalá nunca hubiesen permitido los Dioses. Muerto yace Patroclo, y los demás combaten alrededor de su cadáver desnudo, pues Héctor se ha adueñado de sus armas.

Habló así, y la sombría nube del dolor envolvió á Akileo, que cogiendo á dos manos puñados de polvo lo derramaba en su cabeza y manchaba con él su hermosa faz; y el negro polvo maculó su nectariana túnica; y tendiéndose en tierra, se arrancaba los cabellos el héroe. Y lloraban violentamente con el corazón afligido las mujeres cautivadas por él y por Patroclo; y saliendo todas de la tienda, se golpeaban el pecho en torno de Akileo y sentían desfallecer sus piernas. También gemía Antiloco, dejando que corriese sus lágrimas, y mientras Akileo sollozaba, sujetábale las manos el Nestórida, temeroso de que se degollase con el bronce.

Rompía Akileo en terribles sollozos, y le oyó su madre venerable, sentada en el seno del mar junto á su viejo padre, y hubo también de lamentarse ella. Y se hallaban reunidas á su alrededor cuantas Nereidas viven en el fondo del mar: Glauca, y Talea, y Kimodoca, y Nesea, y Speo, y Toe, y Halía la de los ojos de buey, y Kimotoe, y Alkea, y Limnoea, y Melita, é Iaira, y Anfitoa, y Agave, y Loto, y Proto, y Ferusa, y Dinamena, y Dexamena, y Anfinoma, y Calianasa, y Doris, y Pánope, y la ilustre Galatea, y Nemertes, y Abseudes, y Calianeira, y Climena, é Ianeira, é Ianasa, y Mera, y Oretia, y Amatea la de hermosos cabellos, y las demás Nereidas que en el profundo mar existen. Y llenaban la gruta de plata y se herían el pecho, y así se lamentaba Tetis:

—Escuchadme, hermanas Nereidas, para que os enteréis de los dolores que desgarran mi alma. ¡Ay desdichada de mí, que di á luz un hombre ilustre, un hijo irreprochable y bravo, que es el más valeroso de los héroes y creció como un árbol. ¡Le crié cual á una planta en una tierra fértil, enviándole á llios en naves de curvadas popas para que combatiere á los troyanos. Y no he de verle volver á mis moradas en la casa de Peleo. Vivo está ahora y ve la luz de Helios. Y he aquí que sufre, y no puedo socorrerle. Pero yo iré en busca de mi hijo muy amado, y sabré por él mismo qué dolor le abrumba, aunque está retirado del combate.

Cuando hubo hablado así, abandonó la gruta, y todas la siguieron llorosas; y á su paso se habría el agua marina. Llegaron luego á la opulenta Troya, tomando tierra en el paraje donde los mirmidones sacaron á la playa sus numerosas naves en torno de la de Akileo el de los pies veloces. Y su madre venerable le encontró exhalando profundos suspiros; y acaricióle sollozante la cabeza, y gimiendo le dijo estas palabras aladas:

—¿Por qué lloras, hijo mío? ¿Qué dolor invade tu alma? Habla, nada me ocultes, para que sepamos ambos esa pena. Tal como yo se lo supliqué con mis manos extendidas, ha rechazado Zeus junto á las naves á los hijos de los acaienos, que por tu ausencia sufren grandes desventuras.

Y con profundos suspiros le contestó Akileo el de los pies veloces:

—El Olímpico me escuchó, madre mía; ¿pero qué fruto saqué de mi venganza, si muerto está mi caro compañero Patroclo, á quien honraba yo como á mí mismo? Le perdí, y Héctor le mató, arrebatándole mis hermosas, grandes y admirables armas, espléndidos presentes que los Dioses

hicieron á Peleo el día en que compartiste el lecho de un hombre mortal. ¡Más valdría que hubieses permanecido con las Diosas marinas, y Peleo se hubiera casado á poco con una mujer mortal! Ahora un dolor eterno te destrozará el alma á causa de la muerte de tu hijo, á quien no verás volver á tus moradas, porque no quiero ya vivir ni inquietarme por nada humano mientras no rinda el alma Héctor, herido por mi lanza, y no sea vengado Patroclo Menetiada, cuyo cadáver comerán los perros.

Y le contestó Tetis, derramando lágrimas:

—¿Es que vas á morir tan pronto como dices, hijo mío? Porque está decretado que tu muerte siga á la de Héctor.

Y gimiendo, le contestó Akileo el de los pies veloces:

—Pues moriré, ya que no pude socorrer á mi camarada cuando le asesinaron. Sucumbió lejos de la patria, encargándome que le vengase, y yo moriré ahora, porque estoy condenado á no volver á la patria tampoco y no supe salvar á Patroclo ni á aquellos de mis compañeros que hacinados cayeron al empuje del divino Héctor en tanto estaba yo sentado en mis naves cual fardo inútil de la tierra, aunque á los acaienos todos excedo en el combate, por más que otros me superen en el ágora. ¡Acabe entre los Dioses la discordia, y entre los hombres la cólera que turba al más prudente, insinuándose dulce cual la blanda miel é hinchándose como humo en los pechos humanos! Así encendió mi ira Agamenón, rey de los hombres. Pero olvidemos el pasado, á pesar de nuestras desdichas, y sometamos en el seno nuestra alma á la necesidad que nos aflige. Buscaré á Héctor, que me arrebató este ser querido, y recibiré luego la muerte cuando lo

dispongan Zeus y los demás Dioses Inmortales. La misma Fuerza Heracliana no eludió su fin, aun disponiendo del cariño del rey Zeus Cronión, sino que la domeñaron la inevitable cólera de Here y la Moira. Si me espera otra Moira semejante, sobre la pira me tenderán muerto; pero alcanzaré antes una gloria inmensa. Y alguna troadiana ó dardania secará con las manos sus delicadas mejillas cubiertas de lágrimas, que he de obligarla á gemir miserablemente; y comprenderán entonces todos por qué estuve alejado del combate durante tanto tiempo. No me retengas, pues, con tu ternura, puesto que no has de persuadirme.

Y le contestó la Diosa Tetis la de los pies de plata:

—En verdad que dijiste bien, hijo mío: justo es que vengues la ruina de tus camaradas. Pero están entre los troyanos tus armas de bronce hermosas y esplendentes, y Héctor el del casco palpitante se envanece de cubrir con ellas sus hombros, aunque no creo que las disfrute mucho tiempo, pues se avecina su exterminio. No entres en la refriega de Ares sin que hayan vuelto á verme tus ojos. Mañana, cuando se alce Helios, tornaré con magníficas armas procedentes del rey Hefesto.

Cuando hubo hablado así, dejó á su hijo y dijo á sus hermanas marinas:

—Internaos de nuevo en el anchuroso seno del mar, y regresad á la mansión de nuestro viejo padre para decirle cuanto ocurre. Yo voy al vasto Olimpo en busca del ilustre obrero Hefesto, con objeto de pedirle hermosas armas esplendentes para mi hijo.

Habló así, y las Nereidas desaparecieron al instante bajo el agua del mar, y la Diosa Tetis la de los pies de plata subió al Olimpo otra vez para proporcionar á su hijo armas hermosas é ilustres.

Y mientras al Olimpo la llevaban sus pies, los acaienos huían tumultuosamente del matador de hombres Héctor, marchando hacia las naves y el Helesponto.

Y los acaienos de hermosas grebas no pudieron transportar al abrigo de los dardos el cadáver de Patroclo, compañero de Akileo; y el pueblo de Troya en su totalidad, y los caballos, y el Priamida Héctor, comparable á la llama en su furor, perseguían siempre á Patroclo. Y tres veces le tomó por los pies el ilustre Héctor, deseoso de arrastrarle y excitando á los troyanos, y tres veces los Ayaces, poseedores de impetuosa fuerza, le rechazaron lejos del cadáver, y seguro él de su valor, tan pronto se adentraba en la refriega como parábase lanzando gritos estridentes; pero no retrocedía nunca. Cual pastores campestres que no pueden hacer que abandone su presa un león fiero y hambriento, tampoco podían lograr los Ayaces que se alejase del cadáver el Priamida Héctor, y al fin le habria arrastrado consigo, alcanzando una gran gloria, á no ser porque la ligera Iris la de los pies aéreos llegó desde el Olimpo á la presencia del Peleida; para que se mostrase en el combate. La envió Here á espaldas de Zeus y los otros Dioses. Y de pie ante Akileo, dijo Iris estas palabras aladas:

—Levántate, Peleida, temido cual ninguno de los hombres, y liberta el cadáver de Patroclo, por quien luchan con furor ahora frente á las naves. Allá están matándose unos á otros, los acaienos para defenderle y los troyanos para arrastrarle á Ilios la azotada por los vientos. Y especialmente desea Héctor arrastrarle para cortarle la cabeza y clavarla en un palo. Levántate, no permanezcas ya inerte más tiempo, y avergüénzate al pensar que Patroclo puede convertirse en juguete de los

troyanos. Sería un oprobio para ti que mancillasen su cadáver.

Y le dijo el divino y veloz Akileo:

—¿Cuál de los Dioses te ha enviado á mí, Diosa Iris?

Y le contestó la ligera Iris la de los pies aéreos:

—Me ha enviado Here, la gloriosa esposa de Zeus; pero lo ignoran el sublime Cronida y los demás Inmortales que habitan en el nevado Olimpo.

Y para contestarle, habló así Akileo el de los pies veloces:

—¿Cómo iré al combate, si tienen los troyanos mis armas? Me lo ha prohibido mi muy amada madre, ordenándome que no entre en la liza hasta que mis ojos no la vean reaparecer trayendo hermosas armas procedentes de Hefesto. No puedo vestirme con las de ningún otro guerrero, excepto con el escudo de Ajax Telamoniada, que sin duda combate en las primeras filas, destruyendo enemigos con su lanza alrededor del cadáver de Patroclo.

Y le contestó la ligera Iris la de los pies aéreos:

—Ya sabíamos que te han arrebatado tus hermosas armas; pero bastará que tal como estás aparezcas á los troyanos para que retrocedan asustados, dando un respiro á los valerosos hijos de los acaienos. No se trata más que de proporcionarles un instante de reposo.

Cuando hubo hablado así, desapareció la ligera Iris. Y se levantó Akileo, grato á Zeus; y Atenea le puso en los hombros la listada Egida; y ciñó á la cabeza del héroe la gran Diosa una nube de oro, sobre la que encendió una llama resplandeciente, cual el humo que en una isla remota sube al Eter desde el centro de una ciudad asolada cuando los ciudadanos, tras de combatir con furor fuera de ella durante todo el día, encienden, al declinar

Helios, ardorosas hogueras cuyo esplendor remóntase en el aire y tal vez será visto por los pueblos vecinos, que llegarán en sus naves para librar de Ares á los sitiados; así de la cabeza de Akileo se elevaba al Eter una alta claridad. Y el héroe se paró al borde del foso, sin acercarse á los acaieños, pues obedecía la prudente orden de su madre, y erguido allí, dejó escapar un grito, y también gritó Palas Atenea, y prodújose entre los troyanos un inmenso tumulto. Y la ilustre voz del Eakida semejaba el sonido estridente de trompeta que recorre los muros de una ciudad sitiada por encarnizados enemigos.

Y al oír los troyanos la voz de bronce del Eakida, se estremecieron todos; y los caballos de hermosas crines se volvían con los carros, venteando la desgracia, y asustáronse los conductores cuando vieron la llama infatigable y horrible que ardía sobre la cabeza del magnánimo Peleión y alimentaba la Diosa de ojos claros Atenea. Y tres veces gritó Akileo al borde del foso, y tres veces quedaron desconcertados los troyanos y sus ilustres aliados; y doce de los más bravos entre ellos perecieron con sus carros y lanzas.

Por fin pudieron los acaieños transportar á Patroclo al abrigo de los dardos, acostándole en un lecho. Y sus queridos compañeros lloraban á su alrededor en compañía de Akileo el de los pies veloces, que vertía abrasadoras lágrimas al mirar tendido en el féretro al caro amigo á quien envió al combate con sus caballos y su carro, y ya no hubo de volver á ver con vida, porque le hirió el agudo bronce.

Y la venerable Here la de los ojos de buey ordenó al infatigable Helios retornase á las fuentes del Océano, y á su pesar desapareció Helios; y los

divinos acaienos pusieron fin á la batalla y á la guerra lamentable. Y abandonando asimismo el combate rudo, los troyanos desuncieron los caballos veloces, congregándose en el ágora antes de comer. Y no quiso sentarse ninguno durante la asamblea, sobrecegados de terror desde que reapareció Akileo tras de estar tanto tiempo sin mezclarse en la lucha. Y comenzó á hablar el sabio Polidamas, único que veía el pretérito y el porvenir. Nacido la misma noche que Héctor, era su compañero, superándole en sabiduría tanto como le superaba Héctor en valor. Y les dijo en el ágora armado de prudencia:

—Deliberad sesudamente, amigos. Os aconsejo que volváis á la ciudad y no esperéis á la divina Eos cerca de las naves y distantes de los muros de los troyanos. En todo el tiempo que contra el divino Agamenón estuvo irritado ese hombre, fácil nos fué vencer á los acaienos, y yo mismo me ufanaba de acostarme á la vista de las naves ligeras, esperando á tomar las naves de dos filas de remeros; pero temo al veloz Peleión ahora, porque su corazón indómito no le impulsará á seguir peleando en la llanura donde troyanos y acaienos desplegaban la fuerza de Ares, sino que ha de dictarle combatir al pie de la ciudad para tomarla con nuestras mujeres. Vamos á Ilios; hacedme caso. La contraria noche detiene ahora al veloz Peleión; pero si mañana nos ataca furioso, de grado huirá á la santa Ilios, como pueda escaparse, aquel á quien embista. Y los perros y las aves de rapiña devorarán á una muchedumbre de troyanos. ¡Ojalá permitieran los Dioses que yo no lo escuchase nunca! Si obedecéis mis palabras, aun contra vuestra voluntad, recuperaremos fuerzas esta noche; y protegerán á la ciudad sus torreones y sus barreras

sólidas y extensas. Mañana estaremos en pie y armados desde el amanecer en nuestras torres, y pesada será la tarea de Akileo, si viniese de sus naves á sitiarnos nuestras murallas. Y á sus naves ha de volverse cuando haya reventado sus caballos de poderoso cuello, á fuerza de correr con ellos al pie de los muros de la ciudad. No podrá penetrar en Ilios ni la destruirá nunca, y han de devorar su cuerpo los veloces perros.

Y mirándole con torvos ojos, le contestó Héctor el del casco palpitante:

—Me disgusta, Polidamas, tu orden de que ya nos encerremos en la ciudad. ¿No estáis cansados de esconderos en nuestros torreones? En otro tiempo era famosa entre los hombres todos que hablan distintas lenguas la ciudad de Príamo, abundante en oro, rica en bronce. Hoy están disipados los tesoros que había en nuestras moradas. La mayoría de nuestros bienes pasaron á la Frigia y á la Meonia desde que se irritó contra nosotros el gran Zeus. No participes, pues, esos pensamientos al pueblo, ¡oh insensato! al presente, que el hijo del sagaz Cronos me otorgó la victoria cerca de las naves, permitiéndome retirar hasta el mar á los acaienos. Ningún troyano habrá de obedecerte, ni tampoco yo se lo permitiría. ¡Haced lo que yo os diga! Cenad ahora en el campamento, vigilando cada uno por su parte. Si algún troyano teme por sus riquezas, entréguelas al pueblo para que de ellas se aprovechen todos, porque mejor será eso que dejar á los acaienos que las disfruten. Al amanecer de mañana reanudaremos el combate rudo al pie de las naves abiertas. Y más rudo será el encuentro todavía si el divino Akileo se irguiera delante de las naves, ya que yo no rehuiré la violenta lucha, haciéndole cara, por el contrario, valero-

samente, y alcanzará él una gran gloria ó triunfaré yo. Ares atiende á todos, y á menudo mata á aquel que quiere matar á los demás.

Habló así Héctor, y los insensatos troyanos aplaudieron, porque Palas Atenea les turbó la razón. Y aplaudiendo las palabras funestas de Héctor, no escucharon el prudente consejo de Polidamas, cenando sin salir de las filas.

Pero los acaienos lloraron en torno de Patroclo durante toda la noche. Y el Peleida presidía el duelo lamentable, poniendo sobre el pecho de su compañero las manos homicidas, y gimiendo como barbuda leona cuyos cachorros le robó en tupida floresta un cazador, y que ha llegado retrasada á su guarida y recorre con pena los valles en busca de las huellas del hombre, y violenta cólera le invade. Así gemía Akileo, diciendo con profundos suspiros á los mirmidones:

—¡Oh Dioses! En verdad que dí vana palabra el día en que consolando en su casa al héroe Menetio, le prometí volver allá con su hijo ilustre cuando hubiese destruído Ilios y tomase la parte correspondiente de botín. Pero Zeus no accede á todos los deseos humanos. Uno y otro ante Troya hemos de enrojecer la tierra, y no me verán más en sus moradas el viejo jinete Peleo ni mi madre Tetis, porque esta tierra ha de guardarme. ¡Oh Patroclo! Ya que yo he de bajar después que tú á la tumba, no quiero enterrarte sin haberte traído las armas y la cabeza de Héctor, tu magnánimo matador. Y ante tu pira funeraria, sacrificaré doce ilustres hijos de troyanos para vengar tu muerte. Y durante este tiempo yacerás en mis naves de curvadas popas; y las troyanas y las dardanienas de amplio seno conquistadas por ti y por mí, merced á nuestra fuerza y nuestras armas, tras de destruir mu-

chas ricas ciudades que habitaron hombres de diversas lenguas, gemirán noche y día á tu alrededor, vertiendo lágrimas.

Habló así el divino Akileo, y ordenó á los suyos que pusiesen un gran trípode al fuego para lavar las heridas sangrientas de Patroclo. Y pusieron en el ardiente fuego el trípode de las abluciones, que llenaron de agua, encendiendo leña por debajo. Y cuando se calentó el agua en el brillante trípode, lavaron el cuerpo de Patroclo, y ungiéndole con un aceite untuoso, llenaron sus heridas de un bálsamo que tenía nueve años; colocaron luego en el lecho el cadáver, cubriéndole de la cabeza á los pies con un sudario de ligero lino, sobre el que extendieron una vestidura blanca. En toda la noche dejaron de gemir los mirmidones, llorando á Patroclo. Pero dijo Zeus á Here, hermana y esposa suya:

—¡Ya conseguiste lo que deseabas, venerable Here de ojos de buey! He aquí que sale de su re-
tramiento Akileo el de los pies veloces. Parece que eres madre de los acaienos melenudos.

Y le contestó la venerable Here la de los ojos de buey:

—¿Qué palabra dijiste, durísimo Cronida? Aunque mortal y dotado de escasa inteligencia, puede un hombre vengarse de otro hombre; ¡y yo, que soy la más poderosa de las Diosas por mi nacimiento y por ser esposa del que reina sobre los Inmortales, no voy á poder meditar la pérdida de los troyanos!

Así hablaban, mientras Tetis la de los pies de plata llegaba á la imperecedera morada de Hefesto, que fué construída por el Cojo con las propias manos, y estaba tachonada de estrellas y era la admiración de los mismos Dioses.

Y allá le encontró Tetis corriendo en torno de los fuelles sudoroso y agitado. Forjaba veinte trí-

podes que adosaría á las paredes de su morada sólida. Y los había provisto de áureas ruedas para que por sí solos fuesen á la asamblea divina y de igual manera regresasen. Y ya no les faltaban para estar terminados más que las asas de variadas formas, que preparaba entonces Hefesto, forjando clavos que las sujetasen. Y en tanto se afanaba en tan hábiles trabajos, acercóse á él la Diosa Tetis la de los pies de plata. Y Caris la de las bellas trenzas, casada con el ilustre Cojo de ambos pies, le tomó la mano al verla y díjole:

—Venerable y querida Tetis la del luengo peplo, ¿qué te trae á nuestra morada, en donde tan de tarde en tarde se te ve? Sígueme para que te ofrezca los manjares hospitalarios.

Cuando hubo hablado así, encaminóla de la mano la nobilísima Diosa. Y la hizo sentarse en un trono de argentados clavos, que era muy hermoso y estaba construido ingeniosamente, colocando á sus pies un escabel y llamando en seguida al ilustre obrero Hefesto:

—¡Ven, Hefesto! Tetis te necesita.

Y le contestó el ilustre Cojo de ambos pies:

—A las órdenes de la venerable Diosa que aquí ha entrado me encuentro. Ella me salvó cuando mi madre despiadada hubo de arrojarme desde las alturas sin querer que los Dioses me viesan porque era cojo. ¡Cuántas desgracias hubiera yo sufrido entonces, de no acogerme en su seno Tetis y Eurinome, hija de Oceano el de las rápidas mareas! En su gruta profunda forjé para ellas durante nueve años broches, cadenas, collares, brazaletes y otros mil adornos. Y el inmenso río Oceano murmuraba en torno de la gruta, que era desconocida para Dioses y hombres y sólo sabían de ella Tetis y Eurinome, salvadoras mías. Y ya que ahora viene á

mi morada Tetis la de hermosos cabellos, una vez más le daré gracias por mi salvación. Tú ofrécele los manjares hospitalarios, mientras yo recojo mis fuelles y todas las herramientas.

Habló así. E irguiendo junto al yunque su monstruoso cuerpo, comenzó á cojear, vacilando sobre sus piernas débiles y torcidas. Y separó del fuego los fuelles, guardando en un cofre de plata todas sus herramientas usuales. Después limpióse con una esponja el rostro, las dos manos, su robusto cuello y su pecho velludo. Y se puso una túnica y tomó un cetro enorme, saliendo de la fragua sin dejar de cojear. Y á su paso sostenían al Rey dos estatuas de oro, que tenía por servidoras y parecían vírgenes vivas que pensasen y hablasen instruidas por los Dioses. Marchando á torpes pasos sostenido por ellas, fué á sentarse, próximo á Tetis, en un brillante trono. Y tomó las manos de la Diosa y le dijo:

—Venerable y querida Tetis la del luengo peplo, ¿qué te trae á nuestra morada, en donde tan de tarde en tarde se te ve? Habla. Mi corazón me ordena que acceda á tu deseo si ello está en mi mano y es posible.

Y le contestó Tetis, vertiendo lágrimas:

—¡Hefesto! ¿Hay entre todas las Diosas que en el Olimpo están alguna que haya sufrido desdichas más crueles que las á mí enviadas por el Cronida Zeus? Soy la única de las Diosas marinas á quien hizo someterse á un hombre, al Eakida Peleo; y á pesar mío, hube de acostarme con quien ahora, consumido por la vejez, yace en su morada. Pero tengo otras desventuras además. De mí ha nacido un hijo y le crié como á una planta en una tierra fértil, enviándole á Ilios en naves de convexas popas para que combatiese á los troyanos; y no he

de verle volver á mis moradas en la casa de Peleo. Vivo está ahora y ve la luz de Helios; pero sufre y no puedo socorrerle. Los hijos de los acaienos le dieron como recompensa una virgen que el Rey Agamenón le ha quitado de las manos, y con todo su corazón hubo de gemir él. Pero he aquí que los troyanos rechazaron á los acaienos hasta las naves, encerrándoles en ellas. A mi hijo fueron á suplicar y ofrecer numerosos y magníficos presentes los príncipes de los argienos. Negóse él á apartarles la ruina, aunque mandó á combatir á Patroclo armado con sus propias armas y seguido de su pueblo entero. Y aquel día sin duda hubiesen destruído la ciudad, si Apolo no otorgase la victoria á Héctor, matando en las primeras filas al bravo hijo de Menetio, que destrozaba á los troyanos. Y abrazo en este instante tus rodillas para que regales á mi hijo, que pronto ha de morir, un escudo, un casco, grebas hermosas provistas de sus broches y también una coraza, pues su querido compañero, muerto por los troyanos, perdió las armas que llevaba y está tendido en tierra.

Y le contestó el ilustre Cojo de ambos pies:

—Tranquilízate y no te desazones el espíritu. ¡Pluguiera á los Dioses que cuando el destino se apodere de él pudiese yo salvar á tu hijo de la muerte lamentable con la misma facilidad con que voy á darle hermosas armas que admirarán á las humanas multitudes.

Cuando hubo hablado así, abandonó su sitio junto á Tetis, y volviendo al lugar en que sus fuelles se encontraban, los acercó de nuevo al fuego, ordenándoles que trabajasen. Y los fuelles esparcieron su soplo en veinte hornos con violencia unas veces y con lentitud otras, según la voluntad de Hefesto, para llevar á cabo su obra.

Y echó al fuego Hefesto el duro bronce, y el estaño, y el precioso oro, y la plata. Y sobre un tronco puso enorme yunque, y empuñó en una mano el pesado martillo y en la otra las tenazas. Y fabricó ante todo un escudo grande y sólido, con adornos variados, triple franja reluciente y correa de plata. Y puso cinco planchas al escudo. Y esculpió en él una porción de figuras imaginadas con mucha inteligencia. Representó la tierra, y el Urano, y el mar, y el infatigable Helios, y la redondez completa de Selene, y cuantos astros coronan el Urano: las Pléyades, las Hiadas, la fuerza de Orión, y la Osa, que también se llama el Carro y gira alrededor de Orión, y es la única que no llega á las aguas del Océano.

Y grabó dos hermosas ciudades de hombres. En la una se celebraban bodas y festines solemnes. Y las novias salían de las cámaras nupciales y eran conducidas por la ciudad, mientras de todas partes se elevaba el canto de himeneo, y danzaban los jóvenes en corro, resonando citaras y flautas, y admirando bajo los pórticos aquel espectáculo las mujeres.

Y los hombres estaban reunidos en el ágora, porque había surgido una querrela entre dos que disputaban sobre la multa que uno de ellos debía pagar por haber matado á un semejante. Aquél afirmaba al pueblo que ya la había pagado; pero su contrincante negaba haberla recibido. Y querían ambos que un árbitro diese fin al incidente, aplaudiendo los ciudadanos á uno y á otro. Imponían silencio al pueblo los heraldos, y los ancianos sentábanse en labradas piedras que había en un círculo sagrado. Los heraldos empuñaban cetros en los que por turno se apoyaban los litigantes. En medio del círculo se habían deposita-

do dos talentos de oro para el que hablase con justicia.

Rodeaban la otra ciudad dos ejércitos resplandecientes de bronce. Y los enemigos daban á escoger á las ciudadanos entre destruir la ciudad ó repartírsela con cuanto encerraba. No consentían en ello éstos, armándose en secreto para una emboscada, y tras de las murallas velaban las mujeres, los niños y los ancianos. Y marchaban los hombres conducidos por Ares y Atenea, ambos vestidos de oro, gigantescos y hermosos bajo sus armaduras, como conviene á Dioses, siendo mucho más pequeños los hombres. Y llegados á un lugar á propósito para la emboscada, en las márgenes de un río donde bebían los rebaños, se ocultaban en la umbría cubiertos por el brillante bronce.

Dos centinelas, situados á alguna distancia, acechaban á las ovejas y á los bueyes de retorcidos cuernos. Y avanzaban los animales, siguiéndoles dos pastores que se distraían tañendo la flauta, sin prever el engaño.

Y corrían á sorprenderles los hombres que estuvieron escondidos; y mataban á los bueyes, destrozando los hermosos rebaños de blancas ovejas y asesinando hasta á los pastores. Luego, al oír aquel estrépito, subían á sus carros los que vigilaban en las tiendas, acudiendo en seguida y combatiendo en las riberas del río. Y heríanse unos á otros con las lanzas de bronce, animados por la discordia, el tumulto y la Ker fatal. Y éste hería á un guerrero, ó se apoderaba de otro sin herirle, ó arrastraba por los pies á aquél entre la matanza, llevando los vestidos manchados de sangre. Y parecían todos hombres vivos que combatesen de verdad y retirasen por una y otra parte los cadáveres.

Después representó Hefesto una tierra crasa

y mullida que se labraba por tercera vez. Y los labradores llevaban los utensilios con que se trabaja la tierra. Llegados á un extremo del campo, á cada cual ofrecía un hombre una copa de vino dulce; y se volvían ellos, deseosos de acabar los nuevos surcos que iban abriendo. Y la tierra era de oro, negreando detrás de los labradores, como si realmente estuviese labrada. Tan prodigiosamente la dibujó Hefesto.

Después representó un campo cubierto de altas espigas, que cortaban los segadores con fingidas hoces. Caían amontonadas las espigas sobre el surco, y otras aparecían en haces que liaban tres hombres; y á su espalda dos niños las cogían á brazadas y se las iban entregando. Silencioso, con el cetro en la mano y alegre el corazón, el rey se erguía junto á los surcos. Algo más lejos, dos heraldos bajo una encina preparaban para guisarlo un buey que habían muerto, y las mujeres sazonaban con harina blanca la carne para que comieran los segadores.

Después representó Hefesto una hermosa viña áurea cargada de racimos, y era de oro el ramaje y de plata los troncos que lo sostenían. En derredor había un foso azul y por encima un seto de estaño. Y sólo conducía á la viña una vereda, por la que caminaban los vendimiadores. Y mancebos y doncellas alegres transportaban el dulce fruto en canastos de mimbre. En medio de ellos tocaba la cítara armoniosamente un niño cuya fresca voz se acompañaba á los sonidos de las cuerdas, mientras los demás seguíanle cantando, danzando con ardor é hiriendo el suelo con sus pies.

Después representó Hefesto un rebaño de cornudos bueyes, hechos con estaño y oro, que salían mugiendo del establo y para pastar seguían la ribe-

ra de un sonoro río donde abundaban las cañas. Y conducían á los bueyes cuatro pastores de oro seguidos por nueve veloces perros. Y he aquí que dos horribles leones se apoderan de un toro que iba á la cabeza de las reses, arrastrándole mientras lanza el animal prolongados mugidos. Los perros y los pastores persiguen á los leones; pero ya las fieras desgarraron la piel del toro, devorando sus entrañas y bebiéndose su obscura sangre. Y en vano azuzan los pastores á los perros veloces, que no se atreven á morder á los leones y les ladran de cerca para huir alarmados en seguida.

Después representó el ilustre Cojo de ambos pies un vasto valle donde pastaban ganados numerosos; y se veían allá asimismo establos, tinadas y chozas de pastores.

Después representó el ilustre Cojo de ambos pies un coro de danzas parecido al que en la gran Gnoso imaginó Dédalo para Ariadna la de hermosos cabellos; y los adolescentes y las bellas vírgenes bailaban con ardor cogidos de la mano. Y llevaban ellas ligeras vestiduras y ellos túnicas tejidas sutilmente que brillaban como el óleo. Y sostenían coronas ellas, mostrando ellos espadas de oro pendientes de argentados cintos. Y danzaban en corro y con habilidad, cual la rueda que siente correr bajo su mano el alfarero cuando se dedica á su faena. Y daban vueltas, enlazándose en variados grupos, y apiñábase complacida á su alrededor la multitud.

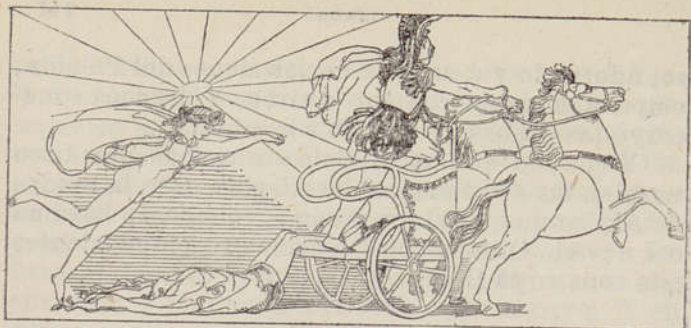
Después, siguiendo todo el contorno del escudo aquel, labrado de un modo admirable, representó Hefesto la gran fuerza del río Oceano.

Y después del escudo grande y sólido construyó una coraza más refulgente que el esplendor del fuego. Y construyó también el casco, duro, hermo-

so, adornado y á medida de las sienes del Peleida, empenachándole con áureo airón. Y después construyó las grebas con flexible estaño.

Y cuando el ilustre Cojo de ambos pies tuvo terminadas estas armas, las dispuso ante la madre de Akileo que, cual un milano, voló desde la cima del nevado Olimpo con las armas resplandecientes que construyó Hefesto.





RAPSODIA XIX



De las olas del Océano salía Eos la del azafrana-
do peplo para llevar la luz á los Inmortales y á los
hombres, cuando llegó á las naves Tetis con las
dádivas del Dios. Y encontró á su muy amado
hijo, que abrazaba á Patroclo llorando amarga-
mente, mientras en torno á él gemían sus compa-
ñeros. En medio de ellos apareció la Diosa, y to-
mando á Akileo de la mano, le dijo:

—Dejémosle, hijo mío, á pesar de nuestro dolor,
ya que murió por voluntad de los Dioses. Recibe
de Hefesto estas armas tan ilustres y hermosas
como nunca hombre alguno las llevó en los hom-
bros.

Cuando hubo hablado así, las colocó delante de
Akileo, y resonaron las maravillosas armas. Apo-
deróse de los mirmidones el terror al verlas, sin
que ninguno pudiese resistir su brillo, que les hizo

temblar; pero Akileo, á su vista, se sintió más furioso, y bajo sus párpados, los ojos ardianle terribles como llamas. Regocijábese de poseer en sus manos los presentes espléndidos del Dios; y cuando lleno de alegría admiró su trabajo maravilloso, dijo á su madre estas palabras aladas:

—Bien se advierte, madre mía, que un Dios te dió esas armas, que sólo pueden ser obra de Inmortales y no conseguiría fabricarlas un hombre. Voy á armarme ahora mismo. Pero temo que penetren las moscas en las heridas del bravo hijo de Menetio, engendrando gusanos, y ensucien ese cuerpo en el que se extinguió la vida, corrompiendo el cadáver.

Y le contestó la Diosa Tetis la de los pies de plata:

—No te inquietes por eso, hijo mío. Yo misma alejaré de Patroclo los enjambres impuros de las moscas que devoran á los guerreros muertos en el combate. Y aunque permaneciera este cadáver acostado aquí durante un año entero, aun estaría fresco y lozano. Pero convoca al ágora á los héroes acaienos, y renunciando á tu cólera contra el príncipe de pueblos Agamenón, ármate cuanto antes y viste de nuevo tu coraza.

Cuando hubo hablado así, le infundió vigor y audacia; y vertió en las narices de Patroclo la ambrosía y el néctar rojo para que no se corrompiese el cuerpo.

Y corría el divino Akileo por la orilla del mar, lanzando horribles gritos y excitando á los héroes acaienos. Y los que antes solían quedarse en las naves, y los timoneros, y hasta aquellos que cerca de las naves distribuían los víveres, fueron todos al ágora, donde aparecería Akileo tras de estar mucho tiempo alejado del combate. Y el Tideida y el

divino Odiseo, servidores de Ares uno y otro, acudieron á sentarse en las primeras filas, cojeando y apoyados en sus lanzas, porque sufrían de sus heridas aún. Y llegó el último Agamenón, Rey de los hombres, que también estaba herido desde que Coon Antenórida le alcanzó con su broncea lanza durante la áspera refriega. Y cuando estuvieron reunidos en asamblea los acaienos todos, alzándose entre ellos habló así Akileo el de los pies veloces:

—¿No habría sido mejor, Atreida, que nos entendiéramos cuando, ciegos de cólera, turbamos nuestro corazón á causa de esa esclava? ¡Pluguiera á los Dioses que la flecha de Artemisa la matase en las naves el día que la cautivé en la populosa Lirneso; porque no hubieran mordido el polvo tantos acaienos como por motivo de mi cólera cayeron en la vasta tierra, vencidos por las manos enemigas! Con ello sólo beneficiamos á Héctor y á los troyanos, y creo que los acaienos durante largo tiempo han de acordarse de nuestra querella. Pero olvidemos el pasado, aunque nos sea doloroso, y sometamos nuestra alma á la necesidad que nos aflige. He aquí que ya depongo mi cólera, pues no es justo que esté irritado siempre. Llama tú ahora al combate á los acaienos melenudos, mientras yo salgo al paso á los troyanos para saber si quieren dormir hoy á la vista de las naves. Gustoso doblará las rodillas el que en la lucha escape al furor de nuestras lanzas.

Habló así, y los acaienos de hermosas grebas regocijáronse de que el magnánimo Peleión renunciara á su cólera. Y Agamenón, Rey de los hombres, habló sin levantarse de su sitio:

—¡Oh queridos danaenos, servidores de Ares! justo es que escuchéis á quien habla, pues con in-

terrupciones se hace dificultoso el discurso del más hábil. ¿Quién podría escuchar y entender entre el tumulto humano? Vana es entonces la sonora voz del mejor agoreta. Me propongo hablar con el Peleida. Escuchad, argienos, mis palabras, á fin de que conozca mi pensamiento cada uno. A menudo los acaienos me acusaron, aunque no causé sus males, ya que Zeus, la Moira y Erinnis, errante en las tinieblas, llenaron de furor mi alma en el ágora el día en que arrebaté la recompensa de Akileo. ¿Qué podría yo hacer? Todo lo ejecutó una Diosa, venerable hija de Zeus, la fatal Ate, que separa á los hombres. No tocan en la tierra sus pies aéreos; pero se desliza sobre las cabezas de los hombres que hiere y ha de encadenar. En otro tiempo enfureció también á Zeus, que la hace andar por encima de los mortales y los Dioses. Engañó Here con sus astucias al Cronida el día en que Alcmene iba á parir la Fuerza Heracliana en Tebas la de los fuertes muros. Y dijo Zeus, rebosante de alegría, á los Dioses todos:

—Oid, Dioses y Diosas, lo que mi espíritu me dicta. Elitia, que preside en los dolorosos partos, llamará hoy á la luz á un hombre de mi raza y mi sangre, que ha de mandar en todas las naciones cercanas á la suya:

Y habló así la venerable Here, que medita astucias:

—¡Mientes, y no cumplirás tus palabras, Olímpico! Jura con inviolable juramento que el hombre de tu sangre y de tu raza que hoy caerá entre las piernas de una mujer ha de mandar en todas las naciones cercanas á la suya.

Habló así, y Zeus, sin comprender la estratagemá, se prestó á un juramento solemne, del que debía en lo sucesivo arrepentirse. Y abandonando

presurosa la cima del Olimpo, llegó Here á la acaiena Argos, donde vivía la ilustre esposa de Stenelo Perseiada, que llevaba en su vientre un hijo. Y le hizo nacer antes de tiempo, pues sólo estaba encinta de siete meses la madre. Y retardó, por el contrario, los dolores de parto de Alcemene. Luego, anunciándolo al Cronión, le dijo:

—He de anunciarte, Padre Zeus, dueño del resplandeciente rayo, que ya nació el ilustre hombre que mandará en los argienos. Euristeo es hijo de Stenelo Perseiada. No parece indigno de mandar en los argienos, porque desciende de tu raza.

Habló así, hiriendo el corazón de Zeus con dolor lancinante y profundo. Y cogió á Ate el Olímpico por sus trenzas brillantes, jurando con inviolable juramento que jamás regresaría al Olimpo ni al estrellado Urano Ate la que separa todos los espíritus. Habló así, y volteándola, la arrojó desde el Urano estrellado en medio de los hombres. Y por su culpa hubo de gemir cuando veía á su muy amado hijo abrumado de trabajos bajo el yugo violento de Euristeo. Y así me ocurre á mí. Cuando el robusto Héctor el del casco palpitante asolaba á los argienos junto á las popas de las naves, no podía yo olvidar ese furor que me separó de ti. Pero puesto que te he ofendido porque Zeus ofuscó mi espíritu, deseo ahora apaciguarte y hacerte infinitos presentes. Ve, pues, al combate y enardece á las tropas en tanto yo preparo los presentes que el divino Odiseo te prometió ayer en tus tiendas. O si prefieres, espera, á pesar de tu ardor por combatir. Los heraldos van á traer de mi nave estos presentes y verás lo que te quiero dar para desagrararte.

Y le contestó Akileo el de los pies veloces:

—Ilustrísimo Atreida Agamenón, Rey de los hom-

bres, puedes hacerme esos presentes, como es justo, ó guardártelos. No pensemos ahora más que en combatir. No debemos retrasar el combate ni perder el tiempo, puesto que hay que llevar á cabo una ardua empresa. Es preciso que se vea á Akileo en las primeras filas, rompiendo con su lanza de bronce las falanges troyanas, y acuérdesese de luchar con el enemigo cada uno de vosotros.

Y para contestarle habló así el prudente Odiseo:

—Por muy bravo que seas, ¡oh Akileo semejante á un Dios! no empujes hacia Ilios contra los troyanos á los hijos de los acaienos, que no comieron todavía y la refriega será de larga duración cuando se encuentren las falanges guerreras y un Dios inspire la pujanza á todos. Ordena antes que los acaienos se alimenten de pan y vino en las naves ligeras, puesto que sólo esto da valor y fuerza. Sin comer no puede un guerrero combatir durante todo un día hasta la caída de Helios. Por mucho que su ardor sea, siente pesadez en sus miembros, la sed y el hambre le atormentan y se le doblan las rodillas. En cambio, el que bebió y comió lucha, plétórico de arrestos, durante todo un día contra el enemigo y no se le fatiga el cuerpo hasta que se retiraron todos de la refriega. Despide ya al ejército y ordena que preparen la comida. Y el Rey de los hombres Agamenón hará llevar sus presentes al ágora para que con sus propios ojos los vean todos los acaienos; y tú te regocijarás en tu corazón. Y de pie en medio de los argienos jurará Agamenón que nunca entró en el lecho de Briseida ni la ha poseído, como es costumbre, ¡oh Rey de hombres y mujeres! Y tú, Akileo, calma en tu pecho al corazón. Después Agamenón te ofrecerá un festín en su tienda para que no falte nada de cuanto te mereces. Y tú, Atreida, sé más justo en adelante.

Bien está que un Rey apacigüe á quien hubo él ofendido primero.

Y le contestó Agamenón, Rey de los hombres:

—Mucho me congratulo de cuanto dijiste, Laertiada. Nada olvidaste, explicándolo todo satisfactoriamente. En verdad que deseo hacer ese juramento que mi corazón me dicta, y no he de perjurar ante los Dioses. Espérese Akileo, á trueque de su afán por combatir, hasta que, tras de estar todos reunidos, se traigan de mis tiendas los presentes y consagremos nuestra alianza. Y á ti, Odiseo, te ordeno y mando llames á los más ilustres entre los jóvenes hijos de los acaienos para que traigan de mis naves lo que al Peleida prometiste ayer; y trae asimismo á las mujeres. Y Taltibio dispondrá en seguida en el vasto campamento acaieno el jabalí que ha de matarse como ofrenda á Zeus y á Helios.

Y habló así Akileo el de los pies veloces:

—Ya te ocuparás de eso, Atreida Agamenón, ilustrísimo Rey de los hombres, después de que haya dado fin la guerra y sea menor mi furia dentro de mi pecho. ¡Todavía yacen insepultos los que mató el Priamida Héctor cuando Zeus le daba la victoria, y os atrevéis á pensar ya en alimentaros! Inmediatamente ordenaré á los hijos de los acaienos que combatan sin haber comido, y que no se prepare un gran banquete hasta que Helios se ponga, cuando hayamos vengado nuestra injuria. Yo de mí sé deciros que hasta entonces no entrará en mi boca nada, vino ó pan. Mi compañero ha muerto; en mi tienda está tendido, con los pies vueltos á la puerta, mientras en torno suyo lloran mis otros compañeros, porque le hirió el agudo bronce. Y no anima mi corazón más que el anhelo de matanza, de sangre y de gemidos de guerreros.

Y para contestarle habló así el prudente Odiseo:

—¡Oh Akileo Peleida, el más bravo de los acaie-
nos! Mucho me superas con la lanza en la mano;
pero es mayor que la tuya mi sabiduría, porque en
la edad te excedo y conozco más cosas. Debes, por
tanto, ceder á mis palabras. El combate debilita en
seguida á los hombres hambrientos. Tiende el bron-
ce en la tierra mucha mies, y disminuye ésta cuan-
do Zeus, que es el juez del combate entre los hom-
bres, inclina su balanza. No es con el vientre vacío
como los acaieños deben llorar sus muertos. A dia-
rio caen los muertos en gran número, y si fuése-
mos á llorarles cual tú quieres, no tendríamos res-
piro. Obligatorio es enterrar con paciencia nues-
tros muertos y á la sazón sentirles; pero coman y
beban los que la odiosa guerra respetó, y vestidos
con el bronce indómito, podrán entonces contender
sin cansancio con el enemigo. No espere ninguno
de vosotros un consejo mejor, pues sería fatal otro
cualquiera á quien permaneciese cerca de las ar-
gienas naves. Marcharemos muy pronto todos jun-
tos contra los troyanos domadores de caballos, y
hemos de provocar una batalla ruda.

Habló así, y para que le siguieran eligió á los
hijos del ilustre Néstor, y á Meges Fileida, y á
Toas, y á Meriones, y al Creontiada Licomedes, y
á Menalipo. Y llegaron á las tiendas del Atreida
Agamenón, y no bien habló Odiseo, cumplieron
ellos el trabajo que les encomendaba. Y sacaron de
la tienda los siete trípodes que había aquél prome-
tido, amén de veinte esplendorosas copas. Y lleva-
ron también doce caballos y siete bellas mujeres
hábiles para las labores, siendo la octava Briseida
la de las lindas mejillas. Y Odiseo iba delante con
diez talentos de oro, que pesó de antemano, y los
jóvenes de Acaia le seguían con los demás presen-
tes, que colocaron en mitad del ágora.

Entonces levantóse Agamenón. De pie al lado del príncipe de pueblos, tenía un jabalí en sus manos Taltibio, comparable en la voz á un Dios. Y el Atreida tomó el cuchillo que pendía siempre de la gran vaina de su espada, y cortando unas cerdas de la piel del jabalí, se las ofreció á Zeus con los brazos en alto. Y los argienos, sentados en silencio, escuchaban al Rey respetuosamente. Y dijo éste suplicante, mirando al vasto Urano:

—Zeus, el más alto y potentísimo, y Gea, y Helios, y las Erinias que bajo la tierra castigáis á los hombres perjuros, oídló todos: Jamás puse mi mano en la virgen Briseida, ni compartí su lecho, ni la sometí á trabajo ninguno, pues en mis tiendas permaneció intacta. Y si no juro la verdad, envíenme los Dioses cuantos males abruman á quienes les ultrajan perjurando.

Habló así, y con el bronce cruel degolló al jabalí. Y Taltibio lanzó la víctima á las grandes olas del blanco mar, para que fuera devorada por los peces. Y alzándose entre los belicosos argienos, Akileo dijo:

—¡En verdad, Padre Zeus, que ocasionas tremendas desventuras á los hombres! Nunca el Atreida habría excitado en mi pecho la cólera, ni en contra de mi voluntad hubiérame quitado á esta joven, obedeciendo á una mala idea, si Zeus no hubiese querido la muerte de acaienos numerosos. Id ahora á comer para que luego combatamos.

Habló así, y disolvió en seguida el ágora, y se dispersaron todos, cada cual camino de su nave. Y los magnánimos mirmidones llevaron los presentes á la nave del divino Akileo, y los colocaron en las tiendas, haciendo sentar á las mujeres y atando los caballos con los otros caballos.

Y cuando Briseida, comparable á Afrodita de

oro, hubo visto á Patroclo herido por el bronce agudo, se lamentó abrazándole y con sus manos desgarró su pecho, su cuello delicado y su hermoso rostro. Y dijo sollozando aquella joven semejante á las Diosas:

—¡Desdichado Patroclo, que tan dulce fuiste para mí! ¡Vivo te dejé al abandonar esta misma tienda, y he aquí que al presente te hallo muerto, príncipe de pueblos! Siempre me apena un mal tras de otro. Ante su ciudad vi caer herido por el bronce agudo al hombre á quien me destinaron mi padre y mi madre venerable. Y también tuvieron un día fatal mis tres hermanos que parió mi madre y á quienes tanto amaba yo. Y tú no me dejabas que llorase cuando mató á mi esposo el veloz Akileo, destruyendo la ciudad del divino Mines, y me asegurabas que de mí harías la esposa del divino Akileo y me conducirías en tus naves á Ftia para celebrar el festín nupcial allí entre los mirmidones. También he de llorar ahora la muerte del que tan dulce era.

Habló así, llorando. Y con ella gemían las demás mujeres, simulando que lloraban á Patroclo y llorando en verdad por sus propias miserias.

Y reunidos en torno de Akileo, los venerables príncipes de los acaienos le suplicaban que comiese; pero no accedía él.

—Si mis queridos compañeros quieren escucharme, os conjuro á que no me ordenéis que coma ó beba, porque soy presa de un dolor amargo, y bien puedo esperar á que Helios se ponga.

Habló así, y despidió á los otros Reyes, exceptuando á ambos Atreidas, al divino Odiseo, á Néstor, á Idomeneo y al viejo jinete Fénix, que con él se quedaron por calmar su pena. Pero nada había de consolarle mientras no se lanzara á la refriega

sangrienta. Y al recuerdo se redoblaban sus gemidos, y decía:

—¡Ah desgraciado, caro como ninguno de mis compañeros! Por ti mismo me servías con cuidado en otro tiempo excelente comida, cuando los acaienos llevaban la guerra lamentable á los troyanos domadores de caballos. Y al presente yaces herido por el bronce, y henchido de tristeza por tu muerte, rechaza mi corazón todo sustento. No hubiera yo podido sufrir un dolor más amargo, aunque supiese la muerte de mi padre, que quizá en este momento vierte lágrimas, privado del auxilio de su hijo, mientras en extranjera tierra combato á los troyanos domadores de caballos por la causa de la execrable Helena; ni aunque supiese el fin de Neoptolemo, mi hijo muy amado, y semejante á un Dios, que en Skiro se educa, si es que aun vive. Antaño pensé morir yo sólo ante Troya, lejos de Argos, fecunda en caballos, y tenía la esperanza de que en tu nave ligera condujeses á mi hijo desde Skiro hasta Ftia; y le harías entrega de mis dominios, de mis servidores y de mi alta y espaciosa morada. Porque ya creo que no existirá Peleo, ó si le queda alguna vida, esperará, consumido por la cruel vejez, que le lleven la nueva de mi muerte.

Hablo así llorando, y los príncipes venerables se dolieron con él, acordándose cada uno de cuanto dejó en sus moradas. Y al contemplar su llanto, fué movido de piedad el Cronión, que dijo á Atenea estas palabras aladas:

—¿Desamparaste ya á ese héroe, hija mía? ¿Nada supone Akileo en tu espíritu? Sentado está delante de sus naves de entenas enhiestas, gimiendo por su querido compañero. Mientras los otros comen, él permanece sin probar bocado. Ve y vierte en su

pecho el néctar y la dulce ambrosía para que no le atormente el hambre.

Y hablando así, excitó á Atenea, que lo deseaba. Y parecida al águila marina que lanza penetrantes gritos, saltó ella desde el Urano por el Eter, y á la vez que los acaienos se armaban en sus tiendas, vertió en el pecho de Akileo el néctar y la ambrosía deseable para que no doblara sus rodillas el hambre funesta. Luego regresó á la sólida morada de su padre prepotente, y los acaienos salieron de las naves ligeras.

Cual vuelan en el aire los copos de nieve congelada al soplo del etéreo Bóreas, esparcianse fuera de las naves los fuertes y resplandecientes cascos, los escudos convexos, las corazas duras y las lanzas de fresno. Y ascendía al Urano su esplendor, y á lo lejos reía la tierra iluminada por el brillo del bronce y trepidando bajo las plantas de los guerreros. Y en medio de ellos se vestía las armas el divino Akileo; y chocaban sus dientes, y sus ojos llameaban como hogueras, y un dolor intolerable le oprimía el corazón; y furioso contra los troyanos, se cubrió con las armas construídas para él por el Dios Hefesto. Y ante todo envolvió sus piernas en hermosas grebas, que sujetó con argentados broches. Luego ciñó á su pecho la coraza. De sus hombros colgó la espada de los clavos de plata, y tomó el escudo inmenso y sólido, que despedía claros rayos semejantes á los de Selene. Cual resplandor de un incendio ardiente que crepita en las cumbres y desde el mar divisan á lo lejos los marineros á quienes la borrasca distancia de los suyos, así en el aire relucía el hermoso y sólido escudo de Akileo. Y se tocó con el pesado casco, que como un astro brillaba, moviéndose en ramales las crines de oro con que le adornó Hefesto. Y probó

sus armas, á la verdad obsequios ilustres, el divino Akileo, por ver si se amoldaban á sus miembros, y se diría eran alas que transportaban al príncipe de pueblos. Del estuche sacó la lanza paterna, pesada, inmensa y sólida, que no podía sostener ninguno de los acaienos y que sólo Akileo sabía manejar, la lanza Peliada que llevó Kirón á Peleo de la cima del Pelio para matar héroes.

Y Automedón y Alkimo engancharon al yugo los caballos con hermosas correas; les pusieron á la boca el freno y tendieron las riendas hacia el carro. Y Automedón montó, empuñando con mano hábil el látigo brillante, y también montó Akileo, resplandeciente con sus armas como el madrugador Hiperionada, y dijo con rudeza á los caballos de su padre:

—Xanto y Balio, ilustres hijos de Podarga, cuando estemos saciados del combate llevad hoy á vuestro conductor entre los danaenos y no le abandonéis muerto como á Patroclo.

Y habló Xanto, el caballo de veloces pies; é inclinó la cabeza, uncido cual estaba, y flotaron sus crines hasta el suelo alrededor del timón. Y le permitió hablar la Diosa Here la de los brazos blancos:

—Cierto que hemos de salvarte hoy, valerosísimo Akileo; no obstante, se aproxima tu último día. No nos acuses á nosotros, sino al gran Zeus y á la Moira potente. No fué debido á nuestra lentitud ni á nuestra cobardía el hecho de que los troyanos arrancaran tus armas de hombros de Patroclo. Fué el excelente Dios á quien dió á luz Leto la de hermosos cabellos, quien, tras de matar en la primera fila al Menetiada, dió la victoria á Héctor. Cuando nuestra carrera sea como el soplo de Zéfiro, el viento más rápido, caerás al empuje de un Dios y de un hombre.

Y apenas habló el caballo, le pararon la voz las Erinnias. Y le contestó furioso Akileo el de los pies veloces:

—¿Por qué me anuncias la muerte, Xanto? ¿Acaso eso te importa? Ya sé que es mi destino sucumbir aquí, alejado de mi padre y de mi madre, pero no pienso cejar, hasta que harte de batallas á los troyanos.

Habló así, y con grandes voces hizo ponerse en las primeras filas á los caballos de cascos macizos.





RAPSODIA XX

Junto á las naves de curvadas popas y en torno tuyo, hijo de Peleo, armábanse los acaienos insaciables de combates, y los troyanos, á su vez, se formaban en los altos que dominaban la llanura.

Y ordenó Zeus á Temis que por las cimas todas del Olimpo fuese convocando á los Dioses al ágora. Y voló ella de un lado para otro, intimándoles á acudir á la morada de Zeus. Y no hubo de faltar, excepto Oceano, ningún río ni ninguna de las ninfas que habitan en los amenos bosques, en las fuentes de los ríos y en los prados herbosos. Y llegados que fueron á la morada de Zeus, que amontona las nubes, todos los Dioses se sentaron bajo los pórticos brillantes que para el Padre Zeus había construído Hefesto. Y hasta el mismo Poseidaón, al oír

á la Diosa, acudió desde el mar; y se sentó en medio de ellos, é interrogó á Zeus acerca de lo que pensaba:

—¿Por qué, ¡oh Fulminante! al ágora convocas nuevamente á los Dioses? ¿Es acaso para deliberar sobre la suerte de troyanos y acaienos? Pronto, en efecto, empeñarán ardorosa batalla.

Y para contestarle, habló así Zeus, que amon-tona las nubes:

—Acertaste el motivo de que á todos os reuniera, Poseidaón, pues que, efectivamente, son esos perecederos pueblos los que me preocupan. En tanto yo, sentado en la cumbre del Olimpo, me recreo mirándoles combatir, id con troyanos y acaienos y socorred á unos ó á otros, según os dicte vuestro corazón; porque si Akileo combate solo y sin trabas contra los troyanos, no podrán éstos resistir el encuentro con el veloz Peleión, cuyo aspecto les espanta; y ahora, que está poseído de furor por la muerte de Patroclo, me temo que, á despecho del destino, derribe las murallas de Ilios.

Habló así el Cronión, suscitando una guerra inexorable. Y divididos en contrarios bandos, los demás Dioses aprestáronse al combate. Y al lado de las naves se alinearon Here, y Palas Atenea, y Poseidaón el que ciñe la tierra, y Hermes, útil y lleno de sabiduría, y Hefesto, cojo y temblante de fuerza. Y del lado de los troyanos se alinearon Ares el de armas palpitantes, y Febo el de luengos cabellos, y Artemisa, que se envanece de sus flechas, y Leto, y Xanto, y Afrodita la que ama las sonrisas.

Mientras no se mezclaron los Dioses con los guerreros, mostráronse los acaienos ufanos y orgullosos de que Akileo reapareciese tras de estar alejado durante largo tiempo del combate. Y el terror

dobló las rodillas de los troyanos cuando vieron al Peleión de los pies veloces resplandeciente con sus armas y semejante á Ares. Pero cuando los Dioses se mezclaron con los guerreros, excitó á los dos pueblos la violenta Eris. Y Atenea rompió en terribles gritos junto al foso, y fuera de la muralla unas veces, y otras á lo largo de las resonantes costas. Y Ares, comparable á una negra tormenta, también gritaba, enardeciendo á los troyanos, ora en la loma de Ilios, ora siguiendo las feraces colinas del Simois. Así organizaron los Dioses dichosos la refriega violenta entre ambos pueblos.

Y el Padre de los hombres y los Dioses tronó con fuerza en las alturas; y Poseidaón conmovió la tierra inmensa y las cimas de las montañas; y temblaron las raíces del Ida, de numerosos manantiales, y la ciudad de los troyanos, y las naves de los acaenos. Y el subterráneo Edoneo, Rey de los muertos, se estremeció y saltó espantado de su trono; y gritó, temeroso de que Poseidaón el que conmueve la tierra la rasgase y se mostraran á mortales é inmortales las moradas repulsivas é infectas que producen horror hasta á los mismos Dioses: tan terrible y espantoso fué el encuentro de los Dioses.

Y con sus flechas empenadas marchaba Febo Apolo contra el rey Poseidaón; y la Diosa Atenea la de los ojos claros, contra Ares; y Artemisa, hermana del arquero Apolo, contenta de llevar las sonoras flechas áureas, contra Here; y contra Leto, el sabio y útil Hermes; y contra Hefesto, el gran río de profundos remolinos, que los Dioses llaman Xanto y Scamandro los hombres. Así iban contra unos Dioses otros Dioses.

Pero Akileo sólo deseaba encontrarse con Héctor en la refriega, sin pensar más que en beber la

sangre del bravo Priamida. Y Apolo, que subleva á los pueblos, excitó á Eneas contra el Peleida, infundiéndole una fuerza inmensa, y con la apariencia y la voz de Licaón, hijo de Príamo, dijo á Eneas el hijo de Zeus:

—Eneas, príncipe de los troyanos, ¿qué es de la promesa que á los Reyes de Ilios hiciste de luchar con el Peleida Akileo?

Y para contestarle, habló así Eneas:

—Priamida, ¿por qué me instas á combatir al orgulloso Peleión? No sería la primera vez que hiciera frente al veloz Akileo. Ya en otro tiempo me arrojó del Ida con su lanza, cuando destruyó á Lirneso y á Pedaso, apoderándose de nuestros bueyes; pero me salvó Zeus, infundiéndome pujanza y rapidez en las piernas. En verdad que, de no ser por esta ayuda, habría caído entonces en manos de Akileo y de Atenea, que marchaba ante él animándole á matar con auxilio de su lanza á los lélegas y á los troyanos. A ningún guerrero es dable luchar con Akileo. Siempre con él está algún Dios para defenderle. Sus armas dan en el blanco, sin detener su curso mientras no se envainan en el cuerpo del hombre. Si un Dios igualara el combate entre nosotros, no me vencería tan fácilmente ese guerrero, aunque se jacta de estar hecho de bronce.

Y le contestó el rey Apolo, hijo de Zeus:

—Héroe, también te es permitido invocar á los Dioses eternos. Se dice que te dió á luz Afrodita, hija de Zeus, mientras él ha nacido de una diosa inferior. Tu madre es hija de Zeus y la suya lo es del Anciano del mar. Dirige, pues, contra él el indomable bronce, sin hacer caso de sus palabras injuriosas y sus amenazas.

Cuando hubo hablado así, infundió una gran fuerza al príncipe de pueblos, que adelantóse ar-

mado con el bronce esplendoroso. Pero columbró Here la de los brazos blancos al hijo de Ankises cuando corría éste en busca del Peleida atravesando por entre la refriega de los hombres, y reuniendo á los Dioses, les dijo la Diosa:

—Poseidaón y Atenea, medite acerca de esto vuestro espíritu: armado con el bronce esplendoroso, corre Eneas en busca del Peleida, y Febo Apolo es quien le excita á ello. Conviene que alejemos á ese Dios, asistiendo á Akileo alguno de nosotros para infundirle intrepidez y fuerza. Ha de saber que le aman los más poderosos inmortales, mientras van á ayudar en el combate á los troyanos los más débiles. Todos descendimos desde el Urano á la refriega, para preservarle de los troyanos en el día de hoy; y sufrirá más tarde la suerte que le hiló el Destino con lino desde el instante en que su madre le parió. Si en esta lucha no advierte Akileo que le inspiran los Dioses, sin duda ha de temer el encuentro con algún Inmortal, pues las apariciones de los Dioses asustan á los hombres.

Y le contestó Poseidaón el que conmueve la tierra:

—No es conveniente que sin razón te irrites, Here. No quiero que combatamos contra los demás Dioses siendo mucho más fuertes que ellos. Sentémonos fuera de la refriega, en la colina, y dejemos á los hombres el cuidado de la guerra. Si empiezan el combate Ares ó Febo Apolo, deteniendo á Akileo para impedirle que lidie, se empeñará entonces entre ellos y nosotros una lucha terrible, y creo no tardarán en retornar á la asamblea de los Inmortales que se celebra en el Urano, después de ser vencidos por nuestras manos irresistibles.

Quando hubo hablado así, les precedió Poseidaón el de azules cabellos, caminando hacia la

muralla alta del divino Heracles. Atenea y los troyanos la erigieron con objeto de ponerle al abrigo de la ballena cuando le perseguía el monstruo desde la playa á la llanura. Sentáronse en el recinto aquel Poseidaón y los demás Dioses, envolviéndose en una densa nube. Y al otro lado, los Inmortales defensores de Ilios se sentaron también en las colinas del Simois alrededor de ti, arquero Apolo, y de ti, Ares destructor de ciudadelas. Así sentáronse los Dioses, meditando, en espera del terrible combate, por más que Zeus, tranquilo en las alturas, les excitaba á que diesen á la lid principio.

Y estaba llena de guerreros la llanura, resplandeciendo el bronce de los caballos y los hombres, y la tierra se estremecía bajo las pisadas de los dos ejércitos. Y de en medio de ambos bandos se adelantaban, prontos á combatir, Eneas Ankisiada y el divino Akileo. Y marchaba amenazador Eneas, moviendo á su paso el casco sólido y llevando en su pecho su terrible escudo y blandiendo su lanza de bronce. Y el Peleida se abalanzó á él cual león peligroso á quien desease exterminar toda una multitud. Y la fiera avanza, despreciando á sus enemigos; pero cuando le ha herido alguno de los jóvenes, abre las fauces, y la espuma brota de sus dientes, y en el pecho ruge su corazón, y con la cola se azota los costados y la grupa aprestándose á la embestida. Luego, llameándole los ojos, salta recta y con ímpetu sobre los hombres para destrozarles ó morir. Así contra el magnánimo Eneas empujaban á Akileo su fuerza y su orgullo. Y cuando se encontraron cerca, habló así primero el divino Akileo de los pies veloces:

—¿Por qué te destacaste de entre la muchedumbre de guerreros, Eneas? ¿Quieres pelear conmigo, abrigando la esperanza de poseer el poder de Pría-

mo y mandar en los troyanos domadores de caballos? Sin embargo, aunque me matases, no te daría Priamo esa recompensa, porque tiene hijos y no está loco. ¿O es que te prometieron los troyanos, si me matas, un dominio excelente que te rendiría viñas y mies? no creo que te sea fácil merecerlo, pues ya te he visto huir ante mi lanza. ¿Acaso no recuerdas que un día te arrojé de las cimas Ideas, alejándote de tus bueyes, y sin volver siquiera la cabeza en tu huida, te refugiaste en Lirneso, ciudad que destruí con ayuda de Zeus y Atenea, cautivando á todas las mujeres, que lloraban por su libertad? Zeus y los demás Dioses te salvaron; pero me parece que no te salvarán hoy, como esperas. Aconséjote, pues, que no me hagas cara y vuelvas con los tuyos antes de que te ocurra una desdicha. No advierte su mal el insensato hasta después que lo ha sufrido.

Y le contestó Eneas:

—No esperes asustarme con palabras como á un niño, ya que también podría yo desfogarme en ultrajes. Uno y otro conocemos nuestra raza y nuestros padres, sabiendo ambos las antiguas tradiciones, aunque no hayas visto tú nunca á mis padres ni yo á los tuyos. Se dice que eres hijo del ilustre Peleo y que es tu madre la ninfa marina Tetis la de hermosos cabellos. Yo me glorio de ser hijo del magnánimo Ankises y es mi madre Afrodita. Unos ú otros llorarán hoy á su hijo bien amado, pues no creo que nos alejen del combate infantiles palabras. ¿Deseas saber de mi raza, célebre entre la muchedumbre de los hombres? Zeus, que amontona las nubes, engendró primero á Dárdano, y éste construyó Dardania cuando todavía no se alzaba en la llanura la santa Ilios, ciudadela de los hombres, y habitaban los pueblos á los pies del Ida, abundante

en manantiales. Y Dárdano engendró al rey Erictonio, que fué el más rico de los hombres. En sus pantanos pastaban tres mil yeguas orgullosas de sus crías. Y con la forma de un caballo de azuladas crines, las amó y cubrió Bóreas al tiempo que pacían, y tuvieron ellas doce pollinos que retozaban por los campos fértiles, corriendo sobre las espigas sin doblarlas. Y cuando saltaban al ancho lomo del mar, corrían por encima de la blanca espuma. Y Erictonio engendró á Troos, rey de los troyanos. Y Troos engendró tres irreprochables hijos, Ilo, Asaraco y el divino Ganimedes, que fué el mortal más hermoso, arrebatándole los Dioses, á causa de su belleza, para que fuese el copero de Zeus y habitase entre los Inmortales. E Ilo engendró al ilustre Laomedón, y Laomedón engendró á Titono, Priamo, Lampo, Clitio é Hiketaón, predilecto de Ares. Pero Asaraco engendró á Capis, quien engendró á Ankises, y Ankises me engendró, como engendró Priamo á Héctor. Me glorio de esta sangre y esta raza. Cuando Zeus quiere, aumenta ó disminuye la virtud humana, porque para eso es el más poderoso. Pero no hablemos ya cual niños, quietos y erguidos en la refriega durante tanto tiempo. Fácilmente podríamos acumular tal número de injurias, que no bastara para llevarlas una nave de cien remeros. Rápido es el lenguaje humano y abunda en discursos que se multiplican por una y otra parte, y cuanto digas escucharías de mi boca. ¿Vamos á combatir á dicterios é insultos, cual mujeres furiosas que pelean en una plaza pública, hiriéndose con mentiras y verdades dictadas por la cólera? Las palabras no me harán retroceder antes de que luches. Deja de hablar, por tanto, y probemos ambos nuestras lanzas de bronce.

Habló así, y lanzó con violencia la broncea lanza contra el terrible escudo, que resonó al golpe. Y el Peleida con mano vigorosa alejó de su cuerpo el escudo, temiendo que la larga lanza del magnánimo Eneas lo horadase, sin que se le ocurriera al insensato que los presentes de los Dioses fácilmente resisten á las fuerzas humanas.

No atravesó el escudo la fuerte lanza del belicoso Eneas, pues paró el choque el oro regalado por un Dios, consiguiendo el arma romper sólo las dos planchas primeras, y había otras tres más, disponiéndolas todas el Cojo de este modo: encima dos de bronce, debajo dos de estaño y en medio una de oro, que fué la que detuvo la pica de bronce. Entonces Akileo disparó su larga lanza, alcanzando con ella en el borde del escudo de Eneas, donde el bronce y el cuero tenían menos espesor. Y la lanza Peliada atravesó el escudo, haciéndole crujir, y separóle de su cuerpo Eneas, encogiéndose miedoso. Y pasó la lanza por encima de él, clavándose en el suelo tras de romper las dos chapas del escudo con que resguardábase el troyano. Y al ver la enorme lanza clavada al lado suyo, Eneas sintió espanto, nublándole los ojos el dolor.

Y desenvainando su afilada espada, arremetió Akileo con un grito terrible. Y cogió Eneas una roca tan pesada que dos hombres de ahora no podrían sostener, aunque él la manejaba sin esfuerzo. Entonces habría golpeado Eneas á Akileo en el casco ó en el escudo que le preservaba de la muerte, y el Peleida hubiera con la espada arrancado el alma del contrario, si Poseidaón el que conmueve la tierra no lo hubiese visto. Y dijo ante los Dioses inmortales:

—¡Ay! Me aflige la suerte del magnánimo Eneas, que vencido por el Peleida, va á bajar á la man-

sión de Edes. Le convenció el arquero Apolo para que luchara y no será él quien le salve. ¿Pero por qué ha de sufrir un inocente las desdichas merecidas por otros? ¿No ha hecho siempre Eneas ofertas agradables á los Dioses que habitan en el ancho Urano? Acudamos para librarle de la muerte, no sea que el Cronida luego se encolerice si le ve morir á manos de Akileo. El destino de Eneas es vivir aún para que no se extinga la raza de Dárdano, á quien amó el Cronida entre todos los hijos que le dieron las mujeres mortales. El Cronión odia á la estirpe de Príamo, y reinarán sobre los troyanos el fuerte Eneas y los hijos de sus hijos y otros descendientes suyos que han de nacer en el porvenir.

Y le contestó la venerable Here la de los ojos de buey:

—Piensa, Poseidaón, si te conviene más salvar á Eneas que dejar que le mate el Peleida Akileo. A menudo juramos con los Dioses yo y Palas Atenea que nunca alejaríamos el día fatal de un troyano, aun cuando Troya entera ardiese en el fuego encendido por los hijos de los acaienos.

Y no bien hubo escuchado estas palabras Poseidaón el que conmueve la tierra, se lanzó á la refriega, atravesando entre un estrépito de lanzas y llegando al lugar donde encontrábanse Eneas y Akileo. Y cubrió con una niebla los ojos del Peleida, y arrancando del escudo del magnánimo Eneas la lanza de bronceína punta, púsola á los pies de Akileo. Luego alzó á alguna distancia sobre la tierra á Eneas que, empujado por la mano del Dios, hubo de franquear las espesas masas de guerreros y caballos. Y cuando llegaron á las últimas filas preparadas para la batalla, al sitio donde los caucos armábanse dispuestos á combatir, acercán-

dose al héroe, le dijo estas palabras aladas Poseidón el que conmueve la tierra:

—Insensato Eneas, ¿cuál de los Dioses te convenció para que combatieras á Akileo, que es más fuerte y más grato que tú á los Inmortales? Retrocede cuando le encuentres, no sea que, á despecho de la Moira, descieras á la mansión de Edes. Pero cuando Akileo haya muerto, combate osado en las primeras filas, pues no te matará ninguno de los acaienos.

Cuando hubo hablado así, se alejó de él. En seguida desvaneció la densa niebla que cubría los ojos de Akileo, y pudo éste ver claro y exclamó para sí:

—¡Oh Dioses! En verdad que acaba de acaecer un gran prodigio. En tierra, ante mis pies, yace mi lanza, y no vislumbro al guerrero contra quien la he arrojado con intención de matarle. Sin duda Eneas es grato á los Dioses inmortales. Creí que se jactaba vanamente. Viva, pues, y no tendrá en lo sucesivo deseos de desafiarme, ya que evitó la muerte ahora. Por el pronto, exhortaré á los daenaenos y probaré la fuerza de los otros troyanos.

Habló así, y recorrió las filas, animando á los guerreros:

—¡No permanezcáis durante mucho tiempo lejos del enemigo, divinos acaienos! Marchad bien juntos y prestos al combate. A pesar de mi pujanza, me sería difícil perseguir y atacar yo solo á tantos guerreros, pues ni Ares, aunque es Dios Inmortal, ni Atenea lo conseguirían. Pero he de ayudaros con mis manos, con mis pies, con todo mi vigor, sin desfallecer nunca; estaré en los más opuestos sitios de la refriega, y no se alegrará ningún troyano de encontrarse con mi lanza.

Habló así, y el ilustre Héctor, por su parte, ani-

maba á los troyanos, prometiéndoles combatir con Akileo:

—No temáis á Akileo, magnánimos troyanos. También yo, de palabra, combatiría á los mismos Inmortales; pero con la lanza me resultaría imposible, porque son más fuertes. No llevará á cabo Akileo todo lo que asegura. Si cumple una de sus amenazas, no cumplirá otra. Al paso le saldré, así fueran sus manos semejantes al fuego. ¡Si! Aunque fueran sus manos semejantes al fuego, aunque su vigor fuera semejante al hierro candente.

Habló así, y levantaron sus lanzas los troyanos, apretándose unos á otros, con enorme algazara. Pero se aproximó á Héctor Febo Apolo y le dijo:

—No salgas de las filas al encuentro de Akileo, Héctor. Continúa confundido en el tumulto de la refriega, para que no te hiera él con su lanza ó su espada, de lejos ó de cerca.

Habló así, y no bien oyó la voz del Dios, el Priamida volvió asustado entre la muchedumbre de guerreros.

Y Akileo, revestido de valor y fuerza, abalanzóse á los troyanos, lanzando horribles gritos. Y mató primeramente al bravo Ifitió Otrinteida, jefe de guerreros numerosos, á quien concibió la ninfa Neis en la fértil Hida, situada en la falda del nevado Tmolo, siendo engendrado por el destructor de ciudades Otrinteo. Cuando Ifitió se adelantaba, el divino Akileo le hirió en medio de la frente, partiéndole en dos la cabeza, y cayó Ifitió con ruido, y se glorió así el divino Akileo:

—¡En tierra yaces ya, Otrinteida, que fuiste el más temido de los hombres! Y has muerto aquí, tú que naciste no lejos del lago Cigeo, y allá tenías la heredad paterna á la margen del Hilo, rico en pesca, y el Hermo caudaloso.

Habló así, triunfante, y la niebla cubrió los ojos de Ifitió, siendo destrozado su cadáver por las ruedas de los carros acaienos que había en primer término. Y Akileo mató después á Demoleón, valeroso hijo de Anteno, hiriéndole en la sien á través del casco de bronce, que no pudo aguantar la embestida, y el arma irresistible rompió el cráneo, desgarrando el cerebro. Y así fué como mató Akileo á Demoleón cuando avanzaba éste contra él.

Y al tiempo que Hipodamas, saltando de su carro, se ponía en fuga, asestóle Akileo una lanzada por la espalda. Y rindió el alma el troyano, mugiendo como un toro que arrastrasen dos hombres jóvenes hacia el altar de Poseidaón, Dios de Heli-ca, á quien agrada el sacrificio. Así mugía Hipodamas y abandonaba así su alma el cuerpo.

Luego Akileo persiguió lanza en ristre al divino Polidoro Priamida, á quien no permitía su padre combatir porque era el más pequeño y el más amado de los hijos que tuvo. Y aventajaba el joven en las carreras á los hombres todos, corriendo entre los primeros contrincantes con juvenil ardor y orgulloso de su agilidad; pero Akileo, más veloz que él, le hirió en el sitio de la espalda donde los broches de oro anudaban el tahalí sobre la coraza doble. Y el cuento de la lanza le atravesó hasta cerca del ombligo, haciéndole caer de rodillas y aullante; y le envolvió una nube negra cuando encogido en tierra sujetábase las entrañas con las manos.

Al ver Héctor á su hermano Polidoro caído y sujetándose con las manos las entrañas, sintió que le cegaba oscura niebla, y sin poder resolverse á permanecer lejos peleando, salió al paso á Akileo, enarbolando su aguzada lanza y á la misma llama

comparable. Y Akileo le advirtió, y avanzando hacia él de un salto, dijo en son de triunfo:

—¡Al fin encuentro al hombre que desgarró mi corazón y dió la muerte á mi irreprochable compañero! No nos huyamos ya más tiempo uno á otro en las revueltas del combate.

Habló así, y mirando al divino Héctor con sombríos ojos, le dijo:

—¡Ven, acércate para que mueras en seguida!

Y le contestó sin temor Héctor el del casco palpitante:

—No esperes intimidarme con palabras como á un niño, Peleida. También yo te podría contestar arrogantemente con injurias. Sé que eres bravo y no te igualo en fuerzas; pero nuestros destinos están en el regazo de los Dioses, y aunque yo sea menos fuerte que tú, quizá de una lanzada te arrebate el alma, porque también mi lanza tiene punzante cuento.

Habló así, y apretó el arma, disparándola; pero de un soplo la desvió Atenea del ilustre Akileo, rechazándola hacia el divino Héctor, á cuyos pies la hizo caer. Y Akileo, furioso, se abalanzó á matarle, lanzando horribles gritos; pero Apolo elevó por los aires al Priamida con la facilidad que para todo posee un Dios y envolvióle en una densa nube. Y tres veces se precipitó á clavar en esta nube su lanza de bronce el divino Akileo el de los pies veloces. Y embistiendo por cuarta vez, como un Demon, gritó estas palabras insultantes:

—¡Perro! Una vez más escapas á la muerte, que te pasó de cerca, aunque te ha salvado Febo Apolo, á quien ruegas cuando caminas entre el estruendo de las lanzas. He de matarte si todavía te encuentro y un Dios viene en mi ayuda. Ahora perseguiré á los demás troyanos.

Cuando hubo hablado así, hirió en mitad de la garganta á Driops, y cayó á sus pies el hombre, y le abandonó él. Luego alcanzó en la rodilla con su lanza al ancho y corpulento Democo Filetórida, y con su fuerte espada arrebatóle el alma. Y arrojándose sobre Laogono y Dárdano, hijos de Bias, derribó á ambos de su carro, de una lanzada al uno y de un mandoble al otro.

Y creyendo Troos Alastórida que le perdonaría Akileo, y no le mataría, y se apoderaría de él vivo, movido de piedad hacia su juventud, corrió á abrazarse á sus rodillas, sin saber el insensato que el Peleida era inexorable y feroz, no dulce ni tierno. Y cuando suplicante abrazaba el troyano sus rodillas, Akileo le alcanzó con la espada en el hígado, desprendiéndoselo. Negra sangre saltó del cuerpo de Troos y envolvió sus ojos la sombra de la muerte.

Y Akileo alcanzó de una lanzada á Mulio, atravesándole el cráneo de una oreja á otra oreja. Y con su espada de pesada empuñadura, hendió por la mitad la cabeza del Agenórida Ekeclo; y humeó la espada mojada con la sangre, y la negra muerte y la Moira violenta cubrieron los ojos del vencido.

E hirió Akileo á Deucalión en los nervios del codo, entorpeciéndole con la punta de bronce el brazo; y Deucalión permaneció inmóvil en espera de la muerte. Y Akileo, de un mandoble, le cortó la cabeza, que cayó con el casco. De las vértebras escapóse la médula, y el tronco se desplomó en el suelo.

Luego Akileo se arrojó sobre el bravo Rigmo, hijo de Pireo, que había llegado de la fértil Tracia. Y le clavó en el vientre su lanza, y cayó de su carro el hombre. Y cuando Areitoo, compañero de

Rigmo, volvía riendas á los caballos, Akileo le derribó también del carro, asestándole en la espalda una lanzada; y los caballos huyeron desbocados.

Cual vasto incendio que chirría en las gargantas profundas de árida montaña haciendo arder todo el tupido bosque cuando el viento transporta la llama abrasadora, así corría Akileo, semejante á un Demón, dando muerte á cuantos perseguía, y la negra tierra se empapaba en sangre.

Como yunta de bueyes mugidores que en redonda era trillasen la cebada, desgranándose bajo sus pezuñas las espigas, así, guiados por el magnánimo Akileo, los caballos de cascos macizos hollaban cadáveres y escudos. E inundábase el eje del carro con la sangre, y los tableros salpicábanse de gotas de sangre escapadas de las ruedas y los cascos de los caballos. Y se hallaba el Peleida ávido de gloria y tenía bañadas en sangre sus inevitables manos.





RAPSODIA XXI

Y cuando llegaron los troyanos al vado del Xanto caudaloso, río de hermoso cauce engendrado por el inmortal Zeus, dividió las falanges el Peleida, rechazándoles por la llanura hacia la ciudad, en el mismo paraje por donde los acaienos huyeron la víspera, cuando les dispersó el furor del ilustre Héctor.

Y en su huida, precipitábanse unos en todas direcciones, y para detenerles, extendió Here ante ellos una nube densa; y otros rodaban por el río profundo de remolinos de plata. Allá caían con estrépito, y retemblaban aguas y riberas en tanto ellos nadaban de un lado á otro en medio de los remolinos, lanzando gritos.

Como vuelan á un río las langostas acosadas por el incendio, mientras el fuego infatigable estalla bruscamente con mayor violencia, y espanta-

das se arrojan al agua, así, ante Akileo, llenábase confusamente de caballos y hombres el caudal estruendoso del Xanto de profundos remolinos.

Y dejando apoyada su lanza contra un tamariz de la orilla, y sin quedarse más que con la espada, saltó también al agua el divino Akileo, semejante á un Demón y meditando una empresa terrible. Y hería á su alrededor; y con la espada exacerbaba los gemidos de los heridos, y enrojeciase el agua con la sangre.

Como los peces que huyen de un gran delfín, asustados, llenan los senos recónditos de las bahías tranquilas, mientras su perseguidor devora á cuantos coge, así se escondían bajo las rocas los troyanos, cruzando la corriente impetuosa del río. Y cuando Akileo se cansó de matar, sacó vivos del río á doce jóvenes, que debían morir como ofrenda á Patroclo Menetiada. Y retirándoles del río, temblorosos cual cervatos, les ató las manos á la espalda con las hermosas correas que servían para mantener recogidas sus túnicas, y se los entregó á sus compañeros para que los condujesen á las naves abiertas. Luego siguió en su avance para matar más aún.

Y advirtió que del río salía un hijo del Dardanida Príamo, Licaón. Apoderóse de él en otro tiempo, durante una marcha nocturna, lejos del huerto de su padre. Y con el bronce cortante tallaba Licaón las ramas tiernas de una higuera para con ellas fabricar los dos hemicielos de un carro. Y para desdicha de él, apareció bruscamente el divino Akileo, y llevándole á sus naves, le vendió en la bien edificada Lemnos, y compróle el hijo de Jesón. Y Etión de Imbros, que era huésped suyo, á su vez le compró á gran precio, enviándole á la divina Arisbe, desde donde volvió en secreto el jo-

ven á la morada paternal. Y hacía once días que había vuelto de Lemnos y se divertía con sus amigos, y al día duodécimo un Dios dejóle en manos de Akileo, que debía enviarle violentamente á la mansión de Edes.

Y no bien el divino Akileo el de los pies veloces le hubo divisado salir del río, desnudo, sin casco, sin escudo y sin lanza, pues arrojó sus armas porque estaba rendido de fatiga y cubierto de sudor, dijo el Peleida, irritado en su espíritu magnánimo:

—¡Oh Dioses! He aquí, en verdad, un gran prodigio. También sin duda se alzarán de las tinieblas negras los troyanos magnánimos á quienes he muerto, puesto que reaparece y evitó la muerte éste, que fué vendido por mí en la santa Lemnos. No le detuvo la profundidad del blanco mar, que á tantos vivos traga. Pero ahora he de hacerle sentir la punta de mi lanza, y veré y sabré si se evade lo mismo ó si le retiene la fecunda tierra que domeña al bravo.

Así pensaba, inmóvil. Y á él fué Licaón, temblando y deseando abrazar sus rodillas, porque quería evitar la muerte funesta y la Ker negra. Y el divino Akileo levantó su larga lanza para herirle; pero asió sus rodillas Licaón inclinándose, y ávida de morder la carne, pasando sobre él, se clavó en tierra la lanza. Y sujetando con una mano la lanza afilada, que no atreviase á soltar, y rodeando con el otro brazo las rodillas de Akileo, le suplicó Licaón con estas palabras aladas:

—¡Tus rodillas abrazo, Akileo! ¡Hónrame, ten piedad de mí! Suplicante me tienes, ¡oh raza divina! Bajo tu techo gusté los dones de Demeter tras de aquel día en que de mí te apoderaste en nuestros hermosos huertos para venderme lejos de mi padre y de mis amigos, en la santa Lemnos, donde

hube de valerte tanto como cien bueyes. Y por tres veces este precio se me revendió. ¡He aquí que hoy se cumple el duodécimo día de mi vuelta á Ilios después de tantos males como sufrí, y de nuevo en tus manos me pone la Moira fatal! Odioso debo serle al Padre Zeus, que otra vez me entrega á ti. Sin duda me parió para pocos dias mi madre Laotoc, hija del viejo Alteo, que manda en los belicosos lélegas y habita en la alta Pedaso á las márgenes del río Satniois. Y Príamo poseyó á Laotoc entre todas sus mujeres, y tuvo ella dos hijos, y matarás tú á ambos. Yendo al frente de los hombres de á pie, venciste á Polidorón, el igual á un Dios, clavándole tu lanza afilada. Y he aquí que la desgracia se cierne sobre mí ahora, porque no evitaré tus manos, ya que en ellas me ha abandonado un Dios. Pero te digo, y retén mis palabras en tu espíritu, que no debes matarme, pues no soy el hermano uterino de Héctor el que mató á Patroclo, tu compañero dulce y bravo.

Y habló así, suplicante, el ilustre hijo de Príamo; pero escuchó una voz inexorable:

—¡Insensato! Nunca ya hables del precio de tu rescate. Antes del día supremo de Patroclo, me agradaba perdonar la vida á los troyanos. A muchos de ellos vivos cautivé y vendí. Ahora no evitará la muerte ninguno de los troyanos que á mis manos depare un Dios, sobre todo los hijos de Príamo. Muere, amigo. ¿Por qué gemir en balde? Bien muerto está Patroclo, que valía mucho más que tú. ¡Mirame! Soy hermoso y alto; nací de un padre noble; me parió una Diosa; y sin embargo, la muerte y la Moira violenta han de cogermé durante una mañana, una tarde ó un mediodía, y alguien me arrebatará el alma de una lanzada acaso ó tal vez con una flecha.

Habló así, y faltáronle al Priamida sus rodillas y su corazón. Y soltando la lanza, se sentó con las manos extendidas. Y Akileo, sacando su espada afilada, le asestó con ella un golpe en el cuello cerca de la clavícula, y entero penetró el bronce. Cayó de bruces Licaón; de la herida saltó una sangre negra que regó la tierra. Y tomando el cuerpo por los pies, Akileo le tiró al río y le insultó con rápidas palabras:

—Quédate con los peces, que beberán tranquilamente la sangre de tu herida. No te colocará tu madre sobre el lecho fúnebre, y al vasto mar te llevará el Scamandro caudaloso, y saltando por el agua, algún pez devorará en el negro horror del abismo la carne de Licaón. ¡Pereced todos hasta que destruyamos la santa Ilios! Huid, y os mataré persiguiéndoos. No os salvará el río de hermoso caudal y remolinos de plata, á quien sacrificáis los toros y caballos vivos que arrojáis á sus remolinos, y pereceréis todos con muerte violenta hasta que hayáis expiado la muerte de Patroclo y el exterminio de los acaienos que matasteis al pie de las naves ligeras cuando yo estaba ausente.

Habló así, y el río irritado deliberaba en su espíritu cómo reprimiría la furia del divino Akileo y rechazaría lejos de los troyanos esta calamidad.

Y enarbolando su larga lanza, el hijo de Peleo saltó sobre Asteropeo, hijo de Pelegón, para matarle. Y el ancho Axio engendró á Pelegón, y concibióle la hija mayor de Akesameno, Peribea, que se había unido al río de profundos remolinos. Y Akileo corría hacia Asteropeo, que con dos lanzas en las manos le esperaba fuera del río; porque el Xanto, irritado á causa de los jóvenes que Akileo asesinó en sus aguas, había inspirado al Pele-

gonida la fuerza y el valor. Y cuando se encontraron, le habló así el divino Peleida de los pies veloces:

—¿Quién eres entre los hombres tú, que osas esperarme? Hijos de desdichados son los que á mi valor se oponen.

Y le contestó el ilustre hijo de Pelegón:

—Magnánimo Peleida, ¿por qué me preguntas cuál es mi raza? Vengo de la Peonia fértil y lejána y mando á los peonios de largas lanzas. Once días hace que he llegado á Ilios. Desciendo del ancho río Axio, que esparce por la tierra sus aguas límpidas y que engendró al ilustre Pelegón; y dicen que Pelegón es mi padre. ¡Ahora, divino Akileo, combatamos!

Habló así, amenazador. Y el divino Akileo levantó la lanza Peliada, y el héroe Asteropeo disparó con ambas manos á la vez sus dos lanzas; y dando en el escudo una, nó pudo romperle, detenida por la lámina de oro, presente de un Dios; y rozó la otra el codo del brazo derecho. Brotó la sangre negra, y ávida de morder la carne, se clavó en tierra el arma. Entonces Akileo lanzó su pica rápido contra Asteropeo, queriendo matarle; pero le falló el golpe, y la pica de fresno se clavó casi entera, estremeciéndose, en la tierra de la orilla. Y sacando su espada afilada, el Peleida se arrojó sobre Asteropeo, que se esforzaba por arrancar de la ribera la lanza de Akileo. Y tres veces la sacudió para arrancarla, y cuando por cuarta vez iba á intentar romper la lanza de fresno del Eakida, arrancóle éste el alma, hiriéndolo en el vientre sobre el ombligo. Y por la llaga se escaparon las entrañas todas del vencido, y la noche cubrió sus ojos. Y arrojándose á él, Akileo le despojó de sus armas, y triunfante, dijo:

—Queda ahí acostado. No era hacedero para tí combatir contra los hijos del todopoderoso Cronión, aunque hayas nacido de un río de ancho cauce, y yo me glorio de ser de la raza del gran Zeus. Me ha engendrado Peleo Eakida, que manda en los numerosos mirmidones, y Zeus ha engendrado á Eako. Tan superior es Zeus á los ríos que se lanzan impetuosamente al mar, como superior es la raza de Zeus á la de los ríos. He aquí un gran río junto á tí; que te salve si puede. Pero no está permitido luchar contra Zeus Cronión. El mismo rey Akeleo no es comparable á Zeus, ni tampoco la gran violencia del profundo Oceano, del que son descendientes todo el mar, todos los ríos, todas las fuentes y todos los manantiales. Pero hasta él teme el rayo del gran Zeus, el horrible trueno que prolonga su estampido en el Urano.

Habló así, y arrancando de la orilla su lanza de bronce, le dejó sobre la arena, muerto y bañado por el agua negra. Y las anguilas y los peces le rodeaban, comiendo la grasa de sus riñones. Y Akileo se abalanzó á los jinetes peonios, que huyeron á lo largo del río caudaloso, cuando en el rudo combate vieron á su jefe muerto de una estocada por las manos de Akileo.

Y mató éste á Tersiloco, y á Midón, y á Astipilo, y á Mneso, y á Trasio, y á Enio, y á Orfelestes. Y á otros muchos peonios habría matado el veloz Akileo, si el río de profundos remolinos, irritado y semejante á un hombre, no le hubiese dicho desde el fondo de un remolino:

—¡Oh Akileo! Muy bravo eres en verdad; pero asesinas ferozmente á los hombres, y los Dioses vienen en tu ayuda. Si para que los destruyas te depara el hijo de Cronos á todos los troyanos, hazlos salir de mi lecho y mátalos en la llanura. Lle-

nas de cadáveres están mis hermosas aguas, y no puedo llevar al mar mi cauce divino estrechado por los muertos, y tú no cesas de matar. Detente, porque el horror se apodera de mí, ¡oh príncipe de pueblos!

Y le contestó Akileo el de los pies veloces:

—Haré lo que deseas, divino Scamandro; pero no cesaré de asesinar troyanos insolentes hasta haberles encerrado en su ciudad, y haberme encontrado cara á cara con Héctor para que me mate ó yo le mate á él.

Habló así, y se abalanzó como un Demón á los troyanos. Y el río de profundos remolinos dijo á Apolo:

—¡Ay! Hijo de Zeus que portas el arco de plata, no obedeces al Cronión que te mandó venir en ayuda de los troyanos y protegerles hasta el momento en que el crepúsculo de la tarde cubra con su sombra la tierra fecunda.

Habló así, pero Akileo saltó desde el ribazo en medio del agua, y el río se hinchó burbujeando, y furioso, hizo correr sus aguas agitadas, levantando los cadáveres de que estaba lleno y que había ocasionado Akileo, y los arrojó á las márgenes, mugiendo como un toro. Pero sabedor de quiénes vivían aún, les escondió entre sus hermosas aguas bajo remolinos profundos.

Y el agua tumultuosa y terrible subía alrededor de Akileo, azotándole con furia en el escudo, y vacilaba él sobre sus pies. Y tomó entonces á dos manos un gran olmo que, al caer desgajado, destrozando el ribazo, amontonó sus frondosas ramas á través de la corriente, y tendido por completo, sirvió de puente sobre el río. Y Akileo, saltando desde allá afuera del abismo, corrió asustado por la llanura. Pero el gran río no se detuvo, y ensombreció

la cima de sus ondas para alejar del combate á Akileo y retrasar la caída de Ilios.

Y el Peleida huía á saltos de un tiro de lanza, con el ímpetu del águila negra, el águila cazadora, la más fuerte y veloz de las aves. Así era como huía. Y sobre su pecho retemblaba horriblemente el bronce, y al correr, describía el fugitivo tortuosos giros; pero el río le perseguía siempre con gran ruido.

Cuando desde profundo manantial conduce un fontanero el agua por entre las plantaciones y los jardines, separando con su azada todos los obstáculos que se oponen á su curso, se deslizan los guijarros con la corriente que murmura y corre por el declive y adelanta al mismo fontanero. Así el río alcanzaba á Akileo, siempre á despecho de su rapidez, porque los Dioses son más poderosos que los hombres. Y cuantas veces el divino y veloz Akileo intentaba pararse para ver si querían asustarle todos los Inmortales que habitan en el amplio Urano, otras tantas veces se encaramaba hasta sus hombros el agua del río divino. Y saltaba hacia las alturas Akileo, triste en su corazón; pero el Xanto furioso le azotaba oblicuamente las rodillas, haciendo que bajo sus pies no sintiera el fondo. Y el Peleida clamó mirando al amplio Urano:

—¡Padre Zeus! ¿No querrá libramme de este río ninguno de los Dioses? ¡Miserable de mí, que he de sufrir luego mi destino! En verdad que ninguno entre los Uránicos es más culpable que mi madre bien amada, quien mintió al decirme que debía yo perecer al pie de los muros de los troyanos cubiertos de corazas, herido por las flechas ligeras de Apolo. ¡Pluguiera á los Dioses que me hubiese muerto Héctor, el más bravo de los hombres criados aquí! Al menos, un bravo mataría á un bravo.

Y he aquí ahora que es mi destino sufrir una muerte afrentosa, asfixiado en este gran río, cual porquerillo que se ahoga en un torrente al pasar por él durante la época del mal tiempo!

Habló así, y súbito acercáronse á él Poseidaón y Atenea bajo formas humanas; y tomándole la mano entre sus manos, le tranquilizaron. Y le dijo Poseidaón el que conmueve la tierra:

—Peleida, tranquilízate y cesa en tu temor. En tu ayuda venimos Atenea y yo, con aprobación de Zeus. No es tu destino morir en este río, y pronto le verás calmarse. Pero obedece, que te aconsejaremos con prudencia. No des paz á tus manos en la ruda refriega hasta que hayas encerrado tras las ilustres murallas de Ilios á los troyanos que lograron escapar de ti. Luego, cuando hayas arrancado el alma á Héctor, vuélvete á las naves. Te reservamos una gloria inmensa.

Cuando hubieron hablado así, reuniéronse con los Inmortales. Y excitado por las palabras de los Dioses, corrió Akileo por la llanura que en todas direcciones anegaba el agua, haciendo flotar las hermosas armas de los guerreros muertos y los cadáveres también. Y sus rodillas resistieron á la corriente impetuosa, y no pudo detenerle el ancho río, porque Atenea le había dado gran vigor. Pero no apaciguó su furia el Scamandro, y se irritó más todavía contra el Peleida, y alzando toda su onda, llamó con grandes gritos al Simois:

—Querido hermano, trunquemos el vigor de este hombre que en breve arruinará la gran ciudad del rey Príamo, porque ya no combaten los troyanos. Ven cuanto antes en mi ayuda. Llénate con toda el agua de los manantiales, acrece todos los torrentes y alza un enorme y estruendoso torbellino de troncos de árboles y rocas para que detengamos á

ese hombre feroz que triunfa y osa emprender todo lo que sólo emprenden los Dioses. Juro que de poco han de servirle su fuerza, su belleza y sus hermosas armas, cuando tendido quede todo ello bajo el cieno en el fondo de mi lecho. Y á él mismo he de envolverle en arenas y légamos, y no podrán los acaienos recoger sus huesos, pues tanto bajo el cieno los hundiré. ¡Y será el cieno su sepulcro, y cuando los acaienos quieran sepultarle, no tendrá ya necesidad de tumba alguna!

Habló así, y sobre Akileo se arrojó estremecido de furor, lleno de ruido, espuma, sangre y cadáveres. Y envolvió al Peleida la onda purpúrea del río caído de Zeus. Y entonces Here lanzó un grito, temiendo que el gran río se tragara á Akileo, y dijo en seguida á su muy amado hijo Hefesto:

—¡Anda, Hefesto, hijo mío! Combate contra el Xanto caudaloso, á quien te damos por adversario. ¡Corre á encender pronto tus llamas innúmeras! Desde el seno del mar excitaré yo la violencia de Zéfiro y del tempestuoso Noto, á fin de que el incendio devore las cabezas y las armas de los troyanos. Y abrasa tú todos los árboles de las orillas del Xanto, á él mismo abárcale, y no escuches sus lisonjas ni sus amenazas; pero despliega tu violencia sólo hasta que yo te avise; y entonces apaga el incendio infatigable.

Habló así, y Hefesto encendió el vasto fuego, que comenzó por consumir en la llanura los numerosos cadáveres causados por Akileo. Y desecada quedó toda la llanura, y á su cauce volvió el agua divina. Como en los días de otoño seca Bóreas los jardines recién regados y alegra con ello al jardinero, así el fuego secó la llanura y quemó los cadáveres. Luego volvió Hefesto contra el río su resplandeciente llama; y ardían los olmos, y los sau-

ces, y los tamarices; y ardían el loto, y el gladiolo, y el ciprés, que abundaban á los lados del río de hermosas aguas. Y las anguilas y los peces nadaban acá y allá ó se sumergían en los remolinos, perseguidos por el soplo del sabio Hefesto. Y agotóse la misma fuerza del río, y gritó así éste:

—¡Hefesto! Ninguno de los Dioses puede luchar contigo. No combatiré contra tus fuegos abrasadores. Detente, pues. El divino Akileo puede arrojar de su ciudad á todos los troyanos. ¿Para qué socorrerles y qué me importa su querella?

Habló así ardiendo, y hervían sus aguas limpiadas. Como vaso puesto sobre un gran fuego que derrite la grasa de un jabalí rollizo y es envuelto por la llama de la leña seca, así ardía la hermosa corriente del Xanto y hervía el agua sin poder deslizarse por su lecho, porque la devoraba el soplo ardiente del sabio Hefesto. Entonces imploró el Xanto con palabras rápidas á Here:

—¡Here! ¿Por qué así me atormenta tu hijo? A fe que no soy tan culpable como los demás Dioses que socorren á los troyanos. Por mí mismo me detendré cuando ordenes parar á tu hijo. ¡Y también juro no retardar más el último día de los troyanos, aun cuando por el fuego pereciera Troya, aun cuando los hijos de los acaienos la consumieran toda entera!

Y al oírle, la Diosa Here la de los brazos blancos dijo á su muy amado hijo Hefesto:

—¡Hefesto, párate, ilustre hijo mío! No es bien que por causa de un hombre se atormente á un Dios.

Habló así, y Hefesto apagó el vasto incendio y el agua continuó corriendo por su hermoso cauce; y vencida la fuerza del Xanto, cesaron en el combate; y aunque irritada, Here les apaciguó á ambos.

Pero entonces se promovió una querrela terrible entre los demás Dioses, y les inspiró su espíritu pensamientos enemigos. Y se abalanzaron unos á otros; y con un ruido inmenso resonó la ancha tierra; y por encima retendió el gran Urano. Y sentado en el Olimpo, Zeus se echó á reír; y la alegría llenaba su corazón cuando vió aquella disensión entre los Dioses. Y no retrasaron éstos el combate. A Atenea atacó primero Ares, que rompe los escudos. Y blandiendo su lanza de bronce, le dijo esta palabra afrentosa:

—¡Mosca perruna! ¿Por qué á los Dioses induces al combate? Tienes una audacia insaciable y un espíritu siempre violento. ¿No te acuerdas de que excitaste contra mí al Tideida Diomedes, y guiaste su lanza, y desgarraste mi hermoso cuerpo? Creo que vas á expiar todos los males que hubiste de causarme.

Habló así, y asestó un golpe en la terrible Egida de franjas de oro que ni al rayo de Zeus temía. En ella con su larga lanza golpeó el sangriento Ares á la Diosa. Y retrocediendo, cogió ésta con su poderosa mano una roca negra áspera, inmensa, que yacía en la llanura, y con la que habían hecho linde de un campo los antiguos hombres. Y golpeó en la garganta con ella al terrible Ares y le anuló las fuerzas. Y cayó él, cubriendo con su cuerpo siete yugadas de terreno; y se mancharon de polvo sus cabellos, y sobre él retendieron sus armas. Y Palas Atenea rió y le insultó orgullosamente con palabras aladas:

—Insensato que luchas contra mí, ¿no sabes que me enorgullezco de ser más poderosa que tú? Así es como vengan las Erinnias á tu madre, que en su cólera te castiga por haber abandonado á los acaienos para socorrer á los troyanos insolentes.

Cuando hubo hablado así, desvió sus ojos esplendentes. Y he aquí que Afrodita, hija de Zeus, de la mano conducía fuera de la refriega á Ares, que apenas respiraba y recobraba sus espíritus. Y cuando lo vió la Diosa Here la de los brazos blancos, dijo á Atenea estas palabras aladas:

—Atenea, hija de Zeus tempestuoso, ¿ves á esa mosca perruna que se lleva fuera de la refriega á Ares el azote de los vivos? Persíguela.

Habló así, y Atenea, llena de alegría, se arrojó sobre Afrodita, y golpeándola en el pecho con su fuerte mano, hizo flaquear sus rodillas y su corazón.

Así quedaron Ares y Afrodita, tendidos ambos en la tierra fecunda; y Atenea les insultó con estas palabras aladas:

—¡Que no fueran así todos los aliados de los troyanos que combaten contra los acaienos cubiertos de corazas! ¡Que no tuvieran todos la audacia de Afrodita, que ha socorrido á Ares, desafiando mi fuerza! ¡Pronto cesaríamos de combatir tras de saquear la alta ciudadela de Ilios!

Habló así, y rió la Diosa Here la de los brazos blancos. Y el Potente que conmueve la tierra dijo á Apolo:

—Febo, ¿por qué permanecemos alejados uno de otro? No es bien que, cuando los demás Dioses vienen á las manos, regresemos sin combate nosotros al Urano, á la morada de bronce de Zeus. Empieza, pues eres el más joven, y sería vergonzoso para mí atacarte siendo yo el mayor y el que sabe más. ¡Insensato! ¿Tienes, por lo visto, un corazón tan olvidadizo, que ya no te recuerda los males que sufrimos en Ilios cuando, siendo los únicos Dioses á quienes desterró Zeus, nos fué preciso servir durante un año al insolente Laomedón? Se nos pro-

metió una recompensa, y mandaba en nosotros. Y yo rodeé con alta y hermosa muralla la ciudad de los troyanos para que fuese inexpugnable; y tú, Febo, llevabas á pastar en las numerosas cimas del Ida cubierto de selvas á los bueyes de pies torcidos y cuernos curvos. Pero cuando las Horas deseadas trajeron el día de la recompensa, nos la rehusó el perjuro Laomedón, despidiéndonos de manera ultrajante. Hasta te amenazó con atarte las manos y los pies y venderte en las islas lejanas. Y también juró cortarnos las orejas con el bronce. Y nos marchamos irritados en el alma con motivo de la recompensa prometida que nos rehusó. ¿Estás por eso agradecido á su pueblo? ¿Y acaso no debías reunirte con nosotros para exterminar á los troyanos perjuros, á sus hijos y á sus mujeres?

Y le contestó el real arquero Apolo:

—Poseidaón, que conmueves la tierra, podrías llamarme insensato si contra ti combatiese por causa de los miserables hombres que verdean un día, semejantes á las hojas, y comen los frutos de la tierra, y en seguida se marchitan y mueren. No combatamos, pues, y dejémosles luchar entre ellos.

Habló así, y se alejó, sin querer, por respeto, combatir con el hermano de su padre. Y la venerable Artemisa, su hermana, cazadora de animales fieros, le dirigió estas palabras injuriosas:

—¡Oh arquero! ¿Huyes y dejas la victoria á Poseidaón? ¡Cobarde! ¿Para qué llevas un arco inútil? ¡En lo sucesivo, no te oiré en las moradas paternas ufanarte como antaño, en medio de los Dioses Inmortales, por poder combatir contra Poseidaón de igual á igual!

Habló así, y no le contestó el arquero Apolo; pero la venerable esposa de Zeus, llena de cólera,

insultó con palabras injuriosas á Artemisa, que se enorgullece de sus flechas:

—¡Perra arisca! ¿Cómo te atreves á hacerme cara? Difícil te sería resistirme, aunque dispares flechas y seas como una leona para las mujeres á quienes Zeus te permite que mates á tu antojo. Más cómodo es herir en las montañas á los animales fieros y á las ciervas salvajes, que luchar contra enemigo más poderoso que uno. ¡Pero ven, si quieres intentar el combate, y sabrás cuán superior á la tuya es mi fuerza, aunque oses hacerme cara!

Habló así, y cogiendo con una mano ambas manos de Artemisa, con la otra le quitó de los hombros el carcaj y la abofeteó con él riendo. Y como Artemisa se agitaba de acá para allá, por todos lados se esparcieron las flechas rápidas. Y acongojada Artemisa, voló como paloma que del gavilán se aleja, refugiándose en la oquedad de una roca, porque no es su destino perecer. Así huía acongojada, abandonando su arco.

Entonces dijo á Leto el Mensajero matador de Argos:

—Leto, yo no combatiré contra ti. Es peligroso venir á las manos con las esposas de Zeus, que amontona las nubes. Date prisa á ufanarte entre los Dioses Inmortales de que me venciste con tu fuerza.

Habló así, y recogiendo el arco y las flechas esparcidas en el polvo, siguió con ello Leto á su hija. Y llegó ésta en el Olimpo, á la morada de bronce de Zeus. Y se sentó llorosa en las rodillas de su padre, y estremeciase su peplo ambrosiano. Y el Padre Cronida le preguntó, sonriendo con dulzura:

—Querida hija, ¿quién de entre los Dioses te ha maltratado tan temerariamente como si ante todos hubieses cometido una falta?

Y le contestó Artemisa la de la hermosa corona:
—Padre, quien me ha pegado es tu esposa Here
la de los brazos blancos, que sin cesar siembra la
disensión entre los Inmortales.

Y mientras se hablaban así, Febo Apolo descendió á la santa Ilios, porque temía que los da
naenos derribasen sus altas murallas antes del día
fatal. Y al Olimpo regresaron los demás Dioses
eternos, irritados unos y triunfantes otros; y se sen
taron junto al Padre, que amontona las nubes.

Pero Akileo dispersaba á los troyanos y á sus
caballos de cascos macizos. Como cuando hasta el
ancho Urano sube el humo de una ciudad que arde
porque la cólera de los Dioses pesa sobre ella y á
todos sus habitantes acosa con males, así Akileo
acosaba á los troyanos.

Y erguido en alta torre, reconoció el viejo Pria
mo al feroz Akileo, que ante sí dispersaba y ponía
en fuga á las falanges troyanas, que no podían re
sistirle. Y el rey descendió de la torre lamentán
dose, y dijo á los guardianes ilustres de las puertas:

—Tened las puertas abiertas en tanto que á la
ciudad acudan los pueblos fugitivos. He aquí que
Akileo les ha dispersado, ciertamente, y se apro
xima; pero no bien respiren las falanges detrás de
las murallas, cerrad de nuevo los batientes maci
zos, pues temo que ese hombre desastroso asalte
nuestros muros.

Habló así, y abrieron las puertas, apartando las
barreras, y ofrecieron la salvación á las falanges.
Y corrió Apolo ante los troyanos para socorrerles.
Y devorados éstos por la sed y cubiertos de polvo,
huían hacia las altas murallas de la ciudad. Y fu
rioso Akileo, les perseguía con su lanza, siempre
pletórico el corazón de rabia y de anhelo de gloria.

Sin duda entonces habrían los acaienos tomado

á Troya la de puertas elevadas, si Febo Apolo no hubiese excitado al divino Agenor, bravo é irreprochable hijo de Antenor. Y le vertió en el corazón audacia, y para salvarle de las abrumadoras manos de la muerte, se mantuvo junto á él, apoyado contra un haya y envuelto en densa niebla.

Pero cuando Agenor reconoció al destructor de ciudades Akileo, se detuvo, revolviendo mil pensamientos en su espíritu, y gimiendo, dijo para sí en su bravo corazón:

—¡Ay! ¿Huiré ante el bravo Akileo, como en su espanto hacen todos estos? Me cogerá y me matará cual á un cobarde que seré. Pero si, dejándoles que se dispersen ante el Peleida Akileo, huyera yo por la llanura de Ilios hasta las cimas del Ida, me escondería allí entre los espesos matorrales; y volvería á Ilios por la tarde, después de haber lavado mi sudor en el río. ¿Pero por qué delibera así mi espíritu? Me verá él cuando yo huya por la llanura, y persiguiéndome con sus pies veloces, me alcanzará. Y entonces no evitaré la muerte y las Keres, pues él es bastante más fuerte que los demás hombres. ¿Por qué no ir á su encuentro delante de la ciudad? Sin duda su cuerpo es vulnerable por el bronce agudo, aunque el Cronida Zeus le conceda la victoria.

Cuando hubo hablado así, excitándole su bravo corazón para que combatiese, esperó á Akileo. Cual desde el fondo de una espesa selva salta ante el cazador una pantera á quien no turban ni asustan los ladridos de los perros, y herida por un venablo ó por la espada, ó aun pinchada por la lanza, no retrocede antes de destrozar á su enemigo ó ser muerta por él, así el hijo del ilustre Antenor, el divino Agenor, no quería retroceder antes de com-

batir con Akileo. Y tendiendo ante sí su escudo y blandiendo su lanza, gritó:

—En verdad, ilustre Akileo, que muy pronto pensaste arruinar hoy la ciudad de los bravos troyanos. ¡Insensato! Para conseguirlo todavía has de sufrir bastantes sinsabores. En Ilios nos hallamos un gran número de hombres valerosos que sabremos defender á nuestros padres bien amados, á nuestras mujeres y á nuestros hijos; y aquí sufrirás tu destino, por más que seas un guerrero terrible y lleno de audacia.

Habló así, y con mano vigorosa arrojó su pica afilada. Y dió en la pierna de Akileo por debajo de la rodilla. Y el bronce resonó contra el estaño recién forjado de la greba, obsequio de un Dios, que rechazó el golpe. Y se lanzó el Peleida sobre el divino Agenor. Pero Apolo le rehusó la victoria, porque alzó al Antenórida, cubriéndole con una niebla densa, y le sacó sano y salvo del combate. Luego alejó de los troyanos al Peleida, valiéndose para ello de un engaño, pues se mantuvo ante él bajo la forma de Agenor. Y le huía, dejándose perseguir por la llanura fértil y á lo largo del Scamandro caudaloso, casi sin adelantarse, para descaminarle. Y en tanto, los asustados troyanos entraban en tropel en Ilios, que con ellos se poblaba. Y no se detenían fuera de la ciudad y de los muros para saber quién había perecido ó quién huía, sino que penetraban ardientemente en Ilios todos aquellos cuyos pies y rodillas les pusieron en salvo.





RAPSODIA XXII

Así entraban en la ciudad los troyanos, asustados como ciervos. Y secábanse el sudor, y bebían, aplacando su sed. Y en apretadas filas y con el escudo en los hombros, los acaienos se acercaban á los muros. Pero la Moira fatal hizo que Héctor permaneciese ante Ilios y las puertas Skeas. Y Febo Apolo dijo al Peleida:

—Peleida de los pies veloces, ¿por qué siendo un mortal persigues á un Dios inmortal? ¿No ves que soy un Dios? Pero tu furor no tiene fin. ¿No piensas ya en los troyanos á quienes perseguías, y que se han encerrado en su ciudad mientras tú te extrañabas por aquí? Sin embargo, á mí no has de matarme, porque no soy mortal.

Y le contestó Akileo el de los pies veloces, lleno de cólera:

—¡Ah Apolo, el más funesto de todos los Dioses: me cegaste desviándome de las murallas! Sin duda habrían mordido la tierra numerosos troyanos antes de entrar en Ilios, y me quitaste una gran gloria. Les has salvado fácilmente sin temer mi venganza. ¡Pero en verdad que me vengaré de ti si puedo!

Cuando hubo hablado así, corrió hacia la ciudad, meditando grandes empresas, y parecía un caballo victorioso que llevase sin esfuerzo un carro por la llanura. Así agitaba velozmente Akileo sus pies y sus rodillas. Y el viejo Príamo fué quien primero le divisó cruzar corriendo la llanura y resplandeciente cual la estrella canicular, cuyos rayos relampaguean entre los innumerables astros de la noche y es llamada el Perro de Orión. Y es la más brillante de las estrellas; pero también es señal funesta que presagia una fiebre ardiente á los miserables hombres mortales. Y así resplandecía el bronce en torno al pecho de Akileo, mientras corría éste.

Y el anciano se lamentaba, golpeándose la cabeza, y alzaba sus manos, y lloraba, dando gritos y suplicando á su hijo muy amado. Y éste se erguía ante las puertas, poseído del deseo de combatir contra Akileo. Y tendidas á él las manos, el anciano le dijo con una voz lamentable:

—Héctor, amadísimo hijo mío, no esperes solo y lejos de los tuyos á ese hombre, no vaya á ser que, muerto por el Peleión, sufras tu destino, porque aquél es más fuerte que tú. ¡Ah miserable! Si los Dioses le aborrecieran como yo, no tardarían los perros y las aves en devorarle y estaría tendido en tierra, y mi cruento dolor se calmaría. ¡De cuántos

hijos hubo él de privarme, matándolos ó vendiéndolos en las islas lejanas! Y entre los troyanos que han entrado en Ilios, no veo á mis dos hijos Licaón y Polidorón, á quienes parió Laotoe, la más noble de las mujeres. Si están vivos en las tiendas, les rescataremos, ciertamente, con el oro y el bronce que poseo en abundancia, pues dió mucho á su hija el viejo é ilustre Altes; pero si han muerto, hasta las moradas de Edes habremos de llorarles su madre y yo, que les engendramos. Pero será bastante menor el dolor de nuestros pueblos si Akileo no te vence. Hijo mio, date prisa á entrar en nuestros muros, para salvación de troyanos y troyanas. No proporciones al Peleida semejante gloria y dejes que te prive de la dulce vida. Apíadate de mí, desgraciado, que vivo todavía, y en los límites de la vejez me reserva el padre Zeus un destino adverso después de verme abrumado por todas las desventuras: ¡muertos mis hijos, raptadas mis hijas, deshechos mis hogares, aplastados contra tierra mis nietos y arrastradas por las manos inexorables de los acaienos las mujeres de mis hijos! Y á mí mismo me destrozarán el último bajo mis pórticos los perros comedores de carne cruda cuando esté herido por el bronce, ó una lanza me haya arrancado el alma. ¡Y tras de beber mi sangre toda, se acostarán bajo mis pórticos esos perros guardianes de mi umbral y alimentados en mis moradas con la comida de mi mesa! ¡A un joven punzado por el bronce agudo, y tendido muerto en la refriega, se le puede mirar, porque siempre es hermoso, aunque se halle desnudo; pero morir con la barba blanca y las cosas del pudor destrozadas por los perros, es el más miserable de los destinos para los miserables mortales!

Habló así el anciano, y se arrancaba sus cabe-

llos blancos; pero no conmovió el alma de Héctor. Y he aquí que gemía y lloraba su madre, y descubriéndole su seno y alzando con una mano su mamea, dijo estas palabras lamentables:

—¡Héctor, hijo mío, respeta este seno y ten piedad de mí! ¡Si un día te di este pecho que acallaba tus vagidos de niño, recuérdalo, hijo mío! Huye de ese hombre, entra en nuestros muros, no te detengas para combatir con él. Porque si te matara, no te lloraríamos en tu lecho fúnebre yo, que te he parido, ni tu mujer, dotada ricamente, sino que, lejos de nosotros, junto á las naves de los argienos, te comerían los perros veloces.

Y gemían así, conjurando á su hijo muy amado; pero no conmovieron el alma de Héctor, que aguardaba al gran Akileo. Como en espera de que se aproxime un hombre, ante su guarida se retuerce con horribles ojos un dragón de la montaña alimentado de hierbas venenosas y poseído de rabia, así permanecía Héctor sin retroceder y lleno de un firme valor. Y apoyado el escudo contra el relieve de la torre, decía para sí en su corazón magnánimo:

—¡Desgraciado de mí si entrara en las murallas! Me abrumaría á reproches Polidamas, que me aconsejaba traer á la ciudad á los troyanos durante esta noche fatal en que apareció el divino Akileo. No le escuché, y en verdad que su consejo era el mejor. Y he aquí que por mi locura he perdido á mi pueblo. Ahora temo á los troyanos y á las troyanas de luengo peplo. Podrá decir el más cobarde: «¡Confiado demasiado en sus fuerzas, Héctor ha perdido á su pueblo!» Hablarán así. Más vale entrar solo después de haber muerto á Akileo, ó bien morir por Ilios gloriosamente. ¿Y si, deponiendo mi escudo abombado y mi casco sólido y

apoyando en el muro mi lanza, fuese yo ahora ante el bravo Akileo? ¿Y si le prometiera devolver á los Atreidas Helena y todas las riquezas que Alejandro trajo á Troya en las naves abiertas? Porque este fué el origen de la guerra. ¿Y si á los acaienos ofreciere repartir cuanto encierra la ciudad, jurando antes los troyanos que nada ocultarían y repartirían todos los tesoros que contiene la rica Ilios? ¿Pero en qué piensa mi espíritu? No suplicaré á Akileo, porque no tendría respeto ni piedad para mí, y desarmado como yo estaría, mataríame cual á una mujer. ¡No! Ahora no se trata de charlar de la encina ó de la roca, como el joven y la joven que hablan entre sí, sino de combatir y ver á quién dará la victoria el Olímpico.

Y pensaba así aguardando á Akileo. Y se acercaba el Peleida semejante al impetuoso guerrero Ares y blandiendo en la mano derecha la terrible lanza Peliana. Y resplandecía el bronce, semejante al relámpago, ó al fuego ardiente, ó á Helios cuando se levanta. Pero en cuanto le hubo visto, Héctor fué invadido por el terror y no pudo aguardarle; y dejando las puertas detrás de él, huyó espantado. Y el Peleida echó á correr con sus pies veloces.

Como en las montañas el gavilán, que es la más veloz de las aves, persigue á una paloma temblorosa que huye con vuelo oblicuo, y la acosa con agudos gritos, deseando darle alcance y cogerla, así precipitábase Akileo, y Héctor, tembloroso, huía ante él, al pie del muro de los troyanos, agitando sus rodillas veloces. Y pasaron junto á la colina y la alta higuera, cruzando el camino y á lo largo de las murallas. Y llegaron cerca del río de hermoso cauce, al sitio donde manan las dos fuentes del Scamandro caudaloso. Y corre tibia una, y de ella se exhala humo como de un gran fuego; y se

filtra otra durante el estío fría cual la nieve ó el duro cristal del agua.

Y junto á las fuentes habia dos amplios y hermosos cubos de piedra, donde en tiempo de paz, antes de la llegada de los acaienos, lavaban sus ropas espléndidas las mujeres de los troyanos y sus encantadoras hijas. Y por allá corrían ambos, huyendo el uno y persiguiéndole el otro. Y quien huía era bravo y más bravo quien le perseguía con ardor. Y no se disputaban una víctima ni el lomo de un buey como premio de la carrera entre los hombres, sino que corrían por la vida de Héctor, domador de caballos.

Cual dos caballos que en los juegos funerarios de un guerrero se lanzasen velozmente para alcanzar la meta y lograr un premio magnífico, trípode ó mujer, tres veces con sus pies veloces dieron la vuelta á la ciudad de Príamo. Y les miraban todos los Dioses. Y he aquí que el Padre de los Dioses y de los hombres habló así:

—¡Qué desdicha! Alrededor de las murallas veo huir á un hombre que me es caro. Mi corazón se entristece por Héctor, que para mí quemó á menudo numerosos cuartos de buey en las cimas del gran Ida ó en la ciudadela de Ilios. El divino Akileo le persigue ardientemente con sus pies veloces alrededor de la ciudad de Príamo. Deliberad, ¡oh Dioses! ¿Le arrancaremos á la muerte ó venceremos su valor por manos del Peleida Akileo?

Y le contestó la Diosa Atenea la de los ojos claros:

—¡Oh Padre fulminante que amontonas las nubes! ¿Qué has dicho? ¡Quieres arrancar de la muerte lúgubre á ese hombre mortal á quien para morir marcó el destino! Hazlo; pero jamás te lo aprobaremos nosotros los Dioses.

Y para contestarle, habló así Zeus, que amon-
tona las nubes:

—Tranquilízate, Tritogenia, querida hija. No he
hablado con voluntad inquebrantable, y quiero
complacerte. Ve y obra como te parezca.

Habló así, excitando á Atenea, ya llena de ar-
dor; y lanzóse ella desde la cumbre del Olimpo.

Y en tanto, el veloz Akileo acosaba sin cesar
á Héctor, como en las montañas acosa un perro al
corzo ó á una cierva. Le persigue por entre los
matorrales y las vallas de madera; y cuando el
perseguido se oculta tembloroso en una breña, ol-
fatea su huella el perro y en seguida le descubre.
Tampoco podía Héctor evadirse del veloz Peleida.
Cuantas veces quería ganar las puertas dardanienas
y acogerse al abrigo de las torres altas y sólidas,
desde las cuales podían socorrerle con sus flechas
los troyanos, otras tantas veces le perseguía Aki-
leo, haciéndole volver á la llanura; pero Héctor
tornaba siempre hacia Ilios. Como durante un sue-
ño se persigue á un hombre que huye, sin que se
pueda darle alcance ni pueda él escapar, así uno
no podía coger á su enemigo ni escaparse éste.
¿Pero cómo habría evitado Héctor mucho tiempo
ya las Keres de la muerte, si viniendo en su ayuda
por vez última no le hubiese vertido Apolo cierto
vigor en las rodillas veloces?

Y con un signo de cabeza el divino Akileo or-
denaba á sus pueblos que no lanzaran contra Héctor
flechas mortales por temor de que alguno le
matara antes que él lograra esta gloria. Pero cuan-
do por cuarta vez volvían uno y otro á las fuentes
del Scamandro, el Padre Zeus extendió sus balan-
zas de oro, y puso en ellas dos Keres de la muerte
violenta, una por Akileo y otra por Héctor, doma-
dor de caballos. Y las levantó sosteniéndolas por

en medio, y el día fatal de Héctor descendió hasta las moradas de Edes, y abandonóle Febo Apolo, y acercándose al Peleida, la Diosa Atenea la de los ojos claros le dijo estas palabras aladas:

—Creo, ilustre Akileo, grato á Zeus, que por fin vamos á lograr una gran gloria junto á las naves acaïenas, matando á Héctor, insaciable de combates. No puede ya escapársenos, aun cuando el arquero Apolo, haciendo mil esfuerzos por salvarle, se prosternara ante el Padre Zeus tempestuoso. Párate y respira. Voy á persuadir al Priamida para que venga á ti y combata contigo.

Habló así Atenea, y lleno de alegría se paró Akileo, apoyado en su lanza de bronce. Y Atenea le dejó y se acercó al divino Héctor, haciéndose semejante á Deifobo en el cuerpo y en la voz. Y erguida junto á él, le dijo estas palabras aladas:

—¡Oh hermano mío! He aquí que el veloz Akileo te acosa, persiguiéndote en torno á la ciudad de Príamo. Mantengámonos firmes y hagamos ambos frente al enemigo.

Y le contestó el gran Héctor del casco palpitante:

—Deifobo, en verdad que ya para mí eras el más querido de mis hermanos, de cuantos engendraron Hécaba y Príamo; pero más aún debo honrarte en mi corazón hoy que, para socorrerme, has salido de nuestras murallas, tras de las que permanecen encerrados todos los demás.

Y le contestó la Diosa Atenea de los ojos claros:

—¡Oh hermano mío! Nuestro padre y nuestra madre venerable me suplicaron de rodillas, y también todos mis compañeros, para que permaneciese en los muros, pues están asustados todos; pero mi alma era presa de un amargo dolor. Combatamos gravemente ahora, y no demos reposo á nuestras

lanzas, y veremos si Akileo mata á ambos, llevándose á las naves abiertas nuestros despojos sangrientos, ó si vencido es por tu lanza.

Habló así Atenea con astucia y le precedió. Y cuando los dos guerreros se encontraron, el gran Héctor del casco palpitante habló así el primero:

—No huiré de tí más tiempo, hijo de Peleo. Por tres veces te he huido en torno á la gran ciudad de Príamo y no osé esperar tu ataque; pero he aquí que mi corazón me impulsa á hacerte frente. Mataré ó seré muerto. Pero invoquemos á los Dioses para que sean fieles testigos y guardianes de nuestros pactos. No te ultrajaré cruelmente, si Zeus me concede la victoria y te arranco el alma, sino que después de haberte despojado de tus hermosas armas, Akileo, devolveré á los acaienos tu cadáver. Haz tú igual, y prométemelo.

Y mirándole con ojos sombríos, le contestó Akileo el de los pies veloces:

—Héctor, execrable más que ninguno de los hombres, no me hables de pactos. Por lo mismo que no hay alianzas entre los leones y los hombres, y los lobos y los corderos, lejos de ponerse de acuerdo, se odian siempre; por lo mismo, me es imposible dejar de odiarte, y no habrá entre nosotros pactos antes de que uno de los dos caiga, saciando con su sangre al terrible guerrero Ares. Invoca todo tu valor. ¡Ahora es cuando vas á tener necesidad de toda tu destreza y todo tu vigor, porque no dispones de un refugio, y he aquí que Palas Atenea va á vencerte con mi lanza, y de una vez expiarás las desventuras de mis compañeros á quienes mataste en tu furor!

Habló así, y blandiendo su larga pica, la disparó; pero vióla el ilustre Héctor y la evitó; y pasando por encima de él, se clavó en tierra la pica de

bronce. Y Palas Atenea la arrancó, devolviéndosela á Akileo, sin que el príncipe de pueblos Héctor lo advirtiera. Y dijo el Priamida al bravo Peleida:

—No me alcanzaste, ¡oh Akileo, semejante á los Dioses! No te había enseñado mi destino Zeus, como decías, y eran vanas y astutas tus palabras para que me asustase y olvidase mi fuerza y mi valor. No será en la espalda donde me hieras con tu lanza, porque frente á ti corro. Da, pues, en mi pecho, si un Dios te lo permite, y trata ahora de evitar mi lanza de bronce. ¡Pluguiese á los Dioses que entera la recibieras en el cuerpo! Más fácil sería la guerra para los troyanos, porque eres su peor azote.

Habló así, y blandiendo su larga pica, la disparó; y dió el arma, sin desviarse, en medio del escudo del Peleida; pero el escudo la rechazó lejos. E irritado Héctor porque de su mano había salido un tiro inútil, permaneció lleno de turbación, pues no tenía más que esta lanza. Y llamó á gritos á Deifobo el del escudo brillante, y le pidió otra lanza; pero al ver que Deifobo había desaparecido, en su espíritu comprendió Héctor su destino, y dijo:

—¡Desgraciado de mí! He aquí que los Dioses me llaman á la muerte. Yo creía que á mi lado estaba el héroe Deifobo; pero está en nuestros muros. Es Atenea quien me ha engañado. Cercana está la funesta muerte; la siento ya, y no tengo un refugio. Tal es desde hace tiempo la voluntad de Zeus y Apolo, hijo de Zeus, quienes antaño eran benévolos conmigo. ¡Y he aquí que la Moira va á cogerme! Pero á fe que no moriré cobardemente sin gloria, y llevaré á cabo una gran hazaña que perdurará entre los hombres futuros.

Habló así, y sacando la afilada espada que al costado pendía, grande y pesada, se arrojó sobre Akileo, semejante al águila que, sosteniéndose en

las alturas, descendiendo al llano por entre las nubes sombrías para coger la débil oveja ó la liebre tímida. Así se abalanzaba Héctor, blandiendo la espada afilada. Y colmando de una rabia feroz su corazón, Akileo se abalanzó también al Priamida. Y llevaba en el pecho su hermoso escudo, y agitaba su casco relumbrante, que tenía cuatro conos y espléndidas y oscilantes crines de oro sujetas por Hefesto á la cimera. Cual en medio de los astros de la noche se alza Héspero, la más bella de las estrellas uránicas, así resplandecía el relámpago de la punta de bronce que, para perdición de Héctor, blandía el Peleida, buscando en su hermoso cuerpo un sitio donde herir. Las hermosas armas de bronce que el Priamida había arrebatado al cadáver de Patroclo cubríanle por completo, excepto en la unión del cuello con el hombro, por donde más pronta es la fuga del alma. Allí clavó el divino Akileo su lanza, cuya punta atravesó el cuello de Héctor; pero no cortóle la garganta la pesada lanza de bronce, y podía él todavía hablar. Y cayó en el polvo, y el divino Akileo se glorió así:

—Héctor, ¿acaso imaginabas no tener nada que temer después de matar á Patroclo? No pensabas en mí, que estaba ausente. ¡Insensato! ¡En las naves abiertas le quedaba un vengador más fuerte, y era yo, que te he roto las rodillas! ¡Ah! ¡Los perros y las aves han de destrozarte espantosamente, y á Patroclo le enterrarán los acaienos!

Y sin poder hablar apenas, le contestó Héctor el del casco palpitante:

—Te suplico por tu alma, por tus rodillas, por tus padres, que no dejes que los perros me destrocen junto á las naves acaienas. Acepta el oro y el bronce que te darán mi padre y mi madre venerable. Envía mi cuerpo á mis moradas para que los



troyanos y troyanas me rindan honores al colocarme en la pira.

Y mirándole con ojos sombríos, le contestó Aquileo el de los pies veloces:

—¡Perro! No me supliques por mis rodillas ni por mis padres. ¡Pluguiera á los Dioses que tuviese yo valor para comer tu carne cruda en pago al mal que me hiciste! ¡Nada salvará de los perros á tu cabeza, aun cuando me trajeran diez y veinte veces el precio de tu rescate y otros mil presentes; aun cuando á peso de oro quisiera redimirte el Dardanida Priamo! Jamás la madre venerable que te parió te llorará estando tú acostado en tu lecho fúnebre. ¡Todo tu cuerpo destrozarán los perros y las aves!

Y le contestó, moribundo, Héctor el del casco palpitante:

—En verdad que, como te conozco bien, sospechaba que no te ablandarías, porque de hierro es tu corazón. Acuérdate de que me vengarán los Dioses el día en que, á pesar de tu valor, te maten Paris y Febo Apolo ante las puertas Skeas.

Y la muerte le interrumpió, volando su alma desde su cuerpo á la mansión de Edes y llorando por su destino adverso, su vigor y su juventud.

Y dijo á su cadáver Akileo:

—¡Muere! Yo sufriré mi destino cuando lo quieran Zeus y los otros Dioses.

Cuando hubo hablado así, arrancó del cadáver su lanza de bronce, y retirándola, despojó de sus armas sangrientas los hombros del Priamida. Y acudieron los hijos de los acaienos, y admiraban la corpulencia y la hermosura de Héctor; y de nuevo le hería cada uno, y decían mirándole:

—En verdad que ahora es Héctor más fácil de manejar que el día en que incendiaba las naves.

Hablaban así, y golpeábale cada uno. Pero en cuanto el divino Akileo hubo despojado de sus armas al Priamida, erguido en medio de los acaieños, les dijo estas palabras aladas:

—¡Oh amigos, príncipes y jefes de los argienos! Ya que los Dioses permitiéronme matar á este guerrero, que nos ha abrumado con mayores males que todos los demás juntos, vamos á asaltar la ciudad y sepamos cuál es el pensamiento de los troyanos: si muerto el Priamida quieren abandonar la ciudadela, ó resistir en ella, aunque hayan perdido á Héctor. ¿Pero qué imagina mi espíritu? ¡Al pie de las naves yace muerto, sin que lloren por él é insepulto Patroclo, á quien no olvidaré nunca mientras viva y las rodillas me sostengan! Aun cuando los muertos olviden en la mansión de Edes, también allí me acordaré de mi querido compañero. Y ahora, ¡oh hijos de los acaieños! cantad los Peans y volvamos á las naves arrastrando este cadáver. Hemos conseguido una gran gloria, hemos matado al divino Héctor, á quien en su ciudad los troyanos dirigían votos como á un Dios.

Habló así, y ultrajó indignamente al divino Héctor. Le pinchó en los tendones de ambos pies, entre el talón y el tobillo, y pasó correas por las aberturas. Y le ató á la trasera de su carro, disponiéndole de modo que la cabeza le arrastrase. Luego, colocando en el carro las armas ilustres, montó él, y fustigó á los caballos, que corrieron con ardor. Y así era arrastrado el Priamida Héctor entre un torbellino de polvo, y se manchaba sus cabellos negros, y hundíase en el polvo su cabeza, aquella cabeza tan hermosa que Zeus entregaba ahora al enemigo para que se la ultrajase en la tierra de la patria.

Así era manchada de polvo toda la cabeza de

Héctor. Y arrancándose los cabellos y desgarrando su hermoso velo, gemía su madre al ver desde lejos á su hijo. Y lloraba su padre miserablemente, y los pueblos también plañían y lloraban por la ciudad. Se diría que crujía entera la alta Ilios, devastada por el fuego. Y á duras penas retenían los pueblos al viejo Priamo desesperado, que quería salir de las puertas dardanienas. Y prosternándose ante ellos, les suplicaba, llamándoles por sus nombres:

—Amigos míos, dejadme salir solo de la ciudad para que vaya á las naves de los acaienos. Suplicaré á ese hombre impío que lleva á cabo horribles actos. Acaso respete mi edad y acaso tenga piedad; porque tan viejo es su padre Peleo, que le engendró y crió para ruina de troyanos, y sobre todo para colmarme de desgracias. ¡Cuántos hijos florecientes hubo de matarme! Y gimo menos por todos juntos que por Héctor solamente, y la pena que su fin me produce me hará bajar á las moradas de Edes. ¡Pluguiera á los Dioses que hubiese muerto en nuestros brazos! ¡Al menos, sobre su cadáver agotaríamos nuestras lágrimas y nuestros sollozos la madre desdichada que le ha parido y yo!

Habló así llorando. Y lloraban todos los ciudadanos. Y entre las troyanas, comenzó Hécaba el duelo sin fin:

—¡Hijo mío! ¿Por qué yo, desdichada, estoy viva todavía, si tú has muerto? ¡Tú, que de noche y de día eras mi gloria en Ilios y la única salvación de troyanas, que como á un Dios te recibían en la ciudad! En verdad que constituías toda su gloria cuando vivías; pero he aquí que te cogieron la Moira y la muerte.

Habló así llorando. Y no sabía aún nada la mujer de Héctor, no habiéndole anunciado ningún

mensajero que su esposo quedó fuera de las puertas. Y en su alta morada tejía una tela doble, espléndida y adornada de flores varias. Y ordenaba á las servidoras de hermosa cabellera que en la morada aprestasen y pusiesen al fuego un gran trípode, á fin de que estuviese presto un baño tibio para Héctor á su regreso del combate. Ignoraba la insensata que Atenea la de los ojos claros había muerto á Héctor, por manos de Akileo; lejos de los baños todos. Pero hubo de oír lamentos y alaridos en la torre. Y temblaron sus miembros, y la naveta se le cayó de las manos, y dijo á las servidoras de hermosa cabellera:

—Venid. Seguidme dos de vosotras para que vea yo lo que nos sucede, porque he oído la voz de la venerable madre de Héctor. Mi corazón salta en mi pecho, y mis rodillas desfallecen. Quizá alguna desgracia amenaza á los hijos de Príamo. ¡Pluguiera á los Dioses que vanas fuesen mis palabras! Pero temo que, alejando de la ciudad al bravo Héctor, le persiga en la llanura el divino Akileo y venza su valor. Porque no permanece mi esposo entre la muchedumbre de guerreros y combate á la cabeza sin ceder su puesto á nadie.

Habló así, y de su morada salió, semejante á una bacante y con el corazón palpitante, y las servidoras la seguían. Llegada que fué á la torre, se paró en medio de la muchedumbre de hombres, mirando desde lo alto de las murallas, y reconoció á Héctor, que era arrastrado frente á la ciudad. Y los caballos veloces le arrastraban indignamente hacia las naves abiertas de los acaienos. Entonces una nube negra le cubrió los ojos, y cayó ella de espaldas, inanimada. Y desprendiéronse de su cabeza todos los ricos adornos, la bandeleta, el lazo, la redecilla y el velo que le dió Afrodita de oro el

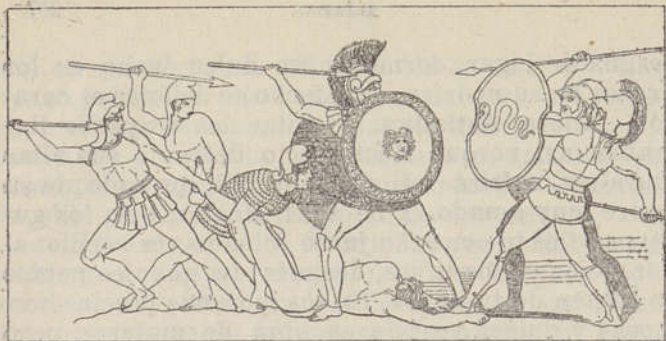
día en que de la morada de Etión se la llevó Héctor el del casco palpitante tras de darle una gran dote. Y las hermanas y las cuñadas de Héctor la rodeaban y sostenían en sus brazos, en tanto que ella apenas respiraba. Y cuando recobró el espíritu, dijo gimiendo en medio de las troyanas:

—¡Héctor! ¡Oh cuán desdichada soy! Hemos nacido para un mismo destino: tú, en Troya y en la morada de Príamo; yo, en Tebas, al pie del monte Placo, cubierto de selvas, en la morada de Etión, padre desdichado de una desdichada, que me educó desde muy chiquita. ¡Pluguiera á los Dioses que no me hubiese engendrado! Ahora bajas tú á las moradas de Edes en la tierra hueca, y en nuestra morada me dejas viuda y abrumada por el duelo. Y no protegerás, Héctor, á ese hijito que engendramos ambos, ¡desdichados de nosotros! y no te servirá de sostén, pues que ya has muerto. Aunque escapase á esta guerra lamentable de los acaienos, tendrá que someterse al trabajo y al dolor, porque le arrebatarán sus bienes. El día en que un niño queda huérfano echa también de menos á todos sus tiernos amigos. Está triste en medio de todos, y bañadas en lágrimas se hallan siempre sus mejillas. Indigente, se acerca á los compañeros de su padre, asiendo á uno por el manto y á otro por la túnica. Si en su piedad alguno de ambos le ofrece una copa reducida, moja él sus labios sin refrescar su paladar. De la mesa del festín le rechaza el joven que sentado se halla entre su padre y su madre, y pegándole con las manos, le dice palabras injuriosas: «¡Vete! ¡Tu padre no es de los nuestros!» Y regresa llorando el niño al lado de su madre viuda. Astianax, que en otro tiempo comía en las rodillas de su padre la médula y la grasa de las ovejas; que cuando de él se apoderaba el sueño y

cesaba de jugar, dormía sobre dulce lecho en los brazos de su nodriza, satisfecho de delicias el corazón, ¡ahora Astianax, á quien los troyanos llamaban así porque Héctor solo defendía sus altas murallas, sufrirá mil desventuras, privado de su padre muy amado. Y he aquí, Héctor, que los gusanos viles te comerán junto á las naves espolonadas, lejos de los tuyos, después de que los perros se harten de tu carne. En tus moradas poseías hermosas y dulces vestiduras, obra de mujeres; pero en el fuego ardiente quemaré todas estas galas, pues no te servirán y no serás enterrado con ellas. ¡Sean, pues, quemadas en tu honor en medio de troyanos y troyanas!

Habló así llorando, y con ella se lamentaban todas las mujeres.





RAPSODIA XXIII

Y mientras así gemían por la ciudad sus habitantes, los acaienos llegaron á las naves y al Hellesponto. Y se dispersaron, y cada cual entró en su nave. Pero Akileo no permitió que se separaran los mirmidones, y dijo á sus bravos compañeros:

—Mirmidones de caballos veloces, queridos compañeros: sin desenganchar de los carros á nuestros caballos de cascos macizos, lloremos con nuestros caballos y nuestros carros á Patroclo, porque ese es el honor que á los muertos se debe. Y cuando ya el duelo nos sacie, desataremos á nuestros caballos y tomaremos aquí todos nuestra comida.

Habló así, y los demás se lamentaban, y Akileo el primero. Y gimiendo guiaron por tres veces los caballos de hermosas crines en torno del cadáver; y Tetis les acrecía el deseo de llorar. Y en la pena por el héroe Patroclo, las lágrimas mojaban las

armas y regaban la arena. En medio de todos, comenzó el Peleida el duelo lamentable, colocando sobre el pecho de su amigo sus manos matadoras de hombres.

—Puedes estar contento de mí en las moradas de Edes, ¡oh Patroclo! Cumpliré cuanto te he prometido. Arrojado á los perros, será despedazado Héctor por ellos; y para vengarte, mataré ante la hoguera doce nobles hijos de troyanos.

Habló así, y ultrajó indignamente al divino Héctor, echándole boca abajo en el polvo ante el lecho del Menetiada. Después los mirmidones se quitaron sus espléndidas armas de bronce, desengancharon sus caballos jadeantes y se sentaron en muchedumbre alrededor de la nave del veloz Eakida, que ofrecióles la comida fúnebre. Y mugían muchos bueyes blancos bajo el hierro en tanto se les degollaba, así como un gran número de ovejas y cabras baladoras. Y ante la llama del fuego se cocían muchos puercos cebados. Y en torno del cadáver corría la sangre con abundancia. Y los príncipes acaienos condujeron al príncipe Peleión de los pies veloces á la presencia del divino Agamenón, aunque no sin trabajo, porque la pena que sentía por su compañero le llenaba el corazón.

Y cuando llegaron á la tienda de Agamenón, ordenó éste á los heraldos que pusieran un gran trípode al fuego por si quería el Peleida lavarse la sangre que le manchaba. Pero él negóse á hacerlo allí, y prestó un gran juramento:

—¡No! ¡Juro por Zeus, el más alto y el mejor de los Dioses, que no purificaré mi cabeza hasta que ponga sobre la pira á Patroclo, erija su tumba y corte mi cabellera! Nunca mientras viva me abrumará un dolor semejante. Pero acabemos esta comida odiosa. Rey de los hombres Agamenón,

manda que por la mañana traigan leña para la hoguera y la preparen, porque justo es honrar á Patroclo, que sufre ya de las negras tinieblas. Y pronto ante todas las miradas le consumirá el fuego infatigable, y volverán los pueblos á los trabajos de la guerra.

Habló así, y comprendiéndole, le obedecieron los príncipes. Y comieron todos cuando estuvo preparada la comida; y ninguno se dolió de una parte desigual. Después se retiraron á las tiendas para dormir en ellas.

Pero á la orilla del mar de ruidos sin número estaba acostado el Peleida gemebundo en medio de los mirmidones, en un lugar donde las olas alisaban la arena. Y vertiéndole el olvido de sus penas, le envolvió el dulce sueño, porque había cansado el durmiente sus hermosos miembros persiguiendo á Héctor alrededor de la alta Ilios. Y se le apareció el alma del desdichado Patroclo, con la gran estatura, los hermosos ojos, la voz y hasta los vestidos del héroe. Se detuvo á la cabecera de Akileo y le dijo:

—Duermes y me olvidas, Akileo. Cuando estaba vivo nunca me abandonaste, y me olvidas cuando he muerto. Sepúltame para que transponga pronto las puertas de Edes. Las almas, sombras de los muertos, me expulsan y no me dejan mezclarme con ellas al otro lado del río; y en vano voy errante á las anchas puertas de la morada de Edes. Dame la mano; llorando te lo pido, pues no regresaré del Hades cuando me hayas entregado á la hoguera. Nunca más, vivos ambos, nos haremos mutuas confianzas, sentados lejos de nuestros compañeros, porque al fin se apoderó de mí la Ker odiosa que desde mi nacimiento me estaba deparada. Tu Moira fatal, ¡oh Akileo igual á los Dioses! es también mo-

rir al pie de los muros de los troyanos magnánimos. Pero voy á pedirte una gracia, y puedes concedérmela: Akileo, que mis huesos no se separen de los tuyos, sino que permanezcan unidos, como en tus moradas lo estuvimos nosotros. Cuando allí me condujo Menetio, muy niño aún yo, porque llevado de la cólera maté al hijo de Anfidas jugando á los dados, el jinete Peleo me recibió en sus moradas, en ellas me trató con ternura y me nombró compañero tuyo. Que nuestras cenizas se encierren en la misma urna, esa urna de oro que te dió tu madre venerable.

Y le contestó Akileo el de los pies veloces:

—¿A qué viniste, ¡oh alma querida! y por qué me pides esas cosas? Te obedeceré y las cumpliré en breve. ¡Pero aguarda para que siquiera te abrace durante un instante! Endulcemos nuestro amargo dolor.

Habló así, y tendió sus manos afectuosas; pero nada pudo coger, y cual humo volvió el alma á la tierra con un murmullo áspero. Y Akileo despertó estupefacto, y golpeándose las manos, dijo estas palabras lúgubres:

—¡Oh Dioses! Todavía existe el alma en el Hades, pero como una imagen vana é incorpórea. Esta noche se me ha aparecido el alma del desgraciado Patroclo llorando y lamentándose, y semejante á él mismo; y me ha ordenado que cumpla sus deseos.

Habló así, y excitó el dolor de todos los mirmidones; y gimiendo aún en torno del cadáver, les halló Eos la de los dedos de color de rosa.

Pero el Rey Agamenón apremió á los hombres y á las mulas para que salieran de las tiendas y aportasen la leña. Y mandábales un bravo guerrero, Meriones, compañero del valeroso Idomeneo. E iban

con las hachas que cortan la madera y con cuerdas bien trenzadas, y marchaban las mulas ante ellos. Y franqueando pendientes y subidas rudas y precipicios, llegaron á las cumbres del Ida, donde abundan los manantiales. Y no tardaron en abatir con sus pesadas hachas encinas frondosas que caían con gran ruido. Y los acaienos enganchaban las mulas, que devoraban la tierra con sus pies veloces, dándose prisa á transportar á través de la espesa maleza su carga al campamento. Y los acaienos arrastraban también troncos frondosos, como se lo había mandado Meriones, compañero de Idomeneo que á los bravos ama. Y depositaron la leña en el sitio de la ribera que Akileo había señalado para tumba de Patroclo y suya.

Luego, amontonada ya una inmensa pira, se sentaron en actitud expectante. Y Akileo ordenó á los bravos mirmidones que se cubrieran con sus armas y á sus carros subiesen guerreros y conductores. Y tras los jinetes, avanzaban nubes de hombres de á pie, y Patroclo era llevado en medio de ellos por sus compañeros, que cubrían su cadáver con los cabellos que se arrancaban. Y el divino Akileo, triste, sostenía la cabeza de su irreprochable compañero, á quien iba á enviar al Hades.

Y cuando llegaron al paraje señalado por Akileo, depositaron el cuerpo y formaron la pira. Y el divino Akileo el de los pies veloces tuvo otra idea. Y apartándose á un lado, cortó su rubia cabellera, que había dejado crecer para ofrecérsela al río Sperkio; y con los ojos fijos en el mar sombrío, dijo gimiendo:

—¡Sperkio! En vano te prometió mi padre Peleo que á mi regreso á la querida tierra de la patria cortarías yo mi cabellera y en tu fuente, donde está tu templo y tu altar perfumado, te sacrificaría san-

tos holocaustos. Ese voto te hizo el anciano; pero no realizarás su deseo, porque no volveré ya á la querida tierra de la patria. Al héroe Patroclo es á quien ofrezco mi cabellera para que consigo se la lleve.

Cuando hubo hablado así, puso su cabellera entre las manos de su querido compañero, acreciendo el dolor de todos, y hubiera caído la luz de Helios llorando ellos todavía, si Akileo, acercándose á Agamenón, no le hubiese dicho:

—Atreida, á quien obedece todo el pueblo acaieño, más tarde podrá éste saciarse de lágrimas. Manda que se aleje de la hoguera y prepare su comida. Quedémonos solos los jefes, que tenemos mayor cuidado de Patroclo.

Y al oírle el Rey de los hombres Agamenón, envió en seguida al pueblo á las naves iguales; y quedando solos los enterradores, amontonaron la leña. E hicieron una pira de cien pies cuadrados, y en su cumbre colocaron, llenos de tristeza, el cadáver de Patroclo. Luego degollaron y desollaron ante la pira multitud de ovejas rollizas y bueyes de pies flexibles. Y cubriendo el divino Akileo todo el cadáver de cabeza á pies con la grasa de las víctimas, echó alrededor los pedazos de carne desollada. E inclinándose sobre el lecho fúnebre, depositó en él ánforas con miel y aceite. Echó luego á la hoguera cuatro caballos de hermosos cuellos. Nueve perros familiares comían en torno de su mesa. A dos de ellos mató, arrojándolos á la pira. Después, dejándose llevar de un mal pensamiento, degolló á doce nobles hijos de troyanos magnánimos. Después prendió fuego á la hoguera para que se consumiese, y gimió llamando á su querido compañero:

—En el Hades estarás contento de mí, ¡oh Patro-

¡oh! porque cuanto te prometí he cumplido. Contigo consume el fuego á doce nobles hijos de magnánimos troyanos. Al Priamida Héctor no he de entregarle al fuego, sino á los perros.

Habló así en su cólera; pero los perros no debían despedazar á Héctor, porque día y noche Afrodita, hija de Zeus, les espantaba y alejaba, ungiendo el cuerpo con un óleo ambrosiano para que al arrastrarle no le desgarrase el Peleida. Y Febo Apolo envolvía en una nube uránica el lugar donde estaba tendido el cadáver, no fuese que la fuerza de Helios desecara los nervios y la carne.

Pero no ardía la hoguera de Patroclo. Entonces el divino Akileo de los pies veloces se aprestó para rogar á los dos vientos Bóreas y Zéfiro, prometiéndoles ricos sacrificios. Y haciendo libaciones con una copa de oro, les suplicó que acudiesen á consumir pronto el cadáver inflamando la hoguera. Y oyó sus ruegos la ligera Iris y voló como mensajera cerca de los vientos. Y reunidos multitud de ellos en la morada del violento Zéfiro, celebraban un festín. Y la ligera Iris llegó y se paró en el umbral de piedra. Y cuando con sus ojos la hubieron visto ellos, á su lado llamóla cada cual. Pero ella no quiso sentarse y les dijo:

—No es esta ocasión de sentarme. Me vuelvo á las bocas del Oceano, en la tierra de los etíopes, allí donde sacrifican á los Inmortales holocaustos en los que tengo mi parte. Pero Akileo llama á Bóreas y al sonoro Zéfiro. Les suplica que acudan, prometiéndoles ricos sacrificios si avivan el fuego que ha de consumir la hoguera en que yace Patroclo, por quien lloran todos los acaienos.

Habló así, y voló. Y salieron los dos vientos con inmenso ruido, disipando ante ellos las nubes tumultuosas. Y atravesaron el mar, y á su soplo

violento se alzó el agua; y llegaron ante la rica Troya, y se dirigieron al fuego; y soplando horriblemente durante toda la noche, avivaron las llamas de la hoguera. Y durante toda la noche, escanciando de una crátera de oro el vino á copas llenas, el divino Akileo lo derramó y regó con él la tierra, llamando al alma del desdichado Patroclo. Como un padre que se lamenta al quemar los huesos de su joven hijo, cuya muerte colma de tristeza á los desdichados padres, así gemía Akileo al quemar los huesos de su compañero, debatiéndose ante la hoguera y lamentándose.

Y cuando reapareció la estrella matutina, mensajera de luz; y cuando, después que ella, se extendió sobre el mar Eos la del peplo color de azafrán, entonces se apagó la hoguera y se fueron los vientos, volviéndose á su morada por encima del mar tracio, cuyas olas rugían al levantarse. Y dejando la hoguera, el Peleida se acostó rendido de fatiga, y apoderóse de él el dulce sueño. Pero en seguida le despertaron el ruido y el tumulto de los que se reunían en torno al Atreión. Y se incorporó, y les dijo:

—Atreida, y vosotros, príncipes de los acaienos, apagad con el vino negro todas las partes de la hoguera quemadas por el fuego, y recogeremos los huesos de Patroclo Menetiada. Fáciles de reconocer son, porque el cadáver estaba en medio de la hoguera y lejos de él y en todo su derredor ardían confundidos caballos y hombres. Depositemos en una urna de oro esos huesos recubiertos de doble capa de grasa, en tanto que yo mismo desciendo al Hades. No pido ahora un gran sepulcro. Sea, pues, sencillo. Pero después de mi muerte, erigidnos un vasto y enorme túmulo vosotros, acaienos que nos sobreviviréis en vuestras naves bien construidas.

Habló así, y obedecieron ellos al veloz Peleión. Y ante todo apagaron con vino negro todas las partes de la pira quemadas por el fuego; y cayó la ceniza espesa. Después, llorando, depositaron en una urna de oro, recubiertos con doble capa de grasa, los huesos blancos de su compañero lleno de dulzura, y en la tienda del Peleida pusieron esta urna envuelta en un velo ligero. Señalando después el sitio de la tumba, cavaron los cimientos alrededor de la pira, y amontonaron la tierra, y se marcharon luego de erigir este túmulo.

Pero Akileo retuvo al pueblo en este lugar y le hizo sentarse dentro de un círculo inmenso, é hizo traer de las naves los premios: vasos, tripodes, caballos, mulas, bueyes de fuertes testuces, mujeres de hermosa cintura y hierro brillante. Y ante todo, ofreció premios ilustres á los jinetes rápidos: una mujer irreprochable, hábil para las labores, y un tripode con asa, de capacidad de veintidós medidas, para el primer vencedor; para el segundo, una yegua de seis años, salvaje y con una mula en el vientre; para el tercero, un vaso completamente nuevo, hermoso, blanco y de capacidad de cuatro medidas; para el cuarto, dos talentos de oro; y para el quinto, una urna nueva de dos asas. Y se levantó el Peleida y dijo á los argienos:

—Atreidas, y vosotros, bravísimos acaienos, en el recinto están los premios que ofrezco á los jinetes. Si con motivo de otro muerto lucharan hoy los acaienos, en verdad que me llevaría yo estos premios á mi tienda, pues ya sabéis que á todos exceden mis caballos por ser inmortales. Poseidaón se los dió á mi padre Peleo, que me los ha dado á mí. Pero no combatiremos ni yo ni mis caballos de cascos macizos. Han perdido el irreprochable vigor de su dulce conductor, que bañaba sus crines con

aceite líquido después de lavarlas con agua pura; y lloran ahora, mostrando desmayadas las crines, y permanecen inmóviles y llenos de tristeza. Pero descendió á la palestra vosotros, los que entre todos los acaienos confiáis en vuestros caballos y vuestros carros sólidos.

Habló así el Peleida, y levantáronse los rápidos jinetes. Y el primero que se levantó fué el rey de los hombres Eumelo, hijo muy amado de Admetes y habilísimo para guiar un carro. Y después que él, se levantó el bravo Diomedes Tideida, conduciendo bajo el yugo los caballos de Tros que quitó á Eneas cuando éste fué salvado por Apolo. Y después que Diomedes, se levantó el rubio Menelao Atreida, amado por Zeus. Y conducía bajo el yugo dos caballos veloces: Ete, yegua de Agamenón, y Podargo, de su propia pertenencia. Y el Ankisiada Eképolo había entregado Ete á Agamenón, para no seguirle á la alta Ilios. Y se había quedado él viviendo entre delicias, pues habíale dado grandes riquezas Zeus, y habitaba en la gran Sikion. Y conducía á la yegua bajo el yugo Menelao, lleno de ardor. Y después que el Atreida, levantóse conduciendo dos hermosos caballos Antiloco, el ilustre hijo del magnánimo rey Néstor Neleiada. Y eran pilios los caballos veloces que arrastraban su carro. Y de pie junto á su hijo, el padre daba consejos excelentes al joven, lleno ya de prudencia.

—Antiloco, en verdad que Zeus y Poseidaón, los cuales te amaron siendo tú aun muy joven, te han enseñado á guiar un carro; por eso sería ocioso instruirte más ahora. Hábilmente sabes bordear la meta; pero tus caballos son pesados, y temo una desgracia. No te superan en ciencia los demás; pero sus caballos son más ligeros que los tuyos. Reflexiona, pues, en todo, amigo, para que no se

te escape el premio. Más vale al leñador la destreza que la fuerza. Merced á su pericia, el piloto dirige en el negro mar una nave ligera azotada por los vientos; y el conductor de carros vence con habilidad al conductor de carros. Quien se abandona á sus caballos y á su carro vaga locamente de acá para allá, y en el estadio se encabritan sus caballos y no puede él retenerlos. Pero el que sabe las cosas útiles, cuando conduce caballos pesados va mirando á la meta siempre y pasa rozándola al rodearla. Y no afloja tan pronto las riendas de cuero de buey, sino que, sosteniéndolas con mano firme, observa al que le precede. Voy á enseñarte la meta. Fácilmente se la advierte. Allá se alza un tronco seco que la lluvia no puede podrir y sobresale de la tierra como una vara. Es el tronco de una encina ó de un pino. Delante de él hay dos piedras blancas situadas á ambos lados á la vuelta del camino, y detrás y delante extiéndese el hipódromo allanado. Son esas piedras la tumba de algún hombre muerto antaño ó una linde puesta por los antiguos, y son la meta que os marcó el divino Akileo de los pies veloces. Cuando te aproximes á ella haz que pasen muy cerca tus caballos y tu carro. Inclínate un poco á la izquierda en tu carro bien construido, y aguija al caballo de la derecha con la voz y el látigo, aflojándole todas las riendas. Haz que el caballo de la izquierda se arrime tanto á la meta, que casi la toque con el cubo de la rueda; pero evita chocar con la piedra para no herir á tus caballos y romper tu carro, lo que constituirá un júbilo para los otros, pero una vergüenza para ti. Por último, amigo, sé diestro y prudente. Si consigues doblar el primero la meta, no habrá ninguno que no te persiga vivamente, pero ninguno te adelantará, aun cuando detrás de ti soltaran al divino Atreión,

ese ligero caballo que tenía Adrestes y era de raza divina, ó los mismos ilustres caballos de Laomedon, que se criaron aquí.

Y cuando hubo hablado así y enseñado á su hijo cuanto tuvo por conveniente, se volvió á sentar el Neleión Néstor. Y el quinto conducía Meriones dos caballos de hermosas crines.

Después subieron todos á sus carros y echaron las suertes; y las revolvió Akileo, y salió el primero Antiloco Nestoreida, después el rey Eumelo, después el Atreida Menelao, ilustre por su lanza, después Meriones, y el último fué el Tideida, que era el más bravo de todos. Y se colocaron por este orden, y Akileo les enseñó la meta á lo lejos, en la llanura; y envió allá como inspector al divino Fénix, compañero de su padre, para que vigilase la carrera y dijese la verdad.

Y levantando el látigo sobre los caballos, se lanzaron á la llanura todos juntos, alejándose de las naves. Y en torno de sus pechos subía el polvo como un nublado ó una tempestad, y las crines flotaban al viento; y tan pronto parecía que los carros se hundían en tierra, como saltaban por encima. Pero los conductores se mantenían firmes en sus asientos, y les palpitaba el corazón con deseo de victoria, y excitaba cada cual á sus caballos que volaban, alzando polvo en la llanura.

Pero cuando llegaron al límite de la carrera los caballos veloces, volviendo en dirección al blanco mar, se hacían visibles el ardor de los combatientes y la velocidad de la carrera. Y aparecieron las primeras las ligeras yeguas del Feretiada; y los caballos troyanos de Diomedes las seguían tan de cerca, que parecía iban á subir al carro. Y á su aliento se caldeaban la espalda y los anchos hombros de Eumelo, pues los animales arrimaban á él

sus cabezas. Y en verdad que habría Diomedes vencido ó igualado la lucha, si irritado Febo Apolo contra el hijo de Tideo, no hubiese hecho que se le cayera de las manos el látigo espléndido. Y de sus ojos brotaron lágrimas de cólera cuando vió que las yeguas de Eumelo se precipitaban más veloces, y sus propios caballos flaqueaban por no ser aguijados.

Pero al retrasar Apolo al Tideida, no pudo ocultarse de Atenea. Y corriendo ella hacia el príncipe de pueblos, le devolvió su látigo y llenó de vigor á sus caballos. Furiosa luego, y persiguiendo al hijo de Admetes, rompió el yugo de las yeguas, que se desviaron. Y cayó roto el timón; y cayó también Eumelo junto á la rueda, lastimándose los brazos, la boca y las narices. Y quedó sin hablar, con la frente herida y los ojos llenos de lágrimas.

Entonces, adelantándole, Diomedes llevó una gran ventaja á todos con sus caballos de cascos macizos, porque Atenea les había dado un gran vigor y otorgaba la victoria al Tideida. Y después de él llegó con su carro el rubio Menelao Atreida; después Antiloco, que exhortaba á los caballos de su padre:

—Tened valor y corred más de prisa. No os ordeno luchar contra los caballos del bravo Tideida, porque Atenea les pone velocidad en los pies y á su dueño concede la victoria; pero alcanzad á los caballos del Atreida y no desfallezcáis para que no os cubra de vergüenza Ete, que no es más que una yegua. ¿Por qué tardáis, bravos míos? Pero oíd lo que os digo, y en verdad ha de cumplirse. Néstor, el príncipe de pueblos, no se cuidará ya de vosotros; y si á causa de vuestra cobardía sólo conseguimos un premio vil, os herirá con el bronce agudo. Apresuraos y perseguid pronto al Atreida. Yo

pensaré una astucia, y le adelantaré á la vuelta del camino, y le engañaré.

Habló así, y asustados los caballos por las amenazas del príncipe, corrieron más de prisa. Y vió el bravo Antiloco que el camino se estrechaba; y la tierra estaba socavada por las aguas del invierno, y se había abierto una parte del camino, formando un hoyo profundo. Allí se dirigía Menelao para evitar el choque de los carros. Y Antiloco echó adelante por allí también sus caballos de cascos macizos, desviándoles y haciéndoles marchar por la cuneta. Y el Atreida sintió temor y dijo á Antiloco:

—Antiloco, guías con imprudencia á tus caballos. El camino es estrecho, pero no tardará en ensancharse. Ten cuidado, no vayamos á destrozarnos ambos al tropezar tu carro con el mío.

Habló así, pero Antiloco, como si no le hubiera oído, aguijó más todavía á sus caballos. Tan veloces cual el disco lanzado por el brazo de un joven que ejercita sus fuerzas, lanzáronse ambos carros á la vez. Pero el Atreida disminuyó la rapidez de su carrera, temeroso de que chocaran en el camino los caballos de cascos macizos, volcando los carros, y de que fuesen precipitados en el polvo Antiloco y él en su apresuramiento por lograr la victoria. Pero dijo irritado el rubio Menelao:

—¡Antiloco, no hay hombre más pérfido que tú! Nos engañamos al llamarte prudente. Pero no alcanzarás el premio merced á buenas artes.

Cuando hubo hablado así, exhortó á sus caballos y les gritó:

—No me retraséis ni os entristezcáis el corazón. Antes que los vuestros se cansarán los pies y las rodillas de esos otros caballos, porque son viejos ambos.

Habló así, y asustados por la voz del Rey, echaron sus caballos á correr, y en seguida alcanzaron á los de Antiloco.

En tanto, sentados en el estadio, miraban los argienos á los carros que volaban por la llanura alzando polvo. Y los vió primero Idomeneo, jefe de los cretenses. Estaba sentado en una loma fuera del estadio, cuando oyó una voz que excitaba á los caballos, y vió al que llegaba antes, cuya gualdrapa era toda roja, y mostraba en la frente el bruto una mancha blanca, redonda como la cara de Selene. Y se levantó y dijo á los argienos:

—¡Oh amigos, príncipes y jefes de los argienos! ¿Veis, como yo los veo, á esos caballos? Me parece que son otros caballos y otro conductor el que los guía ahora. Acaso en el camino hayan sufrido algún contratiempo por la llanura los primeros. Los vi doblar la meta y no los veo ya, aunque abarco con la vista toda la llanura troyana. O se le han escapado al conductor las riendas y no ha podido doblar la meta felizmente, ó ha caído destrozando su carro y se han extraviado sus yeguas furiosas. Pero mirad por vosotros mismos; yo todavía no lo distingo claramente; sin embargo, me parece que el que viene es un guerrero etolio que manda entre los argienos, es el bravo hijo de Tideo domador de caballos, es Diomedes.

Y le contestó con aspereza el veloz Ajax, hijo de Oileo:

—Idomeneo, ¿á qué hablar siempre sin más ni más? Las que cruzando la llanura llegan son las mismas yeguas de pies aéreos que venían antes. No eres el más joven entre los argienos ni son los ojos de tu cara los más penetrantes. Pero sin cesar hablas porque sí. No es conveniente que hables tanto, porque más que tú valen aquí otros muchos.

Son las yeguas de Eumelo las que llegan las primeras, y él propio es quien tiene las riendas siempre.

Y le contestó, irritado, el jefe de los cretenses:

—¡Ajax, excelente para la querella, hombre injurioso, último de los argienos, feroz es toda tu alma! Apostemos un trípode ó un vaso y elijamos por árbitro al Atreida Agamenón. Diga él cuáles son esos caballos, y á tu propia costa lo sabrás.

Habló así, y lleno de cólera, levantóse para contestarle con palabras insultantes el veloz Ajax, hijo de Oileo; y hubiera acaecido una querella entre ambos, si no hubiese hablado Akileo, levantándose:

—No os dirijáis ya por más tiempo injuriosas palabras, Ajax é Idomeneo. No es conveniente y lo censuraríais en otro. Permaneced sentados y mirad. Para llegar están esos caballos que se apresuran por lograr la victoria. Veréis entonces cuáles son los primeros y los segundos.

Habló así, y llegó el Tideida, agitando sin tregua el látigo sobre sus caballos, que al correr levantaban alta polvareda que envolvía á su conductor. Y era llevado por los caballos veloces el carro, adornado de oro y estaño; y corrían tan velozmente aquéllos, que la yanta de las ruedas dejaba apenas una huella en el polvo. Y se paró el carro en medio del estadio; y de la cabeza y el pecho de los caballos corrían olas de sudor. Y Diomedes saltó de su carro brillante y apoyó el látigo contra el yugo. Y sin tardanza tomó el premio el bravo Stenelo. Y entregó á sus magnánimos compañeros la mujer y el trípode de dos asas, y por sí mismo desunció los caballos.

Y después que Diomedes, llegó el Neleión Antiloco, arreando á sus caballos y adelantando á Menelao por astucia y no por la velocidad de su ca-

rrera. Y de cerca le seguía Menelao. Tan cerca como de la rueda está un caballo que á su dueño conduce en el carro por la llanura, tocando las yantas con las últimas crines de su cola, y corre, devorando el espacio; así de cerca seguía Menelao al bravo Antiloco. Aunque había quedado retrasado á un tiro de disco, le alcanzó en seguida, porque había redoblado su ardor Ete, la yegua de Agamenón; y si hubiese sido más larga la carrera de ambos carros, sin duda el Atreida habría adelantado á Antiloco. Y á un tiro de lanza del ilustre Menelao, iba Meriones, el bravo compañero de Idomeneo, porque sus caballos eran muy parados y no tenía él mucha habilidad para conducir por el estadio un carro.

Pero el hijo de Admetes venía el último de todos, arrastrando su hermoso carro y llevando sus caballos ante sí. Y al verle, tuvo compasión el divino Akileo de los pies veloces, y de pie en medio de los argienos, dijo estas palabras aladas:

—El último llega con sus caballos de cascos macizos este guerrero excelente. Démosle el segundo premio, como parece de justicia, y el primero se lo llevará el hijo de Tideo.

Habló así, y todos consintieron en ello; é iba ya á dar á Eumelo la yegua prometida, cuando, levantándose Antiloco, el hijo del magnánimo Néstor, hubo de responder, en uso de su derecho, al Peleida Akileo:

—¡Oh Akileo! Contra ti me irritaré violentamente si haces lo que has dicho. ¿Quieres arrebatarme mi premio porque, á pesar de su habilidad, el hijo de Eumelo ha visto romperse su carro? Debió suplicar á los Inmortales, y no habría llegado el último. Si tienes compasión de él y tan querido te es, en tu tienda hay mucho oro, bronce, ovejas

cautivas y caballos de cascos macizos. Bueno que le des un premio mayor que el mío ahora y que los acaienos te lo aplaudan; pero yo no cederé mi premio. Combata antes conmigo el guerrero que quiera disputármelo.

Habló así, y el divino Akileo de los pies vigorosos rió, dando la razón á Antiloco, porque le estimaba; y le contestó estas palabras aladas:

—Antiloco, si quieres que de mi tienda tome otro premio para Eumelo, lo haré. Le daré la coraza que hube de quitar á Asteropeo. Es de oro y está circundada de estaño brillante. Es digna de él.

Habló así, y ordenó á su querido compañero Automedón que la trajese de su tienda. Y Automedón marchó y la trajo. Y Akileo la puso en manos de Eumelo, que la recibió con alegría.

Y en medio de todos alzóse Menelao, triste y violentamente irritado contra Antiloco. Un heraldo le puso el cetro entre las manos y ordenó guardar silencio á los argienos. Y habló así el divino guerrero:

—Antiloco, ¿por qué te has portado tan mal tú, que estás lleno de prudencia? Deshonraste mi gloria; atropellando á los míos, pasaste con tus caballos, que son bastante inferiores. Juzgad equitativamente entre nosotros, príncipes y jefes de los argienos. Que no pueda decir ninguno entre los acaienos de túnicas de bronce: «Menelao ha oprimido á Antiloco con palabras engañosas y le ha llevado el premio porque, aunque vencidos estaban sus caballos, aventaja en pujanza al otro.» Pero yo mismo juzgaré, y no creo que me vitupere ninguno de los danaenos, porque recto será mi juicio. Antiloco, hijo de Zeus, acércate, como es justo. De pie delante de tu carro, toma en la mano este látigo que esgrimías sobre tus caballos, y por Poseidaón

que ciñe la tierra jura que no te atravesaste, valido de una astucia, en mi camino.

Y contestó el prudente Antiloco:

—Perdóname ahora, pues soy mucho más joven que tú, rey Menelao, y tú tienes más edad y más pujanza. Ya sabes cuáles son los defectos de un joven; vivaz es el espíritu y muy ligera la reflexión. Cálmesese tu corazón. De buen grado te daré esta yegua salvaje que he admitido; y si más me pides, prefiero también dártelo, ¡oh hijo de Zeus! antes que salir de tu corazón para siempre y merecer la execración de los Dioses.

Habló así el hijo del magnánimo Néstor, y puso en manos de Menelao la yegua; y el corazón de éste llenóse de alegría, cual las espigas bajo el rocío cuando se cubren de creciente mies los campos. Así se regocijó tu corazón, ¡oh Menelao! Y respondió con palabras aladas:

—Antiloco, no resiste á ti mi cólera, porque nunca has sido voluble ni injurioso. Sólo la juventud fué quien extravió tu prudencia; pero ten cuidado de no engañar en adelante con astucias á tus superiores. No me habría calmado tan pronto otro cualquiera de los acaienos; pero por mi causa habéis sufrido muchos sinsabores tú, tu padre excelso y tu hermano, y he aquí por qué oigo tu ruego y te doy esta yegua que me pertenece, á fin de que todos los acaienos sean testigos de que jamás fui orgulloso ni duro.

Habló así, y dió la yegua á Noemón, compañero de Antiloco. Tomó para sí mismo el vaso espléndido, y Meriones recibió los dos talentos de oro, premio de su carrera. Y quedaba por adjudicar el quinto premio, la urna de dos asas. Y atravesando con ella por entre la asamblea de argienos, Akileo se la dió á Néstor y le dijo:

—Recibe este presente, anciano, y sea para ti un recuerdo de los funerales de Patroclo, á quien no verás más entre los argienos. Te doy este premio que no buscaste, porque no combatirás con las manoplas, no lanzarás la pica y no correrás, pues te abruma la agobiante vejez.

Cuando hubo hablado así, le puso en las manos la urna y Néstor la recibió con alegría, contestando estas palabras aladas:

—Hijo mío, en verdad que hablaste bien. Efectivamente, amigo, no tengo ya vigorosos mis miembros. Mis pies me pesan y mis brazos no son ágiles ya. ¡Pluguiese á los Dioses que fuera joven yo y tuviese la misma fuerza que tenía en la época en que los epeos enterraron al rey Amarinkeo en Buprasión! Sus hijos concedieron premios, y no me igualó ningún guerrero entre los epeos, los pilios y los magnánimos etolios. Vencí en el pugilato á Clidomedeo, hijo de Enops; en la lucha á Agkeo el pleuronieno, que alzóse contra mí. Corrí más de prisa que el bravo Ificlo; en el combate con lanza triunfé de Fileo y de Polidoro; pero en la carrera de carros alcanzaron la victoria los Actriones, por ser más numerosos, y hubieron de privarme de los más hermosos premios. Porque ellos eran dos, y uno tenía con firmeza las riendas y otro el látigo. Ese era yo en otro tiempo, y ahora realizan análogos trabajos los que son más jóvenes, y me es preciso obedecer á la triste vejez; pero entonces sobresalía yo entre los héroes. Anda, prosigue con otros combates los funerales de tu compañero. Acepto con alegría este presente, y se regocija mi corazón al ver que te acuerdas de mí, que te tengo buena voluntad, y me honras como es justo que se me honre entre los argienos. ¡Que los Dioses, en cambio, te colmen de mercedes!

Habló así, y de nuevo cruzó el Peleida por entre la asamblea de acaienos, tras de haber escuchado las alabanzas del Neleida.

Y dispuso los premios para el rudo combate de puños. Llevó al recinto, y la ató con sus manos, una mula de labor que contaba seis años, estaba sin domar y era casi indomable; y ofreció para el vencido una copa redonda. Y dijo de pie en medio de los argienos:

—Atreida, y vosotros, acaienos de hermosas grebas, para disputarse estos premios, vengan dos hombres vigorosos á herirse con los puños alzados. Sepan todos los acaienos que aquel á quien Apolo conceda la victoria, llevará á su tienda esta mula paciente, y el vencido recibirá esta copa redonda.

Habló así, y en seguida irguióse un hombre vigoroso y corpulento, Epeo, hijo de Panopeo y hábil para el combate de puño. Y asió la mula de labor y dijo:

—Venga el que quiera recibir esa copa, pues no creo que ninguno de los acaienos pueda llevarse esta mula por haberme vencido con el puño, porque en ese arte me glorio de exceder á todos. ¿No basta que en el combate sea yo inferior á otros? Ningún hombre puede sobresalir en todo. Pero digo, y ha de cumplirse mi palabra, que estropearé el cuerpo de mi adversario y romperé sus huesos. Cuando caiga á mis manos, convendrá que sus amigos se reúnan en gran número para sacarle de aquí.

Habló así, y todos permanecieron callados. Y sólo se levantó Eurialo, hombre ilustre, hijo del rey Mekisteo Talionida, el cual en otro tiempo fué á Tebas á los funerales de Edipo y aventajó á todos los cadmeos. Y alrededor de Eurialo se agitaba el ilustre Tideida, animándole con sus palabras, por-

que le deseaba la victoria. Y le puso primero un cinturón, y le armó con correas hechas del cuero de un buey salvaje.

Luego avanzaron ambos combatientes hasta situarse en medio de la pista. Y alzando á la vez sus manos vigorosas, se golpearon á la vez los dos, mezclando sus pesados puños. Y se oía el ruido que producían las mandíbulas al ser golpeadas, y corría por todos sus miembros el sudor. Pero el divino Epeo, debatiéndose hacia adelante, golpeó en todos sentidos la faz de Eurialo, que no pudo resistir más tiempo y cuyos miembros desfallecieron. Como el pez que es lanzado á las algas de la orilla por el sople furioso de Bóreas y recuperado luego por el agua negra, así saltó Eurialo herido. Pero le incorporó el magnánimo Epeo por sí mismo, y rodeándole sus queridos compañeros, por entre la asamblea le llevaron con los pies colgantes, la cabeza inclinada y vomitando espesa sangre. Y así le llevaban sosteniéndole, y cogieron también la copa redonda.

Y el Peleida colocó ante los danaenos el precio de la lucha difícil: un gran trípode hecho para ser expuesto al fuego, y estaba destinado al vencedor, y los acaienos entre ellos lo tasaron en el precio de doce bueyes; y para el vencido, una mujer hábil en las labores y que valía tanto como cuatro bueyes. Y dijo el Peleida de pie en medio de los argienos:

—Levántense los que osen combatir por este premio.

Habló así, y en seguida se levantó el gran Telamoniano Ajax; y también se levantó el prudente Odiseo, lleno de astucias. Y provistos de cinturones, descendieron ambos á la pista y enlazaron sus manos vigorosas, que se dirían dos postes unidos en lo alto de una casa por un hábil carpintero para

que resistan á la violencia del viento. Así crujían con fuerza sus riñones á impulso de sus manos vigorosas, y les corría el sudor con abundancia, y en sus costados y sus hombros aparecían gruesas tumefacciones rojas de sangre. Y ambos deseaban ardientemente la victoria y el trípode en que consistía el premio; pero Odiseo no podía conmovér á Ajax, y Ajax no podía derribar á Odiseo. Y ya cansaban la paciencia de los acaienos de hermosas grebas; pero el gran Telamonieno Ajax dijo entonces á Odiseo:

—Divino Laertiada, prudentísimo Odiseo, levántame en vilo ó deja que te levante yo, y Zeus hará lo demás.

Habló así, y le levantó; pero Odiseo no se olvidó de sus astucias, y golpeándole con el pie en la corva, le hizo doblar sus miembros, y al derribarle cayó sobre él. Y los pueblos les admiraban asombrados. Entonces el divino y paciente Odiseo quiso á su vez levantar á Ajax; pero apenas pudo alzarle, porque se doblaron sus rodillas, y cayeron ambos uno junto á otro, y mancháronse de polvo. Y cuando por tercera vez se incorporaban, se levantó el mismo Akileo y les contuvo:

—No combatáis más tiempo ya ni os fatiguéis. De ambos es la victoria. Id, pues, que alcanzaréis premios iguales, y dejad que combatan los otros acaienos.

Habló así, y al oírle, le obedecieron ellos; y limpiándose el polvo, se cubrieron con sus vestiduras.

Entonces el Peleida aprestó el premio de la carrera; una hermosísima crátera de plata capaz para seis medidas. Y excedía en belleza á cuantas existían en la tierra. Admirablemente la habían labrado los hábiles sidones; la trajeron por el mar

azul los fenikios; y cuando llegaron al puerto, se la dieron á Toas. El Iasonida Euneo se la había cedido al héroe Patroclo para rescatar al Priamida Licaón; y Akileo se la brindó como premio á los más hábiles corredores en los juegos fúnebres de su amigo. Luego ofreció un buey enorme y muy gordo; y luego, por último, medio talento de oro. Y dijo de pie en medio de los argienos:

—Levántense los que quieran combatir por este premio.

Habló así, y en seguida se levantó el veloz Ajax, hijo de Oileo; después el prudente Odiseo; después Antiloco, hijo de Néstor. Y aventajaba éste en la carrera á todos los jóvenes. Y se colocaron de frente, y Akileo les mostró la meta, y se precipitaron hacia ella. Y el Oiliada los adelantaba á todos; después iba el divino Odiseo. Tan cerca como la lanzadera está del pecho de una mujer que la maneja hábilmente cuando hacia sí tira del hilo, estaba próximo Odiseo á Ajax, pues ponía sus pies en las huellas de éste antes de que alzasen polvo. Así caldeaba Odiseo con su aliento la cabeza de Ajax. Y todos los acaienos aplaudían su deseo de victoria y le excitaban á correr. Y cuando se aproximaban al término ambos corredores, Odiseo rogó en secreto á Atenea la de los ojos claros:

—¡Atiéndeme, Diosa! Infunde en mí resistencia para llevar á cabo mi carrera.

Habló así, y Palas Atenea le atendió, tornando más ágiles sus miembros y más ligeros sus pies. Y cuando estaban ya cerca del premio, Atenea empujó á Ajax, que al correr cayó donde se acumulaba la sangre de los bueyes mugidores muertos por Akileo el de los pies veloces ante el cuerpo de Patroclo; y la boca y las narices se le llenaron de estiércol y sangre de bueyes; y adelantándole, co-

gió la cratera de plata el divino y paciente Odisseo. Ajax tomó el buey; y asiéndose con una mano á uno de los cuernos del buey salvaje, y apartando de su boca el estiércol, dijo en medio de los argienos:

—¡Desdichado de mí! En verdad que entorpeció mis pies la Diosa Atenea, que como una madre acompaña y socorre siempre á Odiseo.

Habló así, y al oírle, todos se echaron á reír. Y Antiloco se llevó el último premio y dijo á los argienos riendo:

—A todos os lo digo, y ya lo veis, amigos; ahora y siempre los Inmortales honran á los ancianos. Ajax es de poca más edad que yo; pero Odiseo pertenece á la generación de los hombres antiguos. Sin embargo, posee una vejez lozana, y difícil es á todos los acaienos, exceptuando á Akileo, luchar con él en la carrera.

Habló así, alabando al Peleión de los pies veloces. Y le contestó Akileo:

—Antiloco, no en vano me alabaste, y te daré aún otro medio talento de oro.

Cuando hubo hablado así, se lo dió, y Antiloco lo recibió con alegría. Luego el Peleida depositó en la pista una larga lanza, un escudo y un casco; y eran las armas que Patroclo había quitado á Sarpedón. Y dijo de pie en medio de los argienos:

—Combatan ante la muchedumbre dos guerreros de los más bravos y cubiertos con sus armas de bronce. A aquel que alcance primero el cuerpo del otro, haciendo correr la sangre negra á través de las armas, le daré esta hermosa espada tracia con clavos de plata que hube de quitar á Asteropeo. En cuanto á estas armas, serán comunes; y les ofreceré á ambos una hermosa comida en mis tiendas.

Habló así, y en seguida se levantó el gran Tela-

monieno Ajax; y después que él, se levantó también el bravo Diomedes Tideida. Y armados ya cada uno por su lado, se presentaron ambos en medio de todos, prontos á combatir y mirándose con ojos terribles. Y el terror invadió á todos los acaienos. Y cuando se encontraron los héroes, por tres veces se lanzaron uno á otro, atacándose ardentemente. Ajax dió en el escudo de Diomedes; pero no llegó al cuerpo, protegido por la coraza. Y por encima del gran escudo, cerca del cuello, dirigió el Tideida la punta de su lanza; pero temiendo por Ajax, los acaienos hicieron cesar el combate y les dieron premios iguales. Sin embargo, el héroe Akileo dió al Tideida la gran espada con la vaina y el rico tahalí.

Luego puso el Peleida un disco de hierro sin bruñir que en otro tiempo fué lanzado por la fuerza inmensa de Etión. Y cuando á Etión mató el divino Akileo de los pies veloces, se llevó á sus naves con otras riquezas esta mole. Y dijo de pie en medio de los argienos:

—Levántense los que quieran intentar este combate. El que posea este disco, si tiene campos fértiles que se dilatan hasta lejos, no carecerá de hierro durante cinco años enteros. Ni tendrán que ir á comprarlo á la ciudad sus pastores ni sus labradores, porque este disco se lo proporcionará.

Habló así, y se levantó el belicoso Polipetes; y después que él, la fuerza del divino Leonteo; después, Ajax Telamonieno; después, el divino Epeo. Y se colocaron en sitio conveniente; y el divino Epeo tomó el disco, y haciéndolo girar, lo lanzó; y todos los acaienos se echaron á reir. El segundo que lo lanzó fué Leonteo, vástago de Ares. El tercero fué el gran Telamonieno Ajax, que con su mano vigorosa lo lanzó mucho más allá que los

otros. Pero cuando lo hubo cogido el belicoso Polipetes, lo lanzó más lejos que todos, á tanta distancia cual la que recorre una cayada echada á volar entre las vacas vagabundas por el vaquero. Y los acaienos rompieron en aclamaciones, y los compañeros del bravo Polipetes llevaron á las naves abiertas el premio de su Rey.

Luego aprestó el Peleida para los arqueros hábiles diez hachas grandes de dos filos y diez hachas pequeñas, todas de hierro. E hizo clavar derecho en la pista el mástil negro de una nave espolonada; y en la punta del mástil hizo que sujetaran con una cuerda fina una paloma temblorosa, blanco para las flechas:

—El que dé á la paloma se llevará á su tienda las hachas de dos filos; el que por ser menos diestro haya errado al ave, pero corte la cuerda, se llevará las hachas pequeñas.

Habló así, y en seguida se levantó el principe Teucro; y después que él, se levantó también Meriones, bravo compañero de Idomeneo. Y revueltas las suertes en un casco de bronce, salió la de Teucro la primera. Y disparó él en seguida con vigor una flecha, olvidándose de ofrecer al arquero Apolo un ilustre holocausto de corderos recién nacidos. Y no dió al ave, porque Apolo estaba celoso de esta gloria; pero acertó á dar en el cordel que retenía al ave por una pata; y la flecha amarga cortó la cuerda, y voló al Urano la paloma en tanto que caía el cordel. Y los acaienos rompieron en aclamaciones. Pero Meriones en seguida, tomando de manos de Teucro el arco, cuya flecha tenía ya preparada, ofreció al arquero Apolo un ilustre holocausto de corderos recién nacidos, y mientras ascendía la paloma girando hacia las altas nubes, la alcanzó bajo el ala, atravesóla el

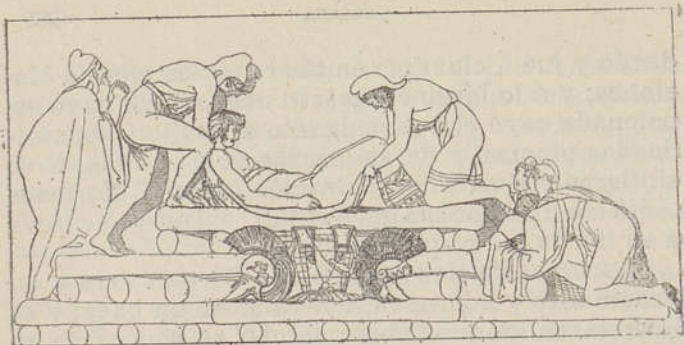
dardo y fué á clavarse en tierra á los pies de Meriones; y á lo largo del mástil negro de la nave espolonada cayó el ave, colgante el cuello y esparcidas las plumas, y de su cuerpo voló el alma. Y se sintieron poseídos de admiración todos. Y Meriones tomó las diez hachas de dos filos, y Teucro se llevó á su tienda las pequeñas.

Luego el Peleida aprestó una larga lanza y un vaso nuevo y adornado, del valor de un buey; y se levantaron los que debían arrojar su pica. Y se levantó el Atreida Agamenón el que de lejos manda; y se levantó también Meriones, bravo compañero de Idomeneo. Pero les dijo el divino y veloz Akileo:

—Atreida, sabemos cuánto excedes á todos en fuerza y habilidad con la lanza. Lleva, pues, este premio á tus naves abiertas. Pero es mi deseo que, si te agrada, dés esta lanza al héroe Meriones.

Habló así, y consintió en ello Agamenón, rey de los hombres. Y Akileo dió á Meriones la lanza de bronce, y el rey Atreida entregó el vaso magnífico al heraldo Taltibio.





RAPSODIA XXIV

Y cuando tocaron á su fin las luchas, los pueblos se dispersaron, volviendo á las naves para tomar alimento y disfrutar del dulce sueño. Pero Akileo lloraba, acordándose de su querido compañero, y no le acometía el dulce sueño que á todos rinde. Y daba vueltas él de acá á allá condoliéndose de la fuerza de Patroclo y de su corazón heroico. Y se acordaba de hazañas realizadas y desventuras sufridas juntos, y de todos sus combates en el mar peligroso. Y á este recuerdo, vertía lágrimas, echado de costado unas veces, de espaldas otras y de cara contra tierra otras. Después se levantó con brusquedad, y lleno de tristeza, vagó por la orilla del mar. Y cuando sobre las olas y las playas se extendieron los primeros resplandores de Eos, enganchó sus caballos veloces, y atando á

Héctor á la parte de detrás del carro, le arrastró por tres veces alrededor de la tumba del Menetia-da. Después entró de nuevo á su tienda para descansar allí, y dejó á Héctor tendido con la faz contra el polvo.

Pero Apolo, lleno de piedad por el guerrero sin vida, alejaba del cuerpo toda impureza y le cubría por completo con la Egida de oro, á fin de que el Peleida no le lastimara al arrastrarle. Así ultrajaba á Héctor el furioso Akileo. Y los Dioses dichosos que lo miraban sentían piedad, y excitaban al vigilante matador de Argos para que se llevase al cadáver. Y agradaba aquello á todos los Dioses, excepto á Here, á Poseidaón y á la Virgen de los ojos claros, pues los tres guardaban su antiguo odio por la santa Ilios, por Príamo y su pueblo, á causa de la injuria de Alejandro, que despreció á las Diosas cuando fueron á su cabaña, donde coronó él á La que le infundió un deseo funesto.

Y cuando alzóse por duodécima vez Eos, habló así Febo Apolo, en medio de los Inmortales:

—¡Oh Dioses! Sois injustos y crueles. ¿No quemaba para vosotros Héctor cuartos de bueyes y cabras de las mejores? Y ahora no queréis devolver su cadáver á su mujer, á su madre, á su hijo, á su padre Príamo y á sus pueblos para que vuelvan á verle y le quemem y celebren sus funerales. ¡Oh Dioses! Sólo queréis proteger al feroz Akileo cuyos designios son odiosos, cuyo corazón es inflexible en su pecho, y que parece un león que, enardecido por su gran fuerza y su fiereza, se lanzase sobre los rebaños de los hombres para devorarlos. Así ha perdido Akileo toda compasión, y esa vergüenza que pierde ó ayuda á los hombres. También pueden perder otros alguien que les sea muy querido, ya un hermano, ya un hijo; y aun que

lloran y gimen, luego se consuelan, pues las Moiras han dado á los hombres un espíritu paciente. Pero él, después de haber privado de su cara alma al divino Héctor, atándole á su carro, le arrastra en torno de la tumba de su compañero. No es bueno ni justo ese proceder. Por muy bravo que sea, tema que nos irriteamos contra él, pues ultraja en su furor á un polvo insensible.

Y llena de cólera, contestó Here la de los brazos blancos:

—Bien hablarías, arquero, si fuera dable conceder honores iguales á Akileo y á Héctor. Pero el Priamida mamó de un pezón mortal, mientras que Akileo nació de una Diosa criada y educada con ternura por mí misma y á quien uní al guerrero Peleo, caro á los Inmortales. A sus bodas asististeis todos, ¡oh Dioses! y has tomado parte en el festín, pulsando tu cítara, tú, protector de los malos y siempre pérfido:

Y para contestarle habló así Zeus, que amontona las nubes:

—Here, no te irrites contra los Dioses. No se hará honor igual á esos dos héroes; pero Héctor era para los Dioses el más querido entre los hombres que están en Ilios. A mí mismo me era querido, porque no se olvidó nunca de los dones que me agradan y nunca dejó que mi altar careciese de comida abundante, libaciones y perfumes, y tú compartes conmigo estos honores. Pero en verdad que no haremos sacar furtivamente al bravo Héctor, lo que resultaría vergonzoso, porque Akileo quedaría advertido por su madre, que junto á él está de noche y de día. Llame alguno de los Dioses á Tetis para que venga á mi presencia, y le diré prudentes palabras, á fin de que Akileo reciba los presentes de Priamo y devuelva á Héctor.

Habló así, y partió la mensajera Iris la de los pies vertiginosos. Entre Samos é Imbros, saltó al negro mar, que resonó. Y hundióse en las profundidades ella, como el plomo que, atado al cuerno de un buey salvaje, descende para llevar la muerte á los peces voraces. Y encontró á Tetis en su gruta hueca; y á su alrededor estaban sentadas las Diosas del mar. Y allá lloraba Tetis por el destino de su hijo irreprochable, que debía morir ante la rica Troya, lejos de su patria. Y acercándose á ella, le dijo la ligera Iris:

—Levántate, Tetis. Te llama Zeus el de los designios eternos.

Y contestó la Diosa Tetis la de los pies de plata:

—¿Para qué me llama el gran Dios? Temo mezclarme con los Inmortales, porque he sufrido innumerables dolores. Sin embargo, iré, y diga él lo que diga, no habrá hablado en vano.

Cuando hubo hablado así, la noble Diosa tomó un velo azul, el más obscuro de todos, y se apresuró á partir. E iba delante la ligera Iris la de los pies aéreos. Y ante ellas se abría el agua del mar; y saliendo á la orilla, lanzáronse al Urano. Y encontraron allí al Cronida de amplia mirada, y entorno suyo á los eternos Dioses dichosos, sentados y reunidos. Y Tetis se sentó junto al Padre Zeus, pues cedióle su sitio Atenea. En la mano le puso Here una hermosa copa de oro para consolarla; y se la devolvió Tetis cuando hubo bebido. Y habló primero el Padre de los Dioses:

—Diosa Tetis, al Urano has venido, á pesar de tu tristeza, porque sé que en el corazón tienes un dolor insoportable. Voy ahora á decirte para qué te he llamado. Desde hace nueve días existe entre los Inmortales una disensión con motivo del cadáver de Héctor y con motivo de Akileo, destructor

de ciudadelas. Los Dioses excitaban al vigilante Matador de Argos para que arrebatase el cuerpo del Priamida; pero yo protejo la gloria de Akileo, porque he conservado mi respeto y mi amistad hacia ti. Ve, pues, inmediatamente al ejército de los argienos y da órdenes á tu hijo. Dile que están irritados los Dioses y que más que todos estoy irritado contra él yo mismo, porque en su furor retiene á Héctor junto á las naves de curvadas popas. Si me teme, que le restituya. En tanto, enviaré á Iris á presencia del magnánimo Priamo, para que vaya él á las naves de los acaienos á rescatar á su hijo muy amado y lleve presentes que ablanden el corazón de Akileo.

Habló así, y hubo de obedecerle la Diosa Tetis la de los pies de plata. Y bajando presurosa de la cumbre del Olimpo, llegó á la tienda de su hijo, y le encontró allí gemebundo. Y en torno de él sus compañeros preparaban activamente la comida. Y habían matado en la tienda una lanuda oveja grande. Y junto á Akileo se sentó la madre venerable. Y acariciándole con la mano, le dijo:

—Hijo mío, ¿hasta cuándo vas á consumir tu corazón en lloros y gemidos, olvidándote de comer y de dormir? Es dulce, empero, unirse por amor á una mujer. Ya no te veré mucho tiempo vivo; he aquí que vienen la muerte y la Moira omnipotente. Pero escucha, porque he sido enviada á ti por Zeus. Dice que contra ti están irritados todos los Dioses, y más que todos los Inmortales está irritado él también, porque en tu furor retienes á Héctor al lado de las naves espolonadas y no le entregas. Devuélvele, pues, y recibe el precio de su cadáver.

Y para contestarle habló así Akileo el de los pies veloces:

—Tráiganme, pues, presentes, y que se lleven este cadáver, que tal quiere el mismo Olímpico.

Y al pie de las naves se hablaban así madre é hijo con palabras rápidas. Y el Cronida envió á Iris hacia la santa Ilios:

—Ve, ligera Iris, deja tu puesto en el Olimpo y ordena en Ilios al magnánimo Priamo que vaya á las naves de los acaienos para rescatar á su hijo muy amado y lleve á Akileo presentes que ablanden su corazón. Que no le siga ningún troyano, excepto un heraldo venerable que conducirá las mulas y el carro veloz y transportará á la ciudad el cadáver de Héctor, á quien ha muerto el divino Akileo. Que no sienta inquietud ni terror. Por guía le daremos al Matador de Argos, que le conducirá á presencia de Akileo. Y cuando haya entrado en la tienda de Akileo, no sólo no le matará, sino que le defenderá de todos, pues no es violento ni insensato ni impío y ha de respetar á aquel que va en son de súplica.

Habló así, y la mensajera Iris la de los pies vertiginosos echó á correr, y llegó á las moradas de Priamo, invadidas por gemidos y duelo. Y los hijos estaban sentados en el patio alrededor de su padre y empapaban en lágrimas sus vestiduras. Y en medio de ellos, envolvíase en su manto el anciano, y su cabeza blanca y sus hombros aparecían maculados con la ceniza esparcida por sus manos al arrastrarse por la tierra. Y sus hijas y sus nueras se lamentaban dentro de las moradas, recordando á tantos bravos guerreros como cayeron muertos á manos de los argienos. Y acercándose á Priamo, dijo en voz baja la mensajera de Zeus al percatarse del temblor que agitaba los miembros del anciano:

—Tranquilízate, Priamo Dardanida, y no tiem-

bles. No vengo para anunciarte desgracias, sino una buena nueva. Enviada soy de Zeus, que desde lejos se preocupa por ti y te compadece. El Olímpico te ordena rescatar al divino Héctor y llevar á Akileo presentes que ablanden su corazón. No dejes que te siga ningún otro troyano, excepto un heraldo venerable que conduzca las mulas y el carro veloz y transporte á la ciudad el cadáver de Héctor, á quien ha muerto el divino Akileo. No sientas inquietud ni terror. El Matador de Argos será tu guía y te conducirá á presencia de Akileo. Y cuando te haya llevado á la tienda de Akileo, no sólo no te matará éste, sino que te defenderá de todos, pues no es violento ni insensato ni impío, y ha de respetar á aquel que va en son de súplica.

Cuando hubo hablado así, partió la ligera Iris. Y Priamo ordenó á sus hijos que engancharan las mulas al carro y sujetaran á éste un cesto. Y volvió á la cámara nupcial de madera de cedro, perfumada, alta y conteniendo muchas cosas admirables. Y llamó á su mujer Hécaba, y le dijo:

—¡Oh querida mía! Un mensajero olímpico de Zeus ha venido á mí para que vaya yo á las naves de los acaienos á rescatar á mi hijo muy amado y lleve á Akileo presentes que ablanden su corazón. Dime qué piensas en tu espíritu. Por lo que á mí respecta, mi valor y mi corazón me impulsan á ir á las naves y entre el gran ejército de los acaienos.

Habló así, y la mujer se lamentó y contestó:

—¡Desdichada de mí! Has perdido esa prudencia que hubo de distinguirte ante los extraños y entre aquellos en quienes mandabas. ¡Quieres ir solo á las naves de los acaienos y encontrarte con ese hombre que mató á tantos bravos hijos tuyos! De hierro es tu corazón sin duda. En cuanto te vea y de ti se apodere, no te tendrá piedad ni te respeta-

rá ese hombre feroz y sin fe, y te lloraremos abandonados en nuestras moradas. Cuando la Moira poderosa recibió en sus mantillas á Héctor recién nacido, después que yo hube de parirle, le destinó para que lejos de sus padres saciara á los perros veloces ante los ojos de un guerrero feroz. ¡Que junto á ese hombre no pueda yo comerle el corazón! Entonces serian expiadas las desventuras de mi hijo que, si muerto está, no fué por cobardía suya, y sin temer ni huir, hasta el fin combatió por troyanos y troyanas.

Y contestó el divino anciano Príamo:

—No intentes retenerme ni seas en mis moradas pájaro de mal agüero. Si me hubiera hablado algún hombre terrestre, ya un adivinador, ya un hierofante, creería que había mentido, y no le escucharía; pero vi y oí á una Diosa, y parto, porque su palabra ha de cumplirse. ¡Si es mi destino perecer junto á las naves de los acaienos de túnicas de bronce, sea! Me matará Akileo mientras me satisfago con sollozos abrazando á mi hijo.

Habló así, y abrió las hermosas tapas de sus cofres. Y tomó doce peplos magníficos, doce clámidas sencillas, otros tantos tapices, otras tantas hermosas capas y otras tantas túnicas. Tomó diez talentos de oro puro, dos trípodes refulgentes, cuatro vasos y una copa magnífica que le dieron los guerreros tracios, cual presente maravilloso, cuando fué á ellos como emisario. Pero el anciano privó de ella á sus moradas, deseando en su corazón rescatar á su hijo. Y arrojó del pórtico á todos los troyanos, dirigiéndoles estas palabras injuriosas:

—¡Idos, miserables cubiertos de oprobio! ¿No estáis de duelo en vuestras casas? ¿Por qué entonces os ocupáis de mí? ¿Acaso os alegráis de los males con que el Cronida me abrumba, y de que haya

yo perdido á mi hijo excelente? También vosotros sentiréis su pérdida, porque ahora que él ha muerto seréis más fácil presa para los acaienos! ¡En cuanto á mí, antes de ver con mis ojos derruida y saqueada la ciudad, descenderé á las moradas de Edes!

Habló así, y con su cetro rechazaba á los hombres, y retirábanse éstos ante el anciano que les despedía. Y llamaba con amenazas á sus hijos, injuriando á Heleno, y á Paris, y al divino Agatón, y á Pammón, y á Antifon, y al bravo Polites, y á Deifobo, y á Hipotoo, y al divino Agano. Y llamando á los nueve, les mandaba rudamente el anciano:

—¡Daos prisa, miserables é infames hijos! ¡Pluguiera á los Dioses que, en lugar de Héctor, hubierais caído todos juntos ante las naves ligeras! ¡Qué desdichado soy! En la gran Troya engendré hijos excelentes, y no me ha quedado ninguno, ni el ilustre Méstor, ni Troilo, domador de caballos, ni Héctor, que era cual un Dios entre los hombres y que no parecía hijo de un hombre, sino de un Dios. ¡A todos me los arrebató Ares, y sólo me quedan ya los cobardes, los embusteros, los saltarines, que no son hábiles más que en las danzas, los ladrones públicos de corderos y cabritos! ¿No os daréis prisa á prepararme ese carro? ¿No colocaréis en él todas esas cosas para que yo parta?

Habló así, y temiendo las amenazas de su padre, aprestaron ellos el hermoso carro nuevo de ruedas sólidas, tirado por mulas, y sujetaron á él un cesto. Y alcanzaron de la muralla donde estaba colgado el yugo de madera de boj, curvo y guarnecido de anillos; y cogieron también las correas del timón, que tenían nueve codos de longitud, sujetándolas al extremo del timón redondo y pasándolas por la anilla. Y les dieron tres vueltas á la clavija; luego,

juntándolas, las fijaron con un nudo. Y de la cámara nupcial aportaron los presentes infinitos destinados al rescate de Héctor, y los amontonaron en el carro. Luego uncieron al yugo las mulas de cascos sólidos regaladas á Priamo en otro tiempo por los misios. Y también trajeron á Priamo los caballos que el anciano alimentaba por sí mismo en el pesebre bruñido. Y bajo los altos pórticos, el heraldo y Priamo, llenos ambos de prudencia, los engancharon.

Después se acercó á ellos Hécaba, triste el corazón, llevando con su mano derecha un dulce vino en una copa de oro para que hicieran libaciones. Y en pie ante los caballos, dijo á Priamo:

—Toma y haz libaciones al Padre Zeus, y ruégale para que á tus moradas vuelvas de entre los enemigos, ya que tu corazón te impulsa, á pesar mío, hacia las naves. Suplica al Cronión Ideo, que amontona las negras nubes y ve toda la tierra de Ilios. Pídele que envíe á tu diestra el ave más preciada por él y cuya fuerza es mayor; y al verla por tus ojos, marcharás tranquilo á las naves de los jinetes danaenos. Pero si no te envía esta señal Zeus el que de lejos truena, te aconsejo que, á pesar de tu deseo, no vayas á las naves de los argienos.

Y en respuesta habló así Priamo, semejante á un Dios:

—¡Oh mujer! No rechazaré tu consejo. Bien está elevar las manos hacia Zeus para que tenga piedad de nosotros.

Habló así el anciano, y ordenó á una servidora que en sus manos le vertiera agua pura. Y la servidora le aportó la jofaina y el vaso. Y cuando se lavó las manos, Priamo recibió la copa de Hécaba; y orando erguido en medio del patio, derramó el vino, mirando al Urano y diciendo:

—Padre Zeus que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo, permíteme hallar gracia ante Aquileo é inspirarle compasión. Envía á mi diestra al ave más preciada por ti y cuya fuerza es mayor, para que al verla por mis ojos, marche yo tranquilo á las naves de los jinetes danaenos.

Habló así orando, y le oyó el sabio Zeus, y envió al ave más verídica, á la cazadora águila negra, de la especie que llaman remendada. Tanto como se abren las puertas de la morada de un hombre rico, se abrían sus dos alas. Y apareció volando por encima de la ciudad hacia la derecha; y al verla se regocijaron todos, y se les alegró en los pechos el corazón.

Y en seguida montó en su hermoso carro el anciano, y le dirigió fuera del vestibulo y del pórtico sonoro. Y delante las mulas arrastraban el carro de cuatro ruedas, y las conducía el prudente Ideo. Luego seguían los caballos que Príamo excitaba con el látigo, y le acompañaban por la ciudad todos gimiendo como si fuera hacia la muerte. Y cuando salió de Ilios á la llanura, regresaron á la ciudad todos, sus hijos y sus yernos.

Y al ver en la llanura á los otros, Zeus el de la amplia mirada tuvo piedad de Príamo, y dijo en seguida á su hijo muy amado Hermeas:

—Hermeas, ya que te gusta acompañar á los hombres y puedes complacer á quien quieras, conduce á Príamo á las naves abiertas de los acaieños y haz de modo que ninguno de los danaenos le divise antes de que llegue á la presencia del Peleida.

Habló así, y el Mensajero matador de Argos le obedeció. Y á sus talones sujetó en seguida hermosas alas inmortales y de oro que le llevaban por el mar y la tierra cual el soplo del viento. Tomó la

vara que, según á él le place, sirve para cerrar los párpados de los hombres ó para despertarles. Y teniéndola en la mano, echó á volar el ilustre Matador de Argos, y llegó en seguida á Troya y al Helesponto. Y se les acercó, semejante á un joven de estirpe real en la flor de su juventud.

Y cuando los dos ancianos pasaron de la gran tumba de Ilo, detuvieron las mulas y los caballos para que bebieran en el río. Y ya esparcíase por tierra la sombra de la noche. Y el heraldo advirtió que Hermeas no se encontraba lejos, y dijo á Príamo:

—¡Ten cuidado, Dardanida! Ocurre algo que requiere prudencia. Veo un hombre, y creo que vamos á perecer. Huyamos con los caballos inmediatamente, ó supliquémosle abrazando sus rodillas. Quizá se apiade de nosotros.

Habló así, y turbóse el espíritu de Príamo, y tuvo éste miedo, y se le erizaron los cabellos en la cabeza agobiada, y permaneció estupefacto. Pero Hermeas, acercándose, le cogió de la mano y le interrogó así:

—Padre, ¿adónde vas con esos caballos y esas mulas en la noche solitaria, mientras duermen los demás hombres? ¿No temes á los acaienos pletóricos de fuerza, á esos enemigos que están cerca de ti? ¿Qué harías si durante la noche negra y rápida alguno de ellos te encontrara llevando tantas riquezas? El que te sigue es un anciano, y tú no eres lo bastante joven para rechazar al guerrero que os atacase. Pero lejos de perjudicarte, te preservaré de todo mal, porque te pareces á mi padre muy amado.

Y le contestó el viejo y divino Príamo:

—Querido hijo, dijiste verdad. Pero uno de los Dioses me protege todavía, ya que pone felizmen-

te en mi camino un guía como tú. Hermosos son tu cuerpo y tu rostro, prudente tu espíritu y naciste de padres dichosos.

Y le contestó el Mensajero matador de Argos:

—Anciano, no hablaste sin razón. Pero responde y di la verdad. ¿Envías á hombres extranjeros para que te los conserven esos tesoros numerosos y preciosos, ó en vuestro terror abandonáis todos la santa Ilios, porque ha muerto un guerrero ilustre, tu hijo, que en el combate no era inferior á los acaienos?

Y le contestó el viejo y divino Príamo:

—¿Quién eres, pues, ¡oh excelente!? ¿Y de qué padre has nacido tú, que tan bien hablas del destino de mi hijo desdichado?

Y le contestó el Mensajero matador de Argos:

— Me interrogas, anciano, por el divino Héctor. A menudo con mis ojos le he visto en la refriega gloriosa, cuando, rechazando hacia las naves á los argienos dispersos, les mataba con el bronce agudo. Le mirábamos inmóviles, porque Akileo, irritado contra el Atreida, no nos permitía combatir. Yo soy servidor suyo, y á él y á mí nos trajo la misma nave bien construída. Pertenezco á los mirmidones y mi padre es Polictor. Es rico y viejo como tú. Tiene siete hijos y el séptimo soy yo. Eché suertes con ellos, siendo designado para seguir á Akileo. Ahora iba de las naves á la llanura. Mañana por la mañana los acaienos de cejas arqueadas han de dar el combate en torno á la ciudad. Se quejan del descanso, y los Reyes de los acaienos ya no pueden retener á los guerreros ávidos de combatir.

Y le contestó el viejo y divino Príamo:

—Si eres servidor del Peleida Akileo, dime toda la verdad. ¿Está mi hijo todavía al pie de las na-

ves ó ha despedazado ya sus miembros Akileo para echárselos á los perros?

Y le contestó el Mensajero matador de Argos:

—¡Oh anciano! Aun no le han comido los perros ni los pájaros, aunque tendido está en la tienda ante la nave de Akileo. Doce días transcurrieron sin que el cuerpo se corrompa ni le coman tampoco los gusanos que devoran á los guerreros caídos en el combate. Pero cuando á diario reaparece la divina Eos, Akileo le arrastra sin piedad en torno á la tumba de su querido compañero, y ni así le lastima. Si le ves, admirarás cuán lozano se halla. Lavada está la sangre, sin ninguna mancha él, y se han cerrado cuantas heridas le hicieron muchos guerreros. Así han cuidado de tu hijo, muerto ya, los Dioses dichosos, porque les era grato.

Habló así, y el anciano le contestó lleno de alegría:

—¡Oh hijo mío! Provechoso, en verdad, es ofrecer á los Inmortales los debidos presentes. Cuando vivía en sus moradas, nunca se olvidó mi hijo de los Dioses que habitan el Olimpo, y he aquí cómo en la muerte se acuerdan ellos de él. Recibe de mi mano esta hermosa copa, procura que me devuelvan á Héctor, y con ayuda de los Dioses condúcame hasta la tienda del Peleida.

Y le contestó el Mensajero matador de Argos:

—Anciano, quieres sobornar mi juventud; pero no me persuadirás á que admita tus dones á espaldas de Akileo. Le temo y le venero demasiado en mi corazón para despojarle de lo suyo, y mi proceder traeríame desgracia. Pero aunque hasta la ilustre Argos fuese, te acompañaría yo en mi nave ligera ó á pie; y ninguno, si yo te condujera, se atrevería á agredirte.

Cuando hubo hablado así, Hermeas saltó al ca-

rro, empuñó el látigo y las riendas é infundió gran fuerza á los caballos y á las mulas. Y llegaron al foso y á las torres de las naves, donde los guardias concluían su comida. Y esparció el sueño en todos el Mensajero matador de Argos; y quitando las barras, abrió las puertas, é hizo entrar en el campamento á Priamo y sus presentes espléndidos, y llegaron á la gran tienda del Peleida. Y la habían construido para su Rey los mirmidones con tablas de abeto, y la cubrieron con un techo de juncos cortados en la pradera. Y á su alrededor pusieron una cerca de estacas; y la puerta se cerraba con un tronco de pino, barra enorme que quitaban y ponían con dificultad tres hombres entre los acaienos, y el Peleida la levantaba solo. La recorrió el benévolo Hermeas para que entrase Priamo, y condujo dentro de ella al anciano con los ilustres presentes destinados á Akileo el de los pies veloces. Y saltó del carro á tierra, y le dijo:

—¡Oh anciano! Soy Hermeas, Dios inmortal, y Zeus me ha enviado para conducirte. Pero voy á dejarte, y no me mostraré á los ojos de Akileo, porque no es digno de un Inmortal proteger tan abiertamente á los mortales. Entra, cógete á las rodillas del Peleión y suplicale en nombre de su padre, de su madre venerable y de su hijo para conmover su corazón.

Cuando hubo hablado así, subió Hermeas hacia el alto Olimpo; y Priamo saltó del carro á tierra, y dejó á Ideo para que guardase los caballos y las mulas, y entró á la tienda donde estaba sentado Akileo, grato á Zeus. Y le encontró. Sus compañeros estaban sentados aparte de él; y sólo le asistían el héroe Automedón y el vástago de Ares Alkimo. Había él acabado de comer y beber y todavía estaba puesta su mesa. Y sin ser visto por

ellos, entró el gran Príamo, y acercándosele, rodeó con sus brazos las rodillas de Akileo, y besó las manos terribles y exterminadoras de hombres que le mataron á tantos hijos.

Cuando un hombre ha sido sentenciado á cruenta pena porque mató á alguno en su patria, y cuando, desterrado en un pueblo extranjero, entra á una rica morada, quedan estupefactos todos los que le ven. Así turbóse Akileo al ver al divino Príamo; y los demás se miraban entre sí llenos de asombro. Y dijo Príamo estas palabras suplicantes:

—Acuérdate de tu padre, ¡oh Akileo igual á los Dioses! De mi edad es él y se halla en el umbral fatal de la vejez. Quizá durante tu ausencia le opriman sus comarcanos, y no tiene á nadie que le aparte el ultraje y la desdicha; pero al menos sabe que estás vivo, y se regocija en su corazón, y todos los días espera ver á su hijo de regreso de Ilios. Pero yo, ¡desdichado de mí! que en la gran Troya engendré hijos irreprochables, aun no sé si me queda alguno. Cincuenta tenía cuando llegaron los acaienos. Del mismo seno salieron diez y nueve, y en mis moradas parieron á los otros diversas mujeres. El impetuoso Ares ha roto las rodillas de la mayoría de ellos. Sólo uno defendía á mi ciudad y á mis pueblos, Héctor, á quien acabas de matar cuando combatía por su patria. Y por él vengo á las naves de los acaienos; y para rescatarle te traigo presentes infinitos. Respeta á los Dioses, Akileo, y acordándote de tu padre, ten piedad de mí, que soy más desdichado que él, pues me he visto obligado á hacer lo que no hizo en la tierra ningún hombre, á acercar mi boca á las manos del que mató á mis hijos.

Habló así, é hizo que Akileo pensara con pena en su padre. Y tomando por la mano al anciano, el

Peleida le rechazó dulcemente. Y recordaban ambos; y prosternado á los pies de Akileo, con todas sus lágrimas lloraba Priamo por el matador de hombres Héctor; y Akileo lloraba por su padre y por Patroclo, y resonaban en la tienda sus gemidos. Luego, saciado ya de lágrimas, el divino Akileo sintió que el dolor se calmaba en su pecho, y levantóse de su asiento; y lleno de piedad hacia aquella cabeza y aquella barba blanca, alzó por la mano al anciano y le dijo estas palabras aladas:

—¡Ah desdichado! En verdad que sufriste penas sin número en tu corazón. ¿Cómo osaste venir solo á las naves de los acaienos y sostener la mirada del hombre que mató á tantos de tus bravos hijos? De hierro es tu corazón. Pero siéntate aquí, y por más que estemos afligidos, dejemos reposar nuestros dolores, porque ninguna utilidad sacaremos del duelo. Los Dioses destinaron á los miserables mortales para que viviesen víctimas de la tristeza, y sólo ellos no tienen preocupaciones. En el umbral de Zeus hay dos toneles, y uno contiene los males y otro los bienes. Y el fulminante Zeus los mezcla al darlos y envía el mal unas veces y el bien otras. Y quien no recibió más que dones desgraciados es presa del ultraje, y en la tierra fecunda le roe el hambre mala, y va de acá para allá sin que le honren los Dioses ni los hombres. Así á Peleo le hicieron dones ilustres los Dioses desde que nació, y fué colmado de felicidades y riquezas más que ninguno de los hombres, y mandó en los mirmidones, y aunque mortal, se unió á una Diosa. Pero le depararon un mal los Dioses: se le privó de una posteridad que heredara su poderío, y sólo engendró un hijo que debe morir pronto y no le atenderá en la vejez; porque ante Troya permanezco lejos de mi patria, para aflicción tuya y de tus hijos. Y

tú también, según es fama, fuiste dichoso en otro tiempo, y en toda la tierra que va hasta Lesbos de Macar, y por el Norte hasta la Frigia y el ancho Helesponto, eras ilustre, ¡oh anciano! por tus riquezas y por tus hijos. Y he aquí que te han herido con una calamidad los Dioses, y desde que empezó la guerra y la matanza tu ciudad está rodeada de guerreros. Ten firmeza y no te lamentes en tu corazón por culpa del inevitable destino. Con tus gemidos no harás revivir á tu hijo. Mejor será que te prepares á sufrir otros males.

Y le contestó el viejo y divino Príamo:

—No me pidas que repose, ¡oh vástago de Zeus! mientras yace ante tus tiendas Héctor insepulto. Devuélvemele inmediatamente para que le vea por mis propios ojos, y recibe los presentes numerosos que te traemos. Disfruta de ellos y vuelve á la tierra de tu patria, ya que me dejaste vivir y ver la luz de Helios.

Y mirándole con ojos sombríos, le contestó Aki-leo el de los pies veloces:

—Anciano, no me irrites más. Sé que debo devolverte á Héctor. Por Zeus me ha sido enviada para prevenirme la madre que hubo de parirme, la hija del Anciano del mar. Y sé también, Príamo, y no pudiste ocultármelo, que á las naves de los acaienos te ha conducido uno de los Dioses. Por muy joven y bravo que sea un hombre, ninguno hubiera osado venir hasta el campamento. No habría escapado á la vigilancia de la guardia ni levantado fácilmente las barreras de nuestras puertas. No despiertes los dolores de mi alma. Aunque en mis tiendas te recibí como á quien viene en son de súplica, temo, anciano, violar las órdenes de Zeus y matarte.

Habló así, y el anciano tembló y obedeció. Y

el Peleida saltó fuera de la tienda como un león. Y no iba solo, y le seguían dos servidores, el héroe Automedón y Alkimo. Y Akileo les honraba entre todos sus compañeros desde la muerte de Patroclo. Y desuncieron los caballos y las mulas, é hicieron entrar al heraldo de Príamo y le brindaron un asiento. Después sacaron del hermoso carro los presentes infinitos que servían para rescatar á Héctor; pero dejaron dos mantos y una rica túnica con objeto de que se envolviera en ellos el cadáver que se iba á transportar á Ilios.

Y llamando á las mujeres les ordenó Akileo que lavaran el cadáver y le perfumaran, aunque no allí, á fin de que Príamo no viese á su hijo, y al verle, el padre no pudiese contener su cólera en su corazón irritado, y Akileo, furioso, le matara violando las órdenes de Zeus.

Y después que las mujeres, tras de lavar y perfumar el cadáver, le envolvieron en el hermoso manto y la túnica, Akileo preparóle por sí mismo el lecho fúnebre, y con ayuda de sus compañeros le colocó en un hermoso carro. Luego, gimiendo, llamó á su querido compañero:

—No te irrites conmigo, Patroclo, si desde la mansión de Edes te enteras de que he devuelto el divino Héctor á su padre muy amado; porque me ha hecho presentes honrosos, de los que, como es justo, te reservo una parte igual.

Cuando hubo hablado así, el divino Akileo entró á su tienda. Y volvió á sentarse en el bruñido asiento que antes ocupaba enfrente de Príamo, y le dijo:

—Ya te ha sido devuelto tu hijo, anciano, como deseaste. Está acostado en un lecho. Le verás y te le llevarás cuando retorne Eos. Ahora pensemos en la comida. La propia Niobe la de hermosos cabe-

llos se acordó de comer después que en sus moradas perecieron sus doce hijos, seis hijas y otros tantos hijos florecientes de juventud. Irritado contra Niobe, los mató á ellos Apolo con su arco de plata; y á ellas las mató Artemisa, que se enorgullece de sus flechas, porque Niobe se había comparado á Leto la de lindas mejillas diciendo que la Diosa no había concebido más que dos hijos, mientras ella concibió muchos. Lo decía, pero los dos hijos de Leto mataron á los suyos. Y al cabo de nueve días, continuaban aún tendidos en la sangre sus cadáveres, y no los enterraba nadie, porque el Cronión había convertido en piedras á esos pueblos; pero al décimo día les enterraron los Dioses. Y sin embargo, Niobe se acordaba de comer cuando estaba cansada de llorar. Y á pesar de estar convertida en piedra por los Dioses, todavía sufre ahora entre las rocas y las montañas desiertas, en las alturas del Sipilo, donde se hallan los retiros de las ninfas divinas que danzan en torno al Akeloo. Comamos, pues, divino anciano. Más tarde, cuando le hayas conducido á Ilios, llorarás por tu hijo bien amado, que ha de hacerte verter lágrimas.

Habló así el veloz Akileo, y levantándose, mató una oveja blanca. Y cuando sus compañeros la hubieron desollado, preparáronla cuidadosamente. Y cortándola en trozos, los clavaron en pasadores, los asaron y los retiraron á punto. Y tomando el pan Automedón, lo distribuyó por la mesa en hermosos cestos. Y Akileo distribuyó la carne por sí mismo. Todos tendieron las manos á los manjares que tenían ante sí. Y cuando se les acabó la gana de beber y comer, el Dardanida Príamo se admiró de cuán corpulento, hermoso y semejante á los Dioses era Akileo. Y también Akileo admiraba en el Dardanida Príamo su aspecto venerable y sus pru-

dentes palabras. Y cuando se admiraron mutuamente durante algún tiempo, habló así el viejo y divino Priamo:

—Haz por que pueda acostarme pronto, criatura de Zeus, para que goce del dulce sueño, pues no se cerraron bajo los párpados mis ojos desde que mi hijo á tus manos rindió el alma. No he hecho más que lamentarme y sufrir dolores infinitos, prosteronado sobre el estiércol en la cerca de mi patio. Y no tomé alimento ninguno ni bebí más vino que el que aquí me diste. Hasta ahora desde entonces no había comido nada.

Habló así, y Akileo ordenó á sus compañeros y á las mujeres que prepararan lechos bajo el pórtico y pusieran en ellos hermosas ropas purpúreas, luego tapices y por encima túnicas de lana. Y saliendo de la tienda con antorchas en las manos, las mujeres prepararon en seguida dos lechos. Y entonces dijo con cordialidad Akileo el de los pies veloces:

—Tú dormirás fuera de la tienda, querido anciano, no vaya á ser que, al venir alguno de los acaienos á consultarme, como acostumbran, te advirtiera en la noche negra y rápida. Y avisaría en seguida al príncipe de pueblos Agamenón, y quizá se retrasara el rescate del cadáver. Pero contéstame y di la verdad. ¿Cuántos días deseas para enterrar al divino Héctor, á fin de que durante ese tiempo permanezca yo en reposo y retenga á los pueblos?

Y le contestó el viejo y divino Priamo:

—Si quieres que rinda justos honores al divino Héctor, concediéndome tiempo para ello, realizarás mi anhelo más vehemente. Ya sabes que estamos encerrados en la ciudad y lejos de la montaña cuyo bosque ha de talarse, y los troyanos se ha-

llan poseídos de terror. Durante nueve días lloraremos á Héctor en nuestras moradas; al décimo le incineraremos, y el pueblo hará la comida fúnebre; al undécimo le colocaremos en la tumba, y al duodécimo combatiremos de nuevo, si es preciso.

Y le contestó el divino Akileo de los pies veloces:

—Anciano Príamo, así se hará, conforme á tu deseo; y durante ese tiempo interrumpiré la guerra.

Cuando hubo hablado así, estrechó la diestra del viejo para que cesaran los temores en su corazón. Y el heraldo y Príamo, llenos ambos de prudencia, se durmieron bajo el pórtico de la tienda. Y Akileo se durmió en el fondo de su tienda bien construida, y junto á él se acostó Briseida la de lindas mejillas.

Y todos los Dioses y los hombres que á caballo combaten dormían en la noche, vencidos por el dulce sueño; pero el sueño no se apoderó del benévolo Hermeas, que pensaba sacar de entre las naves al rey Príamo sin ser visto por la guardia sagrada de las puertas. Y acercándose á su cabecera, le dijo:

—¡Oh anciano! ¿No temes ninguna desdicha, cuando así duermes entre hombres enemigos después de haber salido ileso de junto á Akileo? Ahora que con numerosos presentes rescataste á tu hijo muy amado, los hijos que te quedan darian triple por rescatarte vivo si el Atreida Agamenón te descubriera y se enteraran de tu presencia todos los acaienos.

Habló así, y el anciano tembló; y ordenó al heraldo que se levantara. Y Hermeas engancho las mulas y los caballos, y les condujo velozmente cruzando el campamento, y no les vió nadie.

Y cuando llegaron al vado del rio de hermosa

corriente, del Xanto caudaloso que engendró el inmortal Zeus, Hermeas se remontó hacia el alto Olimpo.

Y ya Eos la del peplo color de azafrán se esparcía por la tierra toda, y los dos ancianos dirigían los caballos hacia la ciudad, llorando y lamentándose, y las mulas transportaban el cadáver. Y nadie entre los hombres y las mujeres de hermosas cinturas les advirtió antes que Casandra, semejante á Afrodita de oro. Y desde lo alto de Pergamo vió erguidos en el carro á su padre muy amado y al heraldo, y el cuerpo transportado por las mulas en el lecho fúnebre. Y no tardó en llorar y gritar por toda la ciudad:

—¡Mirad, troyanos y troyanas! ¡Ya que en otro tiempo ibais con el corazón lleno de alegría á ver á Héctor cuando del combate regresaba vivo, mirad ahora al que era el orgullo de la ciudad y de todo un pueblo!

Habló así, y nadie entre los hombres y las mujeres quedó en la ciudad, pues un dolor irresistible les impulsaba. Y corrieron al otro lado de las puertas á encontrar al cadáver. Y fueron las primeras la esposa muy amada y la madre venerable, quienes arrancándose los cabellos se abalanzaron al carro para besar la cabeza de Héctor. Y la muchedumbre lloraba en torno. Y seguramente hubiesen gemido y llorado ante las puertas durante todo el día hasta la caída de Helios, si desde lo alto del carro no dijera Priamo á sus pueblos:

—Retiraos, á fin de que yo pase con las mulas. Tiempo tendremos de saciarnos de lágrimas cuando haya conducido á mi morada este cuerpo.

Habló así, y separándose, dejaron los demás pasar el carro. Luego, conducido Héctor á las ricas moradas, le colocaron en un lecho tallado, y llama-

ron á los cantores fúnebres, y gimieron éstos un canto lamentable al que sucedían los plañidos de las mujeres. Y comenzó entre ellas el duelo Andrómaca la de los brazos blancos, sosteniendo en sus manos la cabeza del matador de hombres Héctor:

—¡Ah hombre! Has muerto joven, y en mis moradas me dejaste viuda, y no creo llegue á la adolescencia ese hijo niño que engendramos ambos, ¡oh desdichados de nosotros! De su cima será antes derribada esta ciudad, porque pereciste tú, su defensor, que la protegías, y también á sus mujeres fieles y á sus tiernos hijos. A las naves serán llevadas ellas, y con ellas yo. ¡Y tú, hijo mío, has de seguirme, y sufrirás afrentosos trabajos, fatigándote para servir á un amo feroz, ó acaso, volteándote en su mano, un acaieno te arrojará desde lo alto de una torre para darte una muerte cruel, furioso porque Héctor le mató al hermano, ó al padre, ó al hijo, pues á sus manos cayeron mordiendo la tierra numerosos acaienos! Y tu padre no era dulce en el combate, y por eso le lloran los pueblos en la ciudad. ¡Oh Héctor! Con duelo inconsolable abrumas á tus padres, y sobre todos me haces víctima á mí de crueles dolores, porque al morir no me tendiste los brazos desde tu lecho ni tampoco me dijiste alguna palabra prudente de la que pudiera yo acordarme día y noche vertiendo lágrimas.

Habló así llorando, y gemían con ella las mujeres, en medio de las cuales continuó Hécaba el duelo desesperado:

—Héctor, querido cual ninguno de mis hijos, en verdad que los Dioses te amaban en tu vida, porque por ti velaron en la muerte. Allende el mar estéril, en Samos, en Imbros, en la bárbara Lemnos, vendió Akileo el de los pies veloces aquellos de mis hijos á quienes hizo prisioneros. Y con el

bronce agudo te ha arrancado el alma, y te ha arrastrado en torno á la tumba de su compañero Patroclo, al que mataste sin que pudiese resucitarle él; y hete aquí ahora, acostado como si acabaras de morir en nuestras moradas, lozano y semejante á un hombre á quien el arquero Apolo acabase de herir con sus divinas flechas.

Habló así llorando, y excitó los gemidos de las mujeres, en medio de las cuales continuó Helena el duelo:

—Héctor, eras el más querido de todos mis hermanos desde que Alejandro, lleno de belleza, fué mi esposo y me condujo á Troya. ¡Pluguiera á los Dioses que antes hubiese perecido yo! Veinte años hace ya que vine abandonando mi patria, y nunca me dijiste una palabra injuriosa ó dura, y si alguno de mis hermanos, ó alguna de mis hermanas, ó mi suegra—porque Príamo fué siempre para mí un padre lleno de dulzura—me vituperaba en nuestras moradas, tú les hacías advertencias y les calmabas con tu dulzura y tus palabras generosas. Por eso te lloro gimiendo, ¡desdichada de mí, que no tendré jamás un protector ni un amigo en la gran Troya, porque me tienen horror todos!

Habló así llorando, y gimió todo el pueblo. Pero les dijo el viejo Príamo:

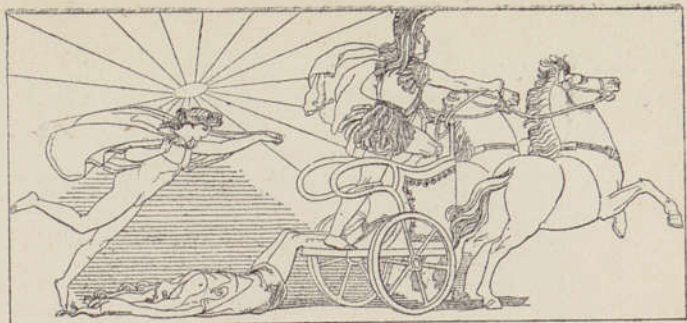
—Troyanos, traed ahora el bosque á la ciudad, y no temáis de los argienos asechanzas profundas, porque Akileo, al despedirme en las naves negras, me ha prometido no atacaros hasta que reapareciese por duodécima vez Eos.

Habló así, y enganchando á los carros los bueyes y las mulas, todos se agolparon en seguida ante la ciudad. Y durante nueve días acarrearón montones de madera. Y cuando Eos reapareció por décima vez alumbrando á los mortales, deposita-

ron, vertiendo lágrimas, al bravo Héctor en lo alto de la pira y le prendieron fuego. Y cuando una vez más reapareció Eos la de los dedos sonrosados, que nace á la mañana, se reunió todo el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y reunidos ya, apagaron primero con vino negro la pira en que la fuerza del fuego había ardido. Luego, gimiendo, recogieron los huesos blancos del cadáver sus hermanos y sus compañeros; y las lágrimas les corrían por las mejillas. Y colocaron en una urna de oro los huesos humeantes, y los envolvieron en peplos purpúreos. Luego la dispusieron en una fosa abierta que cubrieron con grandes piedras, y sobre ella erigieron la tumba. Y vigilaban por todas partes centinelas, por miedo de que se lanzasen sobre la ciudad los acaienos de hermosas grebas. Luego, acabada ya la tumba, se retiraron, y en las moradas del rey Priamo, criatura de Zeus, se reunió la muchedumbre á fin de tomar parte en una comida solemne.

Y así fué como se llevaron á cabo los funerales de Héctor domador de caballos.





INDICE

	Págs.
Rapsodia XIII.	7
— XIV.	33
— XV.	49
— XVI.	72
— XVII.	99
— XVIII.	122
— XIX.	142
— XX.	156
— XXI.	172
— XXII.	191
— XXIII.	208
— XXIV.	236



Editorial PROMETEO.-Germanías, F S, Valencia

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

Novelas: Arroz y tartana.—Fier de Mayo.—La Barraca.—Entre naranjos.—Sómnica la cortesana.—Cañas y barro.—La Catedral.—El Intruso.—La Bodega.—La Herida.—La maja desnuda.—Sangre y arena.—Los muertos mandan.—Luna Benamor. 2 pías. vol.—Los Argonautas. 5'50 pías.

Cuentos: La Condenada.—Cuentos valencianos. Una pía. volumen.

Viajes: En el país del arte. 1'50 pías.—Oriente. 5 pías.—Argentina y sus grandezas (2.ª edición). 25 pías.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Institute de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavisse y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—5 pías. tomo.

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA por Michelet.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—Profusa ilustración.—3 volúmenes: 80 pesetas.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

por Onésimo Reclus.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—4 volúmenes.—Millares de grabados y mapas.—4 pías. tomo.

HISTORIA SOCIAL

Desde la Revolución Francesa al siglo XX.—Crítica y documentada.—Dirigida por J. Jaurés.—Ilustradísima.—4 tomos: 60 pías.

LA CIENCIA PARA TODOS

Volúmenes á 1 pía. ilustrados y en cartón.

Los mejores poemas contemporáneos.—Novísima antología moderna.—5 pías.

La danza del cerazón (novela), por J. Francés.—5'50 pías.

Teatro de amor, por J. Francés.—5 pías.

La libertad de la cátedra, por M. Morayta.—5 pías.

Glaceros Leopardi, por Carmen de Burgos.—3 tomos: 6 pías.

BIBLIOTECA DE CULTURA CONTEMPORÁNEA

El arte de leer, por E. Fagnat.—2 pías.

La risa, por E. Bergson.—5 pías.

La nueva libertad, por W. Wilson, presidente de los Estados Unidos.—5 pías.

Socialismo y movimiento social, por W. Sombart.—5 pías.

LAS MEJORES OBRAS

de filosofía, sociología, política y literatura.—Darwin, Spencer, Renán, Schopenhauer, Nietzsche, Ruskin, Taine, Kropotkin, Zola, Ibsen, Gorki, etc.—Una pía. vol.

BIBLIOTECA CIENTÍFICA

Obras de Hæckel, Proudhon, Strauss, Renán, Büchner, Altamura, Ingenueros, etc.—5 pías. volumen.

BIBLIOTECA DE LA MUJER

Conocimientos útiles del hogar.—1 pía. vol.

OBRAS DE CARMEN DE BURGOS

Novelas, Cuentos, Viajes, etc.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle.—3 volúmenes á una peseta.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—Una pía. volumen.

LOS GRANDES NOVELISTAS

Víctor Hugo, Dickens, Tolstói, Dumas, Mayne Reid, Fernádes y Gensélan, etc.—Á 25 céntimos.—Edición de *La Novela Ilustrada*.

El México de Partirio Díaz, por Julio Sento.—(2.ª edición ilustrada).—5 pías.

Carneteros, por La Bruyère.—5 pías.

Ximénez de Cisneros, por Jean Berthelot.—Una peseta.

El concepto de la nacionalidad y de la patria, por Aníbal Latino.—5 pías.

Lo que cantan los niños, por Fernando Llorca.—Todas las canciones y juegos de la infancia.—Profusamente ilustrada.

El libro de las mil noches y una noche.

Traducción liberal y directa del Árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibáñez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—Una peseta el volumen.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1105169451

15385601 385601 15

